



**El Colegio
de la Frontera
Norte**

**“ESTAR EN LA EDAD”. RE-SIGNIFICACIONES DE LA
MATERNIDAD ADOLESCENTE EN UN CONTEXTO DE
ALTA INMIGRACIÓN: EL CASO DE MUJERES
RESIDENTES EN TIJUANA.**

Tesis presentada por

Nathaly Llanes Díaz

para obtener el grado de

**DOCTORA EN CIENCIAS SOCIALES CON
ESPECIALIDAD EN ESTUDIOS REGIONALES.**

Tijuana, B. C., México
2014

CONSTANCIA DE APROBACIÓN

Director(a) de Tesis: _____

Dra. Norma Ojeda de la Peña

Aprobada por el Jurado Examinador:

1. _____

2. _____

3. _____

4. _____

5. _____

A mi hermano por enseñarme que la vida es simplemente ser feliz. A mis padres, a Pepe y Leonora por estar a mi lado.

AGRADECIMIENTOS

La presente investigación es el resultado de cuatro años de trabajo y múltiples experiencias vividas. Además de representar una ardua labor personal, implicó un trabajo colectivo en el que, directa e indirectamente, hicieron parte distintas personas que posibilitaron su realización.

En primer lugar quiero agradecer al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), institución que me otorgó la beca para poder realizar mis estudios de doctorado en Ciencias Sociales con Especialidad en Estudios Regionales que culminó con la presente investigación.

En segundo lugar, me gustaría agradecer a todas las mujeres que participaron de esta investigación proporcionando sus relatos de vida. Gracias por abrirme las puertas de sus hogares y compartir conmigo sus experiencias. Para mí fue un gusto haberlas conocido y llevo una parte de cada una de ellas en mi propia biografía.

Además, quiero agradecer a la Dra. Norma Ojeda por aceptar dirigir esta investigación. En los casi cuatro años que trabajamos juntas me brindó todo el apoyo que yo pude necesitar, tanto en cuestiones académicas como personales. Le agradezco profundamente sus comentarios, sus sesiones de trabajo, sus críticas y la confianza depositada en mi trabajo. Para mí, fue una experiencia muy enriquecedora haber trabajado con ella y poder construir este proyecto en conjunto.

Me gustaría igualmente dar las gracias a las lectoras de esta investigación. A las Dras. Catalina Denman y Marlen Solís, con quienes también compartí por casi cuatro años, les agradezco el tiempo proporcionado a mi trabajo, el interés y el apoyo constante; pero sobre todo el entusiasmo con el que siempre me leyeron y aportaron a mi tema de investigación. También, quiero agradecer a la Dra. Yolanda Palma por aceptar leer esta investigación y por compartir conmigo su trabajo y su conocimiento sobre un tema del que ambas estamos interesadas. A la Dra. Cecilia Gayet le agradezco aceptar participar en mi comité de tesis, sus comentarios, críticas y sugerencias; pero sobre todo su entrañable amistad.

Quiero agradecer a mis compañeros de generación por su apoyo en un momento muy difícil de mi vida, pero también en uno de los más alegres. En particular, le doy las gracias a Jazmín García por su alegría y cariñosa amistad, a Ángela Serrano y Aída Silva por nuestras pláticas y confidencias, y a Peter Mueller, vecino, amigo y compañero de siempre le agradezco cada momento compartido

Asimismo, quiero dar las gracias a todo el personal administrativo y académico del Colegio de la Frontera Norte. Particularmente a Denisse Estrada; a la profesora Estela Soler por su cariño; a la Dra. Olga Odgers por su invaluable amistad, a la Dra. Laura Velasco por las pláticas compartidas y al Dr. Juan Manuel Valenzuela por sus aportes a mi trabajo.

En especial, quiero agradecer a mis padres por estar conmigo en cada momento a pesar de la distancia, por apoyarme en todas mis decisiones, por creer siempre en mí y por quererme tanto. Mis logros serán siempre suyos. Los quiero infinito.

Finalmente quiero agradecer a mi compañero de las más grandes alegrías, José Franco. Te agradezco tu inconmensurable paciencia, tus noches en vela y tu apoyo en cada momento. Gracias por creer siempre en mí y por despertar cada día a mi lado para “poner el pecho a las balas” juntos.

RESUMEN

La presente investigación tiene como objetivo analizar la manera en las mujeres residentes en un contexto de alta inmigración significan la experiencia de la maternidad adolescente dentro de su trayectoria de vida y se construyen como sujetos, aportando elementos teóricos que contribuyan a ampliar la comprensión de la maternidad adolescente. Desde el lente teórico de la subjetividad y empleando el método biográfico como orientación metodológica se pudo comprender los procesos de subjetivación despliegan las madres adolescentes y las relaciones que guarda la maternidad con otros virajes e irrupciones en sus trayectorias de vida. Así, se realizaron entrevistas en profundidad a 24 mujeres entre 25 a 35 años, que hubieran tenido a su primer hijo entre los 12 y 19 años, pertenecientes a diferentes sectores socioeconómicos de Tijuana como escenario de alta inmigración, caracterizado por fuertes intercambios culturales producto de los flujos migratorios que allí confluyen. Entre los principales hallazgos de la investigación se resaltan que la construcción juvenil de las madres adolescentes se produce en medio de una tensión entre las atribuciones adjudicadas familiarmente, siempre volcadas a una idea de futuro y transitoriedad, y las vivencias que las mismas jóvenes fueron experimentando, las cuales permearon definiciones subjetivas ancladas en el presente. Igualmente se pudo constatar que la manera en que las mujeres significan la experiencia de la maternidad se encuentra yuxtapuesta con la experiencia del comienzo de la vida en pareja y la calidad de la relación, así como con el apoyo afectivo y económico de los padres, vivencias que tienden a bifurcar las estrategias de significación de las mujeres frente al evento de la maternidad.

Palabras clave: Prácticas sexuales y reproductivas, adolescencia, procesos de subjetivación, método biográfico, significaciones.

ABSTRACT

This research aims to analyze the significance of the experience of teenage motherhood in the life trajectory of women living in a context of high immigration by providing theoretical elements that contribute to a broader understanding of teen motherhood. From the theoretical lens of subjectivity and using the biographical method as a methodological orientation, it was possible to understand the processes of subjectivization undertaken by teenage mothers and the relationships maternity has with other abrupt changes and irruptions in their life trajectory. In-depth interviews were conducted with twenty four women who were in the 25 to 35 age group, who had been teenage mothers and belonged to different socioeconomic sectors of Tijuana as a high migration scenario, characterized by strong cultural exchanges product of the converging migration flows. Among the key findings of the research is that the youth construction of adolescent mothers is produced amid tension between the attributions allotted within the family which are always focused on the idea of future and transience, and the experiences these young girls lived which permeated subjective definitions grounded in the present. Also, it was found that the way in which women represent the experience of motherhood is juxtaposed with the experience of the beginning of life as a couple and the quality of the relationship as well as the emotional and financial support of parents; these experiences tend to diverge women's significance strategies when confronted with motherhood.

Key words: Sexual and reproductive behavior, Adolescence, processes of subjectivization, biographical method, meanings

ÍNDICE GENERAL

Introducción	1
Abordajes en torno a la maternidad adolescente: La importancia de una mirada biográfica	1
Maternidad adolescente y pobreza	2
Maternidad como experiencia	5
Maternidad adolescente como una opción deseada	6
<i>Reconfiguración de vínculos familiares</i>	9
<i>Tensiones entre resiliencia y estigmatización</i>	10
Supuestos de la investigación	14

CAPÍTULO I: PERSPECTIVA TEÓRICA Y CONCEPTUAL. LA MATERNIDAD ADOLESCENTE DESDE ELLENTE DE LA SUBJETIVIDAD

1.1 Viraje a la sociología del sujeto: La modernidad y el debilitamiento de los constreñimientos	19
1.1.1 Socialización, subjetivación e individuación: Tres caminos para abordar al individuo. 22	
1.1.1.1 <i>La socialización.</i>	22
1.1.1.2 <i>La Subjetivación.</i>	25
1.1.1.3 <i>La individuación.</i>	25
1.1.2 Formas identitarias y lógicas de identificación.	26
1.1.2.1 <i>Formas identitarias y contexto de acción.</i>	27
1.2 La construcción del sí mismo: Un nuevo paradigma social.	29
1.2.1 Procesos de subjetivación	32
1.2.1.1 <i>Mujeres como sujetos ambivalentes.</i>	33
1.3 Conceptualizaciones de análisis: Adolescencia, sexualidad y maternidad.	38
1.3.1 Categoría de adolescencia.	38
1.3.1.1 <i>Emergencia de la adolescencia como objeto de estudio.</i>	40
1.3.1.2 <i>Abordajes disciplinarios de la adolescencia y la juventud: Búsqueda de nuevas definiciones.</i> 42	
1.3.1.3 <i>Concepciones en torno a la sexualidad adolescente.</i>	47
1.4 Cambios y continuidades en las formas de comprender la maternidad.	50
1.4.1 Transformaciones socioeconómicas y familiares: Cambios en la identidad femenina. 52	
1.4.1.1 <i>Construcción de la maternidad intensiva</i>	52
1.4.1.2 <i>Transformaciones socioeconómicas y familiares.</i>	53
1.4.2 Intentos por nuevas definiciones: Continuidades y transformaciones.	54
1.4.2.1 <i>De la maternidad como fuente de subordinación a fuente de poder.</i>	54
1.4.2.2 <i>La maternidad: Una pluralidad de experiencias y significados.</i>	56

CAPÍTULO II: APROXIMACIÓN METODOLÓGICA Y ESTRATEGIA ANALÍTICA

.....	61
2.1 El método biográfico.	62
2.1.1 Epifanías y veracidad del relato.	64
2.1.2 Los relatos de vida: Precisión terminológica	66

2.2	Preguntas de investigación.....	67
2.3	Objetivos de la investigación.....	68
2.3.1	Objetivo general.....	68
2.3.2	Objetivos específicos.....	68
2.4	Supuestos de la investigación.....	68
2.5	Selección de los sujetos de estudio.....	69
2.5.1	Criterios de selección.....	70
2.6	El trabajo de campo.....	72
2.6.1	Primera etapa: Trabajo de campo exploratorio.....	72
2.6.2	Segunda etapa: Incorporación de nuevas escuelas.....	76
2.6.3	Tercera etapa: Selección de los casos de estudio mediante escuelas secundarias públicas.....	77
2.6.4	Cuarta etapa: Selección de casos de estudio por medio de la técnica de Bola de Nieve.....	799
2.7	Entrevistas cualitativas en profundidad.....	83
2.7.1	Ejes temáticos de las entrevistas.....	84
2.8	Estrategia analítica: Las tipologías en el análisis social.....	86
2.8.1	Ventajas y limitantes del método tipológico.....	88

CAPÍTULO III: CONTEXTO DE LA INVESTIGACIÓN

	91
3.1	La maternidad adolescente en México.....	91
3.1.1	Antecedentes.....	91
3.1.2	Incorporación de la perspectiva de Salud Sexual y Reproductiva.....	93
3.1.3	Panorama de la salud sexual y reproductiva de las jóvenes mexicanas.....	96
3.2	Dinámica de la fecundidad y el embarazo adolescente: Caso de la frontera norte... 101	
3.2.1	Tijuana como un escenario de alta inmigración y sus implicaciones analíticas. 105	
3.2.1.1	¿Qué entender por un escenario de alta inmigración?.....	105
3.3	Situación juvenil en Baja California: Un panorama sociodemográfico.....	110

CAPÍTULO IV: CONVERTIRSE EN ADULTAS DESDE LA PERSPECTIVA DE LAS MADRES ADOLESCENTES

	121
4.1	Las transformaciones corporales: Dicotomía entre el sentirse señorita y no querer crecer. 125	
4.1.1	Vivencia de temor y vergüenza: Una experiencia que no se platica.....	126
4.1.2	La referencia a las hermanas mayores y el conocimiento sobre los cambios corporales. 130	
4.1.3	Sentirse señorita a partir del primer período menstrual.....	132
4.1.4	Tener las hormonas alborotadas: noviecitos de manita.....	136
4.2	Pasar por la escuela: estar en la edad de socializar.....	137
4.2.1	Tomar de decisión: A cuál escuela asistir y la decisión de dejarla.....	139
4.2.2	Los amigos y las pertenencias.....	144
4.2.3	Sentirse grande estando en la escuela.....	147
4.2.4	La escuela como escenario amoroso.....	148

4.2.5	Trabajar y estudiar.....	150
4.3	Sentirse libres: deseo de escapar del control parental.....	152
4.3.1	Deseo de libertad a partir de la unión.....	153
4.3.2	Sentimiento de libertad frente al proyecto migratorio.....	1577
4.3.3	La “Prepa” como escenario de autonomía.....	158
4.3.4	Distanciamiento de los padres como una forma de sentirse libres.....	159

CAPÍTULO V: “SI ME SALE UN BUEN MARIDO”. NOVIAZGO, INCIACIÓN SEXUAL Y VIDA EN PAREJA ENTRE LAS MADRES ADOLESCENTES 163

5.1	Trayectoria convencional-deseada: Primera unión-Embarazo-Maternidad.....	167
5.1.1	La vida amorosa-noviazgo.....	171
5.1.2	La decisión de estar con él e iniciación de la vida sexual:	174
5.1.2.1	<i>Control parental.</i>	175
5.1.2.2	<i>Sentimiento de soledad y deseo de protección.</i>	177
5.1.2.3	<i>Iniciación sexual:</i>	178
5.1.3	Calidad de la relación de pareja.....	179
5.2	Transición esperada: Embarazo-Primera unión.	181
5.2.1	Vida amorosa-noviazgo.....	185
5.2.2	“En la calentura no se piensa”: Inicio de la vida sexual.....	185
5.2.3	La decisión de estar con él e inicio de la vida en pareja.....	187
5.2.4	La calidad de la relación de pareja.	190
5.3	Transición disruptiva: Embarazo y maternidad fuera de la vida en pareja.....	194

CAPÍTULO VI: TIPOLOGÍAS DE MATERNIDAD ADOLESCENTE RE-SIGNIFICADA 201

6.1	Proceso de construcción de la tipología.....	202
6.2	Tipo 1. De la maternidad adolescente como evento deseado a la equivocación.	205
6.2.1	Experiencia del primer embarazo: El deseo de ser madres.	206
6.2.2	Maternidad y crianza: Una responsabilidad.	209
6.2.3	No me arrepiento de mis hijos, sí de haberme ido con él.....	212
6.3	Tipos 2. “De la maternidad adolescente como equivocación a la reparación”, tipo 3. “De la maternidad adolescente como equivocación al amor por los hijos” y tipo 4. “De la maternidad adolescente como equivocación al deseo de autonomía”.....	213
6.3.1	Experiencia del primer embarazo: “Cometí el error”.....	213
6.4	Tipo 2. De la maternidad adolescente como equivocación a la reparación.	218
6.5	Tipo 3: De la maternidad adolescente como equivocación al amor por los hijos.....	224
6.6	Tipo 4: De la maternidad adolescente como equivocación al deseo de autonomía. .	229
6.6.1	No estaba en la edad pero no me arrepiento.....	232
6.7	Reflexión en torno al contexto de alta inmigración.	239

CONCLUSIONES.....	241
Hallazgos relevantes.	242
Aportaciones metodológicas.	253
Reflexiones en torno al contexto de alta migración.	254
Aportes en torno a políticas públicas.....	256

BIBLIOGRAFÍA	258
ANEXOS	cclxxvii
9.1 Anexo I. Cuestionario de selección de casos.	cclxxvii
9.2 Anexo II: Estrategia metodológica. Escuelas secundarias públicas seleccionadas durante el trabajo de campo.....	cclxxviii
9.3 Anexo III. Ejes temáticos ampliados para la entrevistas en profundidad.	cclxxix
9.4 Anexo VI. Consentimiento informado.....	cclxxxii
9.5 Anexo V: Categorías de análisis.	cclxxxiii
9.6 Anexo VI. Procesos de codificación: Familias de códigos.....	cclxxxix

ÍNDICE DE CUADROS

Capítulo II.

Cuadro 2.2. Distribución porcentual de cuestionarios aplicados a madres de familia en seis escuelas secundarias públicas de la zona metropolitana de Tijuana, según la edad actual de las mujeres y la edad a la primera maternidad. 76

Cuadro 2.3. Perfil de las informantes participantes en la investigación, con edades entre los 25 y 35 años, que tuvieron un primer hijo nacido vivo en la adolescencia, y residentes en Tijuana al momento de la entrevista, según características de origen y la estrategia de selección de los casos. 81

Cuadro 2.4. Orden de ocurrencia de los eventos: primera relación sexual, primer hijo y primera unión y el nivel de escolaridad de las mujeres entre 25 y 35 años, con un primer hijo en la adolescencia y residentes en Tijuana, según la estrategia de selección de los casos- 82

Capítulo III.

Cuadro 3.1. Proporción de adolescentes residentes en Tijuana con al menos un hijo nacido vivo de acuerdo a la entidad federativa de nacimiento y grupos de edad..... 116

Cuadro 3.2. Proporción de adolescentes entre 15 a 19 años con al menos un hijo a nivel nacional, estatal y municipal, según nivel de instrucción alcanzado. 117

Cuadro 3.3. Proporción de adolescentes residentes en Tijuana con al menos un hijo nacido vivo, de acuerdo a la situación conyugal y grupo de edad. 118

Capítulo IV.

Cuadro 4.1. Características de origen de las mujeres, madres adolescentes entrevistadas, residentes en Tijuana, según el grupo de selección para la elaboración de las entrevistas. 124

Cuadro 4.2. Características de las madres adolescentes entrevistadas, residentes en Tijuana, según la vivencia de su primera experiencia menstrual. 127

Cuadro 4.3. Temporalidades que las mujeres madres adolescentes, residentes en Tijuana, pasaron por la escuela durante la adolescencia. 140

Capítulo V.

Cuadro 5.1. Trayectorias amorosas de las mujeres madres adolescentes, residentes en Tijuana de acuerdo a la secuencia de eventos experimentada. 167

Cuadro 5.2. Perfil de mujeres madres adolescentes, residentes en Tijuana, que experimentaron la trayectoria convencional-deseada, según características de la primera unión..... 170

Cuadro 5.3. Casos de mujeres residentes en Tijuana, madres adolescentes, que siguieron la trayectoria esperada. 183

Cuadro 5.4. Casos de mujeres residentes en Tijuana, madres adolescentes, que siguieron la trayectoria disruptiva. 196

Capítulo VI.

Cuadro 6.1 Descripción de la tipología de maternidad adolescente re-significada distinguiendo los cuatro tipos identificados. 205

Anexos.

Cuadro 9.1. Escuelas secundarias públicas de Tijuana seleccionadas en la segunda parte del trabajo de campo, por delegación y colonia. cclxxviii

Cuadro 9.2. Número de entrevistas realizadas con mujeres entre 25 a 35 años que tuvieron un primer hijo en la adolescencia y que residen en el municipio de Tijuana, según la secundaria pública de la que hacen parte sus hijos.....cclxxviii

ÍNDICE DE ESQUEMAS

Esquema 2.1 Proceso de construcción de la tipología de la maternidad adolescente re-significada	90
Esquema 5.1 Trayectoria convencional-deseada experimentada por cinco de las entrevistadas.	169
Esquema 5.2 Trayectoria esperada, experimentada por 16 casos de las entrevistadas.	181
Esquema 5.3 Trayectoria disruptiva experimentada por tres casos de las entrevistadas.....	194
Esquema 6.1 Proceso de construcción de la tipología de maternidad adolescente re-significada.	203
Esquema 6.2 Acercamiento al proceso de re-significación de la maternidad adolescente.....	204

INDICE DE ILUSTRACIONES

Ilustración 1. Estructura por edad de la población a nivel nacional, según Censo General de Población y Vivienda 2010.	111
Ilustración 2. Estructura por edad de la población de Baja California, según Censo General de Población y Vivienda 2010.	111
Ilustración 3. Estructura por edad de la población de Tijuana, según el Censo General de Población y Vivienda 2010.	112

INTRODUCCIÓN

La presente investigación tiene como objetivo general *Analizar la manera en las mujeres residentes en contexto de alta inmigración significan la experiencia de la maternidad adolescente dentro de su trayectoria de vida y se construyen como sujetos, aportando elementos teóricos que contribuyan a ampliar la comprensión de la maternidad adolescente como una experiencia*. Como punto de partida, se puede señalar que la maternidad adolescente constituye una temática ampliamente abordada desde la década de los años ochenta, y se lo ha explorado desde distintas perspectivas analíticas y teórico-conceptuales. En América Latina, y en particular en México, el tema ha tenido un amplio recorrido, logrando incrementar su comprensión e identificando los factores que se relacionan con su ocurrencia. García (2012) sugiere que la persistente atención del embarazo y maternidad adolescente por las distintas disciplinas de las ciencias sociales ha logrado reubicarlo de un discurso de riesgo y desviación de la norma a uno de vulnerabilidad y desigualdad social. Igualmente, la autora considera que estos cambios en la producción de conocimiento en torno al tema han promovido su delimitación, dando cuenta de las especificidades que adquiere el evento no sólo contextualmente, sino los diversos significados que las jóvenes le confieren al mismo (García, 2012).

Abordajes en torno a la maternidad adolescente: La importancia de una mirada biográfica.

La extensa literatura frente a la maternidad adolescente permite identificar una transformación en el énfasis y nivel de análisis respecto al tema en las últimas décadas, a partir de lo cual es posible identificar dos grandes vertientes interpretativas. En la primera se encuentran los estudios que trazan una relación entre maternidad y pobreza, la cual se considera compleja debido al entrecruzamiento de factores como la inequidad social y factores socioculturales. En la segunda vertientes se ubican los trabajos que conciben a la maternidad adolescente como una experiencia, enfatizando por un lado, las problemáticas en la construcción identitaria de las jóvenes y la estigmatización a la que están expuestas; y del otro, los significados que las jóvenes le otorgan a la experiencia de la maternidad. La presente investigación se apoya en esta última

vertiente, pero propone al mismo tiempo concebir a la maternidad como una experiencia subjetiva lo que privilegia la comprensión de la historia de vida de las mujeres, de sus trayectorias, y de los espacios cotidianos de interacción, dando importancia al género biográfico.

Maternidad adolescente y pobreza.

Los numerosos estudios encaminados a trazar una relación entre pobreza y maternidad adolescente permiten entrever una polémica respecto a su abordaje. Los primeros trabajos en torno al tema se preocuparon por encontrar relaciones causales entre pobreza y maternidad temprana. Estos trabajos son numerosos y han ido construyendo una mirada dominante en torno al tema, desde una perspectiva negativa en torno al mismo. Desde otros trabajos se intenta dilucidar los mecanismos mediante los cuales la maternidad causa pobreza o desventaja social (Cepal y Unicef, 2007). Se ha considerado que un hijo a edades tempranas coarta las trayectorias educativas de las jóvenes y promueve su inserción en trabajos poco remunerados, generando una situación de desventaja social para las adolescentes y sus hijos (Billari y Philipov, 2004). De igual forma, se ha sugerido que la maternidad temprana incentiva la reproducción intergeneracional de la pobreza, promueve uniones inestables, estimula patrones reproductivos tempranos en los hijos de madres adolescentes, y produce una mayor descendencia al final de la vida reproductiva de las mujeres, lo cual dificulta la movilidad social ascendente entre las jóvenes (Buvinic, 1998).

Las críticas a esta postura han sido numerosas. Furstenberg (2007) propone que al argumento de la maternidad adolescente como elemento que incentiva la pobreza subyace una preocupación respecto a una nueva forma de ejercer la maternidad entre las jóvenes: aquella que se produce fuera del matrimonio, socavando el ideal de familia nuclear. Respecto a la preocupación por la inestabilidad de las uniones, una investigación llevada a cabo con adolescentes urbanas en Colombia (Salazar et al., 2008) encontró que la maternidad adolescente no parecía constituir un obstáculo para la consolidación de uniones estables y duraderas. En la misma dirección Stern y Menkes (2008) señalan que, para el caso mexicano, contrario a lo que cree, la mayoría de los embarazos tempranos ocurren dentro de la unión. Sumado a lo anterior, algunos estudios han demostrado que gran parte de las adolescentes deja la escuela mucho antes

del nacimiento del primer hijo (Stern y Menkes, 2008; Llanes, 2010), sugiriendo que no es posible asumir que la maternidad sea la causa principal para interrumpir la trayectoria educativa de las jóvenes. Los hallazgos anteriormente señalados subrayan la importancia de analizar no sólo a las adolescentes en el momento en que son madres, sino también al mediano y largo plazo para diferenciar con mayor facilidad el efecto de la maternidad en la trayectoria de vida.

Las críticas anteriores promovieron un giro en la manera de concebir la relación entre pobreza y maternidad adolescente. La mirada al largo plazo de las trayectorias de vida de las jóvenes, así como las comparaciones entre mujeres de un mismo sector socioeconómico sugirió que más que una causa, la maternidad era consecuencia de la situación de desventaja social en la que se encuentran las jóvenes, antes del nacimiento del primer hijo (Furstenberg, 2007). Se encontró que largo plazo la maternidad no constituye un elemento que explique las trayectorias desventajosas de las mujeres. Aunque las diferencias al poco tiempo del nacimiento del primero hijo (interrupción escolar y dependencia de los subsidios estatales) entre las madres adolescentes y aquellas que no lo fueron eran evidentes, a la edad adulta éstas tendían a diluirse. Otros estudios llegaron a resultados similares usando otras estrategias analíticas. Geronimus y Korenman (1992) realizaron una investigación con hermanas que tuvieron hijos a diferentes edades para dar cuenta de la manera en que el entorno social, y la socialización en la infancia, constituían variables explicativas de gran trascendencia, en detrimento de la edad a la cual fueron madres.

Es importante mencionar que en la década del noventa se produce un giro analítico importante en la manera de abordar el fenómeno, cobrando gran interés la manera en que el embarazo y la maternidad adolescente se producían de forma diferenciada en los diferentes contextos económicos (García, 2012). Dentro de esta perspectiva, un estudio comparativo entre áreas metropolitanas y departamentos de ultramar en Francia sugiere que la precocidad de la fecundidad es relativa; ya que lo que se considera temprano en algunos contextos, constituye un modelo reproductivo deseado en otros (Breton, 2011). A partir de conceptos como: resistencia a las normas, o fractura reproductiva, Breton (2011) intenta explicar por qué algunas mujeres continúan teniendo hijos antes de los 25 años, edad que en el contexto francés se considera prematuro. El autor plantea que las resistencias a la disminución de la fecundidad

están vinculadas con condiciones socioeconómicas, a partir de las cuales la estrategia de ser madre constituye una mejor opción para las jóvenes que, por ejemplo buscar empleo.

García (2012) señala que para el caso mexicano la relación entre embarazo adolescente y sector socioeconómico se dio de forma más tardada, y la atención se centró primero en la caracterización de las jóvenes y sus familias, y se extendió, en los años recientes, al vínculo entre comportamiento reproductivo y nivel socioeconómico. Así, se fue trazando un perfil que evidenciaba ciertas regularidades entre las adolescentes embarazadas: gran parte de ellas proveían de familias ubicadas pertenecientes a nivel socioeconómico bajo, había mayor incidencia de embarazos en áreas rurales de país, los padres de las jóvenes evidenciaban bajos niveles educativos, las jóvenes iniciaban sus relaciones sexuales a edades más tempranas, y sus madres habían tenido (en su mayoría) un hijo a edades tempranas (García, 2012).

Un estudio llevado a cabo en México por Stern y Menkes (2008) sugiere que el embarazo adolescente debe considerarse un fenómeno que se manifiesta de manera heterogénea, y su ocurrencia es diferenciada de acuerdo a los sectores socioeconómicos. El supuesto fundamental de esta investigación es que el nivel de vida del hogar en el que la adolescente fue socializada guarda un vínculo estrecho con las probabilidades de un embarazo temprano. Entre los resultados más significativos se puede subrayar que los sectores bajos evidencian las edades más tempranas al nacimiento de los hijos, lo cual puede deberse a que constituyen estratos mayoritariamente rurales en los cuales la unión y la maternidad se experimentan de forma más temprana. Además, los autores destacan que la mayor parte de embarazos adolescentes producidos en los sectores bajos y medios ocurren entre adolescentes casadas o unidas, estableciendo una relación entre el sector socioeconómico, las expectativas de conformación familiar y la maternidad. Por ello, se argumenta que el sector socioeconómico de origen de las mujeres determina en gran medida las trayectorias de vida, y las prácticas reproductivas entre las adolescentes (Stern y Menkes, 2008).

En esta misma dirección, Stern (2012) llevó a cabo un estudio acerca de los significados e implicaciones del embarazo adolescentes en diferentes sectores sociales¹, argumentando que el

¹ Stern (2012) señala que cada uno de los contextos socioeconómicos debe entenderse como un *tipo ideal* dentro del escenario mexicano.

escenario donde ocurre el embarazo otorga un significado distinto a esta experiencia y tiene implicaciones diversas. El sector *rural-tradicional* se caracteriza por una disminución en la percepción de la duración de la adolescencia, por tanto el embarazo adolescente parece socialmente aceptado en tanto representa el comienzo de la conformación de una familia. En el sector *urbano-marginal* por su parte, el embarazo ocurre con menor frecuencia, y aunque no constituye una norma reproductiva, representa una opción a los problemas familiares y una posibilidad ante la falta de oportunidades. El sector *urbano-popular*, en el que se tuvo en cuenta a la población de clase media a baja, se caracteriza por una postergación de la edad a la unión y un incremento de la edad a la salida de la escuela, por lo cual el embarazo puede representar un evento *inesperado* que repercute en las posibilidades de movilidad social. Asimismo, en este escenario el embarazo adolescente constituye una contradicción entre normas tradicionales, las cuales se resisten al ejercicio de la sexualidad antes de la unión, y las prácticas cotidianas en las que dichas relaciones ocurren. Finalmente, el sector *clase media y media-alta*, donde el fenómeno ha sido poco estudiado, caracterizados por mayores aspiraciones educativas y por un período más extendido de dependencia económica de los padres. El embarazo temprano puede ocurrir por accidente, pero también por el deseo entre parejas jóvenes o mujeres solteras (Stern, 2012).

Maternidad como experiencia.

A pesar de las contribuciones de los estudios enmarcados en la vertiente anterior, la búsqueda de patrones diferenciales de acuerdo a variables sociodemográficas como la edad, el nivel de instrucción, el lugar de residencia, el nivel socioeconómico y la pertenencia étnica de las adolescentes hace complicada su articulación con la dimensión individual o subjetiva de la maternidad (Le Van, 1998; Adaszco, 2005; Breheny y Stephens, 2007; Climent, 2003; Portier, 2009).

Los estudios enmarcados en la perspectiva de la maternidad adolescente como una experiencia subjetiva intentan comprenderla desde un nivel analítico distinto, enfatizando en las narrativas y los significados que las propias adolescentes le confieren a dicha experiencia, y las interrelaciones con otras vivencias. La comprensión de la maternidad adolescente como

experiencia de vida remite a una concepción particular de actor social, en la que las madres adolescentes son percibidas como sujetos que construyen significados y, a pesar de los constreñimientos sociales y económicos, son capaces de tomar decisiones, construir, negociar y reconfigurar nuevas identidades como madres y adolescentes a lo largo de su trayectoria de vida.

Las investigaciones insertas dentro de esta perspectiva son menos numerosas, y más recientes que las mencionadas en los apartados anteriores (Breheny y Stephens, 2007). La revisión de la literatura permitió entrever planteamientos importantes abordados desde la psicología, la antropología y la sociología, como lo son: las implicaciones del embarazo y la maternidad en la construcción identitaria de las jóvenes (Muñoz, Silva y Álvarez, 2001; Molina, 2003, Traverso, 2007), la significación de la maternidad como una opción deseada por las adolescentes (Le Van, 1998; Durand, 2005; Barrewaertz y Noirhomme, 2006), la reconfiguración de los vínculos familiares tras la maternidad (McDermott, Graham y Hamilton, 2005; Mottrie, De Coster y Duret, 2006; Portier, 2007), y la tensión que existe entre las prácticas resilientes manifestadas por las madres adolescentes y la estigmatización que éstas enfrentan (McDermott, Graham y Hamilton, 2005; Portier, 2007, 2009; Hunt, et al., 2011).

Maternidad adolescente como una opción deseada.

Desde la psicología se ha considerado que la maternidad adolescente tiene costos en la construcción subjetiva de las adolescentes; ya que implica asumir un rol materno sin que éstas se encuentren preparadas para hacerlo (Muñoz, Silva y Álvarez, 2001). De igual forma, Valdivia y Molina (2003) consideran que una maternidad temprana acelera la transición a la adultez, desencadenando conflictos identitarios por la multiplicidad de roles que deben desempeñar las jóvenes (Dadoorian, 2000). Igualmente, Traverso (2007) menciona el riesgo psicosocial que deben enfrentar las madres adolescentes como consecuencia de la interrupción del proceso de separación e individuación característico de la adolescencia. Desde esta mirada, la maternidad no permite que las adolescentes desarrollen las capacidades cognitivas asociadas a esta etapa de la vida.

Le Van (1998) plantea que un aporte significativo de estos estudios es la visibilidad de la maternidad y el embarazo adolescente como una opción deseada en algunos contextos, en detrimento de las explicaciones sobre la ocurrencia accidental de los embarazos debido a la ausencia de información sobre la anticoncepción ente los y las jóvenes. No obstante, la mayoría de estos estudios comprenden a la adolescencia como un período de crisis y conflictos identitarios, por lo que la maternidad adolescente sería resultado de dichas problemáticas. De acuerdo con Le Van (1998), esta idea trae implícita o explícitamente una pretensión universalista de adolescencia, pasando por alto la pluralidad de situaciones individuales, familiares, y los factores socioculturales asociados a la maternidad y a la adolescencia (Le Van, 1998).

En contraposición con las investigaciones anteriores, desde la antropología se ha considerado el embarazo y la maternidad adolescente como una opción deseada, y la manera en que estos eventos se inscriben en la historia subjetiva y objetiva de las adolescentes, (Le Van, 1998). Un estudio llevado a cabo en la ciudad de Recife-Brasil con adolescentes de un barrio popular revela que la maternidad constituye una opción planeada, deseada y esperada por la mayoría de las jóvenes (Durand, 2005). La construcción identitaria de las adolescentes está íntimamente vinculada con el hecho de convertirse en “mujeres adultas”, lo cual pasa por las transformaciones corporales, por el embarazo, por la maternidad, y está atravesada por la propia percepción que las jóvenes tienen de lo femenino (Durand, 2005). La identidad de éstas adolescentes se construye a partir del embarazo y del reconocimiento de su estatus de madre, explicando la maternidad deseada en un contexto en el que los roles de género se encuentran fuertemente diferenciados. Asimismo, un estudio llevado a cabo con adolescentes chilenas en situación de desventaja social sugiere que la maternidad constituye un proyecto gratificante para las jóvenes. En un escenario caracterizado por privaciones sociales y económicas la maternidad se torna en un proyecto de vida deseado para las adolescentes.

De igual forma, en un contexto cultural distinto, Le Van (1998) realizó un estudio con madres adolescentes pertenecientes a diferentes regiones de Francia a partir del cual se argumenta que el embarazo y la maternidad pueden tener una lógica de inserción social. La autora señala que la decisión de las adolescentes por ser madres se inscribe en su historia individual y de pareja,

así como también en el contexto socioeconómico de pertenencia. El valor analítico del trabajo de Le Van (1998) es su esfuerzo por caracterizar las distintas motivaciones manifestadas por las adolescentes para convertirse en madres. Sugiere la necesidad de diferenciar el embarazo como rito de iniciación, en el que se manifiesta un deseo de estar en embarazo más que de una maternidad asumida, del deseo de “tener un hijo”, en el cual la maternidad es deseada con el propósito de adquirir un estatus socialmente reconocido y conformar una familia. Sumado a lo anterior, Barrewaertz y Noirhomme (2006) sugieren para el caso de Bélgica que la maternidad deseada se encuentra asociada con factores culturales; ya que la valorización del embarazo a edades tempranas, como medio para conformar una familia, se inscribe fuertemente entre las adolescentes de familias migrantes.

Dentro de la misma postura Marcús (2006) lleva a cabo una investigación con madres adolescentes argentinas pertenecientes a sectores populares. La autora sugiere que, pese a la diversidad de vivencias en torno a la maternidad de acuerdo a la situación de marginación, la precariedad material, la inestabilidad ocupacional, y la ausencia de espacios de participación, la mayor parte de las adolescentes de su estudio considera que la maternidad les provee identidad como mujeres, valor y prestigio. Marcús (2006) señala que los hijos tienen un valor simbólico en la medida en que confieren legitimidad social a las mujeres, gratificación emocional y son percibidos como fuente de poder. Las adolescentes manifiestan que la maternidad es una posibilidad de tener un proyecto de vida propio, y proporciona sentido a sus vidas (Marcús, 2006).

Es importante mencionar que muchas veces el deseo de ser madres guarda un estrecho vínculo con el deseo de conformación de un hogar, y en este sentido el papel de la pareja cobra relevancia (Le Van, 1998). La autora sugiere que el deseo de un hijo no es exclusivamente femenino. Para algunos varones jóvenes, la paternidad constituye el motor la transición a la edad adulta. Sumado a ello, se sugiere que en algunos casos la maternidad se encuentra asociada con el deseo de formalizar la relación de pareja, y del reconocimiento social y familiar de la relación amorosa (Le Van, 1998).

Sin embargo, no hay que perder de vista algunas tensiones de los estudios anteriores. Le Van (1998) sugiere la importancia de tener presente que las adolescentes que acceden voluntariamente a la maternidad también se adhieren a una representación hegemónica de lo femenino, desde la cual se asume que la maternidad legitima su rol como mujeres dentro y fuera de la familia. De igual forma, Marcús (2006) sostiene que el sentido que las adolescentes atribuyen a la maternidad está íntimamente vinculado con las relaciones de género, por lo que la mayoría de las jóvenes perciben la maternidad como un hecho natural, como un destino inherentemente femenino; cuestiones que deben ser problematizadas en los trabajos en torno al tema.

Reconfiguración de vínculos familiares.

Otro de los elementos mencionados en la literatura en torno a la maternidad adolescente como experiencia de vida es la reconfiguración de los vínculos familiares que experimentan las adolescentes una vez que se convierten en madres (McDermott, et Graham, 2004; Mottrie, De Coster y Duret, 2006; Portier, 2007). Mottrie et al. (2007) sugieren que la maternidad adolescente no implica únicamente la modificación del estatus de hija al de madre, sino un cambio en la representación real y simbólica de la posición que las jóvenes tienen en la familia. Partiendo de la antropología, las autoras explican la transformación de las funciones familiares conforme los hijos crecen. Los autores sugieren que la maternidad adolescente acelera el paso de una función de sustento o alimentaria, basada en el soporte financiero, afectivo, y material de padres a hijos, a una función filial, la cual vincula al individuo a una estructura simbólica que reglamenta los roles y las identidades al interior de la familia (Mottrie et al., 2007). Un hijo en la adolescencia confiere a las jóvenes una identidad social reconocida, y una identidad de adulta filiativa que transmitirá posteriormente a sus propios hijos.

Sumado a lo anterior, McDermott, Graham y Hamilton. (2004) sostienen que las relaciones familiares son fundamentales en la manera en que las adolescentes asumen y valoran la maternidad. Entre mayor sea la aceptación familiar de un embarazo, las adolescentes podrán enfrentar más fácilmente la estigmatización social y conferir un sentido positivo a su experiencia. De esta manera, las madres adolescentes deben negociar constantemente su

posición como madres e hijas dentro de la estructura familiar con el fin de obtener el soporte material y afectivo necesario para significar su experiencia como madres (Portier, 2007).

Tensiones entre resiliencia y estigmatización.

La revisión de la literatura también evidencia que la construcción de la maternidad como una experiencia de vida se encuentra bajo una tensión entre la manera en que la sociedad concibe dicho evento, a través de discursos políticos e institucionales, y como las jóvenes lo experimentan. En esta dirección, algunas investigaciones sugieren que las adolescentes manifiestan mecanismos adaptativos, proveen discursos positivos y le otorgan un sentido a la maternidad, elementos considerados como prácticas resilientes por varios autores (McDermott, Graham y Hamilton., 2004; Becker, 2009; Nóbrega, 2009; Portier, 2007; Hunt, et al., 2011).

Sin ahondar en la conceptualización del término de resiliencia, debido a que supera el objetivo del presente ensayo, es posible definirla como los recursos que desarrollan los individuos o los grupos para superar situaciones adversas (Schiera, 2005). En los trabajos revisados en torno al tema se la concibe como un factor de protección para hacer frente a las contextos desfavorables (McDermott, Graham y Hamilton., 2004; Portier, 2007). Es importante tener en cuenta que las investigaciones enmarcadas en esta vertiente no consideran a la maternidad adolescente como una situación adversa en sí misma. Sino más bien, se sugiere que las condiciones desfavorables que pueden enfrentar las adolescentes se agudizan como consecuencia de la estigmatización que éstas experimentan (McDermott, Graham y Hamilton., 2004; McDermott y Graham, 2005; Becker, 2009; Nóbrega, 2009; Portier, 2007; Hunt, et al., 2011).

El vínculo entre resiliencia y estigmatización ha sido ampliamente abordado en el Reino Unido. En dicho contexto ha adquirido gran importancia debido al arduo debate en torno a las madres adolescentes como problema público, consecuencia de las elevadas tasas de fecundidad de este grupo de edad en comparación con el resto de Europa occidental (Portier, 2007). Bajo el escenario anterior, McDermott, Graham y Hamilton (2004) sugieren que las trayectorias de vida de las madres adolescentes en el Reino Unido se caracterizan por dos factores los cuales generan una tensión entre estigmatización y resiliencia. Primero, una situación de desventaja social, y

segundo un posicionamiento discursivo de las madres adolescentes fuera de los límites de la maternidad normativa. Los autores proponen que la estigmatización hacia las madres adolescentes apunta en dos direcciones. Por un lado, se las considera sin la preparación psicológica ni educativa suficiente para ejercer la maternidad, lo que puede tener repercusiones en el desarrollo de sus hijos. Del otro lado, son percibidas como mujeres víctimas de la pobreza y la violencia intrafamiliar, vulnerables y pasivas, sobre las cuales hay que intervenir mediante políticas (McDermott, Graham y Hamilton, 2004).

Sumado a ello, investigaciones llevadas a cabo en Australia (Becker, 2009), Estados Unidos (Hunt et al., 2011), y Perú (Nóblega, 2009) plantean que las adolescentes invierten en la identidad de buena madre como una práctica resiliente contra la estigmatización, y para escapar al posicionamiento discursivo en el que se las ha enmarcado. Los estudios convergen en el argumento de que las adolescentes tienen una percepción positiva de su rol como madres, resignificado el estigma asociado a la maternidad temprana. De igual forma, se ha sugerido que las jóvenes encuentran en la maternidad ímpetus para terminar la escuela, insertarse en el mercado de trabajo y mejorar las relaciones familiares (Nóblega, 2009; Hunt et al., 2011).

Sin embargo, invertir en la identidad de buena madre como práctica resiliente puede generar una contradicción. La resistencia de las madres adolescentes a los discursos hegemónicos que las estigmatiza se enmarca dentro del mismo marco normativo que ellas intentan rechazar. Las jóvenes construyen una identidad de buena madre en función de sus hijos, y los cuidados que proveen, reproduciendo la mirada normativa desde la cual se ha calificado a la maternidad adolescente como problemática (McDermott, Graham y Hamilton, 2004). Así pues, los discursos alternos de las madres adolescentes se sustentan sobre representaciones hegemónicas y normativas de la maternidad, asociada a los cuidados y responsabilidades maternas como labores exclusivamente femeninas. Además, varios autores plantean la necesidad de reconocer que las prácticas resilientes están insertas dentro de un contexto de inequidades socioeconómicas estructurales, las cuales hacen que la maternidad sea la única forma de encontrar un reconocimiento y estatus social (Le Van, 1998, Becker, 2009). Otra crítica que se ha realizado a esos estudios es que consideran a la maternidad como una oportunidad para que las adolescentes “organicen” el “desorden de sus vidas”, y fortalecer el sentido de la

responsabilidad. Desde esta mirada se continúa posicionando a las adolescentes como sujetos problemáticos, persistiendo en la adolescencia como un período conflictivo (Breheny y Stephens, 2007).

Los estudios mencionados anteriormente permiten entrever las distintas dimensiones tenidas en cuenta al abordar el evento de la maternidad adolescente como una experiencia subjetiva. Sin embargo, vale la pena subrayar que las investigaciones anteriores se han limitado a abordar la vivencia de la maternidad durante el momento en que las adolescentes se convirtieron en madres, o bien durante el embarazo limitando la comprensión del fenómeno a un momento particular en el tiempo. Esta mirada al corto plazo ha promovido la conceptualización del evento en términos negativos o problemáticos dificultando identificar con claridad la manera en que las jóvenes hacen frente a esta experiencia, sortean las circunstancias que se les van presentando a lo largo de sus biografías y dan sentido a su experiencia de acuerdo a la articulación de diferentes vivencias.

En este sentido, la presente investigación se propuso responder a la siguiente pregunta *¿Cómo las mujeres que fueron madres durante la adolescencia significan la experiencia de la maternidad a lo largo de sus trayectorias juveniles y se construyen como sujetos en un contexto de alta inmigración?* De igual forma, se plantearon las siguientes preguntas específicas:

- ¿Cómo las mujeres que fueron madres por primera vez en la adolescencia reconstruyen la experiencia de la maternidad en sus relatos de vida?
- ¿Cómo las mujeres que tuvieron un primer hijo siendo adolescentes comprenden a la adolescencia como período de la vida?
- ¿Cómo se despliega y opera la capacidad reflexiva de las mujeres que tuvieron un primer hijo en la adolescencia?
- ¿De qué manera se relaciona la experiencia de la maternidad adolescente con otras experiencias a lo largo de la trayectoria biográfica de las mujeres?

- ¿De qué manera los recursos económicos, familiares y subjetivos inciden en los procesos de subjetivación de las madres adolescentes, y la significación de su experiencia como madres jóvenes?
- ¿Cómo incide la ciudad de Tijuana, como escenario de alta inmigración, en la construcción subjetiva de las madres adolescentes?

De igual forma, los objetivos específicos planteados fueron los siguientes:

- Analizar, a través de relatos de vida, los procesos de subjetivación juvenil de las mujeres que fueron madres en la adolescencia y que residen en un contexto de alta inmigración.
- Comprender los significados que las mujeres residentes en un escenario de alta inmigración le otorgan a la maternidad adolescente, teniendo en cuenta sus transformaciones en el tiempo.
- Analizar los vínculos que existen entre las significaciones de la experiencia de la maternidad adolescente y la ocurrencia de otras experiencias de vida a lo largo de las biografías de las mujeres, situando dichas significaciones temporal y contextualmente.
- Comprender la influencia de Tijuana, como escenario de alta inmigración, en la manera en que la maternidad adolescente es significada por las mujeres a lo largo de sus biografías.

Situar la investigación en un contexto de alta inmigración como es Tijuana adquiere relevancia en la medida en que los flujos migratorios densifican los intercambios culturales, promueven la relocalización residencial de familias de diferentes orígenes migratorios; así como la reconfiguración de las prácticas sociales, las recomposiciones en el ámbito familiar y la construcción de nuevas redes sociales.

Para cumplir con el objetivo planteado se propuso un diseño metodológico enmarcado en el método biográfico y se empleó como herramienta metodológica los relatos de vida, los cuales posibilitaron la identificación de acontecimientos centrales en la vida de las mujeres (como lo es la maternidad en la adolescencia) considerados como estructuras de significado y anclajes que organizan y reconfiguran las biografías. El trabajo de campo se llevó a cabo entre octubre de 2012 y agosto del 2013, período en el cual se realizaron entrevistas en profundidad a 24 mujeres jóvenes entre 25 a 35 años residentes en Tijuana. El proceso de selección de las informantes se llevó a cabo utilizando dos estrategias que permitieron dividir a las mujeres en

dos grupos específicos: Por un lado, se realizó una selección a través de los hijos de las mujeres, mediante las escuelas secundarias públicas donde éstos estudiaban obteniendo un grupo caracterizado por experimentar una situación de desventaja socioeconómica durante su adolescencia; y del otro, se empleó la técnica de *bola de nieve* para acceder a un segundo grupo de informantes caracterizadas por provenir de sectores socioeconómicos de origen más heterogéneos, con un mayor nivel de escolaridad e ingresos de los padres de las mujeres durante su adolescencia.

Asimismo, se realizó trabajo etnográfico en los lugares de residencia de las mujeres entrevistadas, sobre todo en el primer grupo seleccionado; y se llevó a cabo un proceso de acercamiento a las informantes a partir de las relaciones con *porteros* que garantizó el acceso a las escuelas. De igual forma, vale la pena mencionar que durante el trabajo de campo y la elaboración de las entrevistas se expuso claramente a las mujeres, participantes de la investigación, las condiciones de confidencialidad y anonimato de sus relatos. De hecho, este estudio solicitó a las informantes el consentimiento para grabar en audio las entrevistas y se otorgó un seudónimo a cada mujer con el objetivo de garantizar su anonimato, así como el de terceros mencionados en las narraciones.

Supuestos de la investigación.

La revisión de la literatura y el posicionamiento teórico-conceptual incentivaron la construcción de algunos supuestos o argumentos preliminares de la investigación. A medida que el trabajo de campo se desarrollaba, y conforme iban emergiendo los hallazgos, dichos supuestos se fueron cuestionando y transformando, dando cabida a nuevos argumentos para futuras investigaciones, lo cual es planteado en las reflexiones finales de esta investigación.

El primer de ellos tiene que ver con la significación de la maternidad adolescente. Esta investigación partió de la idea que la manera en que las mujeres, residentes en un contexto de alta inmigración, dan sentido a la experiencia de la maternidad adolescente a través de sus biografías se lleva a cabo a partir de ambivalencias, tensiones y negociaciones en al menos tres aspectos. Por un lado, las expectativas sociales frente a la adolescencia como período en

transición y preparación para asumir roles adultos muchas veces no se corresponden con el sentido que algunas mujeres le otorgan a la misma, por lo que la maternidad implica una dislocación de dicha transición. De otro lado, aunque la centralidad de la maternidad en los proyectos de vida femeninos se ha ido debilitando, producto de los cambios sociales de las últimas décadas, aún persisten fuertes imaginarios en los que la maternidad aparece como un proyecto fuertemente deseado por las mujeres, en particular por las jóvenes. Igualmente, la maternidad adolescente trae consigo cambios en las posiciones sociales y roles familiares de las jóvenes reconfigurando sus vínculos y prácticas. Los tres elementos anteriores, entran en tensión promoviendo que las madres adolescentes se construyan a sí mismas como sujetos ambivalentes reinterpretando y re-significando sus vivencias a través del tiempo.

El segundo supuesto planteado al inicio de esta investigación tiene que ver con las diferencias en los procesos de subjetivación de las madres adolescentes. Se consideró entonces que la construcción subjetiva de las madres adolescentes se encuentra mediada por los recursos detentados por éstas, sean económicos, sociales, culturales, simbólicos o vivenciales, los cuales cambian de forma y volumen a través de su trayectoria de vida. Dichos recursos construyen y delimitan *espacios de maniobra* a partir de los cuales las mujeres tienden a valorar sus vivencias, elaborar estrategias y negocian sus experiencias de vida, entre ellas la maternidad y la adolescencia.

Para cumplir con los objetivos planteados y responder a la pregunta de investigación, la tesis doctoral presentada se encuentra organizada de la siguiente manera. En el primer capítulo se expone el posicionamiento teórico-conceptual sobre el cual se sustentó este estudio; el cual se encuentra dividido en dos partes. En la primera se expone la perspectiva teórica sobre la cual se sostiene la investigación, la cual se enmarca en el interés de la sociología contemporánea en la construcción del sujeto y la manera en que se significan y transforman las experiencias de vida. Así, partiendo de la postura de Alain Touraine (2005; 2007) se definió a las mujeres que fueron madres adolescentes como sujetos que *cuentan con la capacidad de reflexionar sobre sí mismos, de construir una historia de vida personal, y de significar sus vivencias cotidianas*. La aproximación a la maternidad adolescente desde la subjetividad implicó subrayar la importancia de dos conceptos centrales para el análisis: los procesos de subjetivación y la ambivalencia. El

primero, alude a los procesos que posibilitan la toma de decisiones de los sujetos y el despliegue de su capacidad reflexiva (Wieviorka, 2012); mientras que el segundo tiene que ver con la capacidad que tienen los sujetos de adaptarse y negociar lógicas que se presentan como excluyentes, para el caso de la madres adolescentes, la combinación y negociación de sus experiencias como jóvenes y como madres. Y en la segunda parte de este capítulo se realiza una discusión sobre las dos categorías centrales en esta investigación: la juventud y la maternidad, resaltando los debates generados en torno a las mismas así como los intentos de definición que se han llevado a cabo.

En el segundo capítulo se expone la estrategia metodológica y analítica llevada a cabo. Se describen las decisiones metodológicas implementadas durante el trabajo de campo, los alcances y limitaciones de las mismas; se exponen los instrumentos de recolección de información, los criterios de selección de los casos de estudio; así como también se da cuenta del perfil sociodemográfico de las informantes que participaron de esta investigación.

En el tercer capítulo, por su parte, se sitúa contextualmente la investigación en dos niveles: uno discursivo y otro territorial. De un lado, se expone el contexto en el cual emergió la maternidad adolescente como objeto de estudio y los diferentes discursos que han permeado las intervenciones frente a este fenómeno. Del otro lado, se situó territorialmente la investigación en un escenario de alta inmigración como lo es Tijuana, subrayando las principales características culturales y demográficas de dicho contexto, la manera en que allí se expresa la maternidad adolescente; así como también, la importancia que tiene el estudio de este fenómeno en dicho escenario.

En los capítulos siguientes se exponen los hallazgos de la investigación y se discuten los alcances de dichos resultados. El capítulo cuatro presenta la manera en que las mujeres que tuvieron un primer hijo en la adolescencia se construyeron como jóvenes a partir de tres ejes analíticos: las transformaciones corporales, el paso por la escuela y deseo de libertad, con el objetivo de entrever los procesos de subjetivación juvenil de las mujeres.

Posteriormente, en el capítulo cinco, se identificó la importancia que guarda el inicio de la vida en pareja y las relaciones amorosas con la manera en que las mujeres dan sentido a la experiencia de la maternidad en la adolescencia. Para ello, se identificaron tres trayectorias experimentadas por las mujeres, de acuerdo al orden en que se produjeron los eventos: primer noviazgo oficial, inicio de la vida sexual, primera unión, primer embarazo y primera maternidad, comprendiendo que las condiciones y circunstancias bajo las cuales sucede el embarazo repercuten en el sentido otorgado a la maternidad. Los hallazgos obtenidos en los capítulos anteriores posibilitaron la identificación de regularidades, patrones y dimensiones compartidas por los diferentes casos considerados, formando grupos a partir de los cuales se pudieran comparar las diferentes formas en que las mujeres significaron, a través de sus biografías, la experiencia de la maternidad adolescente. Para ello, en el capítulo seis, se realizó un esfuerzo por construir una tipología de maternidad adolescente re-significada, compuesta por cuatro grupos o tipos: 1. “De la maternidad adolescente como evento deseado al arrepentimiento”, 2. “De la maternidad adolescente como equivocación a la reparación”, 3. “De la maternidad adolescente como equivocación al amor por los hijos, y “De la maternidad adolescente como equivocación al deseo autonomía”, la cual permitió al acercarnos a la manera en que las madres adolescentes dieron sentido a la experiencia de la maternidad y sus transformaciones a lo largo de sus trayectorias biográficas.

CAPÍTULO I: PERSPECTIVA TEÓRICA Y CONCEPTUAL. LA MATERNIDAD ADOLESCENTE DESDE EL LENTE DE LA SUBJETIVIDAD

Concebir a la maternidad adolescente como una experiencia subjetiva implica pensar a las mujeres como actores sociales que, aunque situadas dentro de espacios culturales concretos, y envueltas en condiciones socioeconómicas específicos, tienen la capacidad de construirse a sí mismas. Aproximarse a la maternidad adolescente desde el lente analítico de la subjetividad acerca esta investigación a la perspectiva teórica de la sociología contemporánea que privilegia la comprensión de la construcción del sujeto; es decir, la manera en que el individuo se transforma en agente capaz de significar y transformar sus experiencias (Touraine 2005, Dubet, 1989; Martuccelli, 2007). De igual forma, es importante mencionar, como sugiere Wieviorka (2012), que el sujeto no puede ser definido como un actor, sino más bien es la capacidad de construirse como actor, de guiar sus experiencias. En este sentido, la presente investigación comprende a las madres adolescentes como sujetos, a partir de la perspectiva de Alain Touraine (1994, 2005, 2007, 2009), definidas como: *la voluntad de ser actores que cuentan con la capacidad de reflexionar sobre sí mismas, de construir una historia de vida personal y de significar sus vivencias cotidianas.*

Desde la mirada anterior, el individuo se despliega en distintas dimensiones. Por un lado, es un actor capaz de reflexionar y plantear estrategias para adaptarse o bien, para modificar los escenarios sociales que muchas veces constriñen y limitan su capacidad de acción; pero al mismo tiempo, también es un sujeto que se apropia de un espacio de representación íntimo de sí mismo (Martuccelli, 2002). De acuerdo con Martuccelli (2007), distintas tradiciones teóricas han realizado esfuerzos por nombrar dicho espacio de representación a partir de términos como autoconciencia, introspección, conciencia de sí e intimidad entre otros; sin embargo, el autor propone que el concepto de subjetividad resulta el más apropiado para designar este ámbito que trasciende el dominio de lo íntimo y envuelve una relación particular con el mundo social. Así, la subjetividad implica una paradoja: se presenta como exceso y déficit de una figura social del individuo. Es decir, no hay dudas que la subjetividad resulta una cuestión indiscutiblemente social, resultado de la interacción y el anclaje del individuo en contextos sociales concretos.

Pero, al mismo tiempo, promueve la certeza de que los individuos cuentan con la capacidad de construirse, de trazarse un camino de vida propio y exceder toda fijación de orden dado, distanciándose de las posiciones que ocupan en el espacio social (Martuccelli, 2002), lo cual se abordará más en profundidad en los apartados siguientes.

Teniendo en cuenta el posicionamiento anterior, el objetivo de este capítulo apunta en dos direcciones. De un lado, busca explicitar los diferentes conceptos que permiten comprender a la maternidad adolescente como una experiencia subjetiva, discutiendo teóricamente los recursos que permean los procesos de subjetivación de las mujeres, como se plantea en la primera parte del presente capítulo. En la segunda mitad del presente capítulo, por su parte, se presenta una discusión sobre los principales conceptos de esta investigación: la juventud y la maternidad, con el propósito de construir un posicionamiento conceptual frente a los mismos que sirvió como recurso analítico para la interpretación de los hallazgos de esta investigación.

Sumado a lo anterior, es importante mencionar que la construcción de este capítulo se llevó a cabo a partir de un proceso flexible entre la teoría y la realidad empírica estudiada. Como sugiere Bourdieu, Chamboredon y Passeron (2008), la dialéctica entre razón-experiencia hace de la construcción de conocimiento un proceso constante que no se agota en un modelo lineal de comprobación de hipótesis o supuestos. Por ello, debido al carácter circular de la investigación, la elaboración del presente capítulo, si bien partió de una postura teórica inicial respecto a la subjetividad ésta se fue enriqueciendo, al tiempo que se problematizaron los argumentos preliminares conforme avanzaba el trabajo de campo y se obtenían hallazgos. Este capítulo es entonces resultado de un conjunto de relaciones entre el conjunto de observaciones empíricas y la problematización de los argumentos teóricos.

1.1 Viraje a la sociología del sujeto: La modernidad y el debilitamiento de los constreñimientos.

El posicionamiento teórico de la subjetividad adquiere relevancia en un escenario en el cual la preocupación por el lugar del individuo en la vida social se ha vuelto central, como consecuencia de los cambios socioeconómicos, políticos y culturales de la segunda mitad del siglo XX. Los condicionamientos sociales en los diferentes campos de la vida ya no son tan directos y

coercitivos, y las estructuras sociales, así como las instituciones, determinan con menor fuerza las conductas de las personas (Bajoit, 2008). Martuccelli (2002) señala que en la época contemporánea la noción de sociedad como un ente integrado se descompone, haciendo que las categorías generales de análisis, tales como el Estado-nación y la clase social pierdan fuerza. Este debilitamiento ha promovido la emergencia de una nueva idea de sociedad, la cual, aunque se la denomine de múltiples maneras (post-industrial, hipermodernidad, post-modernidad o modernidad radical), tiene como característica principal un desplazamiento analítico hacia el sujeto. Así, lo que se explicaba desde algunas teorías sociológicas a partir de la inserción de los actores dentro de lógicas estructurales, en la coyuntura actual se hace necesario considerar el *horizonte del individuo* (Martuccelli, 2007; Araujo, y Martuccelli, 2010).

Las transformaciones mencionadas anteriormente son reflejo de la modernidad, la cual constituye para los autores contemplados en esta investigación y que se adhieren a la perspectiva de la subjetividad, un contexto histórico y social en el que se han desarrollado importantes procesos desencadenado el reconocimiento del sujeto en la comprensión de los fenómenos sociales (Touraine, 1994; Martuccelli, 2002; Wiewiorka, 2012). Así pues, existe un consenso al afirmar que la modernidad representa un punto de quiebre en las relaciones sociales entre los actores así como también, de las relaciones consigo mismos, lo cual ha incentivado una mirada cada vez más fuerte hacia el interior de los individuos, sus capacidades y la creciente *conciencia de sí* (Touraine, 1994; Martuccelli, 2002; Giddens, 2004; Touraine, 2005).

Igualmente, la modernidad ha desencadenado incertidumbres debido a la proliferación de referentes de identidad, complejizando la definición de *lo social* (Pleyers, 2006). La multiplicidad de adscripciones identitarias y la creciente heterogeneidad de la vida social han traído consigo un desfase entre las experiencias vividas y las expectativas sociales frente las mismas, generando que las conductas de los individuos no respondan exclusiva y necesariamente a las estructuras e instituciones (Pleyers, 2006; Martuccelli, 2007). Así pues, los individuos manifiestan una creciente reflexividad, reclamando una mirada analítica que tenga en cuenta la importancia del sujeto y sus experiencias. Por ello, como plantea Bajoit (2008) “(...) los individuos deben optar por ser más actores en sus relaciones con los otros y más sujetos en la relación consigo mismos” (2008: 15).

Otro elemento importante asociado a la modernidad es la multiplicación de principios de diferenciación más allá de la estratificación y la clase social. De acuerdo con Dubet y Martuccelli (2000), las clases sociales no pueden pensarse en términos unitarios. La clase social constituyó durante mucho tiempo un referente fundamental del pensamiento sociológico. Se la consideró una posición estructural definida que ubicaba a los actores dentro del espacio social en referencia a su actividad económica, o inserción en el sistema productivo (Dubet y Martuccelli, 2000). Sin embargo, en la actualidad resulta complicado pensar en dichos términos; ya que las posiciones sociales de los actores se han multiplicado y no remiten exclusivamente a sus actividades económicas. Como sugieren los autores: “Las clases sociales que eran en su comienzo y en un solo y mismo movimiento lo que había que explicar y el principio de explicación, pierden esta capacidad en la medida en que se está en presencia de una complejización de la diferenciación social, de la difusión de ciertos modelos culturales, de la disminución del aislamiento social de ciertos grupos, y de la separación creciente de las dimensiones esenciales de la acción” (Dubet y Martuccelli, 2000: 96). Esta transformación resulta fundamental en el plano teórico al distanciar los criterios de estratificación y dominación. Para los autores, los individuos están expuestos a una pluralidad de dimensiones sociales, muchas veces contradictorias, las cuales no pueden ser unificadas por una consciencia de clase o un principio de estratificación (Dubet y Martuccelli, 2000).

Además de los elementos anteriormente señalados, el planteamiento de Touraine (1994) enriquece las propuestas precedentes. Además de mencionar las características de la modernidad, el autor sugiere la reconsideración de dicho concepto. La asociación de la modernidad con la secularización ha hecho de la racionalización el principio exclusivo de organización de la vida personal y colectiva de los individuos, al tiempo que ha promovido la confusión entre el término modernidad con el *modernismo*. Para Touraine (1994), ubicar la racionalización como el único mecanismo para alcanzar la *modernización* ha promovido una idea particular de modernidad, anclada con fuerza en las sociedades occidentales, como un período en el que se atraviesan etapas hasta alcanzar una cumbre o punto máximo. Desde esta idea, se sostuvo un paradigma en el que la modernidad implicaba la ruptura con los vínculos sociales, los sentimientos, las costumbres, y creencias, denominadas como tradicionales,

legitimando una sociedad racional con individuos sometidos a leyes y sujetos a estructuras que determinan sus comportamientos (Touraine, 1994: 18).

Aunque Touraine (1994, 2005) no niega la idea misma de modernidad, considerando que es innegable que la mayoría de sociedades atraviesan con mayor o menor intensidad por nuevas formas de producción, comunicación y consumo; sugiere la importancia de reconocer que en este proceso intervienen dos componentes que se vinculan e interactúan: la razón y la subjetividad. Desde la propuesta del autor, la modernidad también apela a una *conciencia de sí*, por lo que no destruye ni niega al sujeto, y en este sentido representa una entre la razón y el reconocimiento del sí mismo (Touraine, 2005)

1.1.1 Socialización, subjetivación e individuación: Tres caminos para abordar al individuo.

Como se ha venido mencionando, la modernidad constituye el escenario en el cual se inscribe la creciente visibilidad del sujeto, por lo que resulta importante vincular dicho contexto con la transformación del paradigma analítico con el cual se ha abordado la realidad social, superando así la fractura entre actor-sujeto. Martuccelli (2007) sugiere que el énfasis en la subjetividad debe interpretarse dentro de la continuidad del pensamiento social más que en sus rupturas, y señala la existencia de tres grandes estrategias en el estudio del individuo: la socialización, la subjetivación y la individuación, las cuales permiten identificar la manera en que se produjo el viraje analítico hacia el sujeto (Araujo y Martuccelli, 2010).

1.1.1.1 *La socialización.*

La primera perspectiva, la socialización, se sostiene sobre el supuesto de la integración; es decir, el proceso mediante el cual los individuos se incorporan al orden social. Si bien esta mirada se ha ido transformando en el tiempo, continua siendo dominante en gran parte de los estudios en torno a la educación, la adolescencia y la transición a la vida adulta (Araujo y Martuccelli, 2010). Desde esta perspectiva, la atención se centra en la sociedad, sea como sistema o como estructura, como un sistema regido por sus propias leyes y a la cual el actor debe integrarse. En este sentido, los individuos se definen de acuerdo a la posición que ocupan dentro de dicha estructura, la cual

les permite la interiorización de normas y reglas de acción para lograr la incorporación. Esta manera de comprender al individuo también es conocida como el *paradigma del personaje social*, y ha constituido un esfuerzo por hacer de las posiciones sociales el principal factor explicativo de las acciones y comportamientos (Araujo y Martuccelli, 2010, Touraine, 2009). Así, sugiere Martuccelli (2002), el principal objetivo que persiguen las distintas corrientes sociológicas enmarcadas en esta vertiente es comprender las experiencias individuales a partir de las estructuras que las permean.

Martuccelli (2002) identifica tres momentos centrales en el desarrollo de esta forma de pensamiento. En el primero sitúa a la sociología de Parsons (1942), quien comprendía al individuo como un *agente* que actúa, manifiesta propósitos, voluntad y tiene libre albedrío (lo que llama esfuerzo para alcanzar sus cometidos); pero que despliega sus acciones dentro de estructuras que escapan a su control. Para Parsons, la acción se encuentra mediada por *condiciones o medios inalterables* que las restringen (Alexander, 2008). Dentro de este mismo momento, también es posible situar la teoría de la acción social de Pierre Bourdieu (1997), sobre todo en su desarrollo más incipiente. Desde la perspectiva del autor, la socialización asegura la reproducción del orden social mediante la conjunción de prácticas y posiciones sociales ocupadas. Así, el actor es comprendido a partir de las posiciones que ocupa dentro del *espacio social*, las cuales existen independientemente de la conciencia de los individuos (Bourdieu, 2011). Si bien, en las últimas obras Bourdieu (1997) flexibiliza su planteamiento, dotando de mayor agencia y autonomía al agente, considera que es el *habitus* o sistema de disposiciones *duraderas y transferibles*, el que genera y estructura prácticas según las posiciones ocupadas por los agentes dentro del campo, y según el volumen y estructura del capital detentado.

El segundo momento de la socialización al que se refiere Martuccelli (2007) se distingue por su carácter contradictorio. A partir de la influencia de la antropología se visibilizó que los individuos no interiorizan de la misma manera los modelos culturales, y que inclusive dentro de la misma sociedad la interiorización de normas y valores es culturalmente diferenciada. Esta postura tiene como representantes más significativos las corrientes norteamericanas de los años sesenta y setenta, tales como la etnometodología, y el interaccionismo simbólico, las cuales tuvieron como punto de partida el cuestionamiento a la idea de *personaje social*. Sin embargo,

esta postura resulta un tanto contradictoria ya que reconoce la incidencia de los diferentes factores culturales en las conductas de los individuos sin negar la idea misma de integración. Desde esta mirada, aunque los individuos estén inmersos en matrices culturales diversas, es a través de éstas mismas a partir de las cuales se socializan e incorporan a la sociedad (Araujo y Martuccelli, 2010).

El tercer momento constituyó una verdadera ruptura en la comprensión de la socialización, al considerar necesaria una distinción en la manera en que los individuos se incorporan al orden social a lo largo de su trayectoria de vida. Desde la interpretación de Martuccelli (2007), esta postura, que habría sido propuesta por Berger y Luckman, rompe con la idea de socialización como un proceso único y definitivo que inicia en la infancia y termina al final de la adolescencia. La distinción que hacen los autores entre una socialización primaria, de otras formas de socialización subsiguientes, sugiere Martuccelli (2007), tuvo repercusiones analíticas substanciales permitiendo el desplazamiento de la idea unívoca de socialización al reconocimiento de la multiplicidad de facetas que dicho proceso involucra. Lo anterior, permitió comprender que las posiciones ocupadas por los individuos no son singulares ni homogéneas, y evidencian variaciones a lo largo del curso de vida, posibilitando a la sociología cuestionar el paradigma de la integración (Martuccelli, 2007; Araujo y Martuccelli, 2010).

Vale la pena señalar que en los tres momentos señalados el individuo no estuvo completamente ausente del pensamiento sociológico, sino que el lente desde el cual se lo consideraba ponía un mayor énfasis en las posiciones sociales que éste ocupaba, entendiéndolo como un personaje social. Desde esta perspectiva, la posición del actor dentro de la estructura social es el mecanismo analítico necesario para dar cuenta de las acciones y vivencias. No obstante, en la actualidad emergen cada vez, y con más fuerza, fenómenos sociales y experiencias individuales que escapan a las explicaciones sustentadas sobre este paradigma posicional, complicando explicar los fenómenos y experiencias sociales a través del lente analítico del personaje social (Martuccelli, 2007).

1.1.1.2 La Subjetivación.

Las transformaciones teóricas frente a la socialización, y los cambios socioeconómicos y políticos durante la segunda mitad del siglo XX permearon la emergencia de la segunda estrategia teórico-analítica para comprender al individuo: la subjetivación. Desde esta perspectiva, “(...) el individuo se convierte en actor para fabricarse como sujeto” (Martuccelli, 2007:25). Una revisión a los trabajos teóricos en torno a la subjetivación permite identificar dos miradas frente al concepto: una emancipadora y otra más pesimista. La primera, se sustentó sobre la idea de un sujeto colectivo, la cual emergió durante los años sesenta, durante el surgimiento de los movimientos sociales, consecuencia de los proyectos reivindicativos de la época. La segunda, por su parte, centró su atención en las lógicas de dominación y sujeción, siendo el pensamiento de Foucault (1976) su mayor representante (Martuccelli, 2002). El desencantamiento frente a la emancipación prometida por el afianzamiento del sujeto colectivo dio paso a una idea de sujeto inmerso en relaciones de poder, de las cuales sólo podría liberarse de manera singular (Martuccelli, 2002). No obstante, años más tarde, desde los estudios contemporáneos de la subjetivación, se enfatizó la importancia de la emancipación mediante la acción de los nuevos movimientos sociales. Los estudios feministas y postcoloniales demostraron que la subjetivación no puede desvincularse del conflicto social y de las relaciones de poder; sin embargo, es el proyecto colectivo aquel que permite la autonomía del sujeto singular (Martuccelli, 2002).

1.1.1.3 La individuación.

La singularización progresiva de las trayectorias de vida y el hecho de que, a pesar de ocupar posiciones sociales similares, los individuos tengan experiencias distintas y trayectorias biográficas disímiles abre paso a la tercera perspectiva planteada por Martuccelli (2007): la individuación, desde la cual se sostiene la propuesta de sujeto de Alain Touraine (2005). En un primer momento los esfuerzos teóricos se enfocaron en comprender la relación entre las historias individuales y las transformaciones históricas, haciendo un esfuerzo por vincular los hechos coyunturales con el análisis de la producción del individuo. Empero, en los años recientes, el lente analítico se ha ido enfocando progresivamente en las experiencias de los individuos en sí

mismas, enfatizando en la reflexividad de los actores y la disminución de la capacidad que tiene la sociedad de transmitir sus normas y leyes de acción a partir de sus instituciones (familia, escuela, y trabajo entre otras) (Martuccelli, 2002; Touraine, 2005)

1.1.2 Formas identitarias y lógicas de identificación.

Ubicarse en el camino de la individuación remite indiscutiblemente al concepto de identidad. Bauman (2001) plantea la importancia de la identidad en el mundo contemporáneo al sugerir que la comprensión de la manera en que las personas se construyen a sí mismas da cuenta de la heterogeneidad de adscripciones a partir de las cuales gira la identidad en la actualidad. Empero, las transformaciones mencionadas en la manera de concebir al individuo, mencionadas en el apartado anterior, le han otorgado una polisemia tal al concepto de identidad que lo sitúan en una situación paradójica: la identidad parece explicar cualquier fenómeno social, promoviendo confusiones y ambigüedades en su aplicación (Dubet, 1989). Aunado a lo anterior, Martuccelli (2002) argumenta que la confusión en el uso de la noción de identidad se acrecienta por el uso de numerosos investigadores quienes ven en ella la perspectiva central de interpretación del individuo moderno, trazando los contornos de un espacio analítico propio en el que la identidad parece explicarse por sí misma.

No obstante, más allá de las críticas anteriores, referirse a la subjetividad hace necesario mencionar a la identidad como una de las dimensiones del individuo moderno, visibilizando los argumentos que nos permitan comprender y analizar el fenómeno de la maternidad adolescente la luz de los hallazgos obtenidos. Como punto de partida es necesario considerar que la subjetividad y la identidad constituyen dos dimensiones distintas. Como hemos venido mencionando en apartados anteriores, la subjetividad se construye a partir de la diversidad de roles que los individuos asumen, y que al mismo tiempo les permite tomar distancia de toda determinación social. En contraste, la identidad se sustenta sobre una determinación activamente reivindicada por el actor en el horizonte de identificaciones posibles (Martuccelli, 2002). Es decir, mientras que la subjetividad se resiste a la inmersión del individuo en posiciones sociales determinadas, la identidad es construida como resultado de una determinación que el individuo quiere reivindicar, posicionándose en categorías sociales concretas. La subjetividad, por su

parte, representa un desajuste en las conductas sociales predeterminadas; la identidad en cambio, traza lo que un individuo es en un momento dado. Sin embargo, pese a las diferencias entre ambos conceptos, la identidad, como dimensión del individuo, exhibe elementos que nos permite comprender la manera en que las mujeres que fueron madres adolescentes se construyen a sí mismas a lo largo de sus biografías los cuales la subjetividad, exclusivamente, parece no contempla, siendo importante para el análisis de los hallazgos empíricos de esta investigación.

Distintos autores concuerda en afirmar que la identidad designa dos grades procesos: de un lado, alude a la permanencia; hace referencia a aquello que persiste en el tiempo, pese a las transformaciones que enfrentan los individuos a lo largo de sus biografías. De otro lado, la identidad da cuenta de características sociales y culturales concretas; es decir, en un único movimiento, el concepto de identidad permite subrayar la singularidad de un individuo y reconocer el contexto cultural en el que éste se encuentra, identificando los elementos compartidos por la colectividad (Dubet, 1989; Martuccelli, 2002; Dubar, 2005). Este doble proceso es denominado por Dubar (2005) como la *identidad para sí* y la *identidad para el otro*, quien establece una definición dual de dicho concepto. Usando la analogía del espejo, el autor propone que la identidad supone dos transacciones: por un lado, una transacción interna, un reconocimiento de sí mismo similar a la imagen que proyecta un espejo al mirarnos en él; y del otro, una externa, un intercambio entre el individuo con un otro, o bien con las instituciones con las cuales interactúa. Esta última, puede compararse con el reflejo que el espejo nos devuelve, una identidad que es atribuida por otro y que no nos permite saber con exactitud si la imagen que un individuo tiene de sí mismo coincide con la que el otro tiene de él. En este sentido, la identidad constituye un proceso constante de construcción y re-construcción producto de la interacción social, haciendo que lo que se considera lo más íntimo de sí mismo, sea una cuestión socialmente construida (Dubar, 2005).

1.1.2.1 Formas identitarias y contexto de acción.

De acuerdo a Dubar (2005), el carácter dual de la identidad le incentivó a reemplazar dicho concepto por el de *forma identitaria*. Para el autor, la identidad es inseparable del escenario en el que se producen las definiciones que los individuos tienen de sí mismos y a su vez, las que

los demás tienen de él. Por ello, el interés del autor recae en identificar las condiciones que median la elaboración de dichas definiciones, las cuales se manifiestan en formas diversas: como intereses, valores y tomas de posición. En este escenario, denominado por el autor como *contexto de acción* se entrecruzan dos ejes: uno sincrónico y otro diacrónico. Para Dubar (2005), las autodefiniciones que los individuos elaboran no se encuentran estrictamente determinadas por el contexto. Cada actor tiene una historia de vida personal, un pasado que pesa en su construcción identitaria. Los individuos no se definen únicamente por sus interacciones actuales en un campo de prácticas específico, también se construye a partir de su trayectoria subjetiva en la cual se interpreta el pasado y se proyecta el futuro; por lo que existen diversas maneras en las que se manifiesta esta trayectoria, se significa y se re-dirige. En este sentido, las identidades se vinculan con formas de identificación personal, socialmente identificables; es decir, se construyen a partir de la articulación entre un eje diacrónico, vinculado a una historia de vida personal, y uno sincrónico anclado en el contexto de acción en el que se enmarcan las trayectorias, cultural e históricamente situado (Dubar, 2005).

De acuerdo con Dubar (2005), es en la articulación de los ejes diacrónico y sincrónico en los cuales los individuos se construyen a sí mismos, definiéndose al mismo tiempo como actores de un contexto dado y como productores de una trayectoria de vida específica. No obstante, esta dualidad plantea ciertas tensiones en la medida en que las definiciones subjetivas no se corresponden necesariamente con las atribuidas por los otros, en el marco de un contexto de acción particular. Por ello, los individuos deben combinar distintas *formas identitarias* que les permita articular los ejes mencionados: las atribuciones que los demás tienen de sí, con los significados de sus trayectorias subjetivas. Y, es precisamente este argumento que retomamos como central para esta investigación, en la medida en que las madres adolescentes se construyen como sujetos a partir de capacidades y recursos que les permitan significar sus experiencias, las cuales varían de acuerdo a la manera en que se articulan las definiciones que éstas elaboran de sí mismas como jóvenes y madres, frente a las atribuciones que socialmente les son otorgadas como madres adolescentes.

Desde el camino analítico presentado anteriormente, el individuo es comprendido no por su capacidad de integrarse a una estructura social, sino por su habilidad para dar sentido a sus

experiencias, construir sus propias trayectorias de vida y gestionar los recursos subjetivos necesarios para su construcción como sujeto (Touraine, 2005; Martuccelli, 2007; Wieviorka, 2012), perspectiva en la que se apoya esta investigación invitando a una reflexión sobre la distancia que existe entre las identificaciones que elaboran las propias mujeres de la maternidad adolescente, y los roles y representaciones que les son atribuidos desde los diferentes instituciones sociales.

Sin embargo, el reconocimiento de esta perspectiva invita a dos precisiones significativas. Primero, es importante señalar que esta investigación no pretende un análisis exclusivo a partir del sujeto, desconociendo las diferentes condiciones materiales y familiares en las que se encuentran inmersas las mujeres de esta investigación. Lo que se pretende, es abordar a la maternidad adolescente desde un lente conceptual que tenga en cuenta la manera en que las mujeres se construyen como sujetos a partir de dicha experiencia, logrando señalar las suturas entre la subjetividad y las condiciones objetivas en las que están inmersas las mujeres a lo largo de sus biografías. Este presupuesto no ubica al individuo en un lugar privilegiado, como lo sugería el individualismo metodológico, ni favorece explicaciones *desde abajo*, en el nivel exclusivo de las interacciones; más bien sitúa al sujeto en un eje de reflexión a partir del cual se puedan problematizar los fenómenos sociales (Martuccelli, 2007; Touraine, 2009). En segundo lugar, el énfasis en el sujeto no quiere decir que los hechos sociales sólo puedan comprenderse a partir de las biografías individuales. Más bien, lo que se pretende es interpretar cómo se estructuran dichos fenómenos a partir de las experiencias de los actores; así como su capacidad su capacidad para significar sus vivencias. Para ello, en el siguiente apartado se abordará con mayor profundidad la propuesta de la subjetividad, sobre la que sostiene esta investigación, identificando los conceptos relevantes que permitan comprender la manera en que las madres adolescentes se construyen como sujetos.

1.2 La construcción del sí mismo: Un nuevo paradigma social.

El énfasis explícito por el sujeto es reciente en el pensamiento sociológico (Wieviorka, 2012). La descomposición de las propuestas teóricas de los grandes sistemas, a final de la década de los años sesenta, estuvo acompañado por un cuestionamiento de las teorías generales. Así, a

partir de la década del setenta han emergido diversos paradigmas que pertenecen a la “gran familia intelectual del interaccionismo”, lo cual permitió analizar la vida social y los problemas históricos sin la necesidad de inscribirse en una gran teoría explicativa (Wieviorka, 2012: 14). Así, las propuestas emergentes pueden dividirse en dos: de un lado, aquellas centradas en cuestionar el análisis a partir del marco del Estado-Nación, argumentando la necesidad de reflexionar de otra manera sobre los fenómenos sociales, situando los grandes problemas contemporáneos en un escenario globalizado. De otro lado, como reacción al estructuralismo, surgió un renovado interés por la subjetividad. Y, otras perspectivas intentaron articular ambas propuestas tratando de encontrar suturas entre la dimensión más íntima, individual y subjetiva, y condiciones cada vez más generales y globales (Wieviorka, 2012). No obstante, en este apartado nos centraremos en la propuesta de la subjetividad, desde la perspectiva de Alain Touraine (1994, 2005, 2007, 2009), identificando aquellos conceptos centrales para esta investigación.

Como punto de partida se puede señalar que los trabajos de Touraine (1994, 2005, 2007, 2009) acerca de la subjetividad inician en la década de los noventa, época en la que, de acuerdo con el autor, es evidente una fractura en el mundo social, la cual ha provocado que el individuo ocupe una posición cada vez más importante en la construcción de su proyecto de vida. Sin embargo, es preciso vincular su propuesta en el contexto más amplio de su obra. Desde sus primeros planeamientos, Touraine pretendía dar cuenta de los mecanismos a partir de los cuales la sociedad se produce a sí misma. Para ello, construyó el concepto de *historicidad*, definida como la capacidad de una sociedad de intervenir en su propio funcionamiento². Este concepto, consecuencia de su interés en los movimientos sociales, se inscribe en un período en el que las categorías de análisis más habituales se sustentaban en el ámbito económico y social.

Aprehender a la sociedad a través de las categorías sociales y del lugar que el actor ocupa dentro de la misma se sustenta sobre un modelo que Touraine (2005) llama de *representación*, o como mencionamos en los apartados anteriores, la perspectiva del *personaje social*. Desde esta propuesta se enfatiza en la posición social del actor en función de las actividades que realiza,

² Como sugiere el autor: “La sociedad tenía una conciencia creciente de auto-producirse a sí misma” (Touraine, 2005: 65)

asegurando su integración a la sociedad. Sin embargo, la expansión cada vez más rápida de una economía capitalista, la globalización y el incremento de las reivindicaciones culturales han ido promoviendo la desaparición de las sociedades como *sistemas integrados*, organizadas a partir de principios generales. Siguiendo a Touraine (2005: 27), las referencias a los actores y a los movimientos sociales se han ido atenuando, siendo reemplazadas por las de *sujetos personales* y *movimientos culturales*.

Las transformaciones anteriores han promovido que los individuos se definan a sí mismos apelando cada vez, en menor medida a rígidas categorías sociales y económicas. Para el autor, en la actualidad, no hay certeza respecto a las funciones de la escuela, la familia e incluso el trabajo. Las clases sociales se han fragmentado y no pueden continuar definiéndose en términos homogéneos (Touraine, 2005). Así, menciona Touraine (1994, 2005), es posible observar el agotamiento de las referencias sociales en el desfase que existe entre las pretensiones individuales y los roles sociales adjudicados a los actores de acuerdo a las posiciones ocupadas en el espacio social; así como también, en la disociación entre las categorías de adscripción y la proliferación de identificaciones de los individuos, entre el sentido para quien realiza la acción y el que la sociedad quiere otorgarle. De esta manera, en la coyuntura actual, es posible observar que aunque los individuos se encuentran inmersos, muchas veces, en procesos que escapan a su control, sus aspiraciones pueden materializarse en la búsqueda de una historia de vida y la significación de sus experiencias (Touraine, 2005).

No obstante, el aplacamiento de las categorías sociales no significa el desdibujamiento de un contexto en el que las instituciones, las normas y las inequidades sociales y económicas están ausentes y dejan de mediar las relaciones entre los individuos. La propuesta de Touraine (2005, 2009) debe ubicarse en un plano analítico; constituye una mirada distinta al de la perspectiva del *personaje social*, reconociendo que además de las categorías sociales, existe un horizonte cultural en el que se están produciendo cambios y desafíos importantes que deben ser comprendidos, a saber: el ámbito religioso, la sexualidad e intimidad y la identidad. Como consecuencia de lo anterior, Touraine (2005, 2009) propone un nuevo paradigma que permita comprender y nombrar a los nuevos actores sociales que van emergiendo, en una época en la que la subjetividad se ha reforzado, volviendo centrales los relatos y las historias de vida. Desde

su propuesta se sugiere la imposibilidad de separar la definición de sujeto y actor. “El sujeto es la voluntad de un individuo de obrar y ser reconocido como actor” (Touraine, 1994: 207); esto quiere decir, que el sujeto al que apela Touraine (1994, 2005, 2009), se define como una reflexión del actor sobre sí mismo, es aquel que ejerce control sobre la vivencia para que ésta tenga sentido, es un actor que construye y transforma las relaciones con otros y consigo mismo. El sujeto se presenta entonces como una capacidad, como la manifestación de una *conciencia de sí*, la cual es definida como la destreza de nombrarse y definirse, de realizar representaciones y juicios sobre las propias conductas, la posibilidad de hablar de sí, y de construirse a través del lenguaje (Touraine, 2005; Wieviorka, 2012)

Teniendo presentes las contribuciones de esta perspectiva para la comprensión del fenómeno de la maternidad adolescente, la manera en que se manifiesta el fenómeno en el contexto de esta investigación conduce a plantear algunos cuestionamientos al planteamiento de Touraine (2005). Primero, vale la pena señalar si todos los individuos cuentan con la misma capacidad para reflexionar sobre sí mismos; ya que en su propuesta no resultan muy claros los procesos que despliegan la reflexividad del actor y a través de los cuales se construye la conciencia de sí (Pleyers, 2006). Sumado a lo anterior, la propuesta de Touraine (2005) invita a preguntarse si ¿todos los individuos pueden llegar a ser sujetos? y ¿cuáles son las condiciones que permean la construcción del sujeto? Para responder a las preguntas anteriores se recurrió al concepto de subjetivación y de-subjetivación que plantea Wieviorka (2012), a partir del cual se intenta llenar los vacíos señalados.

1.2.1 Procesos de subjetivación.

Ubicarse en el nivel de la subjetividad implica preguntarse si todos los individuos cuentan con las mismas posibilidades de construirse como actores y pueden desplegar de la misma manera su capacidad de agencia; es decir, si es posible que las mujeres jóvenes que participaron en este estudio tuvieran la misma capacidad de reflexionar sobre sí mismas y significar sus vivencias. Wieviorka (2012) sugiere que una cuestión, a menudo pasada por alto en el abordaje de la subjetividad, es la pregunta por las condiciones que posibilitan o no construirse como sujetos. Para el autor, la carencia de recursos económicos o vivenciales, la situación de vulnerabilidad

social, la precariedad económica y subjetiva, así como también las condiciones de violencia en la que viven los individuos, y que escapan muchas veces de su control, limitan las posibilidades de ser actores reflexivos y desarrollar una plena conciencia de sí. De esto modo, en tanto la acción es una característica inherente a los individuos, Wieviorka (2012) sostiene que el interés del investigador debe dirigirse a los procesos a partir de los cuales los actores se construyen como sujetos, con la capacidad de tomar sus decisiones (subjetivación); o bien a los procesos que impiden su construcción y los descomponen (de-subjetivación), promoviendo que el actor deba buscar nuevos caminos y formas de subjetivación y re-construcción de sí.

1.2.1.1 Mujeres como sujetos ambivalentes

De acuerdo con la literatura revisada se podría señalar que los procesos de subjetivación de las mujeres que fueron madres adolescentes se despliegan a partir de un elemento identificado en la obra de Touraine (2009), la ambivalencia. El sujeto al que alude Touraine (2009) no se encuentra encarnado en un individuo particular; sino en el trabajo que éste realiza para convertirse en actor capaz de transformar sus vivencias en vez de reproducirlas. Como sugiere Pleyers (2006: 746), “El sujeto se alberga en el deseo individual de tener una parte activa en la formación de su destino, está dentro del individuo que quiera actuar en el curso de su vida. Es por esa voluntad que la sociedad se produce a sí misma, pero también por la que el individuo produce su propia existencia”. Así, es importante tener presente que el trabajo de construcción de sí mismo no tiene fin y, en tanto constituye un esfuerzo constante, nunca hay sujetos de una vez y para siempre, como plantea el Touraine (2007), el sujeto nunca es acabado y se encuentra presente con mayor fuerza en las mujeres.

En el año 2004 el autor llevó a cabo un estudio en el que se entrevistó sesenta mujeres, de diferentes orígenes sociales y ocupaciones, a las cuales se les brindó la oportunidad de que expresaran las percepciones sobre sí mismas y su lugar en la vida social en Francia. El objetivo que perseguía Touraine (2007) era observar la manera en que las mujeres desplegaban su capacidad de construcción subjetiva. Pero, ¿por qué elegir a las mujeres? Primero porque a menudo se las define a partir de discursos victimizadores, se les imputan atributos que las convierten en dependientes, y por lo general se habla en su nombre, olvidando que son sujetos

dotados de palabra. Segundo, porque históricamente, a las mujeres se les ha negado su capacidad de subjetivación, lo cual ha tenido repercusiones en las representaciones y las prácticas que se les han atribuido (Touraine, 2007).

Es importante señalar que el estudio realizado por Touraine (2007), como cualquier otra investigación cualitativa, no permite realizar generalizaciones para toda la población de mujeres. No obstante, constituye un punto de partida para comprender la manera en que se expresan los procesos de subjetivación de las mujeres. Así pues, el autor identifica tres características fundamentales que permiten definir a las mujeres como sujetos. En primer lugar, es su capacidad para nombrarse a sí mismas como mujeres. Touraine (2007) encontró, durante las entrevistas realizadas, que las mujeres acentúan los atributos que consideran femeninos al narrar las representaciones que elaboran sobre ellas. En segundo lugar, la sexualidad ocupa un lugar preponderante en la construcción subjetiva de las mujeres. Y por último, la ambivalencia al momento de significar sus experiencias, manifestada en la capacidad de combinar distintas vivencias y situaciones cotidianas.

Considerar que las mujeres construyen una imagen de sí mismas aludiendo en primer lugar a los atributos que ellas consideran como femeninos no remite a esencialismos sobre lo femenino, ni pretende una defensa a la feminidad como un conjunto de características naturales. Desde el planteamiento de Touraine (2007), esta forma de definición resulta relevante en un contexto en el cual han primado los discursos a partir de los cuales se considera que las conductas, experiencias y vivencias de las mujeres son producto de la dominación masculina, desconociendo la manera en que las mujeres se resisten a estas interpretaciones. “Soy una mujer, significa que soy yo misma en tanto que mujer, en tanto que mi conducta y los juicios de valor que emito sobre ella –positivos cuando refuerzan mi conciencia de ser en primer lugar una mujer, negativos cuando ocultan mi autoafirmación como mujer- se construyen en torno a mi identidad como mujer ” (Touraine, 2007: 34).

De acuerdo con Touraine (2005, 2007), el pensamiento social se ha caracterizado por la imposición de una idea determinista de las conductas, las cuales se consideran resultado de la dominación (sea de estructuras, condiciones o sistemas), construyendo así la representación de

una sociedad sin actores capaces con una *conciencia de sí*. Esto, plantea el autor, se hace evidente para el caso de las mujeres, de quienes se habla preferentemente en términos objetivos, como víctimas de la dominación masculina. Sin pasar por alto la situación de desigualdad y desventaja en las que se ven inmersas las mujeres en diferentes ámbitos de la vida; pensar en términos de dominación/subordinación niega la capacidad creadora del actor, y hace indescifrable la manera en que las mujeres reaccionan a dichos condicionamientos (Touraine, 2007).

En este sentido, Touraine (2007) propone que el concepto de género ha constituido un punto de partida para comprender la conceptualización que se hace de las mujeres en términos de subordinación. Si bien, en sus orígenes, el género constituyó una herramienta para combatir los esencialismos, se fue transformando poco a poco en un concepto determinista e ideológico, según Touraine (2007). Abocándose a los señalamientos expuestos por algunas feministas respecto al género, Touraine (2007) se apoya en el argumento teórico de Judith Butler (2007) para indicar la construcción ideológica del género. Butler (2007) pone en evidencia la base ontológica binaria sobre la cual se ha construido el género (y en general todas las categorías sociales), en la cual una de las partes niega a la otra dentro de un sistema normativo heterosexual, y ha argumentado que la teoría feminista ha cimentado sobre esta base el concepto de género.

El problema medular del concepto radica, para la autora, en que, en la definición propuesta desde la teoría feminista el sexo siempre ha sido género. Para Butler (2007), el género como construcción social sitúa al sexo (lo natural) como su base, esencializando ambos conceptos y haciendo que la distinción entre ambos sea inexistente. Para escapar a esta contradicción, la autora plantea su concepto de *identidad performativa*; argumentando que la identidad femenina no existe per se, sino que es una categoría construida mediante las acciones y el lenguaje. Aunque Touraine (2005) se apoya en la propuesta de Butler (2007) para demostrar las inconsistencias del género planteando que: “No estamos ante el retorno del género al sexo, sino ante el descubrimiento de que la definición de sexo estaba definitivamente incorporada en una definición más amplia de género, que remite a su vez a la dominación masculina” (2005:67), a su vez, se aleja de la propuesta de la autora sobre la *identidad performativa*. Mientras que Butler (2007) propone la necesidad de de-construir lo que se considera una identidad femenina, basada

en un paradigma binario de identificación, el argumento de Touraine (2007), acerca de las mujeres como sujetos, se sostiene sobre el argumento de que las mujeres se definen apelando a los atributos que definen como femeninos.

Así, al considerar que las mujeres se definen a sí mismas aludiendo a su condición de mujeres constituye una manera de re-significar el lugar de inferioridad al cual se les ha recluido (Touraine, 2007). Bajo este planteamiento se podría considerar que experiencias como el embarazo y la maternidad adquieren relevancia en la construcción subjetiva de las mujeres, en tanto el ser madres no puede reducirse a mero un rol social, remite por el contrario a una relación consigo mismas, con su cuerpo y con sus parejas. El autor considera que las feministas más radicales consideraban a la maternidad como una forma de sujeción al poder masculino. Sin embargo, los cambios experimentados por las mujeres en el contexto actual han conducido poco a poco a una mayor autonomía respecto al momento de convertirse en madres imprimiendo un significado distinto del embarazo y la maternidad, y haciendo de ambas vivencias una posibilidad para la construcción de sí mismas (2007).

Otro elemento fundamental que permite comprender a las mujeres como sujetos es la sexualidad, entendida como una relación consigo mismas a través de la corporalidad. El autor parte de la oposición sexo-sexualidad y sugiere que la realización del individuo es posible a través del deseo, el cual se transforma en realización personal a través de la relación amorosa, sea con uno mismo o con otros (Touraine, 2007). Bajo esta perspectiva, el cuerpo se constituye como un espacio en el cual se establece una relación con el otro, pero al mismo tiempo, una construcción personal. Cada vez más, las mujeres pretenden estar complacidas con su cuerpo, lo intervienen, transforman. En este sentido, la sexualidad, en tanto relación consigo mismas, constituye un “motor principal para la construcción personal” (Touraine, 2007: 77).

La tercera característica de las mujeres como sujetos es la ambivalencia, definida como la negación de elegir entre dos o más posturas, muchas veces contrapuestas, por lo que se hace necesario su combinación. De acuerdo con Touraine (2007), este concepto, aplicado a diferentes ámbitos de la vida social, puede aplicarse a las conductas de las mujeres en tanto sujeto creador. Bajo el *paradigma posicional* que critica Touraine (2000, 2005, 2009), las conductas son

definidas por oposiciones unas de otras, motivadas por la idea de que cada individuo ocupa un lugar en el espacio social y cumple una función para mantener el orden. La ambivalencia, por su parte, otorga importancia al actor, el cual tiene la capacidad de combinar su participación o roles sociales sin tener que asumir una posición social exclusiva (Touraine, 2005).

La categoría de ambivalencia/ambigüedad ha sido retomada por varios autores. Borderías (1996) proporciona un buen ejemplo de su aplicación, utilizando dicha categoría para dar cuenta de la relación entre el mundo del trabajo y el familiar. De acuerdo con la autora, la ambivalencia fue empleada en un principio por los estudios feministas para analizar la ambigüedad experimentada por las mujeres en su construcción identitaria, producto de los valores y atributos negativos a partir de los cuales se había definido lo femenino. “(...) la ambivalencia y la ambigüedad han sido utilizados muy frecuentemente para caracterizar la supuesta debilidad e indecisión de las mujeres frente a las múltiples bifurcaciones y conflictos que se presentan a lo largo de su vida” (Borderías, 1996: 57).

No obstante, en la década del setenta, la categoría empezó a utilizarse en los estudios sobre género y trabajo con el propósito de analizar la doble presencia de las mujeres, superando la negatividad con la que se había definido a lo femenino y otorgándole a la misma una dimensión más compleja (Borderías, 1996). La categoría analítica de ambigüedad/ambivalencia tiene enormes repercusiones para comprender la construcción de la identidad femenina, en la medida que permite dar cuenta de la complejidad de las relaciones entre trabajo y familia, pero sobre todo posibilita analizar las maneras en que las mujeres se adaptan y resisten, negocian y enfrentan dos lógicas presentadas como excluyentes, pero en la práctica profundamente imbricadas: la productiva y la reproductiva. En este sentido, se visibiliza la forma en que las mujeres construyen su identidad femenina en medio de conflictos y negociaciones permanentes; a partir de un rechazo constante a las dicotomías hogar/trabajo (1996).

En esta misma dirección, Touraine (2007) señala que la creciente importancia de las conductas ambivalentes, en detrimento de las elecciones radicales entre dos conductas que se consideran discordantes, constituye una transformación cultural substancial que es necesario poner en el centro del análisis de lo femenino (Touraine, 2005). En la actualidad, las mujeres, como se ha

venido mencionado en los apartados anteriores, no se definen a sí mismas por una función social, sino por las actitudes y expectativas, teniendo como punto de referencia sus biografías particulares. De esta manera, han reinterpretando los lugares que se les han adjudicado, la maternidad, y el ámbito privado, y han unido experiencias que se consideraban excluyentes (2007). “Al mismo tiempo, hay que ser conscientes de que la combinación de opciones imperfectas es la mejor solución posible, mientras que la participación completa en una sola vertiente de cada situación tiene consecuencias muy negativas y provoca crisis que la elección de conductas ambivalentes puede suprimir” (Touraine, 2005:82). Esta capacidad, es comprendida en esta investigación como un recurso en el proceso de subjetivación de las mujeres que fueron madres en la adolescencia, quienes deben construirse a sí mismas a partir de la combinación y suturas entre el ser madre y ser joven, dentro de un contexto en el cual el estigma social frente a la maternidad adolescente estimula la fragmentación de ambas formas identitarias.

1.3 Conceptualizaciones de análisis: Adolescencia, sexualidad y maternidad.

1.3.1 Categoría de adolescencia.

Considerar a la maternidad adolescente como una experiencia subjetiva conduce a trazar una aproximación teórica en torno al concepto de adolescencia. Para hacerlo, es importante tener en cuenta el surgimiento de esta categoría como objeto de estudio, y el debate teórico en torno a su definición. El abordaje teórico de la adolescencia constituye un reto por varias razones. Primero, como categoría social, no parece haber un consenso respecto a su definición. La limitación del inicio, pero sobre todo la finalización de la adolescencia, ha sido un tema controvertido en términos disciplinarios, trayendo consigo dificultades para diferenciar el ser adolescente del ser joven (Bruno, 2000). De acuerdo con Bruno (2000), la ambigüedad en la distinción entre adolescencia y juventud puede explicarse por la triple distinción que ha dominado los discursos políticos y académicos: la pubertad como proceso fisiológico, la adolescencia como una cuestión predominantemente psicológica y la juventud como un fenómeno sociológico. Como consecuencia, ser adolescente parece tener una connotación distinta del ser joven, constituyendo mundos simbólicos diferenciados. A la adolescencia se la ha denotado como una fase de

reorganización de la personalidad resultado de la maduración sexual, lo cual desencadena crisis y conflictos identitarios. La juventud por su parte, parece enmarcarse dentro del plano cultural y colectivo, a partir de la pertenencia a grupos sociales concretos (Bruno, 2000). Así pues, mientras que la adolescencia aparece como un período problemático, la juventud envuelve una definición asociada al porvenir, al idealismo y a la participación cultural (Bruno, 2000).

De igual forma, Portier (2007) señala que en la semántica anglosajona se hace una distinción importante entre *youth*, *teenager* y *adolescence*. La autora sostiene que aunque los tres términos son usados para designar un período en transición hacia la edad adulta, hay una diferencia sustancial en el uso de los conceptos. *Youth* (juventud) hace referencia a la pertenencia a un grupo social, a una visible participación en la esfera pública. *Adolescence* (adolescencia) constituye un término que se encuentra asociado a la identidad subjetiva enmarcado en el plano psicológico. *Teenage* (adolescente), por su parte, aparece como un concepto vinculado a la sociedad de consumo en la que los adolescentes fueron reconocidos como consumidores potenciales a partir de la década del cincuenta (Portier, 2007).

Sumado a lo anterior, Villa (2011) sugiere la necesidad de diferenciar la *juventud* de lo *juvenil*. Retomando a varios autores alude a la juventud como un fenómeno sociológico poseedor de cualidades específicas, expresadas de manera diversa, según el contexto histórico y contextual. En este sentido, la demarcación etaria de la juventud importa poco; lo fundamental son los significados que se le atribuyen a la edad para delimitarla. Lo juvenil por su parte, se inscribe en el ámbito identitario y constituye una condición social (Villa, 2011). Pero, en tanto no existe una condición juvenil homogénea y singular, se hace preciso hablar de *juventudes*, las cuales indican la yuxtaposición de otras condiciones como el género, la generación, el ámbito en el que se construyen las experiencias cotidianas, y la etnia entre otros aspectos (Villa, 2012).

La segunda problemática asociada a la definición de la adolescencia es que, como experiencia social, se ha ido construyendo en torno a condiciones objetivas a partir de las cuales ciertos actores sociales e instituciones concretas (el estado, la familia, y la academia) han delimitado el universo semántico que inscribe a la adolescencia dentro de la experiencia cotidiana (Teles, 1999). De esta manera, la adolescencia es resultado de un proceso social e histórico de

normalización e intervención, donde los grupos sociales han elaborado significaciones y caracterizaciones para organizar la realidad social. Así, es posible observar en la actualidad un esfuerzo considerable por la diferenciación del rango etario de la niñez, la adolescencia y la juventud³. De igual forma, la proliferación de organismos gubernamentales destinados a la atención y desarrollo de la población joven ha visibilizado la adolescencia como una etapa contenida en la juventud, sin que haya una convergencia en las edades que ésta abarca⁴.

1.3.1.1 Emergencia de la adolescencia como objeto de estudio.

Aunque cada sociedad ha segmentado, clasificado y organizado el ciclo de vida de los individuos de distintas maneras a lo largo de la historia (Adaszko, 2005), es preciso remontarse a principios del siglo XX cuando la adolescencia es abordada por vez primera como objeto de estudio desde las ciencias sociales, específicamente por la psicología (Feixa, 1996; Bucholtz, 2002; Galland, 2004a). Hablar de juventud como categoría social implica la aceptación de la existencia de un espacio simbólico que distinga esta etapa de la vida de otras, por lo cual se reconoce el carácter histórico de la misma (Brito, 2002).

No obstante, dicho esfuerzo debe contextualizarse en coyunturas más amplias: la modernidad, y con ello la construcción del individuo moderno, así como los cambios en la estructura por edad de la población (Adaszko, 2005; Teles, 1999). Como se ha venido mencionando en los apartados anteriores, la modernidad constituye un marco importante para comprender las características y experiencias de los sujetos contemporáneos debido a tres procesos: el incremento en la reflexividad de los individuos, la descentralización de las ortodoxias y por ende, la individualización, trayendo consigo la aparición de nuevos actores sociales (Becker, 2009). El niño y el adolescente se consolidan como “la visión embrionaria del hombre moderno” (Adaszko, 2005; 40); ambos como individuos en construcción que debían ser normalizados para

³ De acuerdo con la Organización de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF, 2004) la adolescencia se extiende hasta los 18 años. Para la Organización Mundial de la Salud dicho período abarca desde los 10 hasta los 19 años, haciendo una distinción entre adolescencia temprana (entre los 12 a 14 años) y tardía (entre los 15 y 19 años) (OMS, 2014).

⁴ En Colombia el intervalo etario de la juventud inicia a los 14 y termina a los 28 años de edad (Congreso de Colombia, 2013). En México la juventud se ha contemplado desde los 12 a 29 años (Instituto Mexicano de la Juventud, 2014), en Chile (entre los 15 a 29 años) (Instituto Nacional de la juventud, 2007), Venezuela (de 15 a 30 años) (Ministerio de Poder Popular para la Juventud, 2014).

acceder al estatus de sujetos adultos. Es importante tener en cuenta que dichas representaciones constituían las aspiraciones de una clase social emergente, la burguesía, que trajo consigo la construcción de un sujeto universal: varón, adulto, blanco y burgués (Adaszco, 2005).

La modernidad vino acompañada de procesos importantes, tales como la masificación de la educación a finales del siglo XIX y la separación de la esfera privada (simbolizada por la familia), de la esfera pública, tras la nueva división socioeconómica del trabajo. Brito (2002) señala que este nuevo universo simbólico empieza a construirse a partir de una *demanda social de calificación*. El capitalismo en ascenso ya no requería de la mano de obra de niños y jóvenes para obtener ganancias, sino una mayor calificación para insertarse en los cambios que el modelo productivo requería. Dicha demanda, que sólo podía satisfacer la escuela, desplazó a la familia como la más importante institución de socialización. Lo anterior, produjo la incorporación de las clases populares al sector educativo, filtrando los valores y normas de la burguesía, concernientes a la adolescencia, a las clases populares. Dicho proceso propagó una subdivisión etaria que traería como resultado la construcción de un universo simbólico que dio lugar a un nuevo estatus social entre la infancia y la juventud (Brito, 2002; Galland, 2004a; Adaszco, 2005). Sin embargo, la gestación de la nueva categoría social de juventud manifestaba implícitamente una paradoja, desde la cual se apoyó el argumento de la adolescencia como un período en construcción. Aunque la juventud tenía una capacidad reproductiva, debido al inicio de la madurez biológica del cuerpo, era incapaz de reproducir la sociedad, como consecuencia de su inmadurez social (Brito, 2002). Como consecuencia, era necesario proporcionar los medios e instrumentos necesarios para dirigir y normar a estos nuevos actores social, tarea que le fue asignada a la psicología y a la pedagogía (Galland, 2004a).

En este contexto surge el primer intento analítico por abordar a la adolescencia, en el que la obra del psicólogo Stanley Hall constituye un referente indiscutible (Feixa, 1996; Teles, 1999; Bucholtz, 2002; Adaszco, 2005; Galland, 2004a). Para algunos autores, el trabajo de Hall representa una obra de gran trascendencia, ya que marca el inicio de una conceptualización de la adolescencia que perdura hasta hoy (Bucholtz, 2002; Adaszco, 2005; Stern, 2012), al mismo tiempo que constituye un marco sobre el cual se ha sostenido la mirada dominante en torno a la

maternidad adolescente como problema social (Farges, 1998; McDermott, Graham y Hamilton, 2004; Becker, 2009).

La revisión de la literatura permite entrever dos elementos importantes en la obra de Hall. Primero, la caracterización de la adolescencia como un período de crisis marcada por cambios fisiológicos. Se argumenta que la pubertad hace que la adolescencia sea distinta de otras etapas de la vida. El desarrollo de las funciones reproductivas marca el inicio de la preocupación por la sexualidad de los adolescentes organizando, a partir de dicho elemento, casi todos los aspectos relativos a este período de la vida (Galland, 2004a). El segundo aspecto importante en la obra de Hall es la universalización de la adolescencia (Adaszko, 2005), lo cual traería posteriormente fuertes críticas desde la antropología y la sociología principalmente.

1.3.1.2 Abordajes disciplinarios de la adolescencia y la juventud: Búsqueda de nuevas definiciones.

La conceptualización de la adolescencia promovida por la psicología produjo reacciones importantes desde otras disciplinas (Bucholtz, 2002). La antropología por su parte, realizó cuestionamientos en dos direcciones. Partiendo de comparaciones entre distintas culturas, se reconoció la incapacidad de generalizar a partir de estudios realizados desde la sociedad norteamericana, entendiendo que la construcción de la adolescencia estaba mediada por procesos culturales diferenciados (Feixa, 1996; Bucholtz, 2002). De otro lado, se identificaron las consecuencias de las transformaciones sociales y culturales a gran escala que afectaban a los jóvenes urbanos en los Estados Unidos, tales como: la creciente inserción educativa, la postergación en la inserción al mercado de trabajo, y la aparición de escenarios destinados al tiempo libre, elementos que se consideraba, estaban ampliando las brechas generacionales (Bucholtz, 2002).

Bajo este mismo escenario, desde el estructural-funcionalismo de Talcott Parsons se realizó un esfuerzo por definir a la juventud, desde el cual se comprendió la división por grupos de edad como una forma de cohesión social. Parsons (1942) analiza el funcionamiento de la sociedad norteamericana de la posguerra (período enmarcado por una bonanza económica y auge de la

familia nuclear), y sostiene que la acción de los individuos está mediada por la interiorización de normas y valores, mediante las cuales se asignan roles y estatus que integran a los individuos al sistema social. Así, durante la adolescencia los individuos interiorizan modelos de conducta sostenidos sobre normas sociales vinculadas a la edad y al sexo (Parsons, 1962). El planteamiento de Parsons (1962) sugiere una trayectoria determinista del paso a la adultez. Los jóvenes, a partir de la socialización primaria (familia) y secundaria (la escuela), interiorizan las normas que les permitan llevar a cabo roles prescritos de acuerdo a la edad.

Las transformaciones sociales experimentadas a finales de la década del sesenta impugnaron con fuerza los planteamientos de Parsons (1942, 1962). La oposición de los y las jóvenes a los roles normativos, la reestructuración del mercado de trabajo y las reivindicaciones promulgadas desde los movimientos feministas hacían insostenible el planteamiento de una trayectoria hegemónica hacia la adultez. A partir de lo anterior, desde los estudios culturales de la escuela de Birmingham, se empieza a dar cuenta de la heterogeneidad de los comportamientos juveniles, sobre todo en los sectores populares británicos, proponiendo así un nuevo paradigma para analizar la juventud (Feixas, 1996). Al contrario de Parsons (1942), la escuela de Birmingham enfatiza en la clase social más que en la edad para explicar el surgimiento de subculturas juveniles (*Rockers, Punks, Skins*). Empero, algunos autores han cuestionado que las investigaciones llevadas a cabo desde la perspectiva de la escuela de Birmingham repararon poco en la juventud y en la adolescencia de las clases medias, al tiempo que se ha criticado la omisión de las prácticas juveniles convencionales, así como el énfasis masculino con el que se abordó a la juventud (Feixas, 1996; Adaszko, 2005; El Cadi, 2008).

Además de los trabajos anglosajones, en Francia se han llevado a cabo esfuerzos importantes por comprender y tratar de definir a la juventud. Desde la literatura francesa se criticó la mirada homogénea de lo juvenil, aludiendo a las diferencias sociales y económicas presentes entre los jóvenes. Así, se trazaron dos rutas analíticas en torno a la juventud. Por un lado, se promovió una lectura ideológica de dicha categoría (Bourdieu, 2002); y por el otro, se la conceptualizó como una “edad de la vida” (Galland, 20004, 2009). Desde la primera postura, sostenida por Bourdieu (2002), se sugiere que la juventud no es más que la palabra a partir de la cual se la designa, dando cuenta de la arbitrariedad en la delimitación de las edades. Para este autor, el

trazo de las fronteras entre la juventud y la adultez constituye una cuestión de poder entre generaciones por imponer límites respecto al lugar que deben ocupar los individuos. Para comprender el planteamiento de Bourdieu es preciso situarlo dentro de su teoría de la acción social (Hamel, 1999). En la propuesta del autor se considera que cada campo tiene una lógica distinta de organización de los grupos de edad, producto de un ensamblaje de relaciones históricas y objetivas. Así, la división por edades hace parte del conjunto de posiciones y disposiciones sociales (*habitus*) que constituyen un campo, como consecuencia de los diferentes tipos de capital del que disponen los actores sociales. En este sentido, Bourdieu (2002) señala la importancia de analizar las diferencias entre los jóvenes, y propone la existencia de dos juventudes (a partir de los distintos capitales que detentan), dos extremos de un mismo espacio de posibilidades: los jóvenes que estudian y prologan su adolescencia, y aquellos que se insertan al mercado laboral de forma más temprana (Bourdieu, 2002).

La propuesta del autor resulta importante por dos cuestiones. Primero, permite establecer que la juventud es construida social e históricamente, y segundo, da cuenta de la multiplicidad de juventudes, en tanto cada campo tendría una lógica distinta en la manera de trazar las fronteras etarias. Sin embargo, no deben perderse de vista algunos cuestionamientos realizados a su propuesta. Para quienes plantean la existencia de una cultura de la juventud (Bruno, 2000), se considera que el planteamiento de Bourdieu (2002) le resta importancia al concepto como forma de identidad; al tiempo que imposibilita el reconocimiento de cierta homogenización relativa de las prácticas culturales de los jóvenes (Hamel, 1999; Bruno, 2000). De otro lado, Valenzuela (2005) considera que, aunque la lucha entre jóvenes y adultos en la construcción de la juventud es incuestionable, la mirada de Bourdieu (2002) resulta insuficiente en la actualidad; ya que la reducción a solo dos criterios en el abordaje de la juventud, la clase social y el nivel educativo, imposibilita distinguir la pluralidad de experiencias a partir de las cuales se puede definir a los y las jóvenes.

La segunda postura frente a la juventud en la literatura francesa es propuesta por Galland (2009), quien la considera una “edad de la vida”. El autor sugiere que sin negar las manipulaciones ideológicas en torno a la definición de la juventud, ésta constituye una transición entre edades. Galland (2004b), al igual que Bourdieu (2002), plantea que la juventud es una categoría social

e históricamente construida; sin embargo, el valor de su propuesta radica en los dos acercamientos que la sostienen. A partir de la demografía entrevé la ocurrencia de un calendario de entrada a la vida adulta. Y, desde la sociología, aborda la edad como un aprendizaje de roles sociales (Galland, 2009). De lo anterior se deriva que la juventud constituye un pasaje que marca distintas etapas de la vida y articula procesos de socialización históricamente situados (Galland, 2009).

Otros estudios recientes exhiben otro nivel de análisis, enfocándose en las vivencias cotidianas de los y las jóvenes. El Cadi (2008), por ejemplo, sugiere que la adolescencia y la juventud no deben vincularse exclusivamente con el tiempo escolar y el acceso al mercado de trabajo, como se ha llevado a cabo tradicionalmente. La definición de la adolescencia también pasa por la corporalidad, por las percepciones del sí mismo, y el sentido que los y las adolescentes otorgan a las experiencias que dan acceso a la vida adulta. Así, además de la trayectoria escolar es preciso vincular otras experiencias de vida tales como el inicio y desarrollo de la vida sexual, la cercanía con los grupos de pares, el uso de métodos anticonceptivos, prácticas como el beber, fumar, maquillarse, vestirse de determinada manera y adquirir ciertos objetos de diferenciación constituyen actos de madurez con significados simbólicos para las y los adolescentes (El Cadi 2008).

En América Latina, los estudios en torno a la relación entre edad y cultura han sido menos numerosos; debido a la yuxtaposición de otros factores estructurales como la clase, el género y la etnicidad (Feixas, 1996). De acuerdo con Feixas (1996), los trabajos recientes llevados a cabo en Latinoamérica han enfatizado en el reconocimiento de factores identitarios, con la emergencia de agrupaciones juveniles. De igual forma, Brito (2002) sugiere la necesidad de abrir distintos campos de estudio que tengan en cuenta las nuevas realidades que están experimentando los y las jóvenes en América Latina, particularmente en México. El autor plantea que, unas de las limitaciones en la región es el abordaje de los diferentes grupos de jóvenes a partir de un paradigma de juventud excluyente. Al definir a los jóvenes mediante su inserción en las estructuras formales de la sociedad, se está dejado de lado un buen número de representaciones juveniles que no se definen por una inserción futura. “Las identidades juveniles se construyen mayoritariamente por fuera de la “formalidad social”; de esta manera, la

identificación con los objetivos y valores culturales dominantes resulta compleja” (Brito, 2002: 51). En ese sentido, el autor argumenta la necesidad de hablar no en términos de inserción, sino de “deserción social”, como consecuencia de las tensiones entre las identificaciones de los y las jóvenes con instituciones como la escuela, la familia, y el trabajo formal; y las escasas oportunidades que dichas instituciones brinda a la juventud (Brito, 2002). En esta misma dirección, Reguillo (2012), sostiene que los estudios de las culturas juveniles no han problematizado suficiente en la diversidad en los “modos de ser joven” desde una mirada diacrónica y sincrónica, y la mayoría de las veces este abordaje se reduce a la inserción socioeconómica de los jóvenes al orden social. Lo anterior, ha llevado a construir una distinción entre los *jóvenes incorporados*, con pertenencias escolares, laborales o religiosas; y los *disidentes*, estudiados desde su no inclusión en los esquemas de la cultura dominante (Reguillo, 2012).

El panorama anterior permite entrever que la mirada teórica en torno a la adolescencia constituye una cuestión reciente, que ha estado dominada por la psicología y la sociología de la juventud. Antes esto, surge una pregunta importante para este trabajo: ¿Cómo concebir a la adolescencia en el abordaje de la maternidad adolescente como una experiencia de vida? Al parecer, los esfuerzos por identificar los atributos que caracterizan y diferencian a la adolescencia y a la juventud, más que solventar la ambigüedad de ambos conceptos arrojan nuevos cuestionamientos sobre la pluralidad de maneras en que se experimenta el ser joven o el ser adolescente. La revisión de la literatura en torno a la maternidad adolescente permite entrever que, pese a los cuestionamientos teóricos en torno a la homogeneidad de la adolescencia y la juventud como grupo social, se sigue enmarcando a las adolescentes dentro de una lógica lineal y universal de paso a la edad adulta. De igual forma es posible constatar que los planteamientos psicológicos de la adolescencia como un período de crisis fueron heredados hasta la actualidad por los discursos médicos y políticos contribuyendo a delimitar de manera unívoca la forma de ser adolescente, donde la maternidad constituye un problema social. Dentro de este escenario, la preocupación por las prácticas sexuales de los y las jóvenes constituye un factor central a partir del cual las mujeres deben construirse a sí mismas como sujetos jóvenes, tratando de reconciliar el control ejercido por la sexualidad desde distintos dispositivos de poder y los significados que dichas prácticas tienen para ellas a lo largo de sus biografías juveniles.

1.3.1.3 *Concepciones en torno a la sexualidad adolescente.*

Las preocupaciones por la sexualidad de los adolescentes surgen desde el mismo momento en que se visibiliza a la adolescencia como una categoría analítica. Poco a poco se fue otorgando un papel preponderante a los dispositivos educativos a partir de los cuales se debía prevenir y regular cualquier forma ilegítima de práctica sexual que pudiera emerger entre la pubertad y el matrimonio (Galland, 2004a). El interés por controlar las pulsiones sexuales y normar las formas de socialización de los adolescentes se sustenta sobre una mirada particular respecto de la sexualidad, la cual empieza a consolidarse a finales del siglo XIX. Foucault (1976) sostiene que el control sobre el cuerpo –biopoder- constituyó una parte integral de la formación de las instituciones modernas, posibilitando la emergencia de la sexualidad a partir de distintos campos de poder. Poco a poco, los discursos en torno al sexo se convirtieron en elementos constitutivos de la realidad social, e irrumpieron distintas terminologías para la comprensión de la sexualidad (Foucault, 1976).

No obstante, posteriormente Giddens (2004) hace una crítica al planteamiento de Foucault (1976) y sugiere que el proceso de intrusión institucional en la vida de los individuos debe entreverse como un fenómeno de reflexividad institucional. Cuestionado a Foucault (1976), Giddens (2004) propone que las transformaciones en la vida social no son resultado de una mera intrusión unilateral del saber-poder. Para el autor, dichos cambios no son producto de un proceso mecánico y controlado, sino que van siendo adoptados y se convierten en parte integral de las acciones de los sujetos sociales. Así, aunque el *biopoder* articule la vida de los individuos, estos últimos incorporan reflexivamente la institucionalidad en su actuar (Giddens, 2004).

En esta misma dirección, Valenzuela (2005) sugiere el concepto de biocultura para dar cuenta de este doble proceso: el control ejercido sobre el cuerpo de los jóvenes, y al mismo tiempo su significación como un espacio de confrontación y resistencias culturales. El autor plantea que, pese a la regulación en torno al cuerpo, éste constituye un campo de resistencias a los discursos normativos frente a la sexualidad. Así, desde esta postura, se podría considerar a la maternidad adolescente como una forma de resistencia y disputa por la regulación de la sexualidad, la cual ha estado permeada por una conceptualización de adolescencia promulgada desde el saber-poder

(desde la psicología), y a partir de la cual se controlan los cuerpos y las prácticas sexuales de los y las adolescentes.

La necesidad de controlar la sexualidad de los y las adolescentes se hace evidente a partir de los múltiples discursos en torno a la misma promulgados por diferentes actores sociales: autoridades de gobierno, académicos, profesionales de la salud y los mismos jóvenes. Fine (1999), en una investigación realizada en escuelas públicas, elabora una tipología de los diferentes discursos en torno a la sexualidad e identifica cuatro perspectivas frente a la misma: discursos de la sexualidad como violencia, como victimización, como moral individual y como deseo. El primer discurso supone una relación entre el *silencio frente a la sexualidad* y la disminución de las actividades sexuales entre los jóvenes. Lo que se esconde detrás de esta narrativa es la consideración de que no hablar directamente sobre las prácticas sexuales desalentará su ejercicio. Empero, sugiere la autora, varios estudios empíricos constatan que el tabú frente a la sexualidad no desalienta las actividades sexuales, pero sí el uso de métodos anticonceptivos que pueden prevenir enfermedades de transmisión sexual y/o embarazos no deseados (Fine, 1999). El segundo discurso, por su parte, tiene como objetivo la victimización de la sexualidad femenina. Desde valores como la virginidad, la abstinencia y la moderación se reproduce la idea de que las mujeres deben evitar *ser usadas* por los varones mediante la presión de tener relaciones sexuales. Esta mirada se sustenta sobre el supuesto que apresurar las relaciones sexuales traerá consigo la estigmatización de las jóvenes, por lo que se las estimula, a partir de un discurso de victimización, a postergar el inicio de la vida sexual. El tercer discurso alude a las decisiones sexuales de las mujeres desde un punto de vista moral. A partir de narrativas sobre el valor de una mujer, de la familia, y de las relaciones de pareja se promueve el autocontrol de las prácticas sexuales, sugiriendo que éstas deben llevarse a cabo cuando las mujeres decidan conformar una familia. Finalmente, el cuarto discurso, aunque es el menos aplicado, consiste en promover la vida sexual como un ámbito central en la vida de los individuos, vinculando la sexualidad con elementos como el amor, la relación de pareja y la plenitud de la vida. Pese a la distinción analítica que propone Fine (1999) en su estudio, es preciso sugerir que en la realidad empírica dichos discursos tienden a sobreponerse unos con otros, permeando las percepciones y prácticas de la sexualidad de los y las jóvenes.

Sumado a los discursos anteriores, desde distintas disciplinas se han entrevistado las prácticas sexuales de los y las adolescentes como conductas de riesgo, perspectiva que tiene una asociación directa con el enfoque biológico y en tránsito de la adolescencia. Stern (2012) sugiere que, desde los estudios enmarcados en este enfoque, se ha propuesto inhibir dichas conductas de riesgo alentando la postergación de la iniciación sexual. Sin embargo, Fátima, y Gayet (2005) sostienen que en los últimos años se ha desarrollado un nuevo marco para analizar la sexualidad entre los y las adolescentes, el cual se ubica en el contexto de la salud sexual reproductiva. Desde esta mirada, las prácticas sexuales remiten a la conjunción de factores de tipo biológico, personal, social e institucional, ampliando la estrechez de la perspectiva en torno a la sexualidad en la adolescencia.

Es importante mencionar que desde la perspectiva de riesgo frente al ejercicio de la sexualidad, el embarazo, no la maternidad, constituye un resultado no esperado. La preocupación latente de un embarazo, en los distintos discursos, incluso entre las mismas jóvenes, permite suponer que la maternidad se ubica en un nivel de significado distinto; en tanto la maternidad constituye un valor social fuertemente arraigado (Sánchez, 2003). Como sugiere Stern (2012), factores como las relaciones asimétricas entre los géneros, el extremo valor social adjudicado a la virginidad y la maternidad tienen repercusiones en la vida sexual de los y las adolescentes. En esta dirección, un elemento importante expuesto en el trabajo Amuchástegui (2001) es el hecho de que la normatividad respecto a la sexualidad trasciende las clases sociales y los contextos socioculturales. La manera en que se expresa la vida sexual en la práctica cotidiana de los jóvenes permite identificar la coexistencia de significaciones tradicionales respecto a la virginidad y el inicio de la vida sexual, junto con comportamientos que entran en contradicción con los mandatos culturales dominantes.

Sumado a lo anterior, una investigación llevada a cabo en Guadalajara permitió indagar por la importancia del noviazgo y el amor romántico en la vida de los y las jóvenes. Rodríguez (2010) apunta que las prácticas amorosas entre los jóvenes constituyen un campo de estudio aún bastante incompleto. De hecho, propone la autora, en la mayoría de estudios sobre juventud, el tema de las relaciones amorosas es todavía incipiente. Esta investigación plantea que los imaginarios amorosos de los y las jóvenes, y las prácticas juveniles en torno al noviazgo y las

relaciones de pareja reflejan la manera en que el cuerpo y las normativas que rigen las relaciones afectivas se encuentran en constantes tensiones. El aumento de la individuación del sujeto juvenil permite una mayor libertad en la escogencia de sus parejas, así como un creciente reconocimiento de la realización amorosa en las biografías juveniles. No obstante, las limitaciones en torno a sus prácticas sexuales y la posibilidad de una vida sexual más aceptada promueven tensiones entre sus prácticas cotidianas y las normas sociales existentes en cada escenario cultural (Rodríguez, 2010). En este sentido, la complejidad del estudio de la sexualidad permite constatar que la relación existente entre maternidad adolescente y las relaciones amorosas constituye un campo de estudio que falta por desarrollar.

Finalmente, un elemento que hace falta considerar para la comprensión de la maternidad adolescente como experiencia de vida, y la manera en que las mujeres se construyen como sujetos a partir de dicha experiencia, es el abordaje de la maternidad, como concepto y experiencia, dando cuenta de los cambios y las continuidades en su definición.

1.4 Cambios y continuidades en las formas de comprender la maternidad.

Al igual que la adolescencia, la maternidad constituye una categoría socialmente construida, y la manera como se la define tiene implicaciones en el abordaje de la maternidad adolescente. Varios autores concuerdan en afirmar que la complejidad en la definición, las contradicciones que envuelve, las reinterpretaciones y reconfiguraciones, tanto de la vida social como de la identidad femenina, hacen del estudio de la maternidad una labor compleja (Mojzuk, 2012; Solé y Parella, 2004, Imaz, 2010a).

La maternidad ha sido foco de arduos debates entre diferentes actores sociales y políticos. Desde la segunda parte del siglo XX el tema ha ganado una importante visibilidad, al tiempo que se lo ha explorado ampliamente desde distintas posturas teóricas (Imaz, 2010a; Solé y Parella, 2004). La revisión de la literatura permite entrever dos cuestiones importantes. Primero, la historicidad de la maternidad y la discusión en torno a la misma. Aunque el debate no es nuevo, sí lo es la forma que éste adquiere en la actualidad. Los argumentos, las narrativas y las representaciones en torno a la maternidad no pueden desprenderse del contexto histórico dentro del cual tienen

lugar. La segunda cuestión tiene que ver con los esfuerzos por la definición de la maternidad como concepto teórico. Diversos estudios dan cuenta de la pluralidad de definiciones en torno a la misma, visibilizando su construcción multidisciplinar (Mojzuk, 2012; Imaz, 2010a; Montilva, 2008; Imaz, 2007; Sanhueza, 2005; Solé y Parella, 2004; Sánchez, 2003; Arendell, 2000; Walker, 1995).

Tras una revisión teórica en torno a la maternidad se puede plantear la existencia de múltiples acepciones y definiciones. Se la concibe como un instinto, una posición social, un conjunto de prácticas, un rol, una experiencia, y una representación de lo femenino que se ha ido transformando en el tiempo (Sánchez, 2003; Imaz, 2010c). Walker (1995) indica la necesidad de distinguir la maternidad como práctica (que envuelve la relación entre madre e hijo, así como la relación entre la madre y el resto del conjunto social), la maternidad como discurso (conjunto de normas, valores e ideales en torno al ser madre) y la maternidad como identidad social (membrecía a un grupo y reconocimiento). Arendell (2000), por su parte, sostiene que la maternidad envuelve una contradicción importante, puede actuar como un elemento de coacción, al mismo tiempo que provee un camino para la realización personal de algunas mujeres. La experiencia genera satisfacciones, y paralelamente desencadena conflictos, por lo que podría afirmarse que la maternidad implica negociaciones constantes en la construcción de la subjetividad femenina (Imaz, 2010a).

Pese a la amplitud del concepto, parece haber un consenso respecto al carácter histórico, cultural y social de la maternidad (Solé y Parella, 2004; Sanhueza, 2005). Los esfuerzos por su definición se insertan en un contexto social y económico marcado por transformaciones significativas, tales como: la centralidad del mercado como agente regulador, la mayor participación de las mujeres en la esfera pública, los cambios familiares y en las relaciones de parentesco, así como un mayor control sobre la fecundidad. Los elementos anteriores han permitido cuestionar la mirada normativa en torno a la maternidad, y pensarla ya no como un destino sino como una opción posible (Sanhueza, 2005).

1.4.1 Transformaciones socioeconómicas y familiares: Cambios en la identidad femenina.

1.4.1.1 *Construcción de la maternidad intensiva*

La construcción de la maternidad hegemónica o normativa, caracterizada por la reducción de la identidad femenina a la adscripción de madre, es reciente. Varias autoras la conceptualizan como *maternidad intensiva*, haciendo alusión a la centralidad de las prácticas maternas, y la adjudicación de los cuidados y la crianza exclusivamente a las mujeres (Molina, 2006; Heras y Téllez, 2008; Imaz, 2010b). Aunque en la práctica este modelo es insostenible, su representación continúa arraigada con fuerza, no sólo entre las mujeres sino en la sociedad en su conjunto (Solé y Parella, 2004, Imaz, 2007). Varias autoras plantean que la construcción del modelo de maternidad intensiva inicia a finales del siglo XVIII, cuando el ser madre empieza progresivamente a ganar centralidad en la construcción identitaria de las mujeres (Mojzuk, 2012; Molina, 2006; Imaz, 2010b).

La emergente preocupación por la elevada mortalidad infantil, en el marco de la construcción de los Estados-Nación, difunde una representación en la que las madres son percibidas como un bien de la patria por la capacidad reproductiva de nuevos ciudadanos. De igual forma, la consolidación de los saberes médicos visibilizó nuevas prácticas para asegurar la supervivencia infantil, en donde los cuidados y atenciones maternas se empezaron a considerar insustituibles (Imaz, 2010b). Así, no bastaba con “dar a luz” a los hijos, era necesaria una crianza adecuada, por lo que se debía instruir a las mujeres para ello, convirtiendo a la maternidad en una tarea de expertos y a las madres en individuos que debían ser educados para mejorar el bienestar de sus hijos (Imaz, 2010b).

Sumado a lo anterior, Badinter (1980) sugiere que la industrialización y urbanización tuvieron gran importancia en la exaltación del amor maternal. La separación entre la familia como ámbito reproductivo, y el trabajo como espacio productivo promovieron cambios sustanciales en las relaciones dentro de la familia, en los vínculos maritales y en la cercanía madre-hijo. Así, la profesionalización de los saberes respecto al cuidado de los hijos, junto con los procesos de industrialización, tuvo repercusiones significativas en la centralidad de las actividades

maternales en la vida de las mujeres, afianzando así el modelo de *maternidad intensiva* y con ello el ideal de *buena madre*.

La emergencia de la representación de buena madre no puede desligarse del género y la dominación masculina. De acuerdo con Palomar y Suárez de Garay (2007), el género constituye un conjunto de ordenamientos simbólicos respecto a lo que significa ser hombre y ser mujer, el cual ha determinado a la maternidad, y a la crianza, como tareas exclusivamente femeninas. De esta manera, la construcción de la *maternidad intensiva* es producto de un sistema de género, a partir del cual se han ido naturalizado diferencias socioculturalmente construidas (Heras y Téllez, 2008). Para Françoise Héritier (2002), la dominación masculina no puede explicarse sin no se tiene en cuenta el control de la capacidad reproductiva de las mujeres. Desde esta postura, la *maternidad intensiva* constituye el pilar de la dominación, porque naturaliza la adscripción de madre en la construcción de la identidad femenina.

1.4.1.2 Transformaciones socioeconómicas y familiares.

Aunque la representación de buena madre adquiere aún más fuerza después de la segunda guerra mundial, como consecuencia del auge de la familia nuclear, las transformaciones ocurridas en la década del sesenta contribuyeron significativamente a replantear el modelo de *maternidad intensiva*, y por ende, a reconfigurar las relaciones de género. Según Héritier (2002), uno de los cambios más significativos en Occidente ha sido el reconocimiento de las mujeres como sujetos autónomos, con derechos jurídicos y control sobre sus cuerpos. La institucionalización del derecho de las mujeres de elegir el número de hijos deseado mediante el uso de métodos de anticoncepción modernos significó una ruptura con el sistema de dominación masculina. Para la autora, la anticoncepción, fue un elemento fundamental para la emancipación de las mujeres, ya que además de otorgar la posibilidad de organizar su vida reproductiva les permitió elegir con mayor libertad las parejas sexuales, rechazar matrimonios arreglados, y facilitó la decisión de terminar uniones poco convenientes (Héritier, 2002). De esta manera, la posibilidad de decidir el número de hijos significó una transformación en las representaciones de lo femenino, de los roles adjudicados, y de los comportamientos normativos, abriendo un camino para repensar las relaciones de género y con ello el concepto de la maternidad.

La autonomía de las mujeres en materia sexual y reproductiva también estuvo acompañada de la emancipación financiera, resultado de la inserción masiva de las mujeres al mercado de trabajo. Dubar (2000a) indica que los cambios demográficos como el descenso de la fecundidad y la nupcialidad, junto con el aumento de la actividad económica de las mujeres han diversificado las formas y los arreglos de vida privada. En esa misma dirección, Castells (2003) señala que las transformaciones en la vida privada, tales como: el aumento en la disolución de hogares por divorcio o separación, la dificultad para que las mujeres medien las relaciones de pareja con la vida profesional, y la postergación de la maternidad como consecuencia de la centralidad de la educación en los proyectos de vida femeninos han traído consigo reestructuraciones al interior del hogar, cambios valorativos respecto del matrimonio y la promoción de una diversidad de arreglos familiares (extensos, unipersonales y compuestos) (Castells, 2003).

Pese a lo anterior, los sistemas de representaciones sociales no se han transformado de la misma manera en todas las sociedades, y todavía persisten distintas formas de subordinación femenina. Dubar (2000b) sugiere que la identidad femenina se ha sostenido tradicionalmente sobre atributos de “de procuración”, como madres, esposas e hijas (Dubar, 2000b), y aunque las mujeres se definan cada vez menos de esta manera, en algunos escenarios sociales estas adscripciones continúan teniendo fuertes valoraciones en su proyecto de vida. A pesar de ello, el autor sostiene que las transformaciones sociales y económicas han generado una crisis de las identidades; es decir, una ruptura con normas, valores, y sistemas simbólicos, provocando una desestabilización en la manera en que mujeres y hombres se construyen como sujetos (Dubar, 2000a). Bajo este escenario se han enmarcado las distintas miradas en torno a la maternidad como objeto de estudio, permeando los virajes teóricos del concepto y las formas de abordarlo.

1.4.2 Intentos por nuevas definiciones: Continuidades y transformaciones.

1.4.2.1 De la maternidad como fuente de subordinación a fuente de poder.

Desde los estudios feministas surgen los primeros esfuerzos por reconocer la maternidad como campo de estudio, pero sobre todo por definirla como concepto analítico (Imaz, 2007; Marcús,

2006). A finales de la década del sesenta, desde la coyuntura entre movimientos feministas y parte del sector académico, se inician fuertes cuestionamientos a la maternidad como cimiento del patriarcado (Solé y Parella, 2004). Las feministas de la *segunda ola*⁵ convierten las cuestiones reproductivas en tema de debate, centrando su reflexión en el papel de la maternidad como un obstáculo para la emancipación femenina. Asimismo, plantean los vínculos existentes entre el matrimonio, la familia, la heterosexualidad y el deseo sexual (Imaz, 2007; Solé y Parella, 2004, Castells, 2003).

Los estudios feministas durante este período se caracterizan por la necesidad académica y social de romper con la visión tradicional de la maternidad, vinculada al modelo hegemónico de familia nuclear. Una de las obras que marca el inicio de los estudios frente a la maternidad es el libro: *El Segundo Sexo* de Simone de Beauvoir (1994) en el que la autora expone la construcción social del patriarcado, estableciendo que la maternidad reproduce la opresión masculina y la domesticidad de las mujeres. No obstante, es importante admitir que Beauvoir (1994) no rechaza la maternidad como experiencia en sí misma, sino la forma en que se la ha construido como único destino femenino. De acuerdo a los propósitos de esta investigación, cabe resaltar dos aportes significativos de la obra de Beauvoir (2002). Primero, la propuesta de situar las prácticas maternas dentro del ámbito cultural en detrimento del ámbito biológico en el que estaban ancladas. Y segundo, el argumento de que la maternidad supone tan sólo una posibilidad en la vida en las mujeres, el cual permite desnaturalizarla y considerarla como una experiencia caracterizada por la ambigüedad, y la contradicción entre el deseo de ser madres y la negación de la maternidad como fuente de identificación.

Posteriormente, en la década de los setenta se produjo un vuelco analítico importante. Desde esta postura se reivindica a la maternidad como fuente de identidad, y se dirigen las críticas a la manera en que el patriarcado la ha convertido en un mandato dominante, sostenido sobre argumentos biológicos y esencialistas (Solé y Parella, 2004). Lo significativo de estos estudios es la diferenciación entre la maternidad como institución (conjunto de valores, normas,

⁵ *Segunda Ola* se denomina a los movimientos feministas que inician a principios de la década de 1960 hasta finales de los años setenta.

mandatos y prescripciones culturales) de la maternidad como experiencia cotidiana y subjetiva (Imaz, 2010c; Imaz, 2007; Solé y Parella, 2004; Sánchez, 2003; Arendell, 2000).

En este mismo contexto, las ramificaciones de los movimientos sociales promovieron denuncias respecto a los argumentos “universalistas” de la *segunda ola*, criticando la omisión de la pluralidad de experiencias en torno a la maternidad, al tener como referente un modelo dominante de mujer: blanca-clase-media-heterosexual (Walker, 1995). Se plantea entonces, que la consideración del patriarcado como una forma universal de opresión esencializa de nuevo a la maternidad (Solé y Parella, 2004; Téllez, y Heras, 2005). Los estudios enmarcados en esta perspectiva dieron paso a nuevas formas de abordar a la maternidad como una experiencia con diversos significados, y concebir a las mujeres como sujetos activos, capaces de crear discursos alternativos desde otras jerarquías de valor distintas a las mencionadas desde el patriarcado (Palomar, 2005; Walker, 1995). El debate teórico se reubicó entonces, pasando de identificar la relación entre maternidad y subordinación femenina, a la manera en que la maternidad puede construir nuevos ámbitos de participación social y política, y las múltiples formas en que se expresa dicha experiencia (Imaz, 2010a; Sánchez, 2003; Walker, 1995).

1.4.2.2 La maternidad: Una pluralidad de experiencias y significados.

A partir de las críticas anteriores, durante las décadas del ochenta y noventa el interés por situar los trabajos en torno a la maternidad desde una mirada más inclusiva incentivó investigaciones que resaltarán la experiencia de las mujeres, sus historias de vida y los significados de los hijos (Sánchez, 2003; Imaz, 2010). El reconocimiento de la alteridad visibilizó que las vivencias, las experiencias y los significados de la maternidad estaban mediados por factores como la raza, la clase, la etnia, la religión, la edad y la orientación sexual (Zarco, 2011; Heras y Téllez, 2008). De igual forma, la mirada a las múltiples formas en que la maternidad es valorada, concebida, y ejercida permite entrever una tensión entre las continuidades del modelo heredado de *maternidad intensiva*, y la emergencia de nuevas prácticas y formas de asumir la maternidad (Solé y Parella, 2004; Sanhueza, 2005; Montilva, 2008).

La revisión de la literatura visibilizó una pluralidad de perspectivas emergentes que resaltaban la diversidad de maternidades posibles, cuestionando los supuestos a partir de los cuales se construyó la idea de maternidad intensiva. Un tema que se ha abordado en los últimos años es la manera en que mujeres de clases medias, y profesionales jóvenes han transformado sus prácticas y valoraciones en torno a la maternidad (Solé y Parella, 2004; Sanhueza, 2005; Montilva, 2008). Para el caso de Chile y Venezuela estudios sostienen que las mujeres de clases medias han experimentado con fuerza los cambios de las décadas precedentes. La paulatina liberación de los roles de género tradicionales ha producido que las mujeres construyan una existencia propia a través del mercado laboral y la formación educativa, en detrimento muchas veces de las relaciones de pareja y la maternidad. Por consiguiente, la multiplicidad de adscripciones identitarias ha traído como consecuencia la pérdida de centralidad de la maternidad en la construcción de la identidad femenina (Sanhueza, 2005; Montilva, 2008).

De igual forma, un estudio llevado a cabo con mujeres profesionales españolas evidencia que sus prácticas cotidianas rompen poco a poco con el modelo de *maternidad intensiva*, promoviendo formas de maternidad compartida en la que las responsabilidades de crianza se ejercen en pareja (Solé y Parella, 2005). Sin embargo, la persistencia de representaciones normativas de la *maternidad intensiva* genera crisis y ambivalencias para quienes otorgan mayor peso a las trayectorias profesionales en su construcción identitaria (Solé y Parella, 2005). Por ello, las mujeres profesionales deben negociar constantemente lo que se espera de ellas como madres y el momento de ingreso a la maternidad, interpelando nuevas formas de constituirse como sujetos (Montilva, 2008).

Otros estudios se han encaminado a subrayar las nuevas formas de maternidad que emergen a partir de la creciente migración femenina, denominada maternidad a distancia o maternidad transnacional (Hondagneu-Sotelo y Avila, 1997; Solé y Parella, 2005). Este concepto es usado para denotar las prácticas de mujeres migrantes que trabajan en el cuidado de niños, mientras sus hijos permanecen en los países de origen. Investigaciones llevadas a cabo en Barcelona y en Los Ángeles, con mujeres migrantes de países latinoamericanos (Solé y Parella, 2005; Hondagneu-Sotelo y Avila, 1997), plantean que las experiencias laborales asociadas a la migración proveen una variación en el significado, en las prácticas y en las vivencias de la

maternidad. Las autoras consideran que la maternidad a distancia (o transnacional) supone nuevas maneras de crianza y relación con los hijos, haciendo necesarias formas alternativas para teorizar el ser madre. Estas investigaciones también son importantes porque permiten entrever la yuxtaposición de categorías como la clase social y el origen étnico en las vivencias del ser madres, y las estrategias adaptativas de las mujeres frente los constreñimientos sociales y económicos (Hondagneu-Sotelo y Avila, 1997; Solé y Parella, 2005).

En la misma dirección de los estudios anteriores, Scheper (1985) realizó una investigación etnográfica en el Alto do Cruzeiro, un sector marginado de Brasil, con el objetivo de explorar los sentimientos y prácticas maternas en un escenario de privaciones socioeconómicas. Este estudio se desarrolla en un contexto con alta mortalidad infantil, en el que las madres manifiestan un distanciamiento hacia los recién nacidos y desarrollan apegos más fuertes con los hijos mayores. De hecho, revela la autora, muchas de las madres le proporcionan un nombre a sus hijos recién al empezar a caminar, cuando consideran que tienen la fortaleza para sobrevivir (Scheper, 1985). Aunque la idea de amor maternal (innato a la naturaleza femenina) está fuertemente interiorizada en Brasil, los significados de la maternidad varían considerablemente de un contexto socioeconómico a otro. La autora sugiere que la estrategia reproductiva de limitar los nacimientos para invertir mejor en pocos hijos no es universal, por lo que las prácticas empleadas por las madres de Alto do Cruzeiro reclaman nuevos acercamientos y concepciones diferentes de la maternidad en relación con la clase social (Scheper, 1985).

Sumado a lo anterior, un estudio realizado en la Ciudad de México con madres pertenecientes a tres sectores socioeconómicos (bajos, medios y altos) propone la existencia de dos prácticas reproductivas que traen consigo diversas experiencias de maternidad (Sánchez, 2003). Por un lado, un vínculo estrecho entre sexualidad y procreación en el marco de la unión; y por el otro, la separación entre ambos eventos. El hallazgo más significativo de este trabajo es que la primera práctica, denominada por la autora como tradicional, es transversal a la clase social. Es decir, sin importar el sector socioeconómico de pertenencia la mayoría de las mujeres optan por iniciar su vida sexual dentro de la unión, e inmediatamente después convertirse en madres. En contraste, la segunda práctica, sólo se produce entre mujeres con elevados niveles educativos,

construyendo significados distintos de la maternidad y las relaciones de pareja; así como resistencias al modelo de maternidad intensiva (Sánchez, 2003).

Otros estudios, por su parte, han contemplado la relación entre maternidad y participación política. Zarco (2011) sugiere que los regímenes es dictatoriales que experimentaron algunos países suramericanos durante la década del setenta incentivaron la participación ciudadana de las madres que buscaban a sus hijos desaparecidos, como es el caso de las madres de la Plaza de Mayo en Argentina. La autora plantea que esta coyuntura produjo una re-significación de la maternidad vinculada a la construcción de las madres como sujetos políticos. Permanecer en el ámbito privado no era suficiente, era necesario salir a las calles y mantener una interacción directa con el Estado, cambiando el estatus de mujer-madre por el de madre-ciudadana (Zarco, 2011). De igual forma, Walker (1995) menciona que las madres sudafricanas han tenido un papel central en la reorganización social de las mujeres tras el fin del *Apartheid*. La autora sostiene que la maternidad en Sudáfrica constituye una identidad social, en la cual la adscripción de madre interactúa con otras formas de identificación política, promoviendo nuevas prácticas y discursos sobre el ser madre (Walker, 1995).

El posicionamiento de las madres adolescentes como sujetos implica una comprensión de la complejidad de la experiencia de la maternidad. Ésta, constituye una vivencia cargada de ambivalencias y tensiones como consecuencia de su pérdida de centralidad en la configuración de la identidad femenina, y la vigencia del modelo de *maternidad intensiva* en diferentes escenarios culturales. Sin embargo, entre las adolescentes, puede considerarse que la maternidad acrecienta dichas ambivalencias, resultado del estigma social que suscita ser madre a una edad temprana. Si nos situáramos en los planteamientos feministas de la *segunda ola*, la maternidad adolescente estaría reproduciendo el modelo de *maternidad intensiva*; ya que para las jóvenes es la identidad como madres la que les provee un reconocimiento social como mujeres dentro y fuera de la familia (Marcús, 2006). No obstante, aunque es innegable que la construcción de la maternidad ha obedecido a una lógica de dominación, y que algunas de las experiencias de las adolescentes se sustentan sobre modelos de *maternidad intensiva*, desde la propuesta analítica sustentada en esta investigación, se considera que la mirada anterior limita la comprensión de la diversidad de significados adjudicados a dicha experiencia. La maternidad no es ni

significada, ni vivida de la misma manera por todas las jóvenes. De hecho, dista de ser lineal y homogénea. La maternidad constituye una experiencia cambiante en el tiempo, por lo que las valoraciones en torno a la misma se transforman a lo largo de las biografías de las mujeres.

La posición anterior no resta importancia a las instituciones, normas y estructuras en las cuales las mujeres están inmersas. Como sugiere Amuchástegui (2001) centrar la atención en la subjetividad, los significados y las prácticas de los propios actores no excluye el análisis de la manera en que los discursos e instituciones permean sus narrativas. El discurso produce, pero al mismo tiempo posiciona al hablante dentro de un contexto. La definición de las madres adolescentes como sujetos, desde la perspectiva de Touraine (2005, 2007, 2009), promueve una necesidad de individualización de las trayectorias personales, tratando de comprender los procesos subjetivos a partir de los cuales las mujeres significan sus experiencias.

CAPÍTULO II: APROXIMACIÓN METODOLÓGICA Y ESTRATEGIA ANALÍTICA

El constructivismo constituye una postura epistemológica y metodológica desde la cual se sostienen gran parte de las aproximaciones cualitativas (Ariza, 2004). Desde esta mirada, existen múltiples realidades construidas socialmente a partir de la interacción social, las cuales se encuentran ancladas en temporalidades y espacios que adquieren relevancia en la vivencia e interacción social. Este posicionamiento epistemológico tiene implicaciones importantes en la construcción de la investigación cualitativa y en la manera en que ésta se desarrolla por dos razones particulares. Primero, por el carácter inacabado del conocimiento construido. El investigador y el objeto de estudio establecen una relación de interdependencia a partir de la cual influyen, transforman y construyen conocimiento a lo largo del proceso de investigación, el cual siempre es provisional, flexible y nunca absoluto. En segundo lugar, este posicionamiento epistemológico implica la comprensión del sentido de la acción como objeto central de la investigación. Desde dicho paradigma las significaciones que los individuos le otorgan a su acción, y con las cuales interpretan la realidad e influyen sobre ella constituye el centro de análisis por lo que la interpretación del punto de vista del sujeto resulta fundamental (Charmaz, 2000; Ariza, 2004; Ariza y Velasco, 2012).

Es importante considerar que la metodología cualitativa tuvo un impulso decisivo a través de la Escuela de Chicago, la cual centró su preocupación sobre las estructuras de sentido de las acciones cotidianas y las prácticas sociales (Uribe, 2009). En este sentido, la investigación cualitativa se sostiene primordialmente sobre procedimientos inductivos, al tiempo que representa una manera de acercarse a lo general a partir de conexiones con lo particular haciendo de la experiencia de trabajo de campo una parte fundamental en la construcción de conocimiento (Ariza y Velasco, 2012). Asimismo, vale la pena señalar que metodológicamente la investigación cualitativa tiene como recursos fundamentales la comparación y la construcción de tipologías; esto quiere decir, que la contrastación empírica, junto con la inclusión de los diversos actores sociales y las condiciones en las que se expresa el fenómeno a estudiar constituyen herramientas metodológicas para poder explicar los marcos de sentido con los cuales los sujetos interpretan su cotidianidad (Ariza, 2004: 400).

Sumado a lo anterior, la investigación cualitativa presenta una variedad de enfoques y orientaciones metodológicas, y se apoya en una serie de recursos, instrumentos y técnicas, tanto en el levantamiento como en el registro y la sistematización de la información (Ariza y Velasco, 2012). En esta investigación se empleó como estrategia de construcción de conocimiento el método biográfico, utilizando como estrategia metodológica los relatos de vida y la construcción de tipologías como herramienta analítica, considerándolas como los recursos más apropiados para cumplir con los objetivos de la investigación, cada uno de los cuales se definirá y explicará con mayor profundidad en los apartados siguientes que conforman este capítulo. Así, el objetivo de este capítulo es exponer los procedimientos y decisiones metodológicas que se llevaron a cabo a lo largo de la investigación, la manera en que se desarrolló el trabajo de campo, los instrumentos de recolección de información, los criterios de selección de los casos de estudio y algunas de las características de las informantes que participaron de la investigación.

De igual forma, es relevante mencionar que esta investigación se refiere al método y no al enfoque biográfico en el sentido expresado por Velasco y Gianturco (2012) quienes sugieren que lo biográfico no se reduce a una técnica para coleccionar información, sino que involucra presupuestos epistemológicos; una forma de conocimiento sobre el mundo que delimita la realidad empírica a estudiar, trazando un vínculo entre teoría y aspectos metodológicos. No obstante, sea como método o como enfoque, lo biográfico se ha abordado desde distintas orientaciones, por lo que esta investigación se sustenta particularmente en la perspectiva interpretativa de Norman Denzin (1989), caracterizada por la búsqueda de estrategias para comprender el sentido que los sujetos le adjudican a sus vivencias a través de las interpretaciones que los investigadores tienen de éstas (Reséndiz, 2011).

2.1 El método biográfico.

Desde la perspectiva de Denzin (1989) el método biográfico se define como el estudio y uso de documentos vivos, o documentos de vida, que describen virajes, momentos o inflexiones trascendentes en la vida de los individuos. La aproximación interpretativa de Denzin (1989) supone la ocurrencia de acontecimientos centrales en la vida de una persona, como puede serlo la maternidad en la adolescencia para el caso de esta investigación, considerados como

estructuras de significado que organizan las demás vivencias. De esta manera, se puede señalar que la característica primordial del método biográfico es el estudio del cambio social a partir del nivel individual, enfocándose en la comprensión e interpretación de lo subjetivo en al menos tres direcciones: la identificación de los recursos a través de los cuales los individuos representan y significan la realidad social; la comprensión de las decisiones que los sujetos toman en diferentes temporalidades y las condiciones que les posibilitaron hacerlo; y por último, el reconocimiento de las estructuras que constriñen la acción así como la manera en que los individuos modifican dichas estructuras (Reséndiz, 2011).

El método biográfico se inscribe en la tradición sociológica de la escuela de Chicago, la cual, desde un acercamiento cualitativo e interpretativo, se enfocó en la construcción de sentido de las acciones cotidianas a partir de la mirada del sujeto y sus interacciones sociales (González, 1996; Aceves, 1998). Sin embargo, el afán por la medición, validez y confiabilidad proporcionadas por la hegemonía de las metodologías cuantitativas en las décadas siguientes trivializaron los propósitos del método biográfico, y no es sino hasta la década de los años ochenta cuando se manifiesta un renovado interés por el enfoque interpretativo (Bertaux, 1989; Rojas, 2011). Según Vela (2011), la insuficiencia del enfoque positivista para explicar el comportamiento social, el cual predominó en las ciencias sociales durante varias décadas sobre todo en la tradición norteamericana, produjo un resurgimiento del interés por el estudio de la subjetividad, y dentro de este viraje se visibilizó la importancia de leer e interpretar a las sociedades, la cultura y las experiencias como textos.

De acuerdo con Rojas (2011), el retorno de lo biográfico también se encuentra vinculado con el “*el retorno del sujeto*”, en palabras de Touraine (2007), rescatando la importancia de la experiencia subjetiva en el análisis sociológico y las implicaciones de acercarse a la realidad social a partir del horizonte del individuo. Desde la perspectiva de Denzin (1989), y sobre la que se sostiene esta investigación, el supuesto fundamental del método biográfico es que la vida constituye un texto social, y por tanto puede producirse narrativamente. Sin embargo, hay dos cuestiones importantes a considerar: la primera es que, las narrativas envuelven la existencia de un otro, y en ese sentido son escritas a través de una doble mirada: la del autor, o quien narra, y la del observador, que registra y las interpreta. En segundo lugar, los relatos biográficos son

producciones ideológicas situadas contextual y temporalmente, por lo que dan cuenta de condiciones objetivas particulares del narrador e interlocutor. Así, los relatos no solamente constituyen ventanas hacia la subjetividad, sino que permiten comprender e interpretar el mundo de las relaciones y los marcos normativos en los que se encuentra el sujeto. Teniendo en cuenta lo anterior, lo biográfico plantea algunos interrogantes: ¿Cómo los textos son escritos, leídos e interpretados? ¿Cómo los individuos le dan sentido a sus vidas? ¿Cómo capturar los significados en formas escritas o narradas?

2.1.1 Epifanías y veracidad del relato.

Para responder a las preguntas anteriormente señaladas Denzin (1989) propone un concepto central: del de *epifanía*. Desde su perspectiva, los relatos no pueden descontextualizarse de las situaciones y relaciones familiares con las cuales crecieron los individuos, y que constituyen a menudo el punto de partida del relato; así como también, es necesario considerar los factores individuales a partir de los cuales los sujetos enfrentan y dan sentido a sus vivencias. Esto quiere decir, que las vidas de los individuos son narradas a partir de *marcadores objetivos y subjetivos*, también denominados *puntos críticos, virajes o inflexiones* en la trayectoria de vida, que le proporcionan coherencia al relato y lo ubican en el espacio y en el tiempo. Algunas de estas irrupciones tienen el potencial de transformar significativamente las trayectorias de vida de las personas, y cuando esto ocurre se denominan *epifanías* (Denzin, 1989).

Para Denzin (1989), el concepto de *epifanía* es central en el relato de vida; ya que dichas inflexiones alteran las estructuras de significación que los individuos le otorgan a sus vivencias. Por ello, el método biográfico se centra en la interpretación de dichos virajes, los cuales son clasificados de la siguiente manera: Primero, *epifanías como acontecimientos de primera magnitud*, que afectan todos los ámbitos en la vida de las personas, como podría considerarse a la maternidad adolescente; segundo, *acontecimientos representativos o acumulativos* producto de experiencias sucesivas dentro de un período de tiempo; tercero, *epifanía menor* como un momento problemático en la vida de una persona, pero sin la trascendencia para afectarla mayoría de los ámbitos de la vida y cuarto, la *rememoración*.

Otro elemento importante a considerar desde la propuesta interpretativa de Denzin (1989), y que ha representado una preocupación central del método biográfico, es el de la veracidad del relato. De acuerdo con el autor, en una narración coexisten tres elementos: los hechos o eventos que un individuo sugiere que ocurrieron en el pasado o cree que ocurrirán en el futuro; las prácticas llevadas a cabo y que describen la manera en que dichos eventos fueron experimentados, y las ficciones, resultado de la rememoración. Estas últimas se manifiestan como interpretaciones actuales de un evento pasado, las cuales tienden a exacerbar o distorsionar las vivencias sin que por ello pierdan validez analítica. Las omisiones, silencios y distorsiones son parte importante del proceso de interpretación y deben ser comprendidas dentro del conjunto del relato. El autor manifiesta que en tanto los textos biográficos son producciones incompletas, el interés del investigador no radica en captarlos como una totalidad coherente y ordenada buscando un principio y un fin, sino descubrir la manera en que los individuos dan coherencia a sus narraciones y descripción sus vivencias, y el lugar que le otorgan a sus experiencias (Denzin, 1989; Resendiz, 2011).

Sumado a lo anterior, autores como Bertaux (1980) ubican la validez del relato en otra dimensión, la cual tiene que ver con la saturación de los mismos. Para este autor, el investigador debe asegurarse de tener la cantidad de relatos que le permitan construir una clara representación de su objeto de estudio de modo que la incorporación de un caso adicional a los ya obtenidos, no aporte nada nuevo en dicha construcción. Por ello, plantea Bertaux (1980), un principio básico para alcanzar dicha saturación, es la mayor diversificación posible de los informantes.

Así, esta investigación se sostiene sobre las dos posturas señaladas. Por un lado, la validez de los relatos obtenidos en el desarrollo de esta tesis doctoral se sostiene en una interpretación de las significaciones atribuidas a la experiencia de la maternidad adolescente anclada espacial y temporalmente, como sugiere Denzin (1989); y del otro, se intentó obtener la mayor diversificación posible en la selección de las informantes, como se mencionará con mayor profundidad en los apartados siguientes, con el propósito de obtener un punto de saturación.

2.1.2 Los relatos de vida: Precisión terminológica.

Entre los diferentes tipos de documentos vivos que abarca el método biográfico se encuentran los relatos y las historias de vida, distinción que a menudo resulta difícil de obtener generando confusiones terminológicas. Algunos autores sugieren que las imprecisiones en el uso de ambos términos se deben a la traducción literal al español que se ha hecho de los términos en inglés *Life story (relato de vida)* y *Life history (historia de vida)*, haciendo complicada la diferenciación entre la historia vivida por una persona y el relato que ésta pueda hacer de su vida durante una entrevista (Bertaux, 1980; Galligani, 2000; Rojas; 2011).

Pese a las diferentes acepciones de ambos términos, en esta tesis doctoral nos apoyamos en la distinción promovida por Denzin (1989), para quien los *relatos de vida* constituyen recuentos orales de la vida de una persona, o fragmentos de la misma, con el propósito de conocer las experiencias y las interpretaciones de sus vivencias. Dichos relatos se enfocan en las narraciones de las experiencias personales tal y como los individuos manifiestan que se presentaron; es decir, *la versión de sí mismos*, las cuales son interpretadas por el investigador. Por su forma narrativa, el autor argumenta que el relato de vida constituye una *ficción* en tanto representa la reconstrucción de una vivencia que ya ocurrió, o bien que se proyecta con miras al futuro. En contraste, las *historias de vida*, se caracterizan por que la atención recae en el estudio de un individuo particular, abarcando tanto su relato de vida como cualquier tipo de información adicional que posibilite la reconstrucción de su vida (textos escritos y documentos históricos, entre otros).

A partir de la distinción anterior, vale la pena señalar que la presente investigación se centra en los relatos de vida de mujeres que tuvieron un primer hijo siendo adolescentes para dar cuenta de su construcción subjetiva y la significación de su experiencia. Esta forma narrativa resulta pertinente por varias razones. En primer lugar, posibilita identificar sucesiones temporales de los eventos experimentados por las mujeres y las relaciones entre los mismos, logrando interpretar la manera en que se construyen a sí mismas a partir de las atribuciones de sentido otorgados a los mismos. Tal como sugiere McAdams (2011) no hay sujeto sin historia. Los individuos se construyen a partir de la manera en que se narran a sí mismos, por lo que el relato

no puede desvincularse de la identidad narrativa que proporciona. De este modo, los relatos de vida de las mujeres que fueron madres en la adolescencia permiten la reconstrucción de la memoria y con ello, interpretar la manera en que a partir de dicha experiencia se desplegaron sus procesos de subjetivación. En segundo lugar, los relatos de vida proveen una comprensión dinámica de dichos procesos, en la medida en que los individuos se narran a sí mismos se produce a través de una relación dialéctica entre continuidad y cambio, de rupturas y persistencias. Igualmente, una mirada retrospectiva de las narraciones posibilita la reconstrucción de sentido, y con ello la comprensión de la capacidad reflexiva de los individuos mediante el posicionamiento discursivo de sus vivencias e interpretación de la experiencia de vida. En cuarto lugar, los relatos de vida promueve el énfasis de momentos críticos o transiciones en las trayectorias de vida de las mujeres, como la maternidad adolescente. Estas “*epifanías*”, en palabras de Denzin (1989), tienen el potencial de crear y transformar las experiencias de las mujeres y su proceso de subjetivación.

2.2 Preguntas de investigación.

Teniendo en cuenta el posicionamiento metodológico anterior, la presente tesis doctoral intenta responder a la pregunta: *¿Cómo las mujeres que fueron madres durante la adolescencia significan la experiencia de la maternidad a lo largo de sus trayectorias juveniles y se construyen como sujetos en un contexto de alta inmigración?*

De igual forma, se plantearon las siguientes preguntas específicas:

- ¿Cómo las mujeres que fueron madres por primera vez en la adolescencia reconstruyen la experiencia de la maternidad en sus relatos de vida?
- ¿Cómo las mujeres que tuvieron un primer hijo siendo adolescentes comprenden a la adolescencia como período de la vida?
- ¿Cómo se despliega y opera la capacidad reflexiva de las mujeres que tuvieron un primer hijo en la adolescencia?
- ¿De qué manera se relaciona la experiencia de la maternidad adolescente con otras experiencias a lo largo de la trayectoria biográfica de las mujeres?

- ¿De qué manera los recursos económicos, familiares y subjetivos inciden en los procesos de subjetivación de las madres adolescentes, y la significación de su experiencia como madres jóvenes?
- ¿Cómo incide la ciudad de Tijuana, como escenario de alta inmigración, en la construcción subjetiva de las madres adolescentes?

2.3 Objetivos de la investigación.

2.3.1 Objetivo general.

Analizar la manera en las mujeres entre 25 y 35 años, residentes en contexto de alta inmigración, significan la experiencia de la maternidad adolescente dentro de su trayectoria de vida y se construyen como sujetos, aportando elementos teóricos que contribuyan a ampliar la comprensión de la maternidad adolescente como una experiencia

2.3.2 Objetivos específicos.

- Analizar, a través de relatos de vida, los procesos de subjetivación juvenil de las mujeres que fueron madres en la adolescencia y que residen en un contexto de alta inmigración.
- Comprender los significados que las mujeres residentes en un escenario de alta inmigración le otorgan a la maternidad adolescente, teniendo en cuenta sus transformaciones en el tiempo.
- Analizar los vínculos que existen entre las significaciones de la experiencia de la maternidad adolescente y la ocurrencia de otras experiencias de vida a lo largo de las biografías de las mujeres, situando dichas significaciones temporal y contextualmente.
- Comprender la influencia de Tijuana, como escenario de alta inmigración, en la manera en que la maternidad adolescente es significada por las mujeres a lo largo de sus biografías.

2.4 Supuestos de la investigación.

La presente investigación tuvo como punto de partida los siguientes supuestos o argumentos, contruidos a partir de la revisión de la literatura en torno al tema y el posicionamiento teórico propuesto:

1. El primer de ellos tiene que ver con la significación de la maternidad adolescente. Esta investigación partió de la idea que la manera en que las mujeres, residentes en un contexto de alta inmigración, dan sentido a la experiencia de la maternidad adolescente a través de sus biografías se lleva a cabo a partir de ambivalencias, tensiones y negociaciones en al menos tres aspectos. Por un lado, las expectativas sociales frente a la adolescencia como período en transición y preparación para asumir roles adultos muchas veces no se corresponden con el sentido que algunas mujeres le otorgan a la misma, por lo que la maternidad implica una dislocación de dicha transición. De otro lado, aunque la centralidad de la maternidad en los proyectos de vida femeninos se ha ido debilitando, producto de los cambios sociales de las últimas décadas, aún persisten fuertes imaginarios en los que la maternidad aparece como un proyecto fuertemente deseado por las mujeres, en particular por las jóvenes. Igualmente, la maternidad adolescente trae consigo cambios en las posiciones sociales y roles familiares de las jóvenes reconfigurando sus vínculos y prácticas. Los tres elementos anteriores, entran en tensión promoviendo que las madres adolescentes se construyan a sí mismas como sujetos ambivalentes reinterpretando y re-significando sus vivencias a través del tiempo.

2. El segundo supuesto planteado al inicio de esta investigación tiene que ver con las diferencias en los procesos de subjetivación de las madres adolescentes. Se consideró entonces que la construcción subjetiva de las madres adolescentes se encuentra mediada por los recursos detentados por éstas, sean económicos, sociales, culturales, simbólicos o vivenciales, los cuales cambian de forma y volumen a través de su trayectoria de vida. Dichos recursos construyen y delimitan espacios de maniobra a partir de los cuales las mujeres tienden a valorar sus vivencias, elaborar estrategias y negocian sus experiencias de vida, entre ellas la maternidad y la adolescencia, en un escenario caracterizado por una fuerte inmigración y densos intercambios culturales como lo es Tijuana.

2.5 Selección de los sujetos de estudio.

La maternidad adolescente constituye un evento anclado en un período de tiempo delimitado y reconocido institucionalmente por el intervalo etario que abarca, el cual puede fluctuar entre los

organismos internacionales y gubernamentales⁶. No obstante, en México, organismos como el Mexicano de la Juventud (Imjuve) y el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) comprenden este período como aquel que se extiende entre los 12 y 19 años, y la mayoría de la información estadística disponible sobre embarazos adolescentes, así como los estudios llevados cabo en el país se circunscriben a este criterio etario; razón por la cual fue considerado en esta investigación.

Sin embargo, en la medida en que esta tesis se interesa por las significaciones y la subjetividad a partir de una mirada biográfica, vale la pena señalar que la forma en que las mujeres dan sentido a la maternidad adolescente trasciende al intervalo etario señalado, guardando una conexión con el pasado, el presente y las proyecciones a futuro de las mujeres que se convirtieron en madres. Esto quiere decir que, aunque la maternidad suceda durante el período considerado como adolescencia, la forma en que es experimentada y significada por las mujeres se vincula con sus proyectos a futuro, sus expectativas presentes y aspiraciones pasadas. Así, se consideró que abordar el evento de la maternidad adolescente aproximadamente una década después de que éste ocurriera permitiría dar cuenta de las conexiones de sentido entre distintas temporalidades, desde una condición juvenil, por la que las informantes aun atraviesan. De este modo, los sujetos de estudio fueron mujeres jóvenes (entre 25 a 35 años) que tuvieron un primer hijo durante la adolescencia (entre los 12 y 19 años), seleccionadas a partir de los siguientes criterios:

2.5.1 Criterios de selección.

Homogeneidad al interior del grupo:

- a. Edad al momento de las entrevistas. El rango de edad entre 25 y 35 años permite tener un grupo homogéneo en cuanto a la experiencia acumulada. Es un período en el que se han experimentado distintos virajes y epifanías en las trayectorias juveniles que guardan una relación con la maternidad, al tiempo que permite comprender los cambios en las

⁶ La Ley mexicana para la protección de los derechos de niñas, niños y adolescentes, con última reforma el 2 de abril del 2014, establece que el período de la adolescencia se extiende desde los 12 años cumplidos y los 18 años incumplidos (Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión, 2014). La Organización Mundial de la Salud por su parte, establece que la adolescencia se extiende entre los 10 y 19 años (OMS, 2014).

significaciones de la misma a través del tiempo. De igual forma, las mujeres de esta generación vivieron un cambio significativo en el enfoque sobre el cual se sustentaron las iniciativas gubernamentales frente a la fecundidad en México, las cuales pasaron de un marco puramente de anticoncepción a un enfoque de salud sexual reproductiva.

- b. Lugar de residencia al momento de las entrevistas. Sin importar el lugar de procedencia u origen de las mujeres se consideró que éstas tuvieran como lugar de residencia la ciudad de Tijuana, al momento de realizar las entrevistas.
- c. Disposición. Se seleccionaron las informantes que manifestaron tener la disposición, voluntad y tiempo para participar en la investigación y ser entrevistadas reiteradas veces hasta lograr una entrevista con la profundidad necesaria.

Heterogeneidad y diferenciación al interior del grupo:

Existe una extensa literatura que muestra la relación entre la ocurrencia de la maternidad adolescente y las condiciones objetivas de las jóvenes y sus familias (Furstenberg, 2007; Stern y Menkes, 2008; Breton, 2011; García, 2012; Stern, 2012); así como la incidencia de dichas condiciones sobre la manera de significar la experiencia de la maternidad (Marcús, 2006). No obstante, al abordar el tema desde una mirada retrospectiva resulta importante diferenciar las condiciones objetivas de la familia de origen de las mujeres de aquellas presentes al momento de la maternidad, e incluso de las que ostentan las mujeres en la actualidad. Si bien dichas circunstancias pueden mantenerse en el tiempo, también es posible que experimenten transformaciones haciendo que la situación socioeconómica de la mujer al momento de la entrevista diste de aquella experimentada cuando se convirtió en madre, lo cual podría generar sesgos en el análisis. Para evitar esta situación, se utilizaron como criterios de selección algunos aspectos que nos acercaran al entorno familiar en el que se socializó la mujer durante la adolescencia, buscando la mayor diversificación posible de dichos escenarios. Los criterios empleados fueron:

- d. Nivel educativo alcanzado por la mujer y sus padres. Se utilizó el nivel educativo alcanzado por las mujeres y sus padres como un indicador de la situación socioeconómica de origen de las entrevistadas, de los estilos de vida durante la adolescencia y los recursos económicos y vivenciales detentados por las éstas.

- e. Ocupación de los padres. Este criterio representó un acercamiento a la situación socioeconómica de la familia de la mujer al momento de la maternidad.
- f. Lugar de nacimiento y socialización de las mujeres durante la adolescencia. En la medida en que esta investigación se llevó a cabo en Tijuana, escenario caracterizado por una diversidad de flujos migratorios resultado de su condición fronteriza, distintos estudios llevados a cabo con jóvenes han intentado demostrar las diferencias existentes de los comportamientos juveniles entre quienes nacieron en este contexto y los que provienen de otras regiones del país; o bien se socialización en otro escenario (Ojeda, 2011; Palma y Reding, 2011; Palma, 2013)

2.6 El trabajo de campo.

El trabajo de campo realizado durante esta investigación se llevó a cabo entre octubre de 2012 y agosto de 2013, constituyó un proceso en el que se emplearon distintas herramientas metodológicas, como la etnografía y las entrevistas en profundidad, y se tomaron distintas decisiones conforme éste se iba desarrollando, las cuales no habían sido contempladas al inicio de la investigación. Para exponer de forma más clara la manera en que el trabajo de campo se llevó a cabo se distinguieron cuatro etapas, las cuales son descritas a continuación. No obstante, es importante mencionar que este proceso no tuvo un desarrollo lineal, y en distintos momentos no representó una experiencia ordenada; en la práctica, las etapas mencionadas se superpusieron y de manera simultánea se realizaron distintas actividades. Así, la identificación de las etapas descritas a continuación representa un esfuerzo por explicar y ordenar la experiencia de campo lo mejor posible para el lector, aunque la realidad empírica no siempre se haya comportado bajo la misma sistematicidad.

2.6.1 Primera etapa: Trabajo de campo exploratorio.

Para la selección de los casos de estudio se llevó a cabo un trabajo de campo exploratorio durante octubre de 2012 a enero de 2013, el cual consistió en un acercamiento preliminar con escuelas secundarias públicas en el área metropolitana de la ciudad de Tijuana. Los objetivos perseguidos en esta primera etapa eran dos principalmente: de un lado, identificar la viabilidad de la

selección de las informantes a través de las escuelas donde estudiaban sus hijos; y segundo, realizar un primer acercamiento con la realidad empírica a estudiar para poner a prueba y reelaborar los instrumentos de investigación, identificar problemáticas metodológicas y sus posibles soluciones.

La propuesta de encontrar a las informantes a través de los hijos tenía como ventaja tener un contacto con mujeres que no estuvieran involucradas con organizaciones gubernamentales, las cuales focalizan una población con determinadas características haciendo complicado garantizar la heterogeneidad al interior del grupo, como se pudo observar al intentar acceder a informantes a partir del Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF). Así, durante el trabajo de campo exploratorio se estableció contacto con directores y subdirectores de cuatro escuelas secundarias en diferentes sectores de Tijuana; seleccionadas, en un primer momento, por la heterogeneidad de la población asistente, de acuerdo a su ubicación espacial; y posteriormente, por la facilidad de los acercamientos preliminares con las directivas.

Para lograr las aproximaciones con las directivas de las escuelas se necesitó un colaborador o *portero* que facilitara los encuentros y permitiera explicar los objetivos de la investigación. En algunos casos los *porteros* pertenecían a la escuela (orientadores), y en otros fue necesario contactar a porteros externos que posibilitaran acceder de manera más rápida a las directivas de las escuelas (supervisor del área de Secretaría de Educación Pública o profesores conocidos por las directivas de la escuela). Una vez obtenido el permiso para tener un acercamiento con las madres de familia por parte de las directivas de la escuela, se me asignó un profesor u orientador con el cual me mantuve un contacto y pude identificar distintas posibilidades de establecer encuentros con las madres. En la primera parte del trabajo de campo se seleccionaron las siguientes escuelas, como lo muestra el cuadro uno.

Cuadro 2.1 Escuelas secundarias públicas de Tijuana seleccionadas en la primera etapa del trabajo de campo exploratorio, de acuerdo a la delegación y colonia de ubicación.

ESCUELAS SECUNDARIAS PÚBLICAS SELECCIONADAS EN LA PRIMERA ETAPA DEL TRABAJO DE CAMPO			
Escuela	Sostenimiento	Ubicación	
		Delegación	Colonia
Secundaria Técnica No. 45	Federal	La Presa	El Dorado
Secundaria No. 30, Pablo L. Martínez	Estatal	Playas de Tijuana	Miramar
Colegio Sindicato Alba Roja	Estatal	Centro	Centro
Secundaria N. 4, Ricardo Flores Magón	Federal	La Mesa	Jardines de la mesa

Fuente: Elaboración propia a partir del trabajo de campo.

De forma paralela al acercamiento con las escuelas se elaboró un cuestionario a través del cual se pudiera identificar a las mujeres que hubieran tenido un hijo en la adolescencia, que reunieran los criterios de selección contemplados y que posibilitara establecer un contacto telefónico posterior con la informante sin la intermediación de la escuela. Este último punto fue muy importante. Durante este proceso, fue necesario explicar a las informantes con detenimiento que la investigación en la que participarían no era parte de la escuela, que ésta era tan sólo un intermediario, y que yo, como investigadora, no proporcionaría ninguna información a la escuela garantizando la confidencialidad de las participantes. Una vez las directivas de las escuelas aprobaron la aplicación de los cuestionarios a las madres de familia, se recibieron propuestas, por parte de las orientadoras y profesores (porteros), sobre la mejor manera en que éstos podrían ser completados por las mujeres y se pusieron a prueba tres estrategias:

- a) Reuniones de padres de familia. Al inicio de cada reunión de padres o *entrega de boletas*⁷ me proporcionaron unos minutos, antes de iniciar el encuentro, para explicar el proyecto a las madres y solicitarles, a quienes estaban interesadas en participar, contestar los cuestionarios. Esta estrategia garantizaba un primer acercamiento directo con las mujeres, ellas mismas respondían el cuestionario y podían exponerme sus preguntas sobre el proyecto, garantizando una primera transferencia de confianza.
- b) Entrega de cuestionarios del profesor a los estudiantes. Los profesores entregaban los cuestionarios a los estudiantes y éstos a su vez los entregaban a sus madres al llegar a

⁷ En estas reuniones los padres asistían a reclamar las calificaciones de sus hijos. Los encuentros eran en las tardes, una vez finalizadas las clases, o bien temprano en la mañana, antes de iniciar la jornada escolar. Los padres se dirigían a los grados de sus hijos donde, en grupo, y escuchaba a la maestra. Al final de la reunión, se repartían las calificaciones de cada estudiante.

casa, trayéndolo de vuelta al profesor al día siguiente. Si bien esta estrategia tenía como ventaja ampliar el número de cuestionarios aplicados, ya que eran repartidos a los grados seleccionados al total de los estudiantes, implicaba muchos intermediarios. Los estudiantes no entregaban de nuevo al profesor los cuestionarios, y muchas veces se confundía el proyecto de investigación con una estrategia de la propia escuela, dificultando entrar en contacto con la mujer. Asimismo, esta estrategia no permitía conocer cara a cara a las mujeres, por lo que al contactarlas telefónicamente, no había la confianza necesaria para que accedieran a una entrevista.

- c) Los estudiantes proporcionan la edad de sus madres. Los profesores preguntaban la edad de las madres a sus estudiantes, y así se podría saber cuáles habían tenido un hijo en la adolescencia y mandarles sólo a estas mujeres el cuestionario a través de sus hijos. Aunque esta estrategia era la más rápida para conocer las edades de las mamás, los hijos no estaban enterados, mayoritariamente, de las edades de sus madres haciendo complicada la selección de los casos.

La experiencia obtenida con la puesta en marcha de cada una de las propuestas anteriores permitió dos cosas. Por un lado, identificar preguntas en los cuestionarios que no estaban siendo comprendidas por las madres, por lo que fue necesario modificar el planteamiento de algunas de ellas, e incorporar preguntas que no se habían tenido en cuenta en un inicio y que fueron surgiendo posteriormente⁸. De otro lado, permitió identificar, de las tres propuestas anteriores, la opción de aplicar los cuestionarios en las reuniones de padres de familia como la más idónea para seleccionar los casos a entrevistar por las siguientes razones: primero, permitía tener un contacto directo con las mujeres, conocerlas y que ellas también me conocieran a mí. De otro lado, garantizaba que los cuestionarios fueran contestados adecuadamente y entregados de forma inmediata; ya que yo podía resolver sus dudas en el momento mismo de la su aplicación. Igualmente, las reuniones para padres fueron una buena oportunidad para exponer de forma más clara el proyecto de investigación, aclarando a las mujeres cuál sería su participación en el proyecto así como la confidencialidad de la información. No obstante, esta estrategia tuvo como principal inconveniente la prolongación del trabajo de campo; ya que era necesario esperar a la programación de reuniones o *entrega de boletas* por parte de la escuela, y muchas veces la

⁸ Ver Anexo número uno.

asistencia de los padres era mínima haciendo complicado encontrar mujeres con los criterios requeridos. Lo anterior, prolongó el trabajo de campo más de lo previsto.

2.6.2 Segunda etapa: Incorporación de nuevas escuelas.

Aunque la selección de las informantes inició con cuatro escuelas secundarias (como se observa en el cuadro uno), la información de los cuestionarios que se fue sistematizando, el trabajo etnográfico realizado en las colonias donde se encontraba la escuela y las colonias cercanas donde habitaban la mayoría de las familias de los estudiantes que asistían a las secundarias y las conversaciones con algunos supervisores de la Secretaría de Educación Pública permitió entrever la necesidad de incorporar otras escuelas que garantizaran la heterogeneidad de las informantes respecto a su nivel socioeconómico de origen; ya que la mayoría de los casos encontrados en estas primeras escuelas provenían de familias en situación de pobreza.

Debido a lo anterior, fue necesario buscar un acercamiento con otras escuelas que permitiera tener un panorama social más amplio, involucrando diferentes sectores socioeconómicos de la ciudad. Así, en la segunda etapa del trabajo del campo, llevada a cabo de enero a marzo de 2013, se amplió el número de escuelas, se aplicaron los cuestionarios y se identificaron a las mujeres que podrían ser seleccionadas para las entrevistas, como se muestra en el siguiente cuadro.

Cuadro 2.2. Distribución porcentual de cuestionarios aplicados a madres de familia en seis escuelas secundarias públicas de la zona metropolitana de Tijuana, según la edad actual de las mujeres y la edad a la primera maternidad.

DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE CUESTIONARIOS APLICADOS A LAS MADRES DE FAMILIA EN ESCUELAS PÚBLICAS DE TIJUANA							
Mujeres que respondieron cuestionarios	Secundaria General No. 4	Secundaria General No. 30	Secundaria Técnica No. 11	Secundaria Técnica Sindicato Alba Roja	Secundaria Técnica No. 1	Secundaria 1 Lázaro Cárdenas	Total
No madres adolescentes	7.2	17.6	7.9	14.4	1.8	7.6	56.5
Madres adolescentes mayores de 35 años	3.6	18.3	0	0.4	1.1	0.7	24.1
Madres adolescentes entre 25 y 35 años	4.3	12.9	2.2	0	0	0	19.4
Porcentaje total	15.1	48.9	10.1	14.7	2.9	8.3	100
Total de cuestionarios	42	136	28	41	8	23	278

Fuente: Elaboración propia con base en los cuestionarios aplicados en las escuelas secundarias públicas seleccionadas en el trabajo de campo.

La ampliación de las escuelas arrojó algunos resultados importantes sobre la concentración de los casos de estudio. Como se observa en el cuadro dos, la Secundaria General No. 4 y la No. 30 porcentualmente constituyeron los escenarios donde se encontró el mayor número de mujeres entre 25 y 35 años que tuvieron un primer hijo en la adolescencia; mientras que en las escuelas Sindicato Alba Roja, Lázaro Cárdenas y Técnica 1 no se encontró ningún caso. Aunque esto tiene que ver con el número de cuestionarios aplicados en cada escuela⁹; también permitió considerar que en las secundarias ubicadas en sectores más vulnerables y socioeconómicamente más precarios había mayor presencia de madres adolescentes, con las edades actuales requeridas para la investigación, de acuerdo a la aplicación de los cuestionarios, disminuyendo en las secundarias ubicadas en sectores de la ciudad donde asistían estudiantes con un nivel socioeconómico más elevado. Lo anterior, dificultaba el acceso a las mujeres pertenecientes a dichos sectores sociales a partir de la estrategia de los cuestionarios.

2.6.3 Tercera etapa: Selección de los casos de estudio mediante escuelas secundarias públicas.

Una vez aplicados los cuestionarios en todas las escuelas se seleccionó a las mujeres a entrevistar y se estableció un contacto telefónico con ellas lo más pronto posible¹⁰. Se descartó a las mujeres que no proporcionaron un número telefónico, a quienes manifestaron no querer participar en la investigación tras la llamada telefónica, así como las mujeres interesadas en participar pero que no se presentaban en el lugar del encuentro pautado, ni se podían volver a contactar posteriormente.

El primer encuentro con las mujeres tuvo lugar mayoritariamente en la escuela, por ser el lugar de más fácil acceso entre las informantes y yo como investigadora; sin embargo, hubo casos en que las mujeres prefirieron lugares públicos cercanos a las escuelas. En este encuentro, se volvió a explicar a la mujer el objetivo de la investigación, reiterando que el estudio no tenía ningún vínculo con la escuela. De igual forma, se explicaron las condiciones de confidencialidad del

⁹ En las escuelas Secundarias: General No. 30 y No. 4 fue en las que se trabajó durante más tiempo, y donde se programaban con mayor frecuencia reuniones para padres de familia. Por esta razón hay un mayor número de cuestionarios aplicados en ellas.

¹⁰ El contacto telefónico unos días después de las reuniones de padres de familia permitía que las mujeres recordaran los cuestionarios que habían diligenciado y de los objetivos de la investigación.

estudio, se presentó una carta de consentimiento informado¹¹ para que las mujeres autorizaran la grabación de las entrevistas y proporcionaran un seudónimo para proteger su identidad y la de terceros mencionados en sus relatos. Sin embargo, vale la pena señalar que esta carta ponía nerviosas a las mujeres quienes preferían no firmarla, por lo que opté por grabar el consentimiento de las mujeres. Este primer encuentro a su vez, garantizó una mayor interacción con las informantes y ampliar la confianza entre ambas partes.

Las entrevistas, por su parte, se llevaron a cabo donde la informante lo dispusiera, que en la mayoría de los casos correspondía al hogar. Así, después de la primera entrevista establecida se preguntaba a la mujer si era posible realizar un segundo encuentro, y se descartaron aquellas informantes con las que sólo se pudo completar una sesión, sin la profundidad necesaria para el análisis. Cabe señalar que la mayoría de las mujeres prefirió no usar un seudónimo; no obstante, durante el proceso de transcripción se optó por cambiar los nombres de las informantes para garantizar su anonimato; así como el de los terceros mencionados.

Si bien las mujeres seleccionadas a partir de las escuelas secundarias evidenciaban una heterogeneidad en los lugares de procedencia y arreglos familiares, constituía un grupo bastante homogéneo en cuanto al origen socioeconómico, exponiendo bajos niveles de escolaridad alcanzados por ellas y sus padres. Dado que uno de los objetivos esenciales de la investigación era observar la construcción subjetiva de mujeres que tuvieron un primer hijo en la adolescencia, que cuentan con diversos recursos y estilos de vida, era necesario ampliar dicho grupo incorporando mujeres con mayores niveles de escolaridad y provenientes de familias con mayores recursos socioeconómicos. Surgió entonces la posibilidad de tener acercamientos con algunas escuelas secundarias privadas, pero los esfuerzos no tuvieron los resultados esperados debido a la falta de apoyo en algunas de ellas. Así, fue necesario buscar otra estrategia que permitiera acceder a este grupo de mujeres, minoritario y por ende de más difícil acceso. Así, se optó por una estrategia de selección distinta, usando la técnica de *bola de nieve*.

¹¹ Ver anexo cuatro.

2.6.4 Cuarta etapa: Selección de casos de estudio por medio de la técnica de Bola de Nieve.

La técnica de *Bola de Nieve* (*Snowball Sampling*) fue propuesta por Goodman en 1961 como una estrategia de muestreo no probabilístico, la cual ha tenido gran acogida en las ciencias sociales. En rasgos generales, supone que los individuos pueden nominar a otros que compartan algunas características comunes entre sí, en la medida en que se encuentran interconectados dentro de una red social (Goodman, 1961). Para ello, se parte de la identificación de un sujeto inicial quien provee información de otros individuos abriendo la posibilidad de expandir otros contactos potenciales. Si bien esta técnica es eficiente cuando se está frente a una población de difícil acceso o cuando se requiere de cierta confianza para que los sujetos estén dispuestos a participar de la investigación, también puede acarrear ciertos sesgos; ya que la probabilidad de contacto entre individuos es mayor cuando comparten ciertas características limitando el análisis a un grupo con características homogéneas.

Para tratar de solventar la limitación anterior se seleccionó a un grupo de personas que se caracterizaran por residir en Tijuana y quienes tuvieran acercamientos con una población de mujeres entre 25 y 35 años. Así, quienes conocían mujeres con los criterios de selección requeridos me pusieron en contacto con algunas informantes a quienes realicé las mismas preguntas establecidas en los cuestionarios, tratando de obtener un grupo lo más heterogéneo posible respecto a sus condiciones socioeconómicas de origen. Una vez identificadas un número de mujeres, se inició el proceso de acercamiento para lograr la aceptación de una entrevista. La mayoría de los primeros acercamientos se realizaron telefónicamente y tuvieron como propósito explicar el proyecto, responder sus dudas y buscar una primera sesión de entrevista.

A pesar de que se intentó buscar la mayor heterogeneidad posible, una de las posibles limitantes del proceso de selección a través de esta técnica fue la homogeneidad en las edades de las mujeres seleccionadas, quienes oscilan entre los 18 y 31 años. No obstante, lo anterior no representó problemas significativos en el análisis en la medida en que estas edades se encontraban dentro del rango establecido en los criterios de selección. De igual forma, la utilización de la estrategia de *bola de nieve* posibilitó una transferencia de confianza del contacto inicial hacia la informante, lo cual favoreció que las mujeres accedieran más fácilmente a las

entrevistas y tuvieran disposición para contar sus experiencias; a diferencia de las informantes seleccionadas a partir de las escuelas secundarias con quien se tuvo que construir poco a poco la confianza y empatía.

A partir de las dos estrategias de selección mencionadas anteriormente, las mujeres entrevistadas se dividieron en dos grupos, cada uno con un perfil sociodemográfico y antecedentes familiares como se observan en los cuadros tres y cuatro:

- Grupo A: Mujeres entre 25 a 35 años, residentes en Tijuana, que tuvieron un primer hijo nacido vivo entre los 12 y 19 años, seleccionadas a través de las escuelas secundarias públicas donde estudiaban sus hijos.
- Grupo B: Mujeres entre 25 a 35 años, residentes en Tijuana, que tuvieron un primer hijo nacido vivo entre los 12 y 19 años, seleccionadas a partir de la técnica de *bola de nieve*.

Cuadro 2.3. Perfil de las informantes participantes en la investigación, con edades entre los 25 y 35 años, que tuvieron un primer hijo nacido vivo en la adolescencia, y residentes en Tijuana al momento de la entrevista, según características de origen y la estrategia de selección de los casos.

PERFIL DE LAS INFORMANTES PARTICIPANTES EN LA INVESTIGACIÓN									
Informante	Sesiones de entrevista	Edad actual	Situación conyugal actual	Ocupación actual	Número de hijos nacidos vivos	Lugar de nacimiento	Edad a la migración	Lugar de origen de la familia*	Tipo de contacto con EE.UU
Grupo A									
1. Marisol	3	32	Unión libre	Empleada	3	Tijuana, Bc.	NA	Tlaxcala (M), USA (P)	Familiar/Maternidad
2. Rosa	1	33	Divorciada	Empleada	2	Irapuato, Gto.	16	Guanajuato	Trabajo
3. Nora	2	30	Unión libre	Trabajador por cuenta propia	3	Tijuana, Bc.	NA	Jalisco (M), Veracruz (P)	Trabaja en la línea
4. Eliana	2	34	Unión libre	Trabajador por cuenta propia	5	Tijuana, Bc.	NA	Jalisco	Familiar
5. María	2	31	Unión libre	Ama de casa	2	Tijuana, Bc.	NA	Jalisco	Ninguno
6. Yolanda	2	31	Unión libre	Empleada	2	Novolato, Sin.	3	Sinaloa	Residió/Visa
7. Adela	3	35	Unión libre	Ama de casa	2	Guaymas, Son.	15	Sonora	Familiar
8. Vero	2	34	Unión libre	Empleada	4	Neza, Mex.	19	Oaxaca	Ninguno
9. Sara	3	35	Separada	Empleada	4	Zacapu, Mich.	1	Michoacán	Ninguno
10. Mariana	2	32	Unión libre	Ama de casa	3	Guasave, Sin.	13	Sinaloa	Familiar
11. Amelia	1	32	Unión libre	Ama de casa	2	Guadalajara, Jal.	17	Muichoacán (M), Jalisco (P)	Familiar/Visa
Grupo B									
12. Catalina	2	30	Casada	Empleada	1	Distrito Federal	2	Sonora (M), Distrito Federal (P)	Visa
13. Lilia	1	30	Casada	Empleada	2	Tijuana, Bc.	NA	Mexicali (M), Cuernavaca (P)	Ninguno
14. Natalia	2	26	Separada	Estudiante	2	Tijuana, Bc.	NA	Nayarit (M), Baja C. Sur (P)	Familiar
15. Valentina	1	31	Unión libre	Empleada	4	Tijuana, Bc.	NA	Jalisco (M)/Aguascalientes (P)	Ninguno
16. Alicia	1	31	Casada	Empleada	2	Tijuana, Bc.	NA	Guanajuato (M), Nayarit (P)	Visa
17. Viviana	1	32	Soltera	Estudiante/Empleada	1	Tlaxcala, Tlax.	6	Tlaxcala	Trabajó/Visa
18. Lucía	1	30	Casada	Trabajador por cuenta propia	2	Tijuana, Bc.	NA	Michoacán (M), Baja California (P)	Trabajo/Visa/Maternidad
19. Carmen	2	27	Soltera	Empleada	1	Distrito Federal	7	Distrito Federal	Ciudadana
20. Susana	1	31	Unión libre	Estudiante/Empleada	3	Toluca, Méx.	7	Baja California (M), Toluca (P)	Ninguno
21. Gladis	1	27	Soltera	Empleada	1	Tijuana, Bc.	NA	Baja California (M), USA (P)	Familiar
22. Berenice	1	27	Unión libre	Trabajador por cuenta propia	1	Tijuana, Bc.	NA	Tijuana, Bc.	Visa
23. Aurora	1	28	Divorciada/Soltera	Empleada	1	Culiacán, Sin.	5	Sinaloa	Visa
24. Marcela	1	28	Soltera	Estudiante/Empleada	1	Tijuana, Bc.	NA	Baja California (M)/San Luis Potosí (P)	Visa

*Se diferenció el lugar de nacimiento de los padres utilizando la M para madre y la P para el padre. Cuando ambos son del mismo estado no se realizó ninguna diferenciación.

Fuente: Elaboración propia con base en la información obtenida en los cuestionarios y entrevistas realizadas.

Cuadro 2.4. Orden de ocurrencia de los eventos: primera relación sexual, primer hijo y primera unión y el nivel de escolaridad de las mujeres entre 25 y 35 años, con un primer hijo en la adolescencia y residentes en Tijuana, según la estrategia de selección de los casos-

PERFIL DE LAS INFORMANTES PARTICIPANTES EN LA INVESTIGACIÓN								
Informante	Edad a la primera relación sexual	Edad al primer hijo	Edad a la unión*	Orden de eventos	Número de uniones	Nivel de escolaridad alcanzado por la informante	Nivel de escolaridad alcanzado por la madre	Nivel de escolaridad alcanzado por el padre
Grupo A								
1. Marisol	15	16	15	Unión-embarazo-maternidad	2	Primaria incompleta	Preparatoria	No sabe
2. Rosa	16	18	18	Embarazo-unión-maternidad	1	Secundaria	Primaria	Primaria
3. Nora	15	16	15	Embarazo-unión-maternidad	2	Secundaria incompleta	Primaria	Primaria
4. Eliana	18	18	17	Unión-embarazo-maternidad	2	Secundaria	Primaria incompleta	Primaria incompleta
5. María	17	17	18	Embarazo-unión-maternidad	2	Preparatoria incompleta	Primaria	Primaria
6. Yolanda	18	18	18	Embarazo-unión-maternidad	3	Preparatoria incompleta	Primaria incompleta	No sabe
7. Adela	17	18	17	Unión-embarazo-maternidad	1	Secundaria	Primaria	No sabe
8. Vero	17	18	NA	Embarazo-maternidad	1	Primaria	No sabe	No sabe
9. Sara	14	17	14	Unión-embarazo-maternidad	1	Primaria	Ninguno	Primaria
10. Mariana	18	19	19	Embarazo-unión-maternidad	2	Preparatoria	Secundaria	Primaria
11. Amelia	19	19	19	Embarazo-unión-maternidad	1	Secundaria	Secundaria incompleta	No sabe
Grupo B								
12. Catalina	16	18	18	Embarazo-unión-maternidad	2	Maestría	Secundaria	Doctorado
13. Lilia	17	18	18	Embarazo-unión-maternidad	1	Preparatoria	Preparatoria	Preparatoria
14. Natalia	17	18	18	Unión-embarazo-maternidad	1	Preparatoria/Licenciatura en curso	Preparatoria	Normal
15. Valentina	15	15	15	Embarazo-unión-maternidad	1	Preparatoria incompleta	Secundaria	Secundaria
16. Alicia	18	19	19	Embarazo-unión-maternidad	1	Preparatoria	Secundaria	Preparatoria
17. Viviana	17	17	NA	Embarazo-maternidad	NA	Preparatoria/Licenciatura en curso	Normal	Licenciatura
18. Lucía	18	19	19	Embarazo-unión-maternidad	1	Preparatoria	Secundaria	Preparatoria
19. Carmen	18	19	NA	Embarazo-unión-maternidad	1	Licenciatura	Preparatoria técnica	Licenciatura
20. Susana	18	18	18	Embarazo-unión-maternidad	3	Preparatoria/Licenciatura en curso	Licenciatura	Preparatoria
21. Gladis	16	17	18	Embarazo-maternidad-unión	2	Licenciatura	Secundaria incompleta	Preparatoria
22. Berenice	18	19	19	Embarazo-unión-maternidad	2	Licenciatura	Preparatoria	Licenciatura
23. Aurora	16	18	19	Embarazo-unión-maternidad	2	Licenciatura	Secundaria	Licenciatura
24. Marcela	17	19	NA	Embarazo-unión-maternidad	2	Licenciatura	Secundaria incompleta	Secundaria incompleta

*Se consideró la edad a la unión con el padre del primer hijo. En los casos donde no hubo unión, o en los que la primera unión ocurrió con otra pareja se utilizó NA.

Fuente: Elaboración propia con base en la información obtenida en los cuestionarios y entrevistas realizadas.

2.7 Entrevistas cualitativas en profundidad.

Las entrevistas llevadas a cabo en este estudio fueron cualitativas y en profundidad bajo la forma de relato de vida. Se entiende como entrevista en profundidad a los encuentros cara a cara, a menudo reiterados, entre el investigador y el informante, con el objetivo de comprender las perspectivas respecto de sus vivencias, experiencias y situaciones, en sus propias palabras (Taylor y Bogdan, 1987). De acuerdo con Vela (2011), la entrevista cualitativa permite una lectura de lo social a partir de la reconstrucción del lenguaje expresado por los informantes. La riqueza de esta herramienta radica en su flexibilidad y dinamismo, lo cual dista de un intercambio formal de pregunta y respuesta. Por ello, estas entrevistas avanzan lentamente, requieren de un *rapport* que proporcione una transferencia de confianza informante-investigador, y muchas veces se requieren de varias sesiones hasta abordar con la mayor profundidad posible los ejes temáticos planteados.

Aunque para la elaboración de las entrevistas en profundidad no se requiera de un protocolo o guion determinado, ni sea posible establecer un calendario estructurado de entrevistas, en esta tesis se trazaron líneas o tópicos a abordar durante las sesiones con cada informante, las cuales se fueron retroalimentado durante el trabajo de campo, sobre todo en las primeras etapas. De esta manera, se seleccionaron en un principio 27 informantes, las cuales se redujeron finalmente a 24 debido a la profundidad de las entrevistas. La elección del número de entrevistas realizadas obedeció al criterio de saturación (Bertaux, 1980); es decir, la cantidad de relatos obtenida posibilitó el abordaje de la pregunta de investigación y los objetivos de la misma, de modo que

La duración de cada una de las entrevistas, y el número de sesiones con cada informante varió de acuerdo al tiempo, disposición y empatía con cada mujer. Conforme el nivel de escolaridad de las mujeres se incrementaba, y con ello su nivel socioeconómico, realizar varias sesiones de entrevista resultó complicado; no solamente por las múltiples ocupaciones de las mujeres, sino porque para este grupo (grupo B) el tiempo libre tenía un gran valor dificultando encontrar un espacio para una segunda entrevista. Por esta razón, se optó por ampliar la duración de las sesiones de entrevista, de modo que se pudieran abordar la totalidad de los ejes temáticos propuestos en una o dos sesiones. No obstante, lo anterior no fue un obstáculo para el análisis.

Como consecuencia, la transferencia de confianza y la empatía lograda con este grupo de mujeres permitió obtener en una sesión extendida de entrevista la información necesaria para el análisis. En contraste, con el grupo de informantes seleccionado a partir de las escuelas secundarias (grupo A), el tiempo empleado para cada sesión de entrevistas fue más corto, pero los encuentros reiterados fueron posibles, pese a que la mayoría de ellas trabajaba largas jornadas. Así, aunque el grupo de mujeres seleccionado a partir de la técnica de *bola de nieve* demostró una mayor apertura en los distintos temas abordados requiriendo así menos sesiones de entrevistas; las informantes seleccionadas a través de las escuelas secundarias me permitieron ir ganando poco a poco su confianza y me permitieron ingresar sin dificultades a sus espacios cotidianos, específicamente a sus hogares.

Lo anterior, precisa mencionar otro aspecto importante. Con el grupo de mujeres seleccionado mediante la técnica de *bola de nieve* (grupo B) los encuentros se llevaron a cabo en lugares públicos, seleccionados por las propias informantes, en su mayoría cafés o restaurantes; mientras que con el grupo conformado por las madres de las escuelas secundarias (grupo A) el lugar para las entrevistas fue, en su mayoría, el hogar de la mujer. Si bien, este acceso a los escenarios familiares constituyó un recurso adicional de observación; en algunos casos estimulaba la realización de un mayor número de sesiones; ya que cuando estaban los hijos de las mujeres en casa se hacía complicado hablar de ciertas temáticas, por lo que en nueva sesión se debían volver a abordar. Finalmente, vale la pena mencionar que mi cercanía generacional con las informantes facilitó la transferencia de confianza durante las entrevistas e igualmente, el no compartir con ellas la experiencia de la maternidad representó una ventaja; ya que la mayoría de ellas se esforzaba por hacerme entender sus experiencias, detallando cada una de sus vivencias con el propósito de que yo pudiera comprender las situaciones que experimentaron, lo cual promovió una mayor riqueza y profundidad en la información obtenida.

2.7.1 Ejes temáticos de las entrevistas¹²

La selección de las temáticas abordadas en las entrevistas se llevó a cabo mediante un proceso de ida y vuelta entre la revisión de literatura y el desarrollo del trabajo de campo. Las primeras

¹² Ver anexo tres, en el que se exponen en profundidad los ejes temáticos abordados en las sesiones de entrevista.

temáticas fueron identificadas de acuerdo a estudios empíricos acerca del embarazo y la maternidad adolescente; así como también, sobre la condición juvenil, expuesta en el primer capítulo de esta investigación. Durante las primeras entrevistas, dichas temáticas fueron abordadas y al mismo tiempo iban emergiendo tópicos que no habían sido considerados, los cuales se fueron incorporando hasta formar cuatro ejes temáticos:

1. **Características de origen:** En este eje interesó conocer las características de la familia de origen de la mujer, información sobre sus padres y hermanos, el lugar donde se desarrolló su infancia; así como las razones por las que los padres emigraron a Tijuana, cuando era el caso. Igualmente, se indagó sobre el proceso de socialización en la infancia de las informantes, los estilos de vida y las relaciones familiares.
2. **Adolescencia:** Temporalmente, este eje abarca a partir de la finalización de la primaria, momento en que las mujeres empezaron a experimentar cambios físicos y emocionales propios de la pubertad. Igualmente, se abordaron las valoraciones en torno a la escuela, en los casos de las mujeres que continuaron después de la primaria, los proyectos o expectativas a futuro, los cambios en las relaciones familiares, las nuevas relaciones establecidas y las prácticas llevadas a cabo. Este eje resulta fundamental para definir, desde las experiencias de las propias mujeres, a la adolescencia como período de la vida. A su vez, este eje se divide en dos partes:
 - Estilos de vida en esta etapa: actividades realizadas, relaciones interpersonales, acceso a recursos y servicios.
 - Eventos o transiciones experimentadas como la primera menstruación, los quince años, los primeros noviazgos, el inicio de la vida sexual, las experiencias laborales, la unión y el primer hijo.
3. **Primera unión:** El énfasis en este eje surgió durante la primera etapa del trabajo de campo, en el que se pudo identificar la importancia que tenía para las mujeres entrevistadas, y para la significación de la maternidad adolescente, la primera unión o relación con el padre del primer hijo. Por ello, este eje indaga sobre la vida amorosa de las mujeres, la experiencia de la primera unión y su vínculo con la maternidad.

4. **Embarazo y maternidad:** Este eje se divide en tres partes.

- Primer embarazo y primera maternidad: Se tiene en cuenta la experiencia del primer embarazo y el nacimiento del primer hijo. Los sentimientos, las problemáticas presentadas, la toma de decisiones, los cambios en las relaciones con diferentes miembros de la familia, las expectativas de las mujeres frente a la maternidad, las rutinas establecidas y los cambios en la cotidianidad y la calidad de la vida en pareja.
- Maternidad y crianza: Se indaga por el proceso de crianza durante los primeros años de los hijos, las actividades realizadas, la cotidianidad de las informantes, la vida en pareja, y los comportamientos reproductivos. Entre las mujeres que tuvieron más de un hijo, este eje profundiza en la experiencia de las otras maternidades en relación con la primera, los cambios y las continuidades, así como las valoraciones que desde el presente se hacen de la maternidad en diferentes momentos de la vida.

2.8 Estrategia analítica: Las tipologías en el análisis social

La estrategia analítica empleada en esta tesis doctoral fue la construcción de tipologías, las cuales permitieron identificar patrones comunes respecto a la manera en que las mujeres significan la experiencia de la maternidad a lo largo de sus trayectorias biográficas. Las tipologías han constituido una herramienta metodológica importante para las ciencias sociales, ya que ha posibilitado el ordenamiento conceptual de los distintos fenómenos de la realidad empírica (López, 1996). Como instrumento analítico, las tipologías también han demostrado su importancia en los estudios cualitativos, en tanto posibilitan la selección, agrupamiento y comparación de la información obtenida durante el trabajo campo (Heyman, 2012).

De acuerdo con Velasco (2012), la lógica tipológica subraya las características que comparten un agregado de individuos, o bien aquellas que diferencian a un grupo de sujetos de otro. En este sentido, la identificación de los atributos compartidos por las informantes de este estudio hace posible la construcción y comparación de categorías de comportamiento (Velasco, 2012). Kluge (2000) por su parte, señala que los procesos de agrupación y combinación de atributos y dimensiones, propio de la lógica tipológica, no solamente permiten identificar las regularidades

empíricas y las relaciones significativas entre las mismas, sino que brinda la posibilidad de interpretar la manera en que los sujetos interactúan unos con otros e interpretan su realidad.

En la sociología, el método tipológico empieza a ser visible desde principios del siglo XX y su importancia se extendió rápidamente a las distintas disciplinas de las ciencias sociales, desempeñando diversas funciones en la investigación cualitativa (Velasco, 2012). En algunos casos, las tipologías constituyen un instrumento para seleccionar y clasificar los casos de estudio, con el objetivo de analizar a detalle aspectos específicos; también son empleadas para organizar la información empírica teniendo como referente un marco teórico concreto; además, pueden surgir como resultados preliminares en la delimitación del objeto de estudio o bien, pueden representar un mecanismo para construir conceptos teóricos, como es el caso de los tipos ideales propuestos por Max Weber (Velasco, 2012). Así, desde distintas tradiciones sociológicas se han ordenado los fenómenos sociales a través de la construcción de tipos, siendo posible identificar dos grandes vertientes teóricas y metodológicas a partir de las cuales se las ha sistematizado. El primero, es la sociología comprensiva de Max Weber (1949; 1981), o enfoque instrumentalista, en la que se conceptualiza a los tipos como *ideales*; y el segundo agrupa aquellas perspectivas desde las cuales se define a los tipos a partir de patrones manifestados en la realidad empírica, en el que se puede identificar el planteamiento de John Mckinney (1969), sobre el cual se sostiene esta investigación.

Aunque los dos enfoques intentan resaltar la importancia en la búsqueda de patrones para explicar distintos fenómenos sociales, en ambos se expresan distintos supuestos sobre la naturaleza de la realidad social y las funciones metodológicas de los tipos, generando resultados de investigación distintos. Según Velasco (2012), desde la propuesta de Max Weber, la conceptualización de la realidad social involucra la identificación de regularidades, resultado de un proceso de interpretación del propio investigador. Los tipos emergen a partir de una formulación teórica concretizada en categorías comparables entre sí con el propósito de construir patrones generalizables (Weber, 1949). Desde el planteamiento de Mckinney por su parte, dichas regularidades están presentes en la realidad empírica, siendo labor del investigador su identificación y conceptualización (Mckinney, 1969). Respecto a las funciones metodológicas de las tipologías, el *tipo ideal* planteado por Weber (1949), en tanto una

herramienta para la construcción del sujeto de estudio, no intenta buscar la simplificación de la complejidad social sino construirla mediante referentes teóricos, y comprender así el sentido de la acción (Kluge, 2000; Velasco, 2012). Desde la propuesta de Mckinney (1969) las tipologías son instrumentos en el proceso de investigación y sus principales funciones son la identificación, simplificación y ordenamiento de la información empírica para hacerla comparable.

Desde las propuestas anteriores, la cuestión de la selectividad aparece como un elemento central en la construcción de los tipos, sean éstos teóricos o empíricos. Qué atributos y dimensiones seleccionar y por qué razón requiere de la habilidad del investigador para simplificar y asociar la información empírica o teórica, facilitando las comparaciones. De acuerdo con Heyman (2012), la selección de atributos está determinada por los objetivos de la investigación; y posteriormente, las especificidades de cada caso permitirán, desde una lógica más inductiva, la formación de grupos específicos. Sin embargo, es preciso reconocer que la selectividad se encuentra estrechamente vinculada con la teoría. El por qué nos acercamos a ciertos atributos y no a otros, los criterios de asociación empleados, la construcción de grupos de contraste, así como la ubicación de los datos empíricos en ciertos tipos no son posibles sin referentes teóricos. Por ello, la construcción de tipologías constituye un proceso dialéctico entre la indagación de los datos empíricos y la conceptualización teórica (Heyman, 2012).

2.8.1 Ventajas y limitantes del método tipológico.

Además de lo mencionado anteriormente, la elección del método tipológico envuelve distintas ventajas en el proceso de investigación. Por un lado, como ya se ha venido mencionado, permite simplificar la complejidad de ciertos fenómenos sociales, facilitando las comparaciones. De otro lado, los tipos posibilitan el planteamiento de nuevas temas de estudio y la formulación de nuevas preguntas de investigación. Además, la identificación de casos extremos o con atributos que no se ajustan a las regularidades y patrones encontrados, promueve el reconocimiento de vacíos interpretativos, permitiendo la formulación de nuevos supuestos o rutas de análisis sobre el fenómeno de estudio.

Pese a las ventajas mencionadas, varios autores coinciden en afirmar que aunque el uso de las tipologías como herramienta para el análisis social se ha hecho cada vez más generalizado en

las ciencias sociales, llama la atención que las reflexiones acerca de la naturaleza y los procedimientos de construcción de los tipos sean limitadas (López, 1996; Kluge, 2000; Heyman, 2012, Velasco, 2012). En las investigaciones que utilizan el método tipológico no es común que se expliciten las rutas metodológicas que se siguieron para la construcción de los tipos, otorgando mayor énfasis a la caracterización de los mismos que a las explicaciones acerca del cómo se llegó a ellos (Heyman, 2012). López (1996) por su parte, identifica una desproporción entre la difusión de investigaciones que emplean el método tipológico y el planteamiento preciso de los procedimientos metodológicos empleados. Según Velasco (2012), una posible explicación es que la construcción de los tipos no constituye un método en el que pueda ubicarse con facilidad una única manera de recolección, construcción y agrupación de la evidencia empírica, a diferencias de otras estrategias metodológicas. Kluge (2000) también plantea que sin dejar de lado la rigurosidad metodológica de las tipologías, la toma de algunas decisiones involucra en gran medida la experiencia del trabajo de campo y la intuición, lo cual, al ser planteado, parece restarle credibilidad al estudio desde el paradigma positivista imperante.

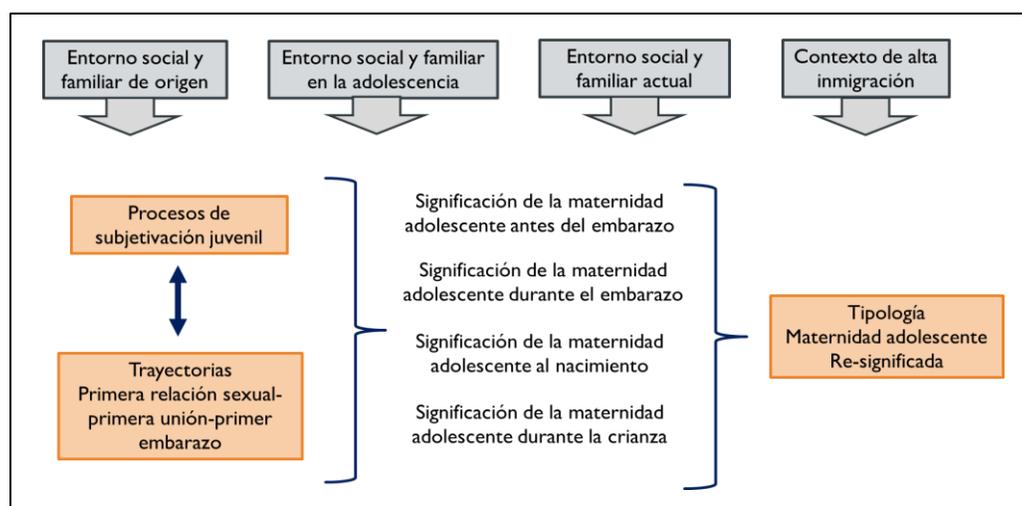
Otra limitación del método tipológico que vale la pena mencionar es que debido a la identificación de patrones, los tipos tienden a tratarse como entidades separadas, pasando por alto la existencia de relaciones entre grupos sociales compuestos por sujetos tipológicamente distintos. Es decir, en la construcción de tipologías se tienden a enfatizar las diferencias analíticas que separan a los grupos de individuos más que a las relaciones entre sujetos que conforman distintos tipos, lo cual puede alentar un análisis polarizado de los fenómenos (Velasco, 2012). Así, resulta importante considerar que las tipologías se encuentran situadas temporal y contextualmente, por lo que no deben perderse de vista los aspectos comunes y transversales en la búsqueda de patrones.

A partir de lo mencionado anteriormente, y para comprender el análisis llevado a cabo en esta investigación, los tipos presentados en esta tesis fueron utilizados como estrategia analítica con el propósito de sistematizar la información empírica y encontrar patrones de significación, comparando las diferencias y similitudes entre grupos de mujeres. Y, en este sentido, la estrategia empleada se acerca al enfoque de Mckinney (1969). El método tipológico resultó útil no solamente para la identificación de aspectos compartidos entre las informantes; sino también

para comprender la manera en que los significados atribuidos a la maternidad adolescente se van transformando en el tiempo y la identificación de los elementos que permean dichas transformaciones. Por ello, la tipología presentada la denominé *tipología de maternidad adolescente re-significada*, para aludir al carácter dinámico del proceso de significación.

Si bien la tipología es expuesta a detalle en el capítulo seis, cabe señalar que su construcción constituyó un proceso inductivo que inició desde el capítulo cuatro (primer capítulo de resultados), con el reconocimiento de los procesos de subjetivación juvenil de las mujeres entrevistadas; y posteriormente con la identificación de trayectorias amorosas en el capítulo cinco. Los hallazgos obtenidos en estos dos capítulos empezaron a visibilizar la aparición de patrones o características comunes en las vivencias experimentadas durante la adolescencia, las cuales se vinculaba directamente con la forma de dar sentido a la maternidad, formando así grupos de casos preliminares que poco a poco se fueron robusteciendo con mayor información empírica y teórica hasta distinguir cuatro tipos de formas de significación de la maternidad. De igual forma, la distinción de los tipos visibilizó elementos transversales a los mismos; es decir, aspectos compartidos por las mujeres sin importar a qué grupo pertenecieran o bien, elementos similares al interior de un mismo grupo pero con matices de acuerdo a factores estructurales como el entorno familiar de origen de la mujer, tal como se observa en el siguiente esquema.

Esquema 2.1 *Proceso de construcción de la tipología de la maternidad adolescente re-significada*



Fuente: Elaboración propia

CAPÍTULO III: CONTEXTO DE LA INVESTIGACIÓN

La maternidad adolescente se encuentra inscrita en una compleja relación de fenómenos con distintas coordenadas espacio-temporales lo cual implica un desplazamiento continuo de un escenario general a uno particular, comprendiendo las conexiones entre sí. De esta manera, resulta importante retomar el concepto de *escala* con el fin de resaltar dichas relaciones y constatar que dicho concepto es ineludible en la manera en que nos acercamos analíticamente al fenómeno de la maternidad adolescente a partir de una mirada subjetiva. Como concepto relacional, sugiere Valenzuela (2006), la escala permite contextualizar un acontecimiento o fenómeno social en al menos dos niveles: desde su origen, teniendo en cuenta los elementos involucrados en su producción y que trascienden a un lugar específico, y desde su impacto o realización en los diferentes escenarios en los cuales se expresa.

Para el caso concreto de esta investigación, este capítulo tiene como objetivo contextualizar la maternidad adolescente en los dos niveles mencionados anteriormente, dando cuenta de los vínculos que guardan entre sí. De un lado, se identifica la manera en que el tema se ha construido como objeto de estudio en México, sus antecedentes, los discursos que lo han puesto en el centro de debate en materia de políticas, así como también se brinda un panorama general del fenómeno en el país junto con los cambios y continuidades presentados en los últimos años. De otro lado, se sitúa el fenómeno de estudio geográficamente, explorando la manera en que se produce y se yuxtapone con factores estructurales del escenario en el cual se llevó a cabo esa investigación; al mismo tiempo que enfatiza la importancia del estudio de la maternidad adolescente en dicho contexto.

3.1 La maternidad adolescente en México.

3.1.1 Antecedentes.

Pensar en los antecedentes de la maternidad adolescente implica necesariamente remitirse a dos elementos importantes. Por un lado, la masificación de la educación y el incremento de la inserción femenina al sector educativo. Este proceso trajo consigo transformaciones sociales substanciales durante la segunda parte del siglo XX en América Latina, entre las cuales se

pueden resaltar: los cambios en las expectativas sociales frente a la adolescencia como un período de acumulación de experiencias y conocimientos preparatorios para la adultez; el reconocimiento social e individual de los jóvenes como sujetos separados del mundo adulto, y la consolidación de la escuela como un escenario privilegiado de interacción que se cree, amplía las opciones de inserción al mercado de trabajo, aumenta las posibilidades de independencia económica y proporciona el conocimiento para que las jóvenes puedan planificar el momento para convertirse en madres (Billari y Philipov, 2004; Roman, 2009; Collignon y Rodríguez, 2010).

De otro lado, desde finales de la década del sesenta la fecundidad ha sido motivo de preocupación y atención entre los distintos sectores sociales, desencadenando varias iniciativas encaminadas a reducir sus niveles. La fecundidad elevada, junto con el descenso de la mortalidad, y el incremento en la esperanza de vida (consecuencia de los avances médicos) provocó un crecimiento poblacional sin precedentes en los países “en desarrollo”, incentivando el debate sobre las repercusiones que esto tendría para alcanzar el desarrollo económico (Welti, 2006). En general, los distintos países de América Latina iniciaron su proceso de descenso de la fecundidad durante la década del sesenta, y en treinta años se logró disminuir la tasa global de fecundidad (TGF)¹³ de seis hijos por mujer a menos de la mitad, producto de las iniciativas gubernamentales puestas en marcha (Chackiel, 2004). En México, por ejemplo, se creó el Consejo Nacional de Población (Conapo), institución que entre sus funciones se encargó de continuar con la promoción de un agresivo programa de anticoncepción, iniciado por la Secretaría de Salud, logrando reducir la TGF de 6.11 hijos por mujer en 1974 a 2.08 hijos en el 2009 (Brugilles, 2005; Colin y Villagomez, 2010; Menkes y Suárez, 2013).

No obstante, esta reducción no ocurrió con la misma intensidad en todos los grupos de edad. Entre las adolescentes, de 15 a 19 años, el ritmo del descenso fue mucho más lento, incrementando su importancia relativa respecto a los demás grupos de edad (González, 2006; Romo y Sánchez, 2009). Menkes y Suárez (2013) analizan las tendencias históricas de las tasas de embarazo entre jóvenes de 15 a 19 años utilizando diversas encuestas, y argumentan que pese

¹³ Por Tasa Global de Fecundidad se entiende el número promedio de hijos que una mujer (o grupo de mujeres) habría tenido en vida reproductiva, de haber mantenido un comportamiento conforme a las tasas específicas de fecundidad (Inegi, 2014).

al gradual descenso de las tasas de embarazo para este grupo de edad se observa un ligero repunte en el 2008, pasando de 12.7 por ciento en la década anterior, al 15.2 por ciento en la actualidad (Menkes y Suárez, 2013). Así, la inquietud por la disminución de la fecundidad a través del uso de anticonceptivos modernos, como uno de los problemas demográficos más importantes, estructuró el escenario en el que la maternidad adolescente adquirió visibilidad, dando cuenta del por qué los primeros acercamientos al tema del embarazo y la maternidad adolescente, así como el origen de las políticas y programas, tuvieron como principal preocupación reducir el crecimiento poblacional en el país, siendo el abordaje demográfico aquel que predominó por casi dos décadas (Welti, 2000; Juárez et al., 2010).

Pese a la implementación de los programas de anticoncepción, al cabo de unos años se produjeron fuertes cuestionamientos a sus objetivos. El descenso en el número de hijos no estuvo acompañado de un mejoramiento en las condiciones de vida de la población, y el ideal reproductivo (antinatalista), diseñado por tratados internacionales causó fuertes controversias entre diferentes grupos civiles quienes argumentaban una definición reduccionista y limitada de las necesidades insatisfechas de anticoncepción entre las mujeres (Figuroa, 1999; González, 2006; Rodríguez, 2009). Lo anterior, generó un viraje en la intervención del Estado sobre la reproducción, pasando del énfasis en las implicaciones de una fecundidad elevada para las familias a las repercusiones que ésta tendría para las mujeres a nivel individual. El eslogan “*La familia pequeña vive mejor*”, eje de la campaña de planificación, fue reemplazado años más tarde por “*Tú decides*”, desde una perspectiva de derechos, introduciendo así el concepto de salud sexual y reproductiva en el país durante la década de los noventa (Welti, 2006).

3.1.2 Incorporación de la perspectiva de Salud Sexual y Reproductiva.

El cambio de una perspectiva de *necesidad de anticoncepción*, a una de *cumplimiento de derechos* logró la articulación de los programas de planificación familiar con los de salud e incluyó tópicos como: los derechos reproductivos, las relaciones de género, la prevención de enfermedades de transmisión sexual y el embarazo adolescente, teniendo enormes repercusiones en el desarrollo de los derechos y la sexualidad de los y las jóvenes (Welti, 2006). El término emergente, *salud reproductiva*, se extendió más allá de la anticoncepción involucrando la

capacidad de gozar de una vida sexual saludable, satisfactoria y con la libertad para decidir o no, el momento de la procreación (Rodríguez, 2009). Lo anterior, generó una expansión en las iniciativas y difusión de información en materia de salud sexual. La escuela, los medios de comunicación y las organizaciones civiles empiezan a tener un papel protagónico en la promoción de la planificación y los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres, en particular de las jóvenes.

Juárez y Gayet (2005) hacen un recuento detallado de las políticas y programas dirigidos a la salud sexual y reproductiva para adolescentes y jóvenes subrayando aquellas entidades que, tanto a nivel estatal como federal, han tenido injerencia en el desarrollo e implementación de políticas desde la década del setenta. Así, identifican el Consejo Nacional de Población (Conapo), como institución que establece los lineamientos de políticas en materia de fecundidad y planificación familiar; la Secretaría de Salud (SSA), la cual establece la normatividad de muchos de los programas; la Secretaría de Educación Pública (SEP), el Instituto Mexicano de la Juventud (Injuve), el Instituto Nacional de la Mujer (INM), el Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF) y el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS).

De igual forma, la trayectoria de las iniciativas gubernamentales en materia de salud sexual y reproductiva permite observar la articulación entre programas educativos y de salud, así como su adecuación a la situación de la población joven a partir de los años noventa. Así, el programa *Módulos amigables*, iniciado en 1994 a cargo de la SSA, orientado a la consejería sobre planificación en las clínicas del Seguro, pasa a denominarse *Servicios Amigables para Adolescentes*. Igualmente, el DIF promueve en el 1997 el *Programa de Atención y Prevención Integral del Embarazo Adolescente (PAIDEA)*, con el objetivo de evitar la exclusión social consecuencia de un embarazo no planeado. Un año más tarde, el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS)-Oportunidades lanza el programa *Modelo de atención Integral a la Salud del Adolescente Rural*, el cual ha contemplado un número considerable de beneficiarios y evidencia una gran extensión territorial en su aplicación.

En el 2003 la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH), en conjunto con organizaciones no gubernamentales, lanzaron la *Campaña Nacional por los Derechos Sexuales*

de la Juventud a partir del cual se divulgó la *Cartilla por los Derechos Sexuales de los y las Jóvenes*. También, las campañas para la prevención del VIH-Sida por parte de CENSIDA empezaron a involucrar a la población joven creando iniciativas para la distribución de métodos de prevención contra las enfermedades de transmisión sexual (Juárez et al., 2010).

En materia educativa es importante destacar que a partir de los años noventa se incluyen en los planes de estudio de las escuelas secundarias, y los últimos grados de primaria del país, temas de educación sexual; y en el año 2000 se incorporó la materia *Cívica y Ética* en la que se contemplan las temáticas de sexualidad y reproducción (Juárez et al., 2010). Sin embargo, una encuesta realizada por la Fundación Mexicana para la Planeación Familiar (MEXFAM) en el 2002, permite constatar que los maestros de secundaria no cuentan con el conocimiento ni se sienten cómodos al impartir los contenidos del programa. Igualmente, la encuesta indagó sobre la actitud de los maestros frente a las prácticas sexuales de los y las adolescentes. La mayoría de éstos se encuentra en desacuerdo con el uso de anticonceptivos, así como de la actividad sexual premarital entre los estudiantes (Juárez et al., 2010). Sumado a lo anterior, vale la pena resaltar el trabajo llevado a cabo por las organizaciones no gubernamentales en diferentes áreas como: la promoción y capacitación del personal que trabaja con adolescentes en las instituciones gubernamentales, la cooperación en la elaboración de planes de estudio y la creación de cartillas instructivas; pero sobre todo, es importante considerar que dichas organizaciones han actuado como contrapeso en la continuidad de los programas gubernamentales frente al tema (Juárez et al., 2010).

Aunque son innegables los avances en torno a la salud sexual de los y las adolescentes en los últimos años, también se han generado tensiones que persisten hasta la actualidad (Aggleton, 2001). De hecho, en la promoción de la salud sexual de los y las adolescentes pueden identificarse, en rasgos generales, dos retóricas. Por un lado, se encuentran aquellas que sugieren un regreso a los “*valores tradicionales*” y a la abstinencia hasta el matrimonio. Desde esta mirada, las conductas y expresiones sexuales deben ser controladas hasta el momento de la unión. Del otro lado, se sitúan los discursos que apuntan a la difusión de la información adecuada para que los y las jóvenes decidan y negocien prácticas sexuales con protección (Aggleton, 2001). En este sentido, Juárez y Gayet (2005) sostienen que la limitante más sobresaliente de

las iniciativas públicas en torno a la prevención ha sido la manera en que se conceptualiza a la sexualidad. La estrechez en el tratamiento de dicho concepto pasa por alto las distintas dimensiones involucradas (lo individual, lo público, lo estructural y lo micro), sus contradicciones y tensiones, así como los conflictos entre los diferentes actores incluidos (quienes diseñan las políticas, los tomadores de decisión, médicos, maestros y los mismos jóvenes). Por ello, las prácticas sexuales, sobre todo de los y las adolescentes, se ha presentado como un aspecto fundamental en sus trayectorias de vida, el cual debe ser guiado y controlado desde el mundo adulto (Vargas, 2004).

De igual forma, es necesario tener en cuenta que el cambio de un paradigma de anticoncepción a una perspectiva de salud sexual reproductiva ha estado profundamente imbricado con el reconocimiento de los y las jóvenes como actores sociales, consecuencia de la amplitud del campo de estudio sobre juventud. La creciente secularización de la sociedad, la posibilidad de separar la sexualidad de la reproducción, la diversificación de los arreglos familiares, el conocimiento sobre la sexualidad y el ensanchamiento de los espacios de identificación de la juventud han promovido cambios en las trayectorias biográficas juveniles (Collignon y Rodríguez, 2010). Sin embargo, al observar las prácticas sexuales y reproductivas de las jóvenes mexicanas es posible constatar la coexistencia de nuevas prácticas, producto de los cambios señalados anteriormente, con relaciones de género, comportamientos sexuales y relaciones íntimas “más tradicionales” que se sostiene sobre un imaginario de *perdurabilidad* y *fidelidad*, promoviendo la creación de nuevas formas de vida amorosa y sexual en las que se entrecruzan permanencias y transformaciones. Entonces, es importante preguntarse ¿Cuáles son aquellos elementos que se persisten y aquellos que cambian?

3.1.3 Panorama de la salud sexual y reproductiva de las jóvenes mexicanas.

Sin pretender responder a la pregunta anterior de manera exhaustiva, una revisión general a las prácticas sexuales y reproductivas juveniles permite acercarnos a los cambios y continuidades presentados en los últimos años, especialmente en lo que respecta al particular interés de esta investigación, la maternidad entre las adolescentes. Para ello, es importante subrayar la complejidad que implica brindar un panorama exacto de la situación sexual y reproductiva de

las jóvenes, debido a las diferentes fuentes de información. No obstante, en este apartado se intentan esbozar tendencias parciales que ofrezcan un acercamiento al contexto en el que se inscribe la maternidad adolescente en México.

Como punto de partida vale la pena señalar el peso poblacional de los y las jóvenes. Según datos del último Censo de Población y Vivienda, la cuarta parte de la población mexicana está conformada por jóvenes de 15 a 29, de la cual cuatro de cada 10 se encuentra entre los 15 y 19 años. Sumado a lo anterior, del total de la población femenina, el 14 por ciento está compuesta por jóvenes entre 10 y 19 años (INEGI, 2012b). Uno de los indicadores centrales para el abordaje de la salud sexual y reproductiva entre las jóvenes es el inicio de la vida sexual, debido a su vinculación con el uso de métodos anticoncepción y prevención de enfermedades de transmisión sexual, la información disponible respecto al uso de dichos métodos, las relaciones afectivas y con ello la posibilidad de un primer embarazo. Así, una mirada al momento en que las jóvenes inician su vida sexual sugiere un retraso en el calendario de ocurrencia de este evento (Rodríguez, 2009).

El aumento en la proporción de adolescentes sexualmente activas conduce a un cuestionamiento sobre el acceso y uso de métodos anticonceptivos y de prevención de enfermedades de transmisión sexual. De acuerdo con el Instituto Mexicano de la Juventud, el conocimiento respecto a dichos métodos se ha incrementado en una década (En el 2000 ocho de cada 10 jóvenes reportó haber escuchado sobre algún métodos de protección, incrementándose a nueve de cada 10 en el 2010), siendo el condón el método que goza de mayor reconocimiento (Imjuve, 2010). No obstante, la información recibida sobre los métodos de protección disponibles no guarda necesariamente una relación con el uso de los mismos entre las jóvenes mexicanas, por lo que resulta importante considerar otras variables. Así, distinguir entre las adolescentes de acuerdo a su estado conyugal permite identificar, de manera más específica, los cambios en el uso y acceso a dichos métodos.

En ese sentido, entre las adolescentes unidas el uso de anticonceptivos se ha incrementado considerablemente entre 1976 y 1997 (del 14 por ciento al 45 por ciento); pero, aún no se encuentra lo suficientemente extendido entre este grupo de jóvenes. Esto refleja la importancia

que guarda el deseo de ser madres en el marco de una unión y además permite entrever una selectividad entre las adolescentes unidas, quienes pertenecen mayoritariamente a contextos de precariedad socioeconómica, bajos niveles educativos e información limitada en torno a la salud sexual y reproductiva. En contraste, el uso de métodos anticonceptivos parece ser más recurrente entre adolescentes sexualmente activas solteras, entre las cuales seis de cada 10 reportó ser usuaria de los mismos (Colín y Villagómez, 2010). Sin embargo, ¿Qué pasa con las jóvenes que desean limitar sus nacimientos y no cuentan con el acceso a los métodos e información adecuada?

La demanda insatisfecha de métodos anticonceptivos constituye un indicador imbricado con el embarazo y la maternidad adolescente. Este término, hace referencia a la limitada utilización de estos métodos entre las mujeres en edad fértil pese a su deseo manifiesto de no querer tener hijos o de ampliar el intervalo de los nacimientos, el cual muestra un rezago sustantivo entre las adolescentes. Datos del Consejo Nacional de Población (Conapo) sugieren que del total de las jóvenes unidas, entre 15 a 29 años, las adolescentes manifiestan una mayor proporción con demanda insatisfecha de anticoncepción. Si bien este indicador ha disminuido para este grupo de edad, su descenso ha sido más lento, en comparación con las demás mujeres, proporción que ha pasado del 27 al 24.3 por ciento en una década (entre 1997 al 2009) (Villagómez, Mendoza y Valencia et al, 2011).

Aunque la anticoncepción ha originado un despliegue de la autonomía y ha permitido la diversificación de las trayectorias de vida femeninas, no hay que perder de vista que en América Latina, y particularmente en México, se produjo una tensión entre las aspiraciones individuales y las del Estado respecto al uso de métodos para prevenir embarazos. De hecho, la introducción de la anticoncepción, a través de métodos modernos, no obedeció a una demanda social directa sino a un ideal reproductivo trazado por agendas internacionales. En ese sentido, desvincular la reproducción de las prácticas sexuales en el marco de una unión no ha constituido una práctica generalizada entre las mujeres mexicanas. Incluso, para las adolescentes de algunos sectores socioeconómicos la maternidad hace parte de una trayectoria de vida caracterizada por una unión y embarazo tempranos, en la cual el convertirse en madre constituye una adscripción central en la construcción de la identidad femenina.

Así, a pesar de la diversificación en las adscripciones y las experiencias de las mujeres en los diferentes espacios sociales aún persisten fuertes imaginarios de la maternidad como dimensión fundamental sobre la cual se articula la identidad de las jóvenes mexicanas, representaciones que a su vez guardan una estrecha relación con el deseo de una vida en pareja (Román, 2009). En México, existe una estrecha relación entre la primera relación sexual, la primera unión y el nacimiento del primer hijo entre las jóvenes (Solís, Gayet y Juárez, 2008). En la mayoría de los discursos públicos en torno a la prevención del embarazo adolescente, y en el imaginario de un extendido sector de la población, particularmente entre las autoridades escolares con quienes tuve la oportunidad interactuar durante el trabajo de campo, las madres adolescentes son sinónimo de soltería, pese a que la realidad demográfica muestra otra situación. Información de la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (ENADID) indica que tan sólo una de cada 10 madres adolescentes se encontraba en soltería. Lo anterior no sugiere, necesariamente, que la reproducción ocurra dentro de la unión por lo que es importante distinguir si ésta tiende a producirse antes, durante o después del embarazo (Colín y Villagómez, 2010).

Un estudio llevado a cabo por Stern y Menkes (2008) con jóvenes (entre 15 a 24 años) de diferentes sectores socioeconómicos sugiere que la proporción de mujeres que tuvieron a su primer hijo siete meses o más después de la unión se incrementa conforme el nivel socioeconómico disminuye. Ocho de cada 10 jóvenes del sector socioeconómico muy bajo tuvieron a su primer bebé siete meses después de consolidarse la unión, seis de cada 10 en el sector medio y cuatro de cada 10 en el alto. Lo anterior, supone que entre las jóvenes de sectores populares la maternidad dentro de la unión constituye un comportamiento reproductivo arraigado entre las adolescentes, en contraposición con las jóvenes de los sectores socioeconómicos más elevados.

Lo cierto es que dentro o fuera de una unión, datos obtenidos por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) sugieren que entre 2006 y 2008 las adolescentes, de 15 a 19 años, aportaron uno de cada siete nacimientos ocurridos entre mujeres jóvenes (de 15 a 29 años); de los cuales, la cuarta parte se concentra entre los 18 y 19 años (INEGI, 2012b). Aunque en términos cuantitativos las diferencias en las edades a las cuales las adolescentes se convierten en madres no son significativas en las últimas tres décadas; desde una mirada cualitativa sí es

importante la lenta disminución en la proporción de adolescentes menores de 18 años que son madres y además, que sea al grupo de edad de 18 a 19 años aquel que continua concentrando el mayor número de nacimientos durante dicho período (aproximadamente la mitad) (Colín y Villagómez, 2010).

Sumado a lo anterior, un hecho que marca una fuerte preocupación frente a la maternidad adolescente es la descendencia final de estas jóvenes; es decir, el número de hijos que tendrían las adolescentes a lo largo de su período reproductivo. Varios estudios y datos obtenidos muestran que un inicio temprano de la vida reproductiva tiende a incrementar el número de hijos a lo largo de la misma (Welti, 2006). En este sentido, datos del Censo del 2010 muestran que del total de madres adolescentes, dos de cada 10 tenían más de un hijo antes de cumplir los 20 años, y entre jóvenes de 25 y 29 años, madres por primera vez en la adolescencia, tres de cada 10 manifestaron tener tres hijos o más (INEGI, 2012).

Los indicadores señalados han intensificado el debate sobre la consistencia de las acciones en materia de salud sexual reproductiva. De hecho, en el presente año, el Día Mundial de la Población centró su atención al tema embarazo adolescente como una cuestión de derechos reproductivos y equidad de género (ONU, 2013). Igualmente, la organización RDefine México ha lanzado varias campañas, entre las que sobresale “VS el embarazo no planeado ¡Aplicate y pasa la voz!” la cual tiene como objetivo difundir, a través de las redes sociales información libre de mitos acerca de los riesgos e implicaciones de un embarazo no planificado (Bastida, 2011). Sumado a esto, la Comisión de Igualdad de Género propuso una reforma a la Ley General de Salud para que los menores de edad reciban sin restricciones información sobre anticonceptivos, la píldora del día siguiente y puedan tener acceso a un aborto sin la autorización de los padres o tutor (Valdés, 2013) (para el caso de la Ciudad de México donde esta práctica es permitida). De igual forma, es importante considerar el papel de los medios de comunicación; los cuales han jugado un papel fundamental en la visibilidad del fenómeno difundiendo las diferentes perspectivas gubernamentales, académicas y civiles al respecto (Excélsior, 2013; Diario Oaxaca, 2013; Lamas, 2012; Luján, 2013; Martínez, 2013).

Sin embargo, una revisión de la información promovida desde los medios de comunicación y los mensajes difundidos a través de las diferentes iniciativas de prevención permite entrever que en el abordaje público del tema, este evento se presenta de manera homogénea desconociendo lo que sucede en otros sectores sociales, y limitando las acciones a los sectores populares. Pese a que algunos estudios han mostrado la incidencia de este evento entre las adolescentes de acuerdo a la clase social (Stern y Menkes, 2008; Menkes y Suárez, 2012) este abordaje aún es limitado y constituye un campo de estudio poco explorado, teniendo implicaciones cualitativas importantes.

Entre los estudios que abordan las diferencias de acuerdo al sector socioeconómico se encuentra el trabajo de Menkes y Suárez (2013), quienes sugieren que el 59.9 por ciento de las adolescentes sexualmente activas y pertenecientes a un sector socioeconómico bajo se embarazó antes de los 19 años, escenario en el que predominan igualmente las uniones a edades tempranas y bajos niveles de instrucción, escaso acceso a servicios de salud, deficiente educación sexual y acceso a los métodos anticonceptivos, e insuficientes oportunidades educativas y laborales . De esta proporción, el 36.9 por ciento correspondió a un embarazo deseado, y tan sólo el dos por ciento de las adolescentes ha interrumpido su embarazo; dejando entrever que al menos una cuarta parte de este grupo tuvo un hijo no deseado. En comparación, entre las adolescentes sexualmente activas pertenecientes al estrato alto, la quinta parte se embarazó y de ésta, la mitad tuvo un embarazo no deseado, proporción considerable que vale la pena continuar estudiando (Menkes y Suárez, 2013).

3.2 Dinámica de la fecundidad y el embarazo adolescente: Caso de la frontera norte.

Además de las diferencias de acuerdo al nivel socioeconómico, presentadas en el apartado anterior, los niveles de fecundidad adolescente también presentan variaciones en diferentes contextos territoriales del país. De hecho, algunas entidades federativas exhiben una dinámica particular del fenómeno, presentando una mayor incidencia de embarazos en comparación con otras. La maternidad adolescente se inscribe en espacios geográficos concretos en los que intervienen factores estructurales a nivel económico, político y social que imprimen particularidades importantes en la dinámica de la fecundidad juvenil. Stern (2012) señala que el

fenómeno del embarazo adolescente presenta magnitudes diversas y adquiere matices específicos en los diferentes sectores sociales en los que ocurre, de ahí que las iniciativas y políticas deben responder a las características y necesidades de cada escenario.

Una primera distinción realizada entre escalas geográficas llevaría a distinguir dos patrones de comportamiento respecto a la maternidad adolescente: uno rural y otro urbano, sin perder de vista que dentro de los mismos hay una diversidad de maneras en las que se expresa el fenómeno. Dentro de los distintos escenarios rurales en México, se pueden identificar dos aspectos generalizables: El primero, de orden cultural, tiene que ver con el ciclo de vida familiar en el cual el embarazo adolescente se produce en un marco normativo de unión e iniciación sexual temprana; y el segundo, de orden más estructural, se sostiene sobre la relación entre maternidad adolescente y pobreza, la cual se evidencia con fuerza (pero no exclusivamente) en áreas rurales caracterizadas por la precariedad, la desigualdad socioeconómica, escasa información sobre métodos de anticoncepción y prevención de enfermedades de transmisión sexual (Welti, 2007). Un ejemplo de lo anterior es representado por los estados de Chiapas y Oaxaca. De acuerdo con datos del Consejo Estatal de Población (COESPO), aproximadamente la mitad de adolescentes del estado de Chiapas radica en comunidades rurales, entidad que ocupa el tercer lugar con la tasa más elevada de fecundidad adolescente en el país, y el 13 por ciento de las mujeres en edad fértil no conoce ningún método anticonceptivo; mientras que en Oaxaca la cifra asciende al 14 por ciento (Villagómez, Mendoza y Valencia, 2011).

En una segunda escala analítica se observan diferencias substantivas por entidades federativas. González (2006), subraya que en la última década los estados de Quintana Roo, Querétaro, Tabasco, Yucatán y Morelos evidencian una tendencia al rápido descenso de la fecundidad general (con valores superiores al 25 por ciento); y otros muestran una disminución más lenta, como los estados de la frontera norte: Baja California Sur y Sinaloa. Respecto a la fecundidad adolescente (15 a 19 años) también es posible identificar esta tendencia oscilatoria. Chihuahua representa el estado que incrementó su tasa de fecundidad adolescente en un 25 por ciento entre 1990 y el 2000; mientras que Aguascalientes, Durango, Guerrero, Sonora, Nuevo León, Baja California Sur, Coahuila, Zacatecas y Sinaloa evidencia una pausada disminución (González, 2006). Igualmente, datos obtenidos a través de los registros de nacimientos del Sistema Nacional

de Información en Salud (SINAIS) revelan que Chihuahua, Baja California Sur y Guerrero detentan las proporciones más elevadas de madres entre los 15 y 17 años para el 2008 (reportando 8.1, 8 y 7.3 por ciento, respectivamente) (SEP, 2012).

De los datos anteriores sobresale el caso de la frontera norte del país, en la que la fecundidad adolescente no parece guardar una vinculación directa con el comportamiento de la fecundidad total (Palma, 2013). En las entidades del norte el comportamiento reproductivo no ha manifestado el ritmo de descenso de otras regiones, situación que resulta relevante por constituir un escenario predominante urbano y con un desarrollo relativo mayor, respecto al de otras áreas del país (González, 2006). De las 14 entidades federativas que se encuentran arriba del promedio nacional en el porcentaje de madres adolescentes (entre 15 a 17 años)¹⁴ se hallan cinco de los seis estados de la frontera norte: Chihuahua (8.1 por ciento), Nuevo León (7.3 por ciento), Coahuila (7 por ciento), Sonora (6.3 por ciento) y Baja California (6 por ciento), según datos del SINAIS (SEP, 2012). También, cabe señalar que el porcentaje de madres adolescentes presenta un incremento de dos puntos porcentuales en la mayoría de entidades federativas del norte entre el 2004 y el 2009; no obstante, Chihuahua y Coahuila ostentan el incremento más significativo en dicho período (3.4 y 2.9 puntos porcentuales respectivamente) (SEP, 2012). Asimismo, de acuerdo con el Consejo Nacional de Población (Conapo), Baja California, Coahuila y Chihuahua se encuentran entre las 10 tasas de fecundidad adolescente más elevadas del país; de las cuales, Baja California reporta la sexta más alta superada solamente por estados del sur como Quintana Roo, Yucatán y Chiapas; así como de Durango y Baja California Sur (Villagómez, Mendoza y Valencia., 2011).

El comportamiento reproductivo entre las adolescentes, para el caso de la frontera norte, llama particularmente la atención, en la medida en que constituye una de las regiones de mayor dinamismo económico del país, con una de las tasas de empleo más elevadas, sobre todo para el caso de las mujeres jóvenes, así como niveles de escolaridad medio-superior mayores al promedio nacional (Cruz, 1990; Ojeda, 1997; Monsiváis, 2003; Canales, Montiel y Araiza, 2008; Palma y Reding, 2011; Ojeda, 2013).

¹⁴ El promedio nacional de madres adolescentes entre 15 y 17 años es de 5.8 por ciento, de acuerdo a información obtenida a partir de los registros de nacimientos el SINAIS, de la Secretaría de Salud (SEP, 2012).

A diferencia de otras entidades federativas del país, la franja fronteriza de la región norte (Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas) esbozan tres características importantes (Cruz, 1990). Primero, su situación como frontera internacional, la cual implica una intensa interacción social entre actores individuales e institucionales de ambos lados. En esta misma dirección, Ojeda (2013) señala que la colindancia con el mercado norteamericano implica una demanda de empleo tecnológico calificado y con ello un incremento en los salarios, suscitando ventajas comparativas para la región. En segundo lugar, la franja fronteriza se caracteriza por un dinamismo demográfico, como consecuencia de fuertes flujos migratorios. El establecimiento del *Programa Bracero* entre México y Estados Unidos, el auge económico de los valles agrícolas (particularmente en Mexicali y Reynosa), así como el *Programa de Industrialización de la Frontera*, a mediados de la década del sesenta, suscitaron una migración procedente del interior del país, convirtiendo a algunas ciudades fronterizas en puntos de destino o lugares de residencia temporal para las familias de dichos trabajadores, e incrementando la demanda de servicios y el comercio regional (Cruz, 1990, Zenteno, 1995; Valenzuela, 2003). En tercer lugar, la frontera norte se distingue por su carácter predominantemente urbano (Cruz, 1990).

Pese a las similitudes mencionadas por las entidades fronterizas del norte, Baja California genera una atención particular por varias razones. Primero, guarda vecindad con California, uno de los estados económicamente más prósperos de los Estados Unidos, con el que mantiene estrechos vínculos trasfronterizos y binacionales (Ojeda, 2013). Segundo, Baja California representa una de las entidades federativas con mayor desarrollo económico y social del país. De hecho, el Consejo Nacional de Población la ubica, para el año 2000, en el cuarto lugar a nivel nacional en el índice de desarrollo humano (Conapo, 2001). En tercer lugar, la entidad registra niveles de escolaridad por encima del promedio nacional (9.3 años en comparación con 8.6 como media nacional), y más de la cuarta parte de su población mayor de 15 años alcanzó la educación media-superior, frente al 19.3 a nivel nacional (INEGI, 2012b). Asimismo, Palma (2013), utilizando las estimaciones realizadas con la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (ENADID), sugiere que para el año 2006 Baja California mostró la sexta tasa más elevada de fecundidad adolescentes de 15 y 19 años (77.3 nacimientos por año), ubicándose siete puntos porcentuales por encima del nivel nacional. La autora compara este valor con los

registrados por el estado de Oaxaca, el cual registra 57 nacimientos para este mismo grupo de edad, el cual se caracteriza por una población rural más numerosa y un grado marginación mayor. De manera particular, Ojeda (2013) señala, que la subregión fronteriza Tijuana-San Diego se caracteriza por la heterogeneidad cultural y diversidad étnica. De hecho, San Diego es la sexta ciudad más grande de los Estados Unidos y el condado más poblado de la frontera norte (México-Estados-Unidos) (Vargas, 2004b), y Tijuana, por su parte, constituye la ciudad de mayor crecimiento poblacional de la frontera norte. Para el año 2010, el 53 por ciento de la población de Baja California residía en localidades de más de 100 mil habitantes; de la cual, el 49.4 por ciento se encontraba en la ciudad de Tijuana, población mayoritariamente urbana (el 92.3 por ciento reside en áreas urbanas) (INEGI, 2012a). Las particularidades anteriores hacen de Tijuana un escenario en el que se entrecruzan diferentes elementos socioculturales. Al constituir una ciudad que recibe anualmente fuertes flujos migratorios representa un contexto de fuerte inmigración, un “*espacio de actuación*” en el que los individuos que la habitan construyen una identidad a partir de la circulación constante de estilos de vida y tradiciones (Rodríguez, 2010). En este sentido, Tijuana, representa un espacio geográfico privilegiado para el análisis de las prácticas reproductivas juveniles, razón por la cual fue el lugar donde se llevó a cabo esta investigación.

3.2.1 Tijuana como un escenario de alta inmigración y sus implicaciones analíticas.

3.2.1.1 ¿Qué entender por un escenario de alta inmigración?

Al igual que otras entidades de la frontera norte, en Tijuana confluyen diariamente diferentes estrategias de movilidad: flujos migratorios provenientes de otros estados del país, desplazamientos intra-estatales, inmigración de personas con o sin redes familiares (con un proyecto de permanecer en la ciudad o bien trasladarse a los Estados Unidos), migración eventual por contrataciones temporales y desplazamientos circulares, elementos que afianzan lo que podría denominarse una *cultura fronteriza* (Ojeda, 1995). Así, la frontera aparece como un *campo de múltiples interacciones socioculturales* en constante transformación, en el cual se comparten e intercambian elementos ubicados en matrices culturales distintas (Valenzuela, 2000; Rodríguez, 2010).

Sin embargo, más allá de los elementos transfronterizos que identifican a muchos de los municipios de la frontera norte, Tijuana cobra especial centralidad por su carácter de ciudad receptora de migración proveniente del interior del país. Los históricos antecedentes de la relación entre Tijuana con el sur de California, específicamente con San Diego, la demanda de trabajo del lado estadounidense, el desarrollo de un modo de industrialización fronteriza y la diversificación del sector servicios en la ciudad (vinculada con actividades comerciales) han ido perfilando a Tijuana como una ciudad de destino (Simoneli, 2002; Vargas, 2004b).

Uno de los indicadores de la cuantiosa inmigración es el acelerado crecimiento poblacional de Tijuana. Históricamente, la entidad federativa de Baja California ha evidenciado una elevada tasa de crecimiento. Durante los años cincuenta la población mexicana crecía al 3.1 por ciento, mientras que la entidad lo hacía a un ritmo del 8.6 (Monsiváis, 2003). De hecho, actualmente, Baja California reportó ser el estado con la mayor tasa de crecimiento anual reportando un valor del 5 por ciento, en comparación con el 1.8 a nivel nacional, según datos del último Censo (INEGI, 2012a). Si se considera que Tijuana concentra aproximadamente la mitad de la población del estado (49.8 por ciento), se puede asumir que la ciudad se expande a un ritmo acelerado (INEGI, 2012a). Así, en la medida en que los niveles de mortalidad y natalidad de la ciudad no parecen explicar el acelerado crecimiento de su población, se le puede atribuir a la migración su expansión poblacional. Datos retomados del INEGI (2012a) señalan que el 45.1 por ciento de la población total de la entidad nació fuera de Baja California, tendencia que se mantiene en lo que respecta a las mujeres jóvenes, entre los 18 y 29 años, de las cuales cuatro de cada 10 tuvo como lugar de nacimiento un estado diferente (Palma, 2013).

Sin embargo, el crecimiento poblacional no se ha producido de manera homogénea. Lo cierto es que Tijuana, a diferencia de otras localidades fronterizas, evidencia una multiplicación de rutas migratorias y con ello, una densificación de los intercambios culturales (Canales, 2003). Simoneli (2002) analiza las tendencias de la inmigración hacia Tijuana comparando la información censal de 1990 y el 2000, y sugiere una diversificación de los flujos migratorios para dicho período. Al inicio de los años noventa las entidades con mayor volumen poblacional en Tijuana eran Sinaloa, Jalisco, el Distrito Federal, Sonora, Nayarit y Michoacán. Una década más tarde, aunque Sinaloa continúa manifestándose como el Estado de mayor expulsión

poblacional hacia Tijuana; Veracruz desplaza a Jalisco, el Distrito Federal pierde importancia y Chiapas empieza a evidenciar un flujo sustantivo de población que arriba a la ciudad (Simoneli 2002).

Puede considerarse entonces, que los cambios en los lugares de procedencia de la población que llega a Tijuana tienen repercusiones culturales importantes. Si bien, Simoneli (2002) demostró que tradicionalmente la ciudad había reportado una inmigración proveniente de zonas mayoritariamente urbanas, con elevados porcentajes de participación en actividades terciarias de la economía; en los últimos años se ha producido un incremento importante de inmigrantes procedentes de entidades con mayores grados de marginación y con un peso más fuerte del sector rural, sobre todo para el caso de las mujeres, quienes se insertan con fuerza en el sector industrial (Simoneli, 2002).

Lo anterior sugiere que la diversificación en los orígenes de la población inmigrante en Tijuana guarda una estrecha relación con el desarrollo de la industria maquiladora; que si bien se ha consolidado como una *subcultura* en la región de la frontera norte, y de la cual las mujeres han sido protagonistas, ha ido transformando paulatinamente las prácticas y los roles de género de una numerosa población migrante en Tijuana (Rodríguez, 2010). En este sentido, el imaginario de la ciudad se ha transformando como un lugar de oportunidades laborales tras el incremento en la demanda de fuerza laboral, particularmente femenina (Cruz, 2000; Solís, 2011).

De acuerdo con la literatura, en la franja fronteriza la participación de las mujeres en la maquila puede dividirse en tres etapas: *la feminización del mercado laboral*, iniciada en los años sesenta, como consecuencia de la internalización de la economía; *la desfeminización*, producto de la reorganización de los procesos productivos abriendo las actividades laborales a hombres y mujeres indistintamente; y por último, *la refeminización* en los años noventa, período de auge de la industria maquiladora (Rodríguez, 2010). Sin embargo, es importante mencionar que en Tijuana esta última etapa coincide con cambios sustanciales en el patrón de movilidad femenina, aumentando el número de mujeres que provienen de estados del sur del país (Chiapas y Oaxaca) que migran por decisión propia para insertarse en los procesos productivos en la frontera, en detrimento de la migración como acompañantes de sus esposos o compañeros (Vargas, 2004).

Otro elemento importante que da cuenta de la variación de la inmigración es el desplazamiento de mujeres indígenas a Tijuana. Maier (2006) plantea que desde los años cincuenta la migración indígena fue perfilando un patrón de colocación en el que las mujeres se insertaban en las ciudades, desempeñándose en actividades reproductivas y domésticas muchas veces asalariadas; mientras que los varones inmigrantes se dedicaban a la producción agrícola, mayoritariamente en áreas rurales. No obstante, a partir de la década del ochenta, se intensifican los flujos de familias indígenas migrantes al Estado de Baja California, y con ello se produce un incremento en la inserción femenina de origen étnico en el mercado laboral urbano, concretamente en la industria manufacturera (Maier, 2006).

Aunque varios autores concuerdan en afirmar que la industria maquiladora ha generado capacidades competitivas indiscutibles y una mejora en la infraestructura de los espacios urbanos; también plantean que el hecho de que la localización de dichas industrias tenga como sustento el bajo costo de la mano de obra y la precariedad en las condiciones de trabajo constituye un obstáculo para el desarrollo socioeconómico de la ciudad y de sus residentes, sustentando su proceso productivo en la explotación de la fuerza de trabajo (Rodríguez, 2010; Solís, 2011). Por ello, Solís (2011) plantea la existencia de un patrón de segregación y desigualdad social sobre el cual se ha expandido Tijuana, el cual guarda un estrecho vínculo con la inmigración. En Tijuana es posible observar una ciudad dividida en dos áreas: por un lado, una concentración de cinturones periféricos, en situación de desventaja social, que se han ido expandiendo de forma alineada con el crecimiento de la industria. Este nodo urbano se encuentra integrado por población migrante con una situación socioeconómica homogénea: bajos niveles de escolaridad e incorporada a la fuerza de trabajo de la maquila en actividades poco calificadas. Esta población se encuentra altamente segregada por la adyacencia entre el lugar de trabajo y de residencia, haciendo que el traspaso de los límites que separan el ámbito laboral y residencial para acceder a los servicios básicos de salud y educación resulte limitado. En contraste, la segunda área de la ciudad se caracteriza por conservar una localización tradicional del sector servicios que inició con el proceso de urbanización, y en la cual la distribución espacial de la población se encuentra más diluida (Hernández y Rabelo, 2006).

Además de este patrón de segregación, la inmigración hacia Tijuana, sea por motivos de residencia temporal o permanente, también refuerza distintos imaginarios muchas veces yuxtapuestos unos con otros (Solís, 2011). La ciudad simboliza una tierra de oportunidades, debido a la oferta de empleo proporcionada por la industria maquiladora y el sector servicios (Islas, 2011); pero, al mismo tiempo no deja de representar para muchos una ciudad de paso, explicando en gran parte la relación de sus residentes con el espacio como un territorio inacabado, transitorio y en constantes procesos de cambio (Solís, 2011). La rapidez de los intercambios culturales, consecuencia de la inmigración, promueve procesos de *territorialización* y *desterritorialización* de las prácticas sociales propiciando recomposiciones en el ámbito familiar, cambios en las relaciones de pareja, reconfiguraciones de lo étnico, construcción de nuevas redes sociales y consolidación de las ya existentes (Solís, 2011). En esta misma dirección Valenzuela (2003) argumenta que el proceso de *territorialización* y *desterritorialización* implica más que una lectura del nuevo contexto por parte de los inmigrantes, involucra una apropiación progresiva de los nuevos “*campos de sentido*” a los que arriban. Así, los inmigrantes en Tijuana pueden considerarse al mismo tiempo actores que interactúan dentro de dichos campos, y autores, en tanto deben interpretar los referentes identitarios de sus lugares de origen con los elementos asociados al nuevo contexto.

Para el caso de las mujeres, se puede asumir que en Tijuana las dinámicas asociadas a la inmigración, como la participación económica de las mujeres y la relocalización residencial de familias de diferentes orígenes migratorios, permean la emergencia de nuevas representaciones del *ser mujer* y amplían los referentes identitarios perfilados en sus comunidades de origen (Maier, 2006). De igual manera, la inmigración a un contexto como Tijuana propicia una redefinición de los espacios público y privado, y la familia adquiere una nueva centralidad en el proceso migratorio: constituye un eje principal de organización en la sociedad receptora, representa un núcleo fundamental para la adaptación de sus miembros al nuevo escenario, al mismo tiempo que debe adaptarse a los cambios en las vivencias experimentadas por sus integrantes (Vargas, 2004b; Solís, 2011).

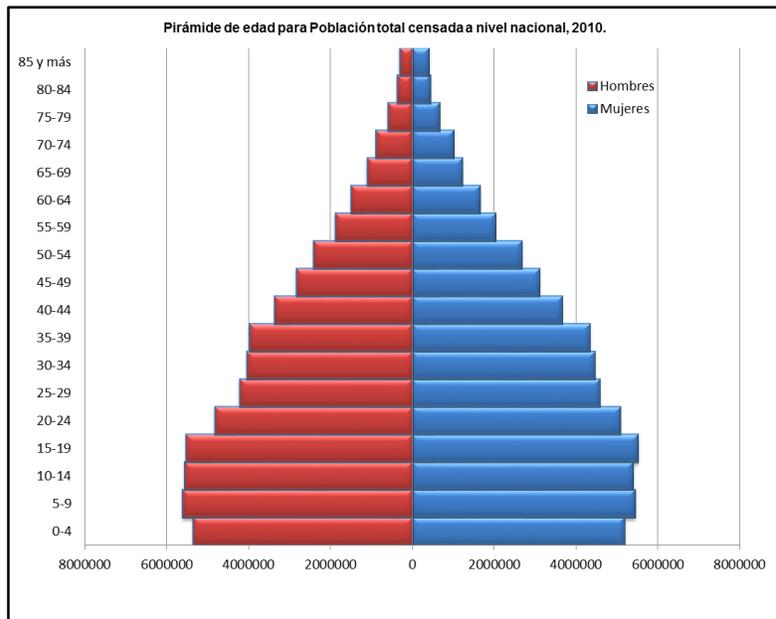
A partir de los elementos anteriores, en esta investigación se entiende por escenario de alta inmigración un contexto heterogéneo y poroso culturalmente, el cual promueve un intercambio

permanente de ideas, prácticas y estilos de vida generando configuraciones identitarias particulares que no sólo repercuten a nivel del individual sino también a nivel colectivo, como es el caso particular del grupo familiar. La diversidad étnica, generacional, de clase y de género hace de Tijuana un espacio de reconocimiento de la diferencia, un ámbito liminal en el que la identidad se construye a partir de la gestión de los contrastes; pero, al mismo tiempo, representa un contexto inequitativo y desigual en el que la integración de los individuos está atravesada por disputas y negociaciones de diferentes marcos culturales y normativos.

3.3 Situación juvenil en Baja California: Un panorama sociodemográfico.

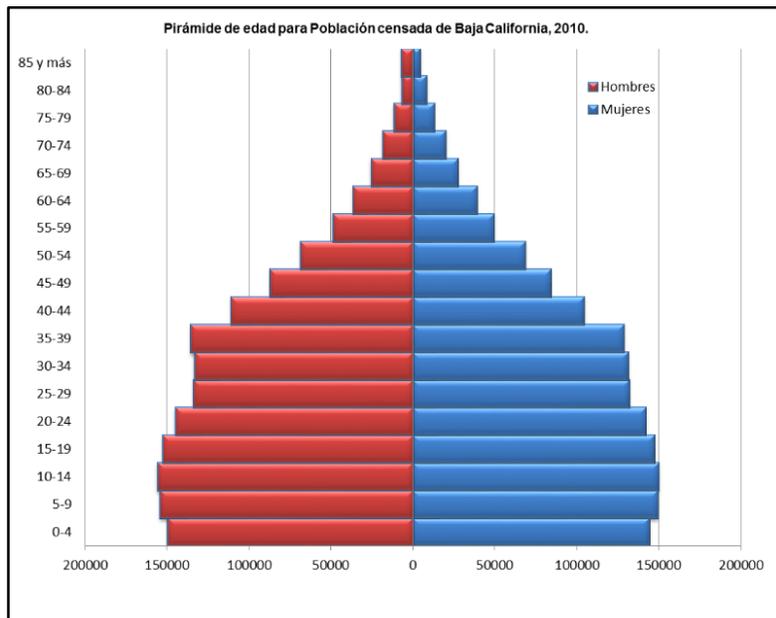
La inmigración hacia Tijuana ha tenido repercusiones considerables en las características demográficas de su población. Las actividades laborales y sus particularidades como ciudad fronteriza han incentivado flujos migratorios compuestos mayoritariamente por una población en edad productiva, en particular jóvenes entre los 15 a 29 años que, en conjunto con el crecimiento natural de la población, construyen un panorama sociodemográfico particular (Ojeda, 2013). De hecho, Tijuana está compuesta por jóvenes, los cual representan el 27 por ciento de su población distribuidos de la siguiente manera: cuatro de cada 10 son adolescentes entre 15 a 19 años, uno de cada tres son jóvenes entre 20 a 24 años, y casi tres de cada 10 se encuentran entre los 25 y los 29 años (INEGI, 2012b), como se observa en las ilustraciones uno, dos y tres. Aunado a lo anterior, las pirámides poblacionales muestran la repercusión de la inmigración en Baja California, particularmente en Tijuana, siendo notable el peso poblacional que representa el grupo etario 35-39, lo cual puede atribuirse a los flujos migratorios que ha recibido históricamente la ciudad.

Ilustración 1. Estructura por edad de la población a nivel nacional, según Censo General de Población y Vivienda 2010.



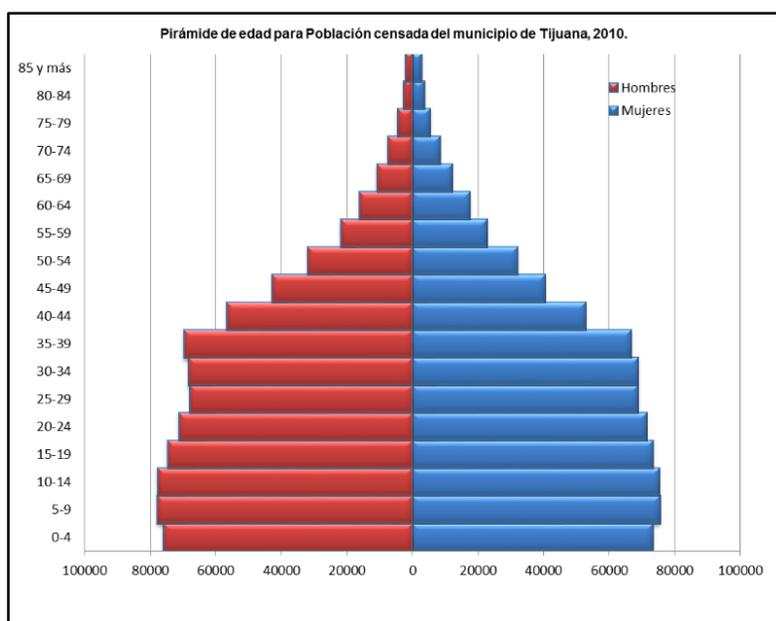
Fuente: Elaboración propia con información del Censo General de Población y Vivienda 2010

Ilustración 2. Estructura por edad de la población de Baja California, según Censo General de Población y Vivienda 2010.



Fuente: Elaboración propia con información del Censo General de Población y Vivienda 2010

Ilustración 3. Estructura por edad de la población de Tijuana, según el Censo General de Población y Vivienda 2010.



Fuente: Elaboración propia con información del Censo General de Población y Vivienda 2010

En materia educativa, la información obtenida en el último Censo revela que el 60.6 por ciento de los adolescentes de la entidad federativa (entre 15 y 19 años) asiste a la escuela; proporción que tiende a disminuir conforme la edad aumenta, pasando a 22.5 por ciento entre los jóvenes de 20 a 24 años y 6.7 por ciento para el grupo de 25 a 30 años (INEGI, 2012b). Igualmente, al observar los años de escolaridad alcanzados en promedio por los jóvenes de 15 a 29 años, Baja California supera ligeramente el promedio nacional (situación muy similar para Tijuana). Los jóvenes residentes en la entidad terminan la secundaria (en promedio alcanzan 9 años de escolaridad), mientras que a nivel nacional registran secundaria incompleta (8.7 años de escolaridad) (González, 2011).

Sin embargo, es importante mencionar que los elevados niveles de escolaridad básica que reportan los jóvenes en Baja California son contrastados con la proporción que alcanzó un nivel superior, la cual tiende a estar por debajo del promedio nacional (10 por ciento para Baja California frente a un 10.2 por ciento a nivel nacional) (González, 2011). De acuerdo con Ojeda (2013), uno de los factores que puede explicar estas diferencias es la particularidad del mercado laboral de Baja California, en especial de Tijuana; escenario en el que la población joven tiene un mayor acceso a actividades laborales que no precisan de un nivel de educación superior,

como lo es el trabajo en la industria maquiladora y el empleo poco calificado en los Estados Unidos. Así, la posibilidad de insertarse tempranamente en el mercado de trabajo parece incidir en las motivaciones de los y las jóvenes en continuar sus estudios superiores, situación un tanto diferente en otros estados del país (Ojeda, 2013).

Respecto a la participación económica de los y las jóvenes (entre 15 y 29 años) vale la pena señalar las diferencias de acuerdo a la edad y al sexo. Datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), para el segundo trimestre del 2011, revelan que el 53.1 por ciento de los jóvenes en Baja California estaba ocupado o buscaba empleo, del cual el 64.6 por ciento está integrado por hombres y el 40.8 por mujeres. Al observar las diferencias por grupos de edad se evidencia un incremento en la tasa de participación económica conforme la edad se incrementa, representando 28.9 para los adolescentes y 76.3 por ciento para los jóvenes de 25 a 29 años. Cabe señalar, que la tasa de ocupación¹⁵ entre los jóvenes alcanza el 91.5 por ciento, respecto a la población económicamente activa (PEA)¹⁶, lo cual significa que un 8.5 de la PEA en Baja California se encuentra desocupada, en este grupo de edad. Asimismo, de los varones jóvenes ocupados el 36.5 por ciento son trabajadores industriales, artesanos o ayudantes, el 14.4 por ciento se desempeña en actividades comerciales y el 11.3 se desenvuelve como oficinista. Para el caso de las mujeres, estas ocupaciones se sitúan en la misma posición que los varones (25.9, 20.5 y 19.8 por ciento, respectivamente) (INEGI, 2012). Para el caso de las mujeres la Encuesta de Salud Sexual Reproductiva de Baja California revela que siete de cada 10 mujeres jóvenes entre los 18 y 29 años manifestó haber trabajado alguna vez a cambio de dinero, de las cuales el 78.4 por ciento inició su vida laboral entre los 12 y 19 años (Palma, 2012).

Uno de los aspectos más relevantes para esta investigación es el comportamiento sexual y reproductivo juvenil, específicamente el de las mujeres. Como sugiere Ojeda (2013), el análisis de este aspecto resulta complejo dada la heterogeneidad de Tijuana como consecuencia de los

¹⁵ De acuerdo con el INEGI, la población ocupada se define como las “personas de 12 y más años de edad que en la semana de referencia realizaron alguna actividad económica durante al menos una hora. Incluye a los ocupados que tenían trabajo, pero no lo desempeñaron temporalmente por alguna razón, sin que por ello perdieran el vínculo con este; así como a quienes ayudaron en alguna actividad económica sin recibir un sueldo o salario” (INEGI, 2014).

¹⁶ De acuerdo con el INEGI, la población económicamente activa (PEA) está constituida por personas de 12 años y más que tuvieron vínculo con la actividad económica que buscaron en la semana de referencia, por lo que se encontraban ocupadas o desocupadas (INEGI, 2014).

diversos orígenes de su población y a las interacciones cotidianas con los Estados Unidos. Lo anterior se evidencia en el hecho de que indicadores como el inicio de la vida sexual y las prácticas reproductivas entre las adolescentes presentan diferencias significativas entre las jóvenes que nacieron en Baja California y aquellas que provienen de otros estados del país.

Brugeilles (2011) hace un acercamiento a la identidad de género de los y las jóvenes proponiéndose analizar las representaciones de las identidades sexuadas de hombres y mujeres menores de 20 años, estudiantes de dos bachilleratos técnicos en Tijuana. Para la autora, los flujos migratorios y la proximidad con los Estados Unidos hacen de Tijuana un contexto en el que interactúan diversos y permeables sistemas de género (Brugeilles, 2011). La autora separa a la población nativa de Tijuana de aquella que inmigró durante su infancia o adolescencia, encontrando que pasar la infancia en este escenario, para el caso de las mujeres, guarda una estrecha relación con expectativas menos tradicionales frente a las actividades desempeñadas por hombres y mujeres, y con valoraciones positivas respecto a arreglos económicos más equitativos entre los sexos. Estas jóvenes tienden a priorizar la elección de un trabajo dentro de las actividades que desean realizar; mientras que los varones conciben como normal su rol tradicional de proveedor.

Respecto a la iniciación sexual la Encuesta de Salud Sexual Reproductiva de Baja California para el 2006 permite contar con información representativa a nivel estatal y municipal sobre el comportamiento reproductivo de mujeres jóvenes. A partir de los datos obtenidos se puede comparar entre generaciones evidenciando un rejuvenecimiento de la edad a la primera relación sexual. El 30.1 por ciento de las jóvenes entre 25 a 29 años tuvo su primer encuentro sexual a los 17 años, porcentaje que desciende a 27.1 por ciento entre las jóvenes de 18 a 19 años cumplidos en Baja California (Palma y Reding, 2011). En este mismo sentido, al comparar el inicio de la vida sexual de las adolescentes (entre 18 y 19 años) de acuerdo al lugar de nacimiento se observa una tendencia a posponer la primera relación sexual entre las nativas de Baja California en comparación con aquellas que nacieron en otra entidad federativa. Los datos señalan que una quinta parte de las adolescentes nacidas en otro estado tuvieron su primer encuentro sexual a los 16 años, proporción que se reduce a la mitad entre las nacidas en la entidad y que pertenecen a ese mismo grupo de edad (Palma y Reding, 2011).

Un elemento que se encuentra profundamente relacionado con el inicio de la vida sexual es el uso de métodos de prevención de infecciones de transmisión sexual y/o de embarazos no deseados. De acuerdo con la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (ENADID), pese a que el 98.5 por ciento de las adolescentes (entre 15 y 19 años) y el 99.5 por ciento de las jóvenes entre 25 a 29 tiene algún conocimiento de los métodos de control natal, en Baja California tan solo la mitad de las adolescentes sexualmente activas (49.4 por ciento) declararon haber hecho uso de los mismos en su primera relación sexual, proporción que se eleva a 67.3 por ciento entre las jóvenes de 25 a 29 años (INEGI, 2012).

En lo que concierne a las prácticas reproductivas entre las jóvenes, Baja California refleja una aparente contradicción; ya que el nivel de la fecundidad adolescente parece no corresponderse con el nivel de desarrollo relativo de la entidad (Ojeda, 2013), lo cual ha despertado una preocupación entre los diferentes sectores sociales del Estado de Baja California (El Sol de Tijuana, 2012; Morales, 2013). Como se ha venido mencionando anteriormente, la entidad registra una de las tasas de fecundidad adolescente más elevadas del país. Durante el trienio 2006-2008 las jóvenes de la entidad contribuyeron al 69.7 por ciento de la fecundidad registrada durante dicho período; y cerca de la quinta parte de los nacimientos ocurridos (19.5 por ciento) corresponden a adolescentes entre los 15 y 19 años (INEGI, 2012a). Al observar la fecundidad acumulada se observa que entre las jóvenes de 25 a 29 años que tuvieron un primer hijo nacido vivo en la adolescencia, el 72 por ciento tiene entre uno y dos hijos y el 28 por ciento tiene tres o más (INEGI, 2012a).

De igual forma, datos de la Encuesta de Salud Sexual Reproductiva de Baja California muestran que, en el año 2006, entre las jóvenes de 18 a 29 años que reportaron haber estado embarazadas más de la mitad lo hizo por vez primera entre los 12 y 19 años. Asimismo, es relevante la relación entre la ocurrencia de un embarazo y la edad a la primera relación sexual. Los datos sugieren que entre las mujeres que inician su vida sexual más jóvenes, entre los 12 y 14 años, el 94.5 por ciento ha tenido un embarazo (Palma, 2013).

Respecto a las diferencias en el comportamiento reproductivo de acuerdo al lugar de nacimiento, datos del último Censo demuestran que entre las jóvenes nacidas fuera de la entidad, la

proporción más elevada de madres adolescentes entre los 12 y 14 años proviene de la región sur del país, conformada por Oaxaca, Chiapas, Guerrero y Veracruz, de la cual 12 de cada 100 madres adolescentes son originarias de algunos de estas entidades federativas. En contraste, entre las adolescentes de mayor edad (entre 15 y 19 años) la proporción más elevada de madres adolescentes proceden de la región noroeste (Sonora, Sinaloa y Durango), como lo muestra el cuadro uno.

Cuadro 3.1. Proporción de adolescentes residentes en Tijuana con al menos un hijo nacido vivo de acuerdo a la entidad federativa de nacimiento y grupos de edad¹⁷.

PROPORCIÓN DE ADOLESCENTES CON AL MENOS UN HIJO NACIDO VIVO, RESIDENTES EN TIJUANA POR GRUPO DE EDAD, SEGÚN ENTIDAD FEDERATIVA								
Grupo de edad	Entidad de origen							Total
	Baja California	Noreste	Occidente	Centro	Sur	Otras entidades	Estados Unidos	
12 a 14 años	63.1	8.8	9.4	2.5	12.5	0.0	3.8	100
	101	14	15	4	20	0	6	160
15 a 19 años	60.1	12.1	8.4	3.4	9.4	2.6	4.0	100
	10220	2058	1428	578	1598	442	680	17,005

Fuente: Elaboración propia con datos del Censo General de Población y Vivienda 2010.

Así, se puede plantear que las adolescentes residentes en Tijuana, del grupo de edad de 12 a 14 años, provenientes de regiones del país con mayor población indígena y elevada proporción de residentes en áreas rurales, parecen evidenciar patrones reproductivos más tempranos. No obstante, resulta significativo que una proporción considerable de madres adolescentes entre 15 y 19 años tenga como lugar de nacimiento la zona noroeste del país, caracterizada por un entorno cultural distinto.

Otro elemento importante asociado con la reproducción adolescente es la escolaridad alcanzada por las jóvenes. Palma y Reding (2011) argumentan que el nivel educativo guarda un estrecho vínculo con el comportamiento reproductivo, en la medida en que tiende a postergar la edad al primer embarazo. Datos obtenidos del último Censo revelan que entre las adolescentes de 15 a 19 años con al menos un hijo nacido vivo evidencian niveles más bajos de escolaridad respecto

¹⁷ Es importante mencionar que para la elaboración de este cuadro se excluyeron los casos de mujeres que nacieron en el extranjero, exceptuando a Estados Unidos, porque no eran representativos para el análisis. De igual forma, las entidades federativas se agruparon por regiones a partir del criterio retomado por el trabajo de Palma y Reding (2011), agrupando en la categoría de *otras entidades* a aquellas que reportaron muy pocos casos de madres adolescentes.

a sus contrapartes sin hijos. De hecho, en Tijuana, un poco más de la quinta parte de las madres adolescentes alcanzó la preparatoria; mientras que aquellas sin hijos lo hicieron en un 47.5 por ciento. Empero, llama considerablemente la atención que las adolescentes con un hijo residentes en Baja California, particularmente en Tijuana, alcanzan proporcionalmente mayores niveles de instrucción de preparatoria y más en comparación con las madres adolescentes a nivel nacional, como se observa en el cuadro dos.

Cuadro 3.2. Proporción de adolescentes entre 15 a 19 años con al menos un hijo a nivel nacional, estatal y municipal, según nivel de instrucción alcanzado.

PROPORCIÓN DE ADOLESCENTES ENTRE 15 A 19 AÑOS CON AL MENOS UN HIJO, SEGÚN NIVEL DE INSTRUCCIÓN ALCANZADO						
Nivel de Instrucción	Nacional		Baja California		Tijuana	
	Sin hijos	Al menos un hijo	Sin hijos	Al menos un hijo	Sin hijos	Al menos un hijo
Sin Escolaridad	0.97	2.04	0.68	1.45	0.61	0.97
Primaria Incompleta	2.54	6.93	2.02	5.69	1.82	5.00
Primaria Completa	6.97	17.15	4.63	14.29	5.32	16.63
Secundaria Incompleta	16.65	14.17	17.58	17.55	18.20	17.64
Secundaria Completa	27.59	38.73	26.10	37.17	26.52	36.25
Preparatoria y más	45.28	20.97	48.98	23.84	47.53	23.51
Porcentaje	100	100	100	100	100	100
Totales	4,651,911	691,525	123,048	20,565	61,730	9,716

Fuente: Elaboración propia con datos del Censo General de Población y Vivienda 2010.

Sumado a lo anterior, y teniendo en cuenta la relación que guarda la reproducción entre las adolescentes con la vida en pareja, resulta importante mencionar los patrones en la conformación de uniones entre jóvenes de la entidad, particularmente entre las madres adolescentes. Si bien la proporción de hombres y mujeres que viven en unión libre ha aumentado en todo el país existen variaciones importantes por regiones. Tijuana, por ejemplo, representa un caso importante de análisis en tanto evidencia dos elementos importantes: presenta los porcentajes más altos de uniones libres en el país y además, manifiesta un rápido incremento de dichos arreglos, propiciando una nueva estructura conyugal (Ojeda, 2011; Ojeda, 2013). De acuerdo con Ojeda (2013), en Tijuana se observan no solamente los más altos porcentajes de uniones consensuales, sino que dicho arreglo conyugal ocupa el primer lugar seguido de cerca por el matrimonio civil; mientras que el matrimonio civil y religioso ocupa un tercer lugar en la estructura conyugal. Según la autora, “esto coloca a B.C. y Tijuana en una situación de cambio inédito en la dinámica de la nupcialidad mexicana por alterar el orden jerárquico tradicional de los arreglos conyugales que hasta muy recientemente habían prevalecido en el país” (Ojeda,

2013: 16). Esto, resulta evidente, de acuerdo a la autora, al observar los datos el último Censo los cuales demuestran que de todo el Estado de Baja California, Tijuana registra el porcentaje más bajo de jóvenes solteras, 48.5 por ciento (Ojeda, 2013).

Asimismo, datos del último Censo permiten entrever diferencias por edad respecto al estado civil de las madres adolescentes. Para el grupo de edad de 12 a 14 años se observan dos tipos de arreglos conyugales primordialmente, el 46.2 por ciento de las jóvenes se encontraban solteras y el 41 por ciento unidas. En contraste, entre el grupo de 15 a 19 años el porcentaje de unidas se eleva a 57.5 por ciento y las solteras disminuyen, alcanzando una quinta parte, mientras que las casadas registran una proporción de 12.3 por ciento, tal como se evidencia en el cuadro tres.

Cuadro 3.3. Proporción de adolescentes residentes en Tijuana con al menos un hijo nacido vivo, de acuerdo a la situación conyugal y grupo de edad.

PROPORCIÓN DE ADOLESCENTES RESIDENTES EN TIJUANA CON AL MENOS UN HIJO VIVO, DE ACUERDO AL TIPO DE UNIÓN Y GRUPO DE EDAD				
Tipo de unión	Grupo de 12 a 14 años		Grupo de 15 a 19 años	
	Sin hijos	Al menos un hijo nacido vivo	Sin hijos	Al menos un hijo nacido vivo
Soltera	99.6	46.2	93.1	21.6
Casada	0.1	6.4	1.1	12.3
Unión libre	0.2	41.0	5.6	57.5
Separada	0.0	6.4	0.2	7.8
Divorciada	0.0	0.0	0.0	0.3
Viuda	0.0	0.0	0.0	0.4
Porcentaje	100	100	100	100
Totales	42,976	78	62,119	8,037

Fuente: Elaboración propia con datos del Censo General de Población y Vivienda 2010.

Así, la información presentada en el presente capítulo permitió caracterizar el contexto en el cual se inscribe esta investigación, diferenciando, en la primera parte del presente capítulo, el escenario en el cual se empieza a visibilizar la maternidad adolescente como preocupación pública; y la manera en que el fenómeno se inscribe en el territorio diferenciado por zonas del país, en la segunda mitad del presente capítulo. De ahí, que el caso de la frontera norte llame especial atención, en particular el estado de Baja California, debido a su elevada fecundidad adolescente y a la fuerte incidencia en el número de nacimientos entre las adolescentes, pese al nivel desarrollo relativo que evidencia.

Los flujos migratorios del interior del país hacia Tijuana han propiciado la coexistencia de una diversidad de marcos culturales y normativos que influyen en la manera en que las jóvenes experimentan sus vivencias cotidianas, entre ellas, la maternidad. La información presentada en este capítulo permite entrever la pluralidad de recursos, en diferentes formas y volumen, que ofrece un contexto de alta inmigración para la población que reside en Tijuana, tales como: mayores niveles de instrucción e inserción femenina al mercado laboral. Gran parte de las adolescentes han tenido la posibilidad de trabajar, desde la adolescencia lo que ha promovido fuertes valoraciones frente a la autonomía económica. Sumado a esto, la diversidad cultural y los rápidos intercambios en los marcos normativos imprimen al estudio de la maternidad adolescente una mayor complejidad en este escenario; ya que las jóvenes deben conciliar los marcos valorativos de sus familias de origen, quienes proceden de otras regiones del país, y aquellos que se encuentran vigentes en la sociedad receptora, donde éstas se han socializado. Así, se puede plantear que el proceso de integración a la comunidad receptora en los distintos espacios, dentro de la familia, en el ámbito laboral, en la escuela y dentro de las interacciones cotidianas promueve cambios en los procesos subjetivos de las jóvenes.

De igual forma, es innegable que en los hogares de familias migrantes las jóvenes residentes en Tijuana evidencian un relajamiento de los esquemas socioculturales de sus padres, anclados muchas veces en regímenes patriarcales presentes en sus lugares de origen. No obstante, la construcción subjetiva de las jóvenes se produce en medio de una negociación constante entre los esquemas de las familias de origen y las formas de sociabilidad cotidiana en la sociedad receptora. Así, aunque las jóvenes en Tijuana evidencian mayores niveles de escolaridad, respecto a la de sus padres y jóvenes de otras entidades del país, una rápida inserción al mercado de trabajo, un incremento en las uniones libres en detrimento de otros arreglos conyugales, cambios en la composición, estructura y dinámica al interior de la familia; así como transformaciones en los roles de género tradicionales la cuestión que importa particularmente en esta investigación es la manera en que resuelven y negocian las diferentes vivencias en un contexto de alta inmigración, con las particularidades señaladas.

Al tiempo, vale la pena mencionar que la construcción subjetiva de las jóvenes también se inscribe condiciones estructurales propias del contexto en el que se socializan. La fuerte

desigualdad y segregación a partir de la cual se expande la Tijuana, las diferencias socioeconómicas de la población de origen migrante así como la inserción en el mercado de trabajo en condiciones muchas veces de explotación hacen de la ciudad un escenario fragmentado en el que las condiciones sociales, culturales y económicas de las jóvenes distan de ser uniformes, por lo que los recursos objetivos de los que disponen permean determinadas vivencias y posibilidad de tomar ciertas decisiones.

En este sentido, situar el estudio de la maternidad adolescente en un contexto de alta inmigración supone identificar las tensiones y negociaciones que allí se producen así como los nuevos marcos de sentido que se construyen. En Tijuana conviven jóvenes y familias de distintas procedencias del país que se encuentran reconfigurando continuamente sus referentes identitarios, y con ello las valoraciones frente al hecho de convertirse en madres. Sumado a ello, gran parte de las mujeres que tuvieron un hijo en la adolescencia, y que participaron en esta investigación, migraron con sus familias durante la infancia e inicio de la adolescencia generando tensiones entre los marcos culturales de sus padres de acuerdo a su lugar de origen, y la sociabilidad de las jóvenes en la sociedad receptora. Esto, tiene implicaciones ineludibles en los procesos subjetivos de las jóvenes, quienes deben conciliar las expectativas de su familia, referentes a la manera de convertirse en adultas, con las nuevas adscripciones y estilos de vida que se configuran al emigrar.

CAPÍTULO IV: CONVERTIRSE EN ADULTAS DESDE LA PERSPECTIVA DE LAS MADRES ADOLESCENTES

Pensar en adolescentes que se convirtieron en madres alude a un evento que se considera ocurrió “a destiempo” o bien, que *no se está en la edad de vivir*; y desde múltiples discursos sociales y políticos se lo define como un acontecimiento intempestivo en las biografías de las jóvenes. El Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA) por ejemplo, en su informe titulado “Maternidad en la niñez. Enfrentar el reto del embarazo en adolescentes”, sugiere que el embarazo en la adolescencia trastoca el curso de vida de las jóvenes exponiendo su efecto sobre la salud, la escolaridad y la productividad, por lo que se considera representa un obstáculo para el desarrollo del capital humano y el cumplimiento de sus derechos (UNFPA, 2013). Pese a los innegables riesgos e implicaciones de la maternidad adolescente en los diferentes ámbitos de la vida de las jóvenes, es importante mencionar que la consideración de este evento como “temprano” guarda una estrecha relación con la representación extendida de los y las jóvenes como sujetos en tránsito a la adultez, la cual, muchas veces, se contrapone con la manera en que estos mismos experimentan su condición juvenil a partir de una mirada anclada en el presente y no como un proceso en miras al futuro (Reguillo, 2012).

Durante el trabajo de campo realizado y tras un acercamiento analítico a la información empírica obtenida se observó que cuando las mujeres entrevistadas se referían al período de su adolescencia, tendían a definirse a sí mismas a partir de lo que consideraban *estaban en la edad de vivir*. Sus narrativas se encontraban desbordadas de referencias y valoraciones en torno a la edad, en las que se yuxtaponían los imaginarios sociales asociados al ser adolescente y las experiencias que las propias jóvenes fueron vivenciando. “Estar chica” o considerarse “grande” representan formas de identificación frecuentes al mencionar esta etapa de la vida que se extiende valorativamente desde el final de la primaria hasta el primer embarazo, en algunos casos, o a la ocurrencia de la primera unión, en otros, de acuerdo a los relatos. Así, el término “*estar en la edad*”, empleado continuamente por las mujeres entrevistadas, refleja una tensión existente en lo que Dubar (2005) llama *la identidad para sí* y *la identidad para otros*; ya que la manera en que las jóvenes son percibidas socialmente, particularmente por sus familias, como individuos en tránsito a la adultez se contrapone con la definición que las mismas jóvenes

construyen de sí, considerándose en la edad para experimentar lo que los adultos quieren controlar: la vida amorosa, las prácticas sexuales y las interacciones con el grupo de pares. En este sentido, el presente capítulo se propone analizar, a través de los relatos de vida de las entrevistadas, los procesos de subjetivación juvenil de las mujeres que fueron madres en la adolescencia y que residen en un contexto de alta inmigración

El abordaje analítico presentado a lo largo de este capítulo se encuentra estructurado a partir de tres ejes sobre los que versa la presentación de los resultados, y los cuales surgieron de forma reiterada en las entrevistas como marcadores subjetivos y objetivos en la biografías de las mujeres: las *transformaciones corporales*, el *paso por la escuela* y el *sentimiento de libertad*. Si bien la revisión de la literatura en torno al tema de juventudes, presentada en el primer capítulo, permitió reconocer, como punto de partida, la importancia de la apropiación del cuerpo en la construcción subjetiva de los jóvenes como forma de reconocimiento del otro y como vehículo para la experiencia amorosa (Valenzuela, 2005; El Cadi, 2008); al tiempo que se subrayó la centralidad que ha tenido la escuela como espacio de socialización adjudicado a la juventud (Adaszco, 2005), los ejes de análisis aquí presentados fueron emergiendo a partir de una lógica más inductiva con la información obtenida durante las entrevistas. De esta manera, los hallazgos presentados en este capítulo, y el análisis realizado a partir de los mismos es el resultado de un proceso de relaciones entre la revisión de la literatura y los datos obtenidos durante el trabajo de campo.

Aunado a lo anterior, vale la pena mencionar que aunque esta investigación partió de supuestos concretos respecto a la construcción juvenil de las mujeres, como un proceso caracterizado por marcadas diferencias de acuerdo al acceso a distintos recursos y a condiciones objetivas específicas, tales como: el nivel de escolaridad alcanzado por la mujer y sus padres, los antecedentes migratorios de la familia de la mujer, el lugar de socialización durante dicha etapa (Tijuana o el interior del país), así como su experiencia migratoria (como se observa en el cuadro uno), el acercamiento con los datos obtenidos planteó un reto analítico; ya que aunque las diferencias socioeconómicas marcaban vivencias juveniles diferenciadas, éstas no se manifestaban de manera tan explícita como se pensaba antes de iniciar el trabajo de campo. La organización, codificación y análisis de la información permitió entrever que existen elementos

transversales en los procesos de subjetivación juvenil, manifestados en los tres ejes de análisis presentados, los cuales van adquiriendo matices de acuerdo a los diferentes recursos vivenciales y socioeconómicos de los que disponían las mujeres en esta etapa de la vida, lo cual se abordará con mayor profundidad en los apartados siguientes.

Cada uno de estos ejes señalados condensa sendas biográficas o experiencias significativas a partir de las cuales las mujeres se fueron construyendo como jóvenes. El primero, reúne las experiencias que aluden al cuerpo y sus transformaciones; ya que a través de las narraciones de las mujeres se observó que la construcción subjetiva juvenil pasa en un principio por el cuerpo y las significaciones en torno a los cambios experimentados. El segundo eje tiene que ver con el *paso por la escuela* como un marcador espacio-temporal recurrente en la construcción de las trayectorias juveniles. Se denomina *paso por la escuela* para aludir a las diferentes temporalidades que las mujeres entrevistadas permanecieron dentro de un entorno escolar durante el período considerado como la adolescencia (entre los 12 y 19 años); algunas estuvieron hasta la primaria, otras hasta la secundaria o preparatoria, un grupo comenzó con el nivel superior y otro dejó la escuela retomándola años después. Las variaciones en la permanencia en la escuela propicia una yuxtaposición de diferentes episodios biográficos con el potencial de generar virajes en las trayectorias de vida de las jóvenes. Por último, el tercer eje analítico tiene que ver con el deseo de libertad manifestado reiterativamente en los relatos al hacer referencia al período de la adolescencia. Las posibilidades de adquirir cierta independencia, sobre todo de los padres, promueve la puesta en marcha de diversas estrategias por partes de las jóvenes, que varían de acuerdo a sus recursos económicos, familiares y vivenciales.

Cuadro 4.1. Características de origen de las mujeres, madres adolescentes entrevistadas, residentes en Tijuana, según el grupo de selección para la elaboración de las entrevistas¹⁸.

CARACTERÍSTICAS DE ORIGEN DE LAS INFORMANTES, POR GRUPO DE SELECCIÓN							
Informante	Edad actual	Edad al primer hijo	Nivel de escolaridad alcanzado por la mujer hasta los 19 años	Nivel de escolaridad alcanzado por los padres	Lugar de origen de la familia	Lugar de socialización adolescencia	Orden de nacimiento**
Grupo A							
Marisol	32	16	Primaria incompleta	Preparatoria (M)	Tlaxcala (M), USA (P)	Tijuana, BC.	3era. Hermana de 4
Rosa	33	18	Secundaria	Primaria (M y P)	Guanajuato	Irapuato, Gto.	6ta. Hermana de 8
Nora	30	16	Secundaria incompleta	Primaria (M y P)	Jalisco (M), Veracruz (P)	Tijuana, BC.	2da. Hermana de 3
Eliana	34	18	Primaria	Primaria incompleta (M y P)	Jalisco	Tijuana, BC.	Hermana mayor de 3
María	31	17	Preparatoria incompleta	Primaria (M y P)	Jalisco	Tijuana, BC.	Hermana mayor de 7
Yolanda	31	18	Preparatoria incompleta	Primaria incompleta	Sinaloa	Tijuana, BC.	Hermana mayor de 3
Adela	35	18	Secundaria	Primaria	Sonora	Guaymas, Son.	Hermana mayor de 5
Vero	34	18	Primaria	No sabe	Oaxaca	Tlaxiaco, Oax.	Hermana maadr de 7
Sara	35	17	Primaria	Ninguno (M)/primaria (P)	Michoacán	Tijuana, BC.	Hermana mayor de 13
Mariana	32	19	Preparatoria	Secundaria (M)/primaria (P)	Sinaloa	Tijuana, BC.	Hermana mayor de 10
Amelia	32	19	Secundaria	Secundaria incompleta (M)	Muichoacán (M), Jalisco (P)	Morelia, Mich.	Hermana mayor de 3
Grupo B							
Catalina	30	18	Preparatoria	Secundaria (M)/doctorado (P)	Sonora (M), Distrito Federal (P)	Tijuana, BC.	3ra. Hermana de 5
Lilia	30	18	Preparatoria	Preparatoria	Mexicali (M), Cuernavaca (P)	Tijuana, BC.	1era. Hermana de 4
Natalia	26	18	Preparatoria incompleta	Preparatoria (M)/Normal (P)	Nayarit (M), Baja C. Sur (P)	Tijuana, BC.	4ta. Hermana d 4
Valentina	31	15	Preparatoria incompleta	Secundaria	Jalisco (M)/Aguascalientes (P)	Tijuana, BC.	2da. Hermana de 3
Alicia	31	19	Preparatoria	Secundaria (M)/Preparatoria (P)	Guanajuato (M), Nayarit (P)	Tijuana, BC.	1era. Hermana de 3
Viviana	32	17	Preparatoria incompleta	Normal (M)/Licenciatura (P)	Tlaxcala	Tijuana, BC.	1era. Hermana de 2
Lucía	30	19	Preparatoria	Secundaria (M)/Preparatoria (P)	Michoacán (M), Baja California (P)	Tijuana, BC.	1era. Hermana de 5
Carmen	27	19	Preparatoria	Preparatoria (M)/Licenciatura (P)	Distrito Fedral	Tijuana, BC.	1era. Hermana de 2
Susana	31	18	Secundaria	Licenciatura (M)/Preparatoria (P)	Baja California (M), Toluca (P)	Tijuana, BC.	1era. Hermana de 3
Gladis	27	17	Preparatoria	Secundaria (M)/Preparatoria (P)	Baja California (M), USA (P)	Tijuana, BC.	1era. Hermana de 4
Berenice	27	19	Preparatoria	Preparatoria (M)/Licenciatura (P)	Tijuana, BC.	Tijuana, BC.	Hija única
Aurora	28	18	Preparatoria	Secundaria (M)/Licenciatura (P)	Sinaloa	Tijuana, BC.	1era. Hermana de 2
Marcela	28	19	Preparatoria	Secundaria incompleta (M y P)	Baja California (M)/San Luis Potosí (P)	Tijuana, BC.	1era. Hermana de 3
*La letra M representa a la madre y la P al padre, en los casos en los cuales hay diferencias entre ambos.							
** El orden de nacimiento se refiere al lugar que ocupa la mujer entrevistada entre los hermanos.							

Fuente: Elaboración propia con información obtenida de los cuestionarios de selección de informantes y las entrevistas realizadas.

¹⁸ Como se mencionó en el capítulo metodológico se utilizaron dos estrategias de selección de las informantes: las escuelas secundarias públicas donde estudiaban sus hijos (grupo A), y la técnica de *bola de nieve* (Grupo B).

4.1 Las transformaciones corporales: Dicotomía entre el sentirse señorita y no querer crecer.

Los cambios corporales experimentados por las mujeres empiezan a ser perceptibles desde antes de los 12 años a partir del crecimiento de los senos y el desarrollo de las caderas; sin embargo, es la menarquia el evento que marca de forma trascendente la trayectoria biográfica de las mujeres entrevistadas. Los relatos evidencian que la ocurrencia del primer período menstrual representa una *epifanía menor*, en el sentido mencionado por Denzin (1989), en la medida en que constituye un momento problemático en la vida de las jóvenes, específicamente en la pubertad, porque representa una ruptura o distanciamiento con la infancia generando tensiones en su construcción juvenil. No obstante, se puede señalar que aunque estos cambios se van aminorando con el paso del tiempo, la manera de vivenciar esta *epifanía* repercute en los significados otorgados a otros aspectos corporales al largo plazo e inician una relación de las mujeres con sus propios cuerpos y su sexualidad.

En los relatos de vida, *empezar a reglar* representa un viraje en la definición que las mujeres construyen de sí, como consecuencia de los cambios corporales que acompañan este evento. Igualmente, el primer período menstrual está profundamente imbricado con el inicio de una nueva manera de relacionarse con el “otro”, encarnado en la autoridad (padres y maestros), en su grupo de pares y particularmente en un “otro” masculino; promoviendo que la manera en que las mujeres empiezan a definirse como jóvenes se manifieste en un primer momento mediante el reconocimiento y apropiación de una corporalidad cambiante.

La extensión del intervalo etario en el que ocurre el primer período menstrual imprime diferencias sustanciales en la vivencia de esta experiencia para las mujeres. Dentro del grupo de entrevistadas la menarquia se extiende desde los nueve hasta los 15 años, período que involucra experiencias disímiles respecto a la experiencia de vida acumulada; no obstante, dicha diferenciación en la amplitud etaria no resta importancia al impacto que tienen la menarquia en la biografías de las jóvenes y su potencial de transformar la forma en que éstas se definen a sí mismas tras la ocurrencia de dicho evento. Así, es posible observar elementos comunes que permean la vivencia de la menarquia entre las entrevistadas, los cuales se encuentran presentes sin importar el origen social del que provengan: la comunicación con sus madres, la experiencia

de las hermanas mayores y el conocimiento de los cambios corporales difundidos a través de la escuela y la familia actúan como marcadores biográficos importantes que inciden en la vivencia del primer período menstrual, en la relación que las jóvenes empiezan a establecer con sus cuerpos y en la expresión de su sexualidad.

4.1.1 Vivencia de temor y vergüenza: Una experiencia que no se platica.

La menarquia constituye el punto de partida para comprender la manera en que las mujeres se narran como jóvenes; ya que las distintas valoraciones aluden, en un principio, al cuerpo y sus transformaciones. Como se observa en el cuadro dos, una parte considerable de las mujeres entrevistadas significó su primera regla como un evento traumático, del que se avergonzaban y no querían platicar con nadie. Un estudio realizado por Amuchástegui (1998; 2001) sobre iniciación sexual y significados de la virginidad entre jóvenes mexicanas sugiere que pese a la polifonía de discursos acerca de la sexualidad, en México es posible identificar la coexistencia de dos formas discursivas, aquellas que la autora denomina “de poder”, representados en gran parte por la moralidad católica, y los discursos “subyugados”, resultado de las prácticas y experiencias de las jóvenes. De acuerdo con la autora, los primeros discursos emergen cuando las jóvenes describen las normas y valores asociados a la sexualidad, por lo que se presentan a nivel del lenguaje y los imaginarios; mientras que los segundos, son utilizados circunstancialmente para justificar las prácticas sexuales y afectivas, ubicándose en el plano de la acción (Amuchástegui, 2000). A partir del planteamiento de la autora encontramos que las mujeres entrevistadas se ven expuestas a discursos y normativas tradicionales frente a la menarquia y ejercicio de su sexualidad, en los que la ambigüedad y silencios van estructurando la relación de la joven con su propio cuerpo. Sin embargo, estos discursos se ven confrontados muchas veces, con la vivencia cotidiana de este evento, la cual escapa y no se corresponde completamente con dichas normas.

Los relatos de vida de las mujeres entrevistadas permitieron observar una relación entre la significación de la primera menstruación y la comunicación que las madres tuvieron con sus hijas, incluso antes de que ésta sucediera. Así, en las narraciones se manifiestan dos formas en que las madres abordan el tema con sus hijas: Por un lado, *una plática incómoda* en la que se

menciona que la menstruación es una cuestión privada que no se debe hablar ni contar a otras personas. Muchas veces las madres buscan formas alternativas para nombrar este evento, tales como la “llegada de la visita” o la “llegada del mes”, significando la experiencia como un tema tabú del que no se puede hablar directamente. De otro lado, algunas madres establecieron un *diálogo superficial* con sus hijas sobre la experiencia inmediata de la menarquia, como por ejemplo acomodarse la toalla sanitaria o llevar las cuentas de los días del período menstrual; sin profundizar mucho sobre las implicaciones de esta experiencia (Ver cuadro dos).

Cuadro 4.2. Características de las madres adolescentes entrevistadas, residentes en Tijuana, según la vivencia de su primera experiencia menstrual.

VIVENCIAS DE LA MENARQUIA DE LAS ENTREVISTADAS DE ACUERDO A LA COMUNICACIÓN ESTABLECIDA CON SUS MADRES O FIGURAS MATERNAS									
Informante	Lugar de socialización a la menarquia	Edad a la menarquia	Edad al primer embarazo	Escolaridad de la madre	Informante	Lugar de socialización a la menarquia	Edad a la menarquia	Edad al primer embarazo	Escolaridad de la madre
Vivencia A: Vergüenza y temor, no querían contarlo. Sus madres les platicaron hasta el momento en que sucedió					Vivencia D: Ausencia de comunicación. Sus madres no les platicaron nunca de la menarquia y hacían alusiones indirectas al evento				
Amelia	Morelia, Mich.	9 años	19 años	Primaria incompleta	Gladis	Tijuana, BC.	11 años	17 años	Secundaria incompleta
Alicia	Tijuana, BC.	10 años	19 años	Secundaria completa	Catalina	Tijana, BC.	12 años	18 años	Secundaria completa
Lilia	Tijuana, BC.	12 años	17 años	Secundaria completa	Eliana	Colima	13 años	18 años	Primaria incompleta
Natalia	Tijuana, BC.	12 años	17 años	Preparatoria completa	Lucía	Tijuana, BC.	13 años	18 años	Secundaria completa
Marisol	Tijuana	13 años	15 años	Preparatoria completa					
Vivencia B: Referentes familiares. Tenían hermanas mayores y por su experiencia tenían conocimiento de la menarquia y lo tomaron tranquilamente					Vivencia E: Tensiones. Aunque sus madres les hablaron ellas lo vivieron con enojo porque no querían sentir que estaban creciendo				
Sara	Tijuana, BC.	10 años	15 años	Primaria incompleta	Aurora	Tijuana, BC.	12 años	18 años	Preparatoria completa
Mariana	Guasave, Sin.	12 años	18 años	Secundaria completa	Viviana	Tijuana, BC.	14 años	17 años	Preparatoria (Normal)
Adela	Guaymas, Son.	14 años	17 años	Secundaria incompleta					
Vivencia C: Buena comunicación con las madres. Lo tomaron tranquilamente porque había comunicación, sus madres les hablaron desde antes de la menarquia					Vivencia D: Omisión en el relato. No quisieron platicar de su vivencia				
Valentina	Tijuana, BC.	12 años	15 años	Secundaria completa	Susana	Tijuana, BC.	11 años	17 años	Secundaria completa
Marcela	Tijuana, BC.	12 años	18 años	Secundaria incompleta	Nora	Tijuana, BC.	12 años	15 años	Primaria completa
Yolanda	Tijuana, BC.	13 años	17 años	Primaria completa	María	Tijuana, BC.	12 años	16 años	Secundaria incompleta
Carmen	Tijuana, BC.	13 años	19 años	Preparatoria completa	Rosa	Irapuato Gto.	12 años	17 años	Secundaria incompleta
Berenice	Tijuana, BC.	14 años	19 años	Secundaria completa	Vero	Tlaxiaco, Oax.	14 años	17 años	Primaria incompleta

Fuente: Elaboración propia con información obtenida de los cuestionarios de selección de informantes y las entrevistas realizadas.

La menarquia de Catalina, por ejemplo, estuvo marcada por la carencia de un dialogo con su madre quien consideraba un tabú hablar estos temas con sus hijas. La familia de Catalina es de origen migrante. Su padre es originario del Distrito Federal y su madre de Navojoa, Sinaloa, pero Catalina nació en la Ciudad de México y cuando tenía dos años su familia emigró a Tijuana. Su madre siempre se dedicó a las actividades dentro del hogar y alcanzó como nivel educativo la secundaria; mientras que su padre obtuvo el nivel superior (doctorado). Catalina tiene cuatro hermanas y ella es de las menores; estudió en escuelas privadas y su infancia y adolescencia estuvo marcada por actividades de ambos lados de la frontera. En Estados Unidos la familia

pasaba parte de sus vacaciones y los fines de semana realizaban actividades recreativas en San Diego. En su relato, Catalina se refiere a su madre como una persona que tuvo una “formación de pueblo”, con quien no era posible dialogar acerca de cuestiones que tuvieran que ver con la sexualidad. En el momento en que Catalina experimentó su primer período menstrual se encontraba en la transición de la primaria a la secundaria, y sus hermanas mayores no estaban en casa así que a escondidas buscó una toalla sanitaria y se la puso; ya que no había confianza con su madre para contarle acerca de su primera menarca. A pesar de que Catalina tenía conocimiento de lo que debía hacer cuando le “bajara su período”, por la experiencia vivida por sus hermanas, ella significa esta experiencia como traumática al representar una irrupción en sus actividades infantiles, al tiempo de tener la confianza de contarle a su madre lo que le había sucedido.

Entonces mi mamá me preguntaba: “¿Ya te llegó la visita?”, y yo: “¿Qué visita?” [Risas]. Nunca me dijo: “mi amor cuando llegue el momento aquí están las toallas sanitarias, vas a sentir esto”, nada. Pues nunca, yo creo, lo hablaban en su casa, entonces no había esa formación. Entonces, cuando tocábamos los temas en los libros que tienes que ver con tu mamá, así como que muy: “a ver que no escuche tu papá”, o muy de secretito y yo: “¿Pues qué tiene de malo hablar de estos temas?”. De hecho, cuando a mí me baja fue en la transición entre la primaria y secundaria, fue en las vacaciones. Fue horrible porque yo estaba jugando así a *globazos* de agua con mis amiguitos, así de la cuadra más chiquitos, y que siento y que voy al baño y para mí fue traumático. ¿Y qué haces? [Silencio], pues papel. Y luego a escondidas ir a ver dónde hay una toalla o algo ¿no? En ese entonces yo creo que mis hermanas no estaban, se habían ido de vacaciones todo el verano. Y pues iba y les agarraba, y ya cuando había pasado tiempo: “Ay, ya te llegó ¿y por qué no me dijiste?”. Pues ¿cómo?, no había esa confianza. Después ya que se dio cuenta ella, pero sí fue muy, muy feo. Fue así un poquito traumático (Catalina, 30 años, edad a la menarquía 12 años).

Amelia, por su parte, nació en Guadalajara, pero hasta los 17 años vivió en Morelia, Michoacán. A diferencia de Catalina, Amelia se socializó durante la infancia y gran parte de su adolescencia fuera de Tijuana; sus padres se separaron cuando ella era una niña, su madre se volvió a unir y tuvo tres hijas más, no terminó la primaria y siempre trabajó en el sector servicios; así que como hermana mayor Amelia se hizo cargo de sus hermanas menores cuando su madre no estaba en casa. Su primera menstruación ocurrió cuando tenía nueve años y Amelia cuenta que se asustó mucho, pensó que algo se había roto dentro de ella, ya que su madre nunca le había mencionado nada respecto a esta experiencia y en la escuela tampoco le platicaron de la menstruación. Al igual que Catalina, Amelia significó esta experiencia como traumática y manifestó no haberle

contado nada a su madre, quien al darse cuenta, días después, le explicó cómo acomodarse su toalla sanitaria y le enfatizó que esos cambios eran privados y no debía comentarlos con nadie.

Ay, yo pensé que me había cortado o algo ¿no?, y yo no le decía a mi mamá por miedo. Agarraba, me ponía papel, me ponía calcetas. Y ya un día que, como mi mamá me lavaba la ropa miró, me miró manchada y me preguntó, y yo así como que con miedo ¿no? Y yo: “no es que el otro día yo creo que me corté o no sé”, y me dijo: “No. ¿No te acuerdas que te había platicado de la menstruación?”; porque en ese tiempo no te hablaban todavía en la escuela de eso. Eso no me lo dijeron a mí, y pues yo estaba bien asustada porque andaba corriendo y me caí, entonces al momento me dieron ganas de ir al baño y fui a hacer pipí, cuando me limpié miré el papel manchado y dije: “¡chin! Mi mamá me va a matar”, [Silencio] no me acordaba que era la menstruación. Y ya me dijo mi mamá: “mira cuando te [Silencio], no vayas a platicarle a nadie, eso ya es de ti, que eres una señorita y que no sé qué [Silencio] (Amelia, 30 años, edad a la menarquía 9 años).

Las valoraciones de la primera menstruación como una experiencia traumática se agudizan en la medida en que este evento implica un trastocamiento de las actividades que las jóvenes realizaban en la niñez. Gladis narra que antes de que su madre le hablara de la menstruación, ella ya sabía lo que pasaba, porque lo había leído en los libros de la escuela; así que cuando ocurrió este evento, y al percibir la incomodidad de su madre al hablar del tema, le manifestó que ella ya sabía de qué se trataba la menstruación. De esta manera, su madre se limitó a explicarle cuestiones formales sobre las toallas sanitarias. No obstante, lo traumático para Gladis no fue la experiencia de la menarquía en sí misma, sino los cambios que cada mes este evento generaba en su cotidianidad. Por los dolores que experimentaba dejaba de ir a la escuela y en los días que duraba su período no podía realizar las actividades que normalmente llevaba a cabo, calificando esta vivencia como un obstáculo para la realización de sus actividades cotidianas.

Ah, pues yo recuerdo, creo, le dije [madre] que yo ya lo había leído, que ya sabía lo que era y todo eso [menstruación] y me dijo [madre]: “Ah bueno, entonces si ya sabes lo que es la menstruación nomás me queda comprarte las toallas”. Y ya recuerdo cuando me estaba explicando cómo debería usarlas y pues terrible ¿no? Una no espera eso nunca como niña y recuerdo que faltaba a la escuela porque me bajaba de a mucho, como siete días, y no quería vivir [Silencio], entonces era horrible [Risas]. Yo era súper intrépida, andar en los árboles, en la bicicleta, en los patines y todo, y que te baje es la muerte (Gladis, 27 años, edad a la menarquía 11 años).

Además de las reacciones de las madres de las mujeres anteriormente señaladas, se destaca el hecho de que la menarquía es presentada como una cuestión femenina que deben platicar las madres a sus hijas sin que los padres intervengan. Lilia manifiesta que fue su padre el que se dio cuenta que ella había empezado a menstruar, lo cual incrementó la vergüenza que sentía al

considerar que era un evento del cual se debía hablar sólo entre mujeres, y del que aun Lilia no era capaz de contar a su mamá; ya que nunca antes su madre había mencionado nada acerca de la menstruación.

Yo sí me asusté y de hecho este [Silencio]. Estaba un día y me pasó, y me acuerdo que hice un papel así de rollito y pues así quedó, y yo seguí jugando. Y mi papá es acomedido a sacar los papeles del baño y: “¿Quién se cortó?”. Y pues sentí feo. “¿Y quién se cortó?”. Y yo no decía nada. Pues nadie se había cortado. Entonces yo creo que mi papá fue él que dijo: “Ah. A ver tú Katia [Madre] habla con tu hija” [Risas] (Lilia 30 años, edad a la menarquia 12 años).

4.1.2 La referencia a las hermanas mayores y el conocimiento sobre los cambios corporales.

Para otro grupo de mujeres (ver cuadro dos) el tener hermanas mayores, la edad de ocurrencia de la menarquia y una charla más abierta con sus madres son elementos que hacen que este evento sea experimentado de una manera distinta a los casos presentados anteriormente. Las hermanas mayores actúan como un referente que hace menos traumática la experiencia de reglar. Sara por ejemplo, menciona que los cambios en su cuerpo empezaron muy tempranamente, pero el conocer la experiencia y desarrollo corporal de sus hermanas mayores incentivó que el inicio de su período menstrual no le causara ningún temor porque había comprendido que este evento constituía una experiencia normal, que todas las mujeres debían experimentar.

Pues yo, yo me desarrollé muy chica. Como a los 10 años yo ya tenía mis pechos bien grandes, desarrollados pues. Entonces a los 11 años me vino mi menstruación, y después como que crecí muy [Silencio], me desarrollé muy, muy chica, yo tenía como 13 años y ya me miraba más grande, como de unos 17, 18. Y no me dio miedo porque pues [Silencio], es que como mis hermanas [Silencio], tengo otra hermana y pues yo ya miraba todo eso y ya no sentí miedo ni nada, yo lo sentí como normal (Sara 35 años, edad a la menarquia 11 años).

Berenice por su parte, tardó más tiempo en experimentar el primer período menstrual. De hecho, su primer sangrado fue a los 14 años, cuando se encontraba en la secundaria, lo cual repercutió en que tuviera mayor conocimiento sobre la menstruación. En contraste con los relatos hasta ahora señalados, a Berenice empezar a reglar no le tomó por sorpresa sino más bien constituyó una experiencia esperada por ella; ya que la mayoría de sus compañeras había experimentado la menstruación desde años atrás. Sumado a lo anterior, Berenice tenía una tía doctora que vivía en la misma casa con ella cuando ocurrió su menarquia, por lo que desde antes de la ocurrencia

de su primer período menstrual contó con información “científica”, como ella menciona, sobre los cambios en sus cuerpo y las consecuencias de los mismos haciendo que este evento no le causara extrañeza ni temor alguno.

Pues mi tía fue la que me platicó cuando iba como en sexto de primaria. Y pues mi tía es doctora, me lo explicó muy científicamente y todo, pero ya después de eso, a todas mis amigas les vino su menstruación primero, y yo decía: "Ay, pues ¿qué está pasando?, ya voy a cumplir 15 años y no ha pasado nada, y sí, yo estaba flaquita [Silencio], bueno, nunca he sido flaquita del todo, pero, estaba toda planita por todas partes y este [Silencio]. En aquel momento no le daba mucha importancia, como que si me ponía a compararme con las otras muchachas sí decía: “ay, creo que algo no está bien”, pero no, nunca le di mucha importancia (Berenice, 27 años, edad a la menarquia 14 años).

Para otras mujeres, por su parte, el inicio de la vida sexual no fue mencionado en los relatos con la misma profundidad que los casos expuestos anteriormente. En los relatos de vida a menudo se omiten referencias a situaciones o períodos concretos, o bien las alusiones son breves y sin mucho detalle. Como sugiere Sanz (2005), las omisiones puede constituir olvidos selectivos y el silencio representa una manera de significar experiencias particulares. Las someras referencias a un evento pueden llegar a comprenderse tejiendo conexiones con otros elementos del relato mismo que expliquen los silencios de ciertas vivencias. Así, del conjunto de mujeres entrevistadas, llama la atención que cinco de los casos no mencionaron la experiencia de la menarquia más allá de la edad a la que ocurrió, y dos de estos expresaron muy brevemente su vivencia (ver cuadro dos). Estas mujeres no mencionaron haber platicado con sus madres ni con ningún miembro de su familia acerca de la primera regla. Y aunque distintos elementos de los relatos permiten entrever que la menarquia representó una irrupción en sus biografías juveniles, como consecuencia de sus manifestaciones biológicas innegables; para ellas, esta vivencia no tiene la misma centralidad que otras experiencias en sus narrativas en tanto se entrecruza con otras experiencias que marcaron con más fuerza virajes en sus trayectorias de vida.

Un ejemplo de lo anterior es el relato que hace Vero, quien experimentó su primer período menstrual de forma simultánea con la emigración a la Ciudad de México por motivos laborales. Así, las referencias realizadas sobre dicho período tienden a centrarse mayoritariamente en su proyecto migratorio, como una experiencia que marcó el inicio de su distanciamiento con la infancia, y sobre la cual se articuló su proceso de subjetivación como mujer joven. Otro ejemplo

es el de Eliana, quien tuvo su primer período menstrual al tiempo que enfrentaba una situación de maltrato de parte de su madre. Esta situación de violencia puede considerarse una forma de de-subjetivación, siguiendo el planteamiento de Wievioerka (2012), en el sentido en que representó una condición que limitó las posibilidades de Eliana de reflexionar sobre sus experiencias. Eliana narra: “No, pues me asusté. Pero unas cosas yo ya sabía, pero no le dije a mi mamá que me había venido ni nada. Yo vivía allá con mi mamá porque estaba como cerrada, como que sumida a los problemas [con su mamá], no tenía tiempo para pensar en eso” (Eliana, 34 años, edad a la menarquia 13 años).

4.1.3 Sentirse señorita a partir del primer período menstrual.

Tradicionalmente la menarquia se encuentra asociada con el paso de niña a mujer. Como hemos mencionado, empezar a reglar marca una ruptura con la infancia, proporcionando significados culturales a los cuerpos de las jóvenes. El ser señorita alude al inicio del período reproductivo de las mujeres y es significado como un momento liminal en el que si bien el cuerpo empieza a estar listo para la reproducción, debe ser controlado socialmente hasta esperar el momento adecuado para la maternidad (Fine, 199). En tanto ser señorita se encuentra estrechamente vinculado con el ejercicio de la sexualidad de las jóvenes, se expresa en los relatos mediante calificativos ambiguos. En las narrativas se observó que el término ser señorita aparece constantemente como una convención social para designar el paso de niña a mujer; empero, al ahondar sobre sus significados resulta difícil de definir, y en algunas situaciones las mujeres manifestaron no sentirse identificadas con el sentido atribuido por el mismo.

Las constantes alusiones al término por parte de las entrevistadas, a partir de la experiencia de la menarquia, hace preciso distinguir entre ser señorita, entendido como una atribución identitaria de un “otro” hacia las jóvenes, y sentirse señorita como una auto-adscripción (Dubaer, 2005). En las narraciones, estas dos formas identitarias no guardan necesariamente una correspondencia, ya que las expectativas sociales adjudicadas a la menarquia parecen ir en contrasentido con lo que las mismas jóvenes expresan de sí y la manera como se identifican en este período. Lo anterior, es claro en el relato de Natalia quien experimentó su primera menstruación cuando tenía 12 años y se encontraba en el primer semestre de la secundaria. Ella

cuenta que su madre no le había platicado explícitamente sobre la menstruación, sino que se refería constantemente a este evento como el “momento cuando Natalia fuera señorita”.

Esta forma de abordar el tema da cuenta del tabú que permea la sexualidad de las jóvenes, las limitadas posibilidades de establecer canales de comunicación al interior de la familia sobre las prácticas sexuales de las jóvenes y los métodos de prevención de embarazos e infecciones de transmisión sexual. En el relato de Natalia se hace evidente que, a pesar de la atribución identitaria de la madre, la menarquia no implicó el dejar de ser niña. Para ella, es el paso a la preparatoria lo que marca una fractura definitiva con el mundo objetivo y simbólico de la niñez, permitiéndole sentirse señorita. En el universo semántico de Natalia, ser señorita tiene que ver con incorporarse en un espacio escolar diverso, donde hay mayor independencia de sus padres y mayor socialización con el grupo de pares.

Tal vez sí me platicó pero no recuerdo, porque siempre es: “cuando seas señorita”, “cuando dejas de ser niña”, por el mismo tabú que no te deja hablar. “Cuando dejes de ser niña”.

Entrevistadora: ¿Y tú te sentías señorita?

No. Creo que comencé a tener el crecimiento de mis senos antes [de la menstruación], entre quinto y sexto, cuando mi mamá dejó de trabajar. Porque había una niña más pequeña que yo, entonces jugábamos y ella se dio cuenta ¡primero que yo! Me dice: “Oye, cómo que te están creciendo las [Silencio y señala sus senos]. “Entonces fue como que me empecé a poner atención, pero fui más consiente un poco más adelante. Pero de decir que la regla me hizo sentir un cambio drástico, no (Natalia 26 años, edad a la menarquia 12 años).

Otra manera en que se expresa la tensión entre el *sentirse señorita* y *ser señorita* se observa en el relato de Aurora, quien argumenta el sentimiento de enojo tras su primera regla porque no quería crecer. La madre de Aurora celebró el hecho de que *era señorita*, lo festejó y comentó a otros familiares, pero Aurora no se sentía señorita, ni deseaba serlo; ella menciona que no quería sentir que tenía una responsabilidad, no quería asumir los cambios que se le presentarían ni alterar sus actividades cotidianas, elementos con los que ella relacionaba el convertirse en señorita.

Yo me molesté muchísimo porque yo no quería, yo sabía que era un asunto como que: “Te llega y no va a haber vuelta atrás”. Entonces cuando lo vi, yo estaba súper enojada, súper molesta, no quería que me pasara, yo no quería. Ya sabía lo que iba a pasar, nada más fue reacción de miedo, fue reacción de enojo, porque yo no quería crecer, yo quería seguir como sin esa responsabilidad, porque ya sabía que a final de cuentas que cada mes iba a tener que estarme preocupando por eso, y más porque yo veía a muchas amigas que les dolía, que ya no corrían y yo era una niña muy así

de jugar, de andar corriendo, de no preocuparme por nada pues. Entonces llegó, salí de la escuela, iba como toda triste, enojada a la casa. Llegué con mi mamá y su reacción fue hablarle a mi tía para festejar, y estaban brincando como si fuera fiesta y yo súper molesta (Aurora. 28 años, edad a la menarquia 12 años).

A diferencia de Aurora y Natalia, Lilia y Marcela experimentan de una manera distinta la tensión señalada entre atribución y auto-identificación. Para éstas últimas, el *ser señorita* implicaba cambios corporales visibles y con ello, la mirada de un *otro-masculino* que empieza a cobrar relevancia en su construcción subjetiva. Lilia manifiesta no encajar muy bien en este período. Ella se encontraba en la secundaria cuando empezó a experimentar cambios en su cuerpo, lo cual la hizo sentir incómoda al interactuar con sus compañeros de clase. La mirada del otro hace que Lilia se sienta fuera de lugar y no se encuentre a gusto con su cuerpo, porque siente que sus compañeros no están experimentando las mismas transformaciones.

El cambio ora sí que el hormonal, porque ya era señorita, ya te cambia el cuerpo, era [Silencio], soy muy morenita, pero era más morenita porque pues de jugar y a lo mejor porque me iba a en camión, entonces estaba muy morenita y me sentía rara. Ya se me miraba el cuerpo y todo. Y en realidad a esa edad los hombres son todavía niños entonces como que no encajas muy bien (Lilia 30 años, edad a la menarquia 12 años).

Marcela por su parte, plantea la dicotomía que implica el verse grande, por los cambios fisiológicos experimentados, y no sentirse de esa manera; sobre todo en lo que concierne a la relación con los varones. Ella recuerda que empezó su desarrollo más temprano que sus compañeras; de hecho, menciona que cuando iba a comprar ropa ya no le quedaban las tallas para niñas. Por ello, a la edad de 13 años parecía de 16 y llamaba la atención de los varones haciéndola sentir incómoda. Tanto para Lilia como para Marcela el *ser señorita* tiene que ver con el reconocimiento del cuerpo por parte del *otro-masculino*, permitiendo entrever que la manera en que estas jóvenes se empiezan a apropiarse de sus cuerpos se encuentra mediada por imaginarios de género en los que la vergüenza y el pudor marcan la relación que establecen ellas mismas con sus cuerpos; así como también los primeros vínculos con los varones.

Yo me empecé a desarrollar como desde quinto de primaria, entonces yo nada más estaba esperando casi, casi, que me viniera la regla, porque ya usaba sostén, ya mi ropa no era de niña, pues ya en el departamento de niñas ya no había ropa para mí. ¡Como estoy alta, entonces también este me miraba más grande! Entonces eso sí no me gustaba porque a veces las personas dicen: “Ay te ves más grande” [Silencio], o los muchachos se te acercaban y eran mucho más grandes y yo apenas tenía doce años. (Marcela 28 años, edad a la menarquia 12 años).

El relato de Marcela introduce un elemento mencionado reiterativamente en las narraciones de las mujeres, el cual tiene que ver con la relación existente entre los cambios corporales y las transformaciones en el modo de vestir, incorporando a las jóvenes en grupos de consumo específicos. Las entrevistadas manifestaron empezar a querer vestirse “de acuerdo a su edad”, identificaban lo que “estaba de moda” y a partir de sus prácticas de consumo se distancian de la niñez. La forma de vestir representa igualmente una manera de apropiación de sus cuerpos, evidenciando la importancia de la industria cultural en la manera en que éstas se construyen como jóvenes (Adaszko, 2005).

Marisol, por ejemplo, menciona que a través del uso de ciertas prendas empezó a sentirse grande. Ella proviene de una familia que se interactúa en ambos lados de la frontera. Las hermanas de Marisol migraron cuando eran adolescentes al “*otro lado*” (Estados Unidos) y tan sólo una de ellas ha alcanzado legalizar su residencia; las otras dos, desde que emigraron, no han regresado a México. Sin embargo, sus hermanas enviaban mensualmente enseres para su madre. Así, cuando Marisol tenía entre 12 y 13 años empezó a pedirles a sus hermanas que le trajeran ropa; y recuerda particularmente que le gustaba usar chamarras del equipo de fútbol americano de Los Ángeles [Los Raiders] y pantalones de mezclilla. Esas prendas empezaron a marcar una diferencias en la forma en que Marisol se narra a sí misma, describiendo el paso de niña a mujer a partir del cambio en sus preferencias por ciertas prendas de vestir.

Yo ya me quería vestir no tan niña, porque a mí de chiquita me gustaban mucho los vestidos, esos vestidos ampones. Siempre usé vestidos y luego empecé con pantalones, ya no me gustaban los vestidos. Y luego yo ya me quería poner corpiños y como a mi mamá no le gusta usar brasier, ella me decía: "no te pongas corpiños", y yo le decía: "¿por qué no? si ya se me ven". Yo ya quería. Antes era yo toda una niña con los vestidos ampones y mi gorrito en los cumpleaños, ¡era la consentida! Ya después se usaban las chamarras de los Raides [Equipo de fútbol americano], y ya les decía [hermanas]: "traíganme una chamarra negra", y me la mandaban (Marisol 31 años, edad a la menarquía 13 años).

Además de la ropa, las jóvenes empiezan a realizar prácticas corporales que las hacen sentir mayores. Lucía, María y Mariana cuentan que el maquillarse, depilarse o cambiar el estilo del cabello se sienten “femeninas”. La preocupación por el aspecto físico para estas mujeres desencadenó procesos de subjetivación juvenil, en el que prácticas asociadas con “lo femenino” mediaban la forma en convertirse en adultas.

Ya ves que te comenté que trabajaba, entonces ya empezaba a arreglarme, ya me iba bien arreglada, me pintaba, ya era muy diferente, así como que más feminista [femenina]. Ya todo lo que miraba, todo quería. Siempre he sido coqueta. Como allá hace mucho calor [Guaymas] lo que más usaba yo eran pantalones *stretch* que se usaban en ese tiempo. ¿No sé si has visto que se usaban con unos hoyos? Todo eso me tocó usar a mí (Adela 35 años, edad a la menarquia 14 años).

Yo cambié completamente, mi cabello lo usaba casi hasta la cintura y en un tiempo se utilizó, ¿no sé si sabes quién es Betty Boop [caricatura]? Es una muñequita que tiene el pelo así como cortito, pero así como chinito; yo me corté mi cabello completamente corto, cambié totalmente mi estilo, mi manera, todo, me sentía muchísimo más segura (Lucía 30 años, edad a la menarquia 13 años).

Y en la secundaria hasta segundo cuando ya empiezas a tener más amiguitos y te empiezas a arreglar. ¿Qué edad tenía? Tenía como 12 años, más o menos. Pero nada más de que ya me depilé las piernas y que te quieres sacar las cejas, pero ni vello tenía así que (risas), me depilé y me salieron porque yo ni tenía. Y yo pues: "todas van y presumen que están depiladas y yo", entonces a los 12 años me empecé a depilar (Mariana 32 años, edad a la menarquia 12 años).

4.1.4 Tener las hormonas alborotadas: noviecitos de manita.

Al igual que los cambios corporales, las mujeres empiezan a construirse como jóvenes a partir de cambios emocionales. Para ellas, es durante este período, terminando la primaria para unas, y más que nada empezando la secundaria para otras, cuando la mirada de los varones cobra particular relevancia en su construcción subjetiva como jóvenes. Así, la escuela se erige como un espacio privilegiado para la socialización y el reconocimiento del otro, y con ello un entorno que permite el despliegue de la sexualidad. En este sentido, la escuela se consolida como un referente espacio-temporal del relato amoroso, tal como narra Lucía y Catalina.

Sí, sí; no sé en qué momento me empecé a fijar que los niños me empezaban a mirar. Como en tercero de secundaria fue cuando empecé a mirar, cuando caminaba a la tienda o algo, que me veían los niños, me miraban los muchachitos. Ahí como en tercero fue cuando me empecé a dar cuenta de lo bien que me sentía, lo grande que ya me sentía, que ya era como importante, como que ya me notaba el sexo opuesto. Y yo ya empecé a darme cuenta y ya también me empezó a llamar la atención, pero no tuve novio (Lucía 30 años, edad a la menarquia 13 años).

Pues cambio en mí a lo mejor emocional, sí; o sea, te enamoras de cualquiera que pasa ¿no? Estás en una etapa muy sentimental y a lo mejor todo te afecta sentimentalmente, todo te emociona. Tuve un novio en la secundaria pero así como que es mi novio, pero no [Risas] (Catalina 30 años, edad a la menarquia 12 años).

Entre las mujeres que permanecieron en la escuela después de la primaria, la socialización con el grupo de pares y las vivencias amorosas adquieren centralidad en los relatos de vida,

construyendo un imaginario de amor romántico en esta etapa de la vida cimentado sobre fuertes estereotipos de género sobre el comportamiento femenino. Distintos estudios que abordan el tema de las relaciones amorosas entre los y las jóvenes sugieren que en algunos contextos se considera que deben ser los varones quienes tomen la iniciativa de hablar a las mujeres y establecer los primeros contactos; al considerar una responsabilidad masculina el preámbulo de las relaciones (Meier, 2009; Rodríguez, 2010; Gevers, Jewkes y Mathews, 2012). Así, las relaciones afectivas establecidas por las mujeres estimulan procesos de subjetivación que transitan entre dos lógicas: una, asociada a valores tradicionales respecto a los comportamientos que se espera deben seguir las mujeres en sus relaciones con los varones, *tranquilas* y no muy *voladillas*; y la otra, vinculada con sus prácticas cotidianas, definiéndose a sí mismas como *estar en la edad de los novios*, como *coquetas* y *con las hormonas alborotadas*.

Estos cambios en las *hormonas*, como ellas los llaman, se materializan en la vivencia de los primeros noviazgos, o los *novios de manita*, como se les identifica en los relatos, los cuales empiezan a tener un papel importante en los procesos de subjetivación juvenil; ya que a partir de estas relaciones heterosexuales las mujeres manifestaban empezar a sentirse reconocidas e importantes. Los *novios de manita* son definidos por las mujeres como aquellos con los que se intercambian miradas o bien, se habla en el descanso entre clases sin que haya una interacción más allá de la escuela, como sugieren Nora y Gladis.

En la primaria era con los chiquillos, era otro rollo, no sé cómo te lo puedo explicar. Diferentes cosas, era uno más desastroso en la secundaria, más voladillo, o sea que ya te empezaba a gustar un niño. Pero no tenía novio en la secundaria. Uno me gustaba, pero era no más mi amigo y hasta ahí (Nora 30 años, edad a la menarquía 12 años).

Como 13, o iba a cumplir 14, y a esa edad tuve mi primer novio y era mi mejor amigo ¿no? y fue como que: “ok, vamos a ser novios”, y besos ¿no? Ya sabes, uno aprende a besar a esa edad. Y pues era eso, pero realmente no había como una libido despierta (Gladis 27 años, edad a la menarquía 11 años).

4.2 Pasar por la escuela: estar en la edad de socializar.

Los relatos anteriores visibilizan la importancia de la escuela en las trayectorias de vida de las jóvenes manifestada en dos direcciones. Primero, porque representa un marcador biográfico en las narraciones a partir del cual se articulan otras vivencias; y segundo, porque actúa como un

referente espacio-temporal de la narración. Entrar, permanecer y dejar la escuela constituyen marcadores biográficos trascendentes en la construcción de las mujeres como sujetos jóvenes. Si bien, dichos marcadores refieren a circunstancias materiales claras y tienen implicaciones objetivas indiscutibles tanto en la adolescencia como en la actualidad, es importante mencionar que también funcionan como ejes articuladores entre diferentes eventos biográficos que las jóvenes dicen estar en la edad de hacer. Es decir, aunque las distintas permanencias en la escuela constituyen recursos económicos y sociales indiscutibles al largo plazo para las mujeres, este espacio de socialización también representa un escenario en el que se entrecruzan distintas vivencias que articulan procesos de subjetivación juvenil particulares: consolida amistades y relaciones amorosas, promueve la participación en actividades recreativas escolares y estimula pasar el tiempo libre con el grupo de pares fuera de casa.

La bibliografía en torno a la centralidad de la escuela en la construcción identitaria de los jóvenes es extensa y existe un amplio debate frente a la relación entre la maternidad adolescente y la escuela; ya que se considera que tener a un hijo a edades tempranas coarta las trayectorias educativas de las jóvenes desde edades tempranas (Billari y Philipov, 2004; Cepal y Unicef, 2007). Así, en el escenario actual, abandonar la escuela, particularmente el nivel medio superior, es considerado problemático en la medida en que la escuela se ha ido configurando como un escenario de socialización preponderantemente juvenil. De acuerdo con Feixas (1999), la escuela se fue consolidando como una de las instituciones encargadas de la “iniciación social” de los individuos logrando una nítida separación entre la niñez, la adolescencia y el mundo adulto. Así, con la masificación de la educación, a partir de la segunda mitad del siglo XX, la escuela se ha ido configurando como el espacio juvenil por excelencia, promoviendo la expectativa de que el permanecer el mayor tiempo posible en la escuela, no sólo aumenta el capital humano, sino que promueve una mejor inserción al mercado de trabajo. No obstante, las trayectorias juveniles se han ido diversificando en las últimas décadas dificultando las correspondencias entre las aspiraciones que el sistema educativo actual promueve y las posibilidades reales que tienen los y las jóvenes de insertarse en el mundo laboral (Bourdieu, 1990). Lo anterior, ha promovido que para muchos jóvenes la escuela no necesariamente sea considerada como un espacio prioritario en la configuración de su identidad y apelen a otras

experiencias que les permitan adentrarse con mayor rapidez al mundo adulto, como la inserción al mercado de trabajo, conformar una familia y, entre las mujeres, devenir madres, entre otras.

A partir de lo mencionado anteriormente, referirnos al *paso por la escuela* alude a una vivencia acumulada que se expande y contrae. Algunas veces este pasaje es narrado por las mujeres como lineal y ordenado, extendiéndose de la primaria en adelante, con un inicio y un fin establecidos; pero en el fluir de las vivencias se esbozan bifurcaciones que difuminan las trayectorias. Así, para gran parte de las mujeres entrevistadas la escuela es un escenario que incide profundamente en su construcción identitaria. El paso por la escuela, se contrae en un escenario espacial y temporalmente delimitado en el que se entrecruzan diferentes eventos y experiencias biográficas; sobre todo entre aquellas mujeres que permanecieron por más tiempo en un entorno escolar. Para ellas, la escuela se convierte en el referente y marco de otras vivencias como tener el primer novio o *pareja formal*, el inicio de la experiencia laboral e inclusive el embarazo y la maternidad. Sin embargo, existen casos en los que existen otras vivencias que marcan con mayor fuerza el distanciamiento con la niñez, como la decisión de trabajar o emigrar. En este sentido, este apartado da cuenta de la manera en que estar en la escuela articula una forma de sentirse joven, subrayando las rupturas y los virajes que se presentan durante este pasaje así como también, las ramificaciones generadas a partir de las mujeres que decidieron no continuar en la escuela.

4.2.1 Tomas de decisión: A cuál escuela asistir y la decisión de dejarla.

La mayoría de las mujeres entrevistadas cursó algún grado en la escuela; no obstante, las diferencias en las temporalidades que permanecieron en ella son bastante amplias. Como se observa en el cuadro tres, del total de mujeres entrevistadas 20 tuvieron una vivencia más allá de la primaria; de las cuales cuatro pasaron por la secundaria, seis por la preparatoria y el resto (10 mujeres) cursaron algún semestre de la licenciatura, terminaron la carrera o bien se encuentran cursándola. Una minoría de las mujeres, Catalina y Marcela, nunca dejaron la escuela hasta que finalizaron la licenciatura; otras por su parte, pararon sus estudios y retomaron un tiempo después, cuando aún estaban dentro del rango etario considerado como la adolescencia. En comparación, Susana, Eliana, Aurora y Gladis se incorporaron de nuevo a la

escuela años después retomando el ciclo que habían interrumpido. De este modo, la diferencia en las temporalidades que las mujeres permanecieron en la escuela tuvo una incidencia particular en su construcción subjetiva juvenil; ya que permitió el entrecruzamiento de distintos eventos en sus trayectorias biografías, como: la emigración, la inserción en el mercado de trabajo y las primeras relaciones amorosas entre otras.

Cuadro 4.3. Temporalidades que las mujeres madres adolescentes, residentes en Tijuana, pasaron por la escuela durante la adolescencia.

PASO POR LA ESCUELA DURANTE LA ADOLESCENCIA E INTERMITENCIAS ESCOLARES					
Informante	Edad a la que dejó la escuela (primera vez)	Razón para no continuar en la escuela	Intermitencias Edad a la que retomó	Grado de escolaridad alcanzado en la adolescencia	Nivel de escolaridad actual
Paso por la primaria					
Marisol	9	No le gustaba	No retomó	Segundo	
Eliana	12	Problemas familiares	Sí, retomó 10 años después	Sexto	Secundaria completa
Vero	14	Por trabajo	No retomó	Sexto	
Sara	12	No la dejó continuar su mamá	No retomó	Sexto	
Paso por la secundaria					
Rosa	15	Quería migrar a Tijuana	No retomó	Tercero	
Nora	15	Por unión/embarazo	No retomó	Segundo	
Adela	13	*Por migración a Tijuana	No retomó	Segundo	
Amelia	17	*Por migración a Tijuana	Sí, retomó 2 años después	Tercero	
Susana	15	Por trabajo	Sí, retomó 2 años después	Tercero	**Estudia licenciatura
Paso por la preparatoria					
María	16	Por embarazo	No retomó	Segundo	
Yolanda	17	Por trabajar	No retomó	Segundo	
Valentina	15	Por embarazo	No retomó	Segundo	
Lilia	17	No quería continuar	No retomó	Tercero	
Mariana	17	No quería continuar	No retomó	Tercero	
Lucía	18	Por embarazo/unión	No retomó	Tercero	
Natalia	17	Por unión/embarazo	Sí, retomó 1 año después	Segundo	Estudia licenciatura
Viviana	17	Por embarazo	Sí, retomó 2 años después	Segundo	Estudia licenciatura
Aurora	18	Por maternidad/unión	Sí, retomó 3 años después	Tercero	Licenciatura
Paso por la licenciatura					
Gladis	19	Problemas familiares	Sí, retomó 3 años después	Primer semestre	Licenciatura
Carmen	19	Quería descansar un semestre	Sí, retomó 2 años después	Cuarto semestre	Licenciatura
Alicia	19	Por embarazo	No retomó	Cuarto semestre	
Berenice	19	Por maternidad	Sí, retomó 2 años después	Segundo semestre	Licenciatura
Catalina			Nunca paró sus estudios	Estaban estudiando	Maestría
Marcela			Nunca paró sus estudios	Estaban estudiando	Licenciatura

* Si bien la razón por la cual no continuaron en la escuela es la emigración, es importante mencionar que ambas, no continuaron estudiando después de emigrar porque no deseaban hacerlo, no tenían la motivación de continuar la preparatoria.
 ** Susana terminó la secundaria y retomó dos años después la preparatoria pero abandonó nuevamente, cinco años cursó la preparatoria abierta y empezó la licenciatura.

Fuente: Elaboración propia con base en la información obtenida en las entrevistas realizadas.

La decisión de elegir una escuela o bien la opción de dejarla involucra condiciones objetivas que inciden en que las jóvenes opten por continuar con sus estudios o tengan que interrumpirlos. Asimismo, la diversidad en las temporalidades que las mujeres permanecen en la escuela les provee diferentes recursos a partir de los cuales se construyen como sujetos jóvenes. Quienes

continúan más tiempo en un entorno escolar hacen de la escuela el escenario donde ocurren la mayoría de las interacciones sociales y amplían el intervalo de dependencia económica de sus padres así como la socialización con el grupo de pares. En contraste, aquellas que optan por dejarla, construyen sus proyectos de vida a partir de otras vivencias, como la experiencia laboral, el proyecto de conformación familiar y la emigración.

En los relatos de las mujeres entrevistadas se observó que entre aquellas con mayor escolaridad la elección de la escuela, sea la secundaria o la preparatoria, despliega su capacidad para tomar decisiones y negociar con los adultos. Natalia por ejemplo, cuenta que al terminar la primaria había trazado un plan con sus amigas sobre la secundaria a la cual irían. Aunque su padre ya había hecho los trámites para que su hija presentara los exámenes correspondientes en la escuela que él consideraba, Natalia le plantea su desacuerdo y toma la decisión de ingresar a la Secundaria 44. Para ella, el paso a la secundaria era la edad de consolidar amistades y deseaba ingresar donde sus amigos también lo harían.

Yo recuerdo que mi papá me dijo: "te voy a meter a la Poli" [Secundaria Lázaro Cárdenas], y yo: "No. No, quiero entrar a La Poli, porque todas mis amigas van a entrar a la 44". O sea, porque es el momento en que empiezas a consolidar amistades. Entonces fue: "no, no quiero, yo no voy para allá" (Natalia 38 años, nivel de escolaridad alcanzado licenciatura).

A diferencia de Natalia, Catalina estudió en la misma secundaria que sus hermanas y no manifestó una inquietud por la elección de la escuela; sin embargo, sí lo hizo para la preparatoria. Catalina siempre estudió en escuelas privadas cercanas a su lugar de residencia, así que cuando llegó el momento de pasar a la preparatoria manifestó su inconformidad con las preparatorias privadas por ser pequeñas y no contar con una diversidad de estudiantes. Ella deseaba conocer personas nuevas y tener amistades diferentes, que tuvieron vivencias diferentes a las que ella tenía. Así, Catalina les sugiere a sus padres poder asistir a una secundaria más alejada de su casa, en otra colonia.

Yo me quería ir a La Lázaro [preparatoria Lázaro Cárdenas] porque yo pensaba que había como más oportunidades allá, como gente más diferente a mí, porque [Silencio], te digo, siempre estaba en escuelas privadas y pues no deja de ser el mismo nivel, las mismas ideas o las mismas niñas fresas. Yo estaba así como harta de las niñas fresas y yo quería conocer algo diferente. Decía: "bueno, en un colegio grande ahí sí voy a competir a ver cómo está esto", pero pues mi mamá me dijo: "tiene que ser en playas", entonces nada más tres opciones: La que era la Federal, pero no me

gustó porque era técnica desde el primer semestre y yo decía: "¿y si escojo algo que no me gusta?, voy a tener que hacer todo el bachillerato"; y la otra era nueva y dije: "no, qué aburrido" y ahora sí que por descarte quedé en ese bachillerato [donde estudiaron sus hermanas] (Catalina 30 años, nivel de escolaridad alcanzado maestría).

Es importante mencionar que la elección de la escuela, sea la secundaria o la preparatoria, es una experiencia narrada por solamente una minoría de las mujeres: aquellas que evidencian los niveles de escolaridad más elevados al momento de la entrevista. En contraste, para el grupo de mujeres que cursó hasta la secundaria, la elección de la escuela no representó una opción significativa en sus vidas; de hecho no es un tema abordado en sus relatos. Para éstas últimas, es más bien la decisión de dejar la escuela o interrumpir los estudios la que marca un viraje en su construcción identitaria. Así, al indagar acerca de las motivaciones para dejar la escuela, para este grupo, encontramos dos distinciones importantes. Por un lado, quienes abandonan los estudios como consecuencia de las condiciones de precariedad económica y optaron por conseguir un trabajo e incluso emigrar para ayudar a sus familias; y del otro, las entrevistadas quienes decidieron dejar sus estudios por falta de incentivos, como el caso de Vero y Rosa. Estas mujeres tomaron la decisión de no seguir estudiando después de la primaria. Las carencias económicas de la familia de Vero, el alcoholismo del padre y su posición en la familia como hermana mayor le adjudicaron la responsabilidad de ayudar a su familia y la incentivaron a dejar su comunidad en Tlaxiaco y emigrar a la Ciudad de México. Allí, empieza a trabajar como empleada doméstica, lo cual era una práctica común entre las muchachas Mixtecas de su comunidad.

Pero como yo no quise estudiar, no porque no me gustaba sino por motivos de dinero que no había, y pues como mi papá tomaba mucho [Silencio], entonces yo decidí ir a trabajar y me fui a México. A veces mi mamá decía: "no hay para las tortillas, no hay para comprar el maíz, no hay para esto". Y yo me acuerdo que hasta mi mamá llegaba a vender hasta sus animalitos para comprarme unos zapatos, o para comprarme algo que necesitara yo de la escuela. Entonces yo decía: "no, pues mejor voy a ir a trabajar para poder ayudar a mi mamá y a mis hermanos". Y pues decidí ir a trabajar. Mi mamá no se opuso porque pues sabía que necesitábamos [Silencio], pero me dijo: "¿sí estás decidida a no estudiar?". Y dije: "sí, no voy a estudiar, mejor voy a ir a trabajar" (Vero 34 años, nivel de escolaridad alcanzado primaria).

Desde antes de terminar la primaria, Vero fue construyendo su proyecto migratorio y es a través de éste que empieza a tomar distancia de la infancia. Terminar la primaria marcó un viraje en su construcción subjetiva, y experiencias como la migración y la experiencia laboral empiezan a marcar lo que significa para ella el ser joven. Al igual que Vero, Rosa decidió no continuar

estudiando. Antes de terminar la secundaria en Irapuato, Guanajuato, empezó a construir un proyecto migratorio que le permitiera ayudarle a su mamá con los gastos de la casa. Rosa ya tenía referencias de Tijuana, dos de sus hermanos habían migrado años antes; por lo que al terminar la secundaria empezó a buscar la forma de poder emigrar. En contraste con Vero, las motivaciones de Rosa para emigrar no obedecían exclusivamente a razones económicas. Para ella, la migración representaba una forma de salir del hogar parental y buscar experiencias nuevas, valores trascendentes en su construcción subjetiva.

Y ya al terminar [secundaria] yo le decía [madre]: “Yo no quiero estudiar la preparatoria”. Porque yo sabía que iba a seguir igual, batallando. Así como que [...] con mucho esfuerzo. Entonces antes de terminar siempre los compañeros así como que: “¿Oye y tú qué vas a hacer?, ¿A cuál prepa vas a entrar?”. Yo, así como que: “Yo no voy a estudiar, me voy a Tijuana”, sin saber nada [Risas], ya tenía yo tres hermanos [en Tijuana]. “Ah, yo me voy para Estados Unidos”, decía un compañero. Otras: “no, yo voy a entrar aquí al CBTIS [Centro de Bachillerato Tecnológico Industrial y de Servicios]”, “no, yo al CONALEP [Colegio Nacional de Educación Profesional Técnica].”. Y yo: “Ah, pues yo me voy a ir a Tijuana”. Pero yo creo que ya estaba en mi inconsciente. Yo veía necesidad y todo en mi casa (Rosa 33 años, nivel de escolaridad alcanzado secundaria).

La falta de incentivos para continuar en la escuela constituye otras de las motivaciones por las cuales las jóvenes deciden no continuar estudiando. En algunos de los relatos se plantea que el entorno escolar no ofrecía las oportunidades ni las satisfacciones que las mujeres buscaban. De igual forma, para estas entrevistadas, la escuela carece de valor dentro del entorno familiar, ya que dentro de las expectativas que los padres han trazado para sus hijas la conformación de una familia parece tener un valor mayor que los logros educativos, percepción que se transmite generacionalmente, como es el caso de Mariana:

En la prepa era más desmadre que el hecho de ir a estudiar. Como que mis planes cambiaron en el sentido de que decía yo: “ay, yo quiero estudiar algo pero no me quiero matar cinco, seis años estudiando y terminar una carrera que a lo mejor ni voy a ejercer porque o sea yo [...], me gustan mucho los niños” y yo decía: “yo me quiero casar y quiero tener mis hijos” (Mariana 32 años, nivel de escolaridad alcanzado preparatoria).

Además de la decisión propia de no continuar con los estudios, también se presentan casos en los que el abandono escolar es forzado por condiciones coyunturales. Nora, por ejemplo, cuenta que tuvo que dejar la escuela porque se casó con el papá de su primer hijo, obligada por sus padres; sin embargo, llama la atención el hecho de que la escuela nunca fue su proyecto de vida principal. Nora deseaba trabajar en vez de estudiar. Cuenta que su satisfacción era trabajar

ayudándole a su mamá en un puesto de comida que tenía en la *línea fronteriza* siendo allí donde conoció a su esposo. De este modo, aunque Nora tuvo que abandonar sus estudios, no se encontraba motivada tampoco para continuarlos, desde antes de establecer su unión. Para ella, la experiencia laboral es significada como una práctica que genera independencia, lo cual no le brindaba la escuela.

Me faltaban cuatro meses para terminar la secundaria. Hice tercero pero no terminé porque me junté. Me fui con el papá de María y ya no terminé. Y pues tampoco me gustaba, me gustaba era trabajar [Silencio]. Me ponía a hacer de comer, a hacer las sopas [ayudarle a su madre en un restaurante], a no depender de nadie, hasta cambiar el tanque de gas o algo, una llave de cualquier cosa. Eso me gustaba. Cuando estaba en la primaria me gustaba ayudar a mamá los fines de semana y ya en la secundaria estaba en la mañana y a la salida ya me venía para acá para ayudarle a ella (Nora 30 años, nivel de escolaridad alcanzado primaria).

4.2.2 Los amigos y las pertenencias.

Entre las mujeres que deciden permanecer en la secundaria una de las vivencias más significativas, en su experiencia como jóvenes, es la ampliación de las amistades y la diversificación del entorno escolar. Para algunas mujeres, el cambio de la primaria a la secundaria significó trasladarse a otras colonias, donde tuvieron un encuentro con jóvenes que vivían otras realidades y manifestaban problemáticas distintas a las de su hogar. Así, la adaptación al nuevo escenario se vuelve una parte fundamental en la construcción subjetiva.

Lilia y Carmen no tienen los mejores recuerdos de la secundaria. Lilia ingresó a “La Poli” (Lázaro Cárdenas), una secundaria ampliamente conocida en Tijuana debido a su trayectoria histórica, a su nivel académico y por la diversidad socioeconómica de sus estudiantes. Desde su ingreso a la escuela, Lilia se sintió diferente a sus compañeros. Para la Lilia, las vivencias familiares y los recursos culturales, sociales y económicos que sus compañeros disponían la ponían en desventaja a la hora de establecer relaciones con sus compañeros, por lo que se le hizo complicado hacer amistades.

[...] La mayoría de los niños tenía nociones; a lo mejor televisión en cable o porque van al otro lado [Estados Unidos], y yo hasta la fecha no tengo visa [Risas]. Entonces muchas cosas, estímulos de afuera que a lo mejor yo no tenía. ¡Yo iba como en desventaja! A mí me costó socializar. Entonces, yo quería hacerme igual a ellos y mi mamá decía: “tú en ese tiempo hasta hablabas diferente”. Yo quería ser como ellos. O sea, sí fue difícil. Ahora, te digo, ya lo ves diferente, pero en ese tiempo

era como extraño, como que: “yo no encajo aquí”. Por ejemplo, no sé, el viaje a la playa cada vacación, no sé, cosas, no materiales sino vivenciales. Sus experiencias, en comparación con las mías pues, eran muy pocas (Lilia 30 años, nivel de escolaridad alcanzado preparatoria).

Carmen por su parte expresa que en la secundaria es el momento cuando se está en la edad de encontrar pertenencias. En este período, juntarse con cierto grupo de jóvenes permite construirse una adscripción identitaria, pero al mismo tiempo genera exclusiones como le sucedió a ella, quien no lograba encontrar afinidades en ninguno de los grupos de la escuela.

Sí, entonces creo que durante la secundaria fue como: No me adaptaba, principalmente en la secundaria es cuando empiezas a definir mucho así [Silencio] se definen demasiado los grupitos ¿no?, como hay un grupito donde se juntan las chicas bonitas populares ¿no?, y en el otro están las chicas raras o las que ya no se encuentran con nadie; y en mi salón, particularmente, era como muy marcado eso. Si no perteneces a uno de estos dos grupos quedas mal (Carmen, 27 años, nivel de escolaridad alcanzado licenciatura).

Otra característica importante para las mujeres que estudiaron en la preparatoria es la diversificación de los grupos de pertenencia, y con ello las pertenencias. En este sentido, al comparar la experiencia de la secundaria con la de la preparatoria las mujeres encuentran que conforme van creciendo adquieren mayor independencia de sus padres, una creciente seguridad de expresarse a sí mismas y mayores deseos de manifestar su individualidad, como lo mencionan Gladis y Lucía.

Sí, en la prepa era yo sola en el mundo ¿sabes? Fue algo como: “ya me voy a la prepa”, ahora sí me sentía que estaba estudiando. Pues, en la secundaria, todo mundo tiene que hacer la secundaria [Silencio], la prepa para mí fue como tomar conciencia respecto a cómo haces que gire tu vida ¿no? Entonces a mí siempre se me ha gustado estudiar y la prepa fue súper bueno para mí. Ya estaba enfadada de la secundaria, la verdad. Y la prepa sí fue un cambio porque entré a una prepa donde había un montón de cholos, de punks, [Risas]. Entonces fue como “Ey ¿Qué onda?”, y obvio me hice punk. Ah, no, primero era *dark* (Gladis 27 años, nivel de escolaridad alcanzado licenciatura).

En la prepa fue donde salió todo lo que yo llevaba, ahí fue donde me di a notar toda mi seguridad, toda la responsabilidad que tenía; era de las mejores en la escuela, me gustaba que me aplaudieran, hasta cuando había exposiciones me gustaba que fuera la mejor, yo siempre quería ser la mejor en todo, en todo; y en todo me metía, había un equipo de básquetbol y yo me metí de porrista, me gustaba que mi uniforme siempre estuviera bien planchado, mis zapatos bien limpios, siempre quería ser la mejor, siempre quería que, ser la mejor en todo, fue ahí cuando totalmente cambié (Lucía 30 años, nivel de escolaridad alcanzado preparatoria).

De igual forma, al final de la secundaria y principio de la preparatoria las mujeres empiezan a definirse en *estar en la edad* para las fiestas o *tardeadas*. Durante el período intermedio entre

ambos niveles inician las fiestas de quince años; así como también, empieza a haber mayores libertades en las fiestas. De hecho, algunas de las mujeres manifiestan haber fumado por primera vez y empezar a consumir bebidas alcohólicas. Las prácticas anteriores, sancionadas muchas veces por los padres, adquieren un valor simbólico para las jóvenes proporcionándoles reconocimiento y una forma de acceder al mundo adulto (El Cadiz, 2008).

[...] Y cuando llegamos a tercero, que entramos todas a la etapa de los 15 años, pues curado porque puro *pary* [Fiesta]. Cada fin de semana unos quince años. Y si no era de ese salón, era del otro. Entonces, el grado tercero fue puro *pary*, cada fin de semana *pary*, *pary* ¡Estuvo cool! (Natalia 26 años, nivel de escolaridad alcanzado licenciatura).

Pues digamos que empecé a ir a muchas fiestas, muchas, muchas fiestas [Silencio]. Había muchas libertades en las casas de los demás. O sea, en mi casa era que estaba mi papá y mi mamá, o si vas a una fiesta pues “comunicame con los papás”, pero pues aquí no habían papás ni mamás en las casas, y yo decía: “o sea ¿cómo está esto?” (Catalina 30 años, nivel de escolaridad alcanzado preparatoria).

Íbamos a fiestas en casa de una de ellas, que era mi mejor amiga, siempre en su casa. Sus papás le prestaban la casa y ahí era donde hacíamos fiestas. El papá a ella la dejaba tomar, así que ahí fue donde empezamos a echarnos los traguitos. A mí no me daba miedo, porque en mi casa también tomaban, pero sí me tomaba unas cuantas y ya me sentía mareada, y ya no podía. Si me hubieran regañado en mi casa pero nunca lo hice, o sea si sabía mi mami que me echaba mis traguitos y decía: “bueno mientras sepas lo que estás haciendo está bien, mientras no te pierdas”. Y yo: “ah, bueno” (Mariana 32 años, nivel de escolaridad alcanzado, preparatoria).

En contraste con lo señalado anteriormente se encuentra el caso de Berenice, para quien las fiestas no constituían prácticas recurrentes durante la preparatoria. De hecho, la historia de Berenice constituye un caso bastante particular; ya que es la única mujer que vivió sola durante su adolescencia. Berenice y su mamá residieron con su abuela durante su infancia en Tijuana. Cuando su mamá se vuelve a casar deja a Berenice viviendo con su abuela varios años. Sin embargo, cuando empieza la adolescencia su abuela muere y le hereda a Berenice la casa donde ambas vivieron y una cuenta de ahorros a su nombre. Durante aproximadamente un año Berenice intentó vivir con su madre pero no se llevaba bien con su padrastro; así que la enviaron a vivir con unas de sus tías. Empero, la escuela le quedaba lejos y Berenice no se sentía bien, por lo que convence a su madre que la deje vivir sola en la casa que le heredó su abuela. Aunque su madre estaba al pendiente de todo, Berenice pasó su adolescencia sin el control parental que sus otras amigas tenían, así como las demás mujeres entrevistadas y que pasaron por la preparatoria. Aunque manifiesta que adaptarse a estar sola le costó bastante, Berenice narra que

tenía mucha más independencia de ir y venir que sus contrapartes de la escuela y se definía a sí misma como una joven más madura que sus amigas. Para ella, las fiestas no representaban un espacio de liberación del control parental, ya que en su cotidianidad no contaba con dicha vigilancia.

Por ejemplo, ya en la prepa hacían más como fiestas, que pijama party, que "espuma party", y como que no. Y luego ya en la prepa a muchos se les hacía más fácil tomar o, no sé, como que yo eso lo veía muy, como que no [Silencio]. De hecho yo me ponía nerviosa cuando querían hacer fiestas en mi casa porque llegué a tener amigas que eran 'muy aventadas' y yo decía: "falte de que pase algo aquí y sus papás [Silencio]"; o sea, yo pensaba que me iba a meter en un problema (Berenice 27 años, nivel de escolaridad alcanzado licenciatura).

4.2.3 Sentirse grande estando en la escuela.

El sentirse grandes a partir del paso de un nivel escolar a otro, sea la secundaria o la preparatoria, se expresa a partir de múltiples experiencias. La escuela se encuentra organizada en un sistema estratificado en torno a la edad, en el cual, la pertenencia al grado escolar más alto provee un estatus mayor frente a los estudiantes de grados inferiores. Natalia, por ejemplo, sugiere que la secundaria le permitió hacer amistades diferentes y entre ellas socializar con jóvenes mayores que ella. Cuando estaba en primer grado entró a un grupo de jóvenes en una parroquia cerca de casa y logró hacer amigos más grandes que ella, varios de ellos eran de tercer grado de secundaria. Así, cuando había *tardeadas* de la escuela, ella invitaba a esos amigos mayores porque la hacían sentir importante. Tener amigos mayores tenía un valor simbólico para Natalia en tanto le proporcionaba un estatus entre los compañeros de su misma edad.

Entonces, ahí empecé a hacer otra clase amigos, amistades diferentes, que eran más grandes que yo. Yo era de las más chicas pero no mucho yo estaba en primero de secundaria y ellas estaban en tercero. Entonces no era como tanta la diferencia. Y estás en una edad en la que quieres sentir grande ¿no? Entonces, era como: "uy, yo tengo amigos de tercero". Y cuando había *tardeadas* y era como: "Va a ver una *tardeada*" y llegábamos [Silencio], y yo llegaba con los de Tercero. Así como que [Silencio] "oye, pero tú estás en primero". "No, pero vengo con los de Tercero". Es como ganarse un estatus (Natalia 26 años, nivel de escolaridad licenciatura).

Para Marcela, el sentirse grande tiene que ver con el descubrimiento de situaciones y problemáticas en la vida de los demás compañeros que ella no experimentaba en casa. La secundaria representa el escenario donde se pluralizan las vivencias y la interacción con el grupo

de pares se amplía. Ya no solamente se experimenta la vida de la colonia; sino un ámbito más amplio donde interactúan jóvenes de diferentes sectores de la ciudad e incluso de otras ciudades, diversificando las vivencias y las problemáticas que deben enfrentar las jóvenes.

Yo creo que te das cuenta de que el mundo ya no es color de rosa, ya empiezas a ver las cosas como realmente son, conoces compañeros que a lo mejor tienen problemas en su casa, gracias a Dios yo tengo una familia estable, con problemas como todos pero los problemas normales, nada para que nosotros nos sintiéramos afligidos o que nos afectara, pero uno, sí convive con personas que, que sí realmente tienen problemas fuertes y uno empieza a conocer situaciones que jamás uno pensaba que existían (Marcela 28 años, nivel de escolaridad alcanzado licenciatura).

Para Lucía, por su parte, el sentirse grande se ubica en el ámbito familiar y tiene que ver con el desprendimiento e independencia de su familia durante su paso por la secundaria. Cuando Lucía estaba en quinto de primaria sufrió de hepatitis y tuvo que ir a vivir con sus abuelos por temor a que pudieran infectarse sus cuatro hermanos menores. Después de un tiempo, Lucía decide permanecer un tiempo más con sus abuelos; no deseaba regresar a casa al ver los problemas y discusiones constantes entre sus padres. Así vive dos años hasta que sus padres se mudan junto a sus abuelos y Lucía vuelve a casa con ellos, para lo cual se encontraba en primero de secundaria. Esta irrupción en su vida representó para Lucía la posibilidad de desprenderse del hogar y el control de sus padres; además implicó cambios importantes en su rutina y dinámica familiar. Ella debía hacerse cargo de sus propias actividades dentro del hogar y ayudar a sus abuelos, lo cual le proveyó independencia y construir una rutina propia.

En la primaria dependía mucho de mi mamá. En la secundaria ya me desprendí por completo; yo lavaba mi ropa, y no porque mi mamá fue muy protectora y no nos ponía a ayudarla a lavar platos, nada de eso, pero yo trataba y aunque ella no quisiera yo lo hacía porque me sentía muy independiente, ya era más como mi mundo, ya empecé a hacer mi mundo después de ahí (Lucía 30 años, nivel de escolaridad alcanzado preparatoria).

4.2.4 La escuela como escenario amoroso.

La escuela también constituye el escenario donde las mujeres establecieron los primeros noviazgos. En la mayoría de los casos los novios eran estudiantes de la misma secundaria o preparatoria; y en otros, tenían una relación indirecta con la escuela (amigos de compañeros de

clase). En el caso de Valentina la secundaria fue el escenario en el que conoció al padre de su primer hijo, y estando en tercero de preparatoria quedó embarazada.

Pues la secundaria, qué te diré [Silencio]. Empezó mi [risas], pues ya sabes ¿no? cuando vamos a salir, la emoción de "ay [Silencio] ya vamos a la secundaria". Mi amiga que la conocí desde los cuatro años nos tocó ir juntas toda la primaria y toda la secundaria. Y este, siempre así como que "ay, vamos ya". Ya íbamos, entonces así como que "ay, los niños" [risas]. Ahí conocí a mi esposo en la secundaria (Valentina 31 años, nivel de escolaridad alcanzado secundaria).

Catalina, por su parte, menciona que fue en la preparatoria donde tuvo a su primer novio formal; es decir aquel que presentó a su familia. "En la prepa, de hecho, hora sí que tuve mi primer novio ya formal, que fue el hermano de un compañero. Eso fue en tercero de bachillerato" (Catalina 30 años, nivel de escolaridad alcanzado licenciatura).

Para Mariana existe una diferencia clara entre la secundaria y la preparatoria como escenario amoroso; ya que el primero constituye un contexto en el que los noviazgos se caracterizan por ser superficiales; mientras que en la preparatoria las relaciones pasan a otro nivel. En este nivel, las actividades dentro del noviazgo no solamente se desarrollan dentro del entorno escolar sino que existe una mayor libertad de poder reunirse fuera de la escuela. "Entré a la prepa y ahí ya las fiestas son diferentes, también los muchachos empiezan a pretenderte. Ya no es que siempre andas caminando agarradito de la mano sino ya es irse a dar una vuelta" (Mariana 31 años, nivel de escolaridad alcanzado preparatoria).

A diferencia de los casos anteriores, cuando María empezó la preparatoria ya tenía novio, lo había conocido en el trabajo. Sin embargo, su desempeño escolar empezó a disminuir por los problemas que tenían en su noviazgo. Al no compartir las mismas actividades escolares, su novio no le permitía a María tener amigos en la escuela, hacer los trabajos en grupo ni salir con compañeros de la preparatoria. Era muy celoso y quería estar todo el tiempo con ella, por lo que María empezó a faltar a clases y a reprobar materias. Empero, para María, al igual que para los casos mencionados anteriormente, la preparatoria representó un espacio que proporcionaba mayor autonomía de los padres, lo cual posibilitaba los encuentros con los novios sin un control parental tan fuerte.

Yo fui al CBTIS [Centro de Bachillerato Tecnológico Industrial y de Servicios]. Después de la secundaria estuve un año de carrera comercial porque no quedé en la prepa. No entiendo por qué no pasé el examen si me iba bien, y no quedé en la prepa. Y pues me preocupé porque decía: “Si estudié, ¿por qué no quedé?”. Y mi papá me metió a un instituto, pagaba semanalmente ¡Era un esfuerzo para él! Ahí estudiaba contabilidad y sí me gustaba [Silencio] Nada más estuve un año ahí. Y de ahí me dijo mi prima, ya no me juntaba con ella pues, “en el CBTIS va a ver inscripciones” y me metí a estudiar. Y ahí fue suave. Pero ahí yo ya tenía el novio, pues. Yo todavía no había tenido nada que ver con él. Duré como un año de novios, duramos como un año o más de novios y no había tenido nada que ver con él [relaciones sexuales]. Pero, ya después yo entré a la prepa y fue cuando bajé más de calificaciones (María 31 años, nivel de escolaridad alcanzado secundaria).

4.2.5 Trabajar y estudiar.

Aunque en los apartados anteriores se mencionó la experiencia de las mujeres que cambiaron la escuela por la decisión de trabajar; existe otro grupo que hizo las dos cosas de manera simultánea. Para este grupo de mujeres las razones para empezar a trabajar son diversas y no obedecen exclusivamente a carencias económicas. En general, las entrevistadas que trabajaron estando en la escuela lo hacían porque querían tener una independencia económica de sus padres o bien, para comprar cosas y acceder a un nivel de vida que sus padres no podían ofrecerles. Catalina, por ejemplo, no trabajaba por dinero; ya que proviene de una familia de elevados ingresos socioeconómicos. Siempre estudió en escuelas privadas y tenía un estilo de vida de clase media acomodada tijuanaense. Sin embargo, empezó a trabajar a los 12 años como ayudante de entrenadora de gimnasia artística porque le gustaba viajar con el equipo a las competencias y darse cuenta que podía hacer algo más que estar en la escuela. Desde pequeña su papá le mencionaba la importancia de la independencia económica, y cuando quería comprarse algo o viajar a algún lado su papá le ayudaba con una parte pero ella debía poner la otra.

Yo empecé a trabajar a los 12 años por gusto, entonces yo viajaba por competencias y llevaba a mis niños a competir, y yo me iba [Silencio] o del karate iba yo a competir, o de los scouts iba, no sé iba a Sudamérica, a Centroamérica. Entonces mi papá siempre fue de los que: "¿quieres ir? órale trabájale, junta el dinero y yo te doy permiso (Catalina 30 años, nivel de escolaridad alcanzado maestría).

Lucía por su parte inició su vida laboral en el último año de preparatoria. Aunque menciona que nunca le faltó nada, quería ayudar a su papá con los gastos porque eran cinco personas en su casa. Cuando Lucía empezó a hacer sus prácticas y a ganar dinero se sentía con mayor independencia y esto la hacía sentir grande e independiente de sus padres.

Yo sabía que el dinero que traía en mi bolsa o en mi mochila, no usaba bolsa, en mi mochila era mío. Me gustaba comprar lo que yo quisiera, gastarlo como yo quisiera, y ya cuando de plano no podía entonces si le decía [papá]: “¿Sabes qué papá? Ahora sí ayúdame”. Pero él decía: “No, no, es que no quiero que trabajen, que se enfoquen en la escuela”, fue más mi decisión que cualquier otra cosa. Aparte que ya éramos cinco, mi mamá no trabajaba, entonces yo notaba a mi papá lo cansado que venía. No nos faltó nada porque él le ponía mucho esfuerzo a su trabajo al traer lo que necesitábamos en la casa, entonces también, también eso, yo notaba que él estaba cansado y llegaba estresado, y yo decía: “Bueno, si yo puedo ayudarle aunque él no quiera, aunque yo sé que él puede, pero si yo puedo a quitarle un peso lo voy a hacer”, y eso fue lo que hice (Lucía 30 años, nivel de escolaridad alcanzado preparatoria).

María cuenta que empezó a trabajar para poder tener un nivel de vida que con el dinero que le daban sus padres sería difícil de obtener. El primer trabajo de María fue en una nevería dentro de una plaza comercial en Tijuana. Su prima la incentivó a trabajar allí y se metieron juntas cuando cursaban la secundaria. Para María el trabajo no solamente le permitió disponer de su propio dinero para comprar ropa; también representó un espacio de socialización importante fuera de la escuela que le permitía alejarse unas horas del hogar parental. Durante esta época María hizo amistades más cercanas que las que tuvo en la secundaria, las cuales le permitieron acceder a realidades familiares y económicas diferentes a las experimentadas en su colonia. María narra: “[...] Porque mis papás, o sea mi papá fue muy buen padre. Nos daba [Silencio], ¿qué te puedo decir? [Piensa], lo que sea de la escuela. Pero, no nos compraba que unos zapatos, que una ropa, algo que te gustara a ti, porque somos siete, y yo lo entendía. Entonces yo empecé a trabajar. Me pagaban muy poquito, pero como para salir, para distraerme (María 31 años, nivel de escolaridad alcanzado secundaria).

De igual forma, para Carmen el trabajo significó una apertura en su forma de interactuar; sobre todo al compartir con jóvenes mayores que ella. Carmen trabajó desde finales de la primaria con el fin de alejarse un poco de casa. Empezó como empacadora en un supermercado y luego trabajó en una nevería; sin embargo, es su tercer trabajo, en una tienda de renta de videos, donde sintió un cambio en su cotidianidad y un viraje en la manera en que se relacionaba con los demás. Para ella, la experiencia laboral trajo consigo mayor independencia frente al hogar parental; ya que podía llegar a casa más tarde de lo que le permitían anteriormente; pero sobre todo, produjo transformaciones en su carácter, proporcionándole mayor seguridad y confianza para interactuar, sobre todo con los varones.

Entonces empecé a trabajar ahí [Blockbuster] y fue como “¡Guau! Acá, me encanta esto, es gente de mi edad, o un poco más grande”, ponle que la persona más grande tenía 25 años, yo tenía, que 16 en ese tiempo. Y empecé a conocer muchísima gente y también me empecé como a que a abrir y como a desarrollar también la personalidad ¿no?, que ya uno va adquiriendo o que va moldeando a lo largo de la edad. Entonces, como que se me quitó la pena. Nunca fui muy penosa pero la poca pena que podía tener se me quitó y también era como: “Ay, los muchachos”, como que realmente no, de más chica, nunca fui muy enamoradiza y ya como que a esa edad era como que: “Ah sí, ya me empezaron a gustar los muchachos” y todo ¿No?, y ahí fue como el cambio ¿No?, como a partir de que yo empecé a trabajar ahí porque también trabajaba horas más largas, trabajaba a veces hasta las 11 de la noche (Carmen, 27 años, escolaridad alcanzada licenciatura).

Sumado a lo anterior, vale la pena señalar que no todas las mujeres obtuvieron independencia económica a partir de su inserción en un trabajo formal. Marcela empezó a buscar trabajo cuando estaba en la preparatoria porque deseaba tener su propio dinero, pero no logró encontrar ninguno que satisficiera sus necesidades y se adaptara a sus horarios. Por ello, decidió empezar a vender dulces y paletas en la su escuela para poder tener dinero y salir con sus amigas y su novio, así como para comprarse cosas (ropa y accesorios). Cuando sus padres supieron que Marcela tenía novio le empezaron a limitar el dinero; sin embargo, para ella esto no representó un problema en tanto ganaba dinero suficiente para garantizar las salidas con su pareja. En palabras de Marcela: “Pero siempre he sido muy movida, iba y me surtía y hasta daba crédito, llevaba una relación de mis ingresos y mis gastos. Era muy organizada, entonces yo, ya fue cuando ya, pues ya iba al cine más seguido, ya me empecé a comprar yo mi ropa, yo a partir de la prepa ya empecé a comprar mi ropa, ya no le pedía dinero a mis papás para salir con mi novio (Marcela 28 años, nivel de escolaridad licenciatura).

4.3 Sentirse libres: deseo de escapar del control parental.

La construcción de las mujeres como jóvenes se lleva a cabo a partir de una tensión continua entre sus propias aspiraciones respecto al devenir adultas y el lugar que se les asigna socialmente como dependientes y en transición. Las expectativas que los padres tienen de sus hijas durante la adolescencia entran en contradicción con las vivencias de las jóvenes, quienes se consideran que están en la edad de trabajar, de tener novio, de salir con sus amigos, e inclusive de emigrar. En el relato de Marcela que acabamos de citar en el apartado anterior se pueden entrever las estrategias y los recursos que ella moviliza para hacer frente al control parental impuesto para limitar las salidas con su novio.

Al igual que Marcela, en las narrativas de las mujeres se observa como algunas de ellas aluden al deseo de evadir el control que ejerce el mundo adulto, encarnado por sus padres y la escuela, sobre sus cuerpos y modos de vida. Así, en los relatos se hace alude constantemente a un deseo de libertad exteriorizado por las mujeres cuando se encontraban en la adolescencia, el cual se manifiesta en cuatro direcciones: el querer sentirse libre a través de la configuración de una unión de pareja, el proyecto migratorio como una opción liberadora, el estar en la preparatoria como un espacio de mayor libertad y la posibilidad de distanciarse de sus padres de manera esporádica para sentir un poco de libertad.

4.3.1 Deseo de libertad a partir de la unión.

Una de las cuestiones que más se prohíbe a las jóvenes es la expresión de su sexualidad y con ello la posibilidad de vivenciar de manera libre sus relaciones amorosas. De las 24 mujeres entrevistadas, seis manifestaron no haber experimentado un control parental tan estricto cuando empezaron a consolidar sus relaciones amorosas. En los otros casos, los noviazgos de las mujeres se llevaron a cabo en medio de fuertes conflictos con los padres debido a su desacuerdo frente a la relación de pareja; o bien, las mujeres tuvieron que ocultar el noviazgo para evitar enfrentamientos. Carmen por ejemplo, narra que el momento más conflictivo con su madre fue la época en que tuvo su primer novio, el cual inició durante los primeros semestres de su licenciatura. A diferencia de Carmen, su novio no estaba estudiando y pasaban mucho tiempo en la casa de él porque su madre no permanecía en casa y tenían mayor intimidad. Al no poder contar con la misma libertad de expresar su relación de pareja en casa de Carmen, ésta optaba por permanecer con su novio en los tiempos en que debía permanecer en la universidad trayéndole problemas en sus calificaciones. Así, con el paso del tiempo, Carmen prefirió interrumpir sus estudios para estar con su novio, pasar más tiempo juntos y realizar más actividades, desencadenando mayores enfrentamiento con su madre.

Pues no, mi mamá estaba como que pegaba el grito en el cielo. Ella me decía: “Pues tanto que batallaste para aceptar el hecho de que estuvieras estudiando filosofía, y te vas a salir”, pero sí, en ese tiempo fue mi rebelión, o sea cuando yo empecé a andar con [Silencio], se llama Leo, cuando yo empecé a andar con Leo fue mi rebelión total. “Déjame”, “Déjame hacer mi vida”, “Déjame hacer mis cosas”, “Déjame salir”, “Quiero andar con mi novio”, “Quiero llegar más tarde”, y, y entonces ahí fue cuando me, me destrampé (Carmen, edad a la primera unión 19 años).

Aunque Carmen es tan sólo un ejemplo del control parental ejercido frente a la vida amorosa, algunas mujeres utilizaron la unión como un recurso para escapar a dicho control. Yolanda, Nora y Sara se unieron muy jóvenes como una estrategia ante el control de sus padres. Si bien, las tres tienen historias distintas evidencian características comunes que vale la pena resaltar. Las tres provienen de familias en situación de pobreza, fueron socializadas durante su adolescencia en Tijuana, sus padres tienen como nivel de escolaridad la primaria o no alcanzaron ningún grado; y al igual que ellas, sus madres se unieron jóvenes. Igualmente, en los tres casos la unión no constituyó un proyecto trazado y premeditado con la pareja; sino que se llevó a cabo a partir de la intensidad de la relación y ante la insistencia de sus parejas, por lo que el tiempo entre el primer noviazgo y la unión es bastante corto.

De las tres mujeres mencionadas Yolanda es la única que pasó por la preparatoria pero no pudo terminarla debido a los problemas económicos en su casa, los cuales la obligaron a trabajar. Yolanda cuenta que cuando se unió con su pareja creía que sería libre; es decir que podría estar con su novio sin controles; ya que su mamá no le permitía salir con él lo como Yolanda hubiera deseado.

Pero no gané libertad. Yo lo que pensé que iba a pasar al momento de yo casarme era ganar libertad pero no, perdí todo. Perdí amistades, perdí autoridad de mí misma. La gané a ella pero sí perdí todo. Yo, pues al tenerla [Silencio], mejor dicho al juntarme pensé que iba a ser iba a ser libre pues, como una adolescente. Mi mamá no me dejaba salir pero no, fue al revés, tuve más obligaciones, que hacer comida, que limpiar [Silencio], cosas que no hacía en mi casa (Yolanda 31 años, edad a la primera unión 18 años).

De manera similar, Sara se unió joven, como ella misma sugiere, tenía 14 años. Cuando terminó la primaria no pudo continuar estudiando porque su mamá no se lo permitió y tuvo que ingresar a unos cursos de *Cultura de Belleza* impartidos por el DIF. Su novio vivía cerca de su casa, eran de la misma colonia y las familias de ambos venían de Michoacán; sin embargo, Sara había venido a Tijuana cuando tenía un año con su familia y su novio estaba recién llegado a la ciudad. De la misma forma que Yolanda, Sara deseó establecer una unión porque su mamá no le permitía salir con su novio ni con sus amigas; y consideraba que irse a vivir con su pareja le proporcionaría libertad y un mayor control sobre su vida amorosa.

No, no teníamos esa libertad. Yo miraba que mis amigas de la escuela decían: “No, qué vamos a hacer un convivio de cumpleaños”, y decían: “Vamos cooperamos eso, compramos lo otro y nos juntamos en la casa de una amiga y ahí hacemos el convivio”. Y yo le decía a mi mamá: “Ma, déjeme un ratito, usted dígame a qué horas y yo aquí estoy a esa hora”. No y no, y no me dejaba. Entonces como que yo dije: “¿Ay no, será mejor casarme y ya así ya me puedo ir a donde yo quiera?”, pero eso es lo que yo pensaba, pues yo decía, pues no, porque pues no, no sabía la responsabilidad que era ya (Sara, edad de la unión 14 años).

Nora por su parte, decide irse con su pareja porque su papá no les permitía salir juntos. Empero, a la semana, Nora se arrepiente y decide volver; ya que su pareja comenzó a golpearla y a ejercer violencia sobre ella. Cuando vuelve casa su papá no le permite regresar y la obliga a casarse porque sospecha que ya habían tenido relaciones sexuales. Nora cuenta: “Porque estábamos desesperados de vernos y no sé qué [Razón por la que se fue con su novio]. Y no me dejaba verlo [padre] y me dijo [novio]: "nos vamos", y yo: "pues bueno". Yo ahora digo que no estaba enamorada, era atracción, la costumbre de estar con alguien. Estoy segura que no fue amor. Más bien era como aferrarme a llevarle la contraria a mi papá” (Nora, edad a la primer unión 15 años).

A diferencia de los relatos anteriores, Mariana se unió a una edad más tardía. De hecho, de las cuatro mujeres señaladas en este apartado es la que más tiempo permaneció en la escuela. En contraposición con los relatos anteriores, Mariana se socializó entre Tijuana y Guasave. Emigró a Tijuana con sus padres a los 13 años, terminó la secundaria y durante la preparatoria volvió a Guasave; empero, decide regresar definitivamente a Tijuana después de la graduación. Antes de su primera unión Mariana había tenido un novio; pero cuando sus padres descubrieron la relación la enviaron con su hermana mayor de vuelta a Sinaloa por lo que no regresó a Tijuana hasta terminar la preparatoria. Posteriormente, conoció al padre de sus hijos, y a diferencia de las otras mujeres mencionadas decidió casarse porque estaba embarazada. En el relato de Mariana se evidencia una contradicción importante. Por un lado, la unión le permitió experimentar un sentimiento de libertad, en tanto podía estar con su esposo fuera del control parental; pero al mismo tiempo, su vida en pareja estuvo marcada por el control de su marido, quien no le permite salir sola, ni tampoco trabajar. “Bueno, siento que tenía más libertad. ¡Me sentía tan a gusto! Porque antes tenía que salir a escondidas con él y ya no. Entonces ya era que nos levantábamos y él a su trabajo y me decía: "¿qué vas hacer?". Y todo el tiempo en el teléfono,

y "¿mija, dónde andas? y ¿Con quién andas?". Sí era medio posesivo" (Mariana 32 años, edad a la primera unión 19 años).

El caso de Adela demuestra una situación un tanto distinta a las mencionadas anteriormente. En lugar de unirse, Adela decidió establecer un noviazgo como recurso para ganar libertad y que su mamá le permitiera salir; ya que su pareja era aceptada por ésta y le tenían mucha confianza en su familia. Adela nació en Guaymas y migró a Tijuana cuando tenía 13 años porque su mamá quería cruzar con ella y una de sus hermanas a los Estados Unidos para reunirse con sus otros hijos. Al no poder cruzar regresan a Guaymas donde Adela permaneció hasta los 15 años, tiempo en el cual se dedicó a trabajar en una papelería. Al volver a Tijuana, entra a trabajar a una maquiladora con una de sus primas y empieza a conocer amigos y a querer salir. Adela cuenta que tenía varios pretendientes en la colonia y uno de ellos estableció una relación muy cercana con su familia, y aunque no le gustaba mucho decidió establecer un noviazgo con él para poder salir y sentirse libre del control de su madre.

[...] Siempre fui muy trucha en todo eso. Cuando yo ya miré que él ya tenía en las manos a mi mamá dije: "Ah, pues me voy a hacer novia de él para poder salir", porque yo no podía salir, o sea a mí no me dejaban salir, sola no. "Si él se hace amigo de mi mamá, ya se ganó a mi mamá y si yo le digo yo quiero ir para allá me va a llevar y mi mamá sí me va a dejar ir" (Adela, edad a la primera unión 18 años).

La unión como estrategia para escapar del control parental se encuentra asociada a una idea de amor romántico, la cual se ve abruptamente fragmentada por la cotidianidad de la relación y las desiguales relaciones de género al interior de la pareja. En la mayoría de los casos la duración del noviazgo es muy corta, por lo general algunos meses, lo cual no permite a las jóvenes conocer a sus parejas antes de tomar la decisión de vivir juntos. Sumado a lo anterior, el deseo de libertad a partir de la unión permite entrever la importancia de la pareja y la relación amorosa en la vida de las jóvenes, así como la centralidad del proyecto de conformación familiar en la construcción identitaria de las jóvenes, lo cual abordaremos con mayor profundidad en el siguiente capítulo.

4.3.2 Sentimiento de libertad frente al proyecto migratorio.

La emigración constituye un viraje o *epifanía* importante en la vida de las jóvenes; sobre todo cuando ocurre durante la adolescencia; ya implica el intercambio y la socialización de elementos ubicados en matrices culturales distintas, las de sus lugares de origen y destino (Valenzuela, 2010). Al observar la experiencia migratoria de las mujeres durante la adolescencia se observan dos significaciones distintas respecto a este evento: el deseo de libertad vinculado al proyecto migratorio y el sentimiento de coacción que implicó la migración.

La primera significación es visible en el relato de Rosa quien llegó a Tijuana cuando tenía 16 años, proveniente de Irapuato. Rosa emigró sin sus padres, dos de sus hermanos vivían en Tijuana y aprovechó una visita de uno de ellos para convencer a su mamá de que la dejara ir pese a las negativas del padre. La migración implicó para Rosa romper contacto con su padre, quien no estaba de acuerdo que una joven migrara sola a una ciudad como Tijuana, que en su imaginario era una ciudad de *perdición y burdeles*. También, el proyecto migratorio de Rosa implicó romper la relación con su novio *formal*, y con ello la posibilidad de establecer una unión con él. Aunque el proyecto migratorio de Rosa tenía como objetivo ayudar económicamente a su familia, su deseo de venir a Tijuana obedecía también a un sentimiento de libertad de dejar el hogar de sus padres y explorar algo desconocido. Al llegar a Tijuana Rosa vive con su hermana y sus hijos, insertándose rápidamente en el mercado laboral. Además de mandar dinero a Irapuato, ayudaba a mantener a su hermana y sobrinos e inició cursos de computación. La migración constituyó para Rosa un recurso para ganar libertad, al tiempo que representó una forma de superación personal. “Sí, estaba triste (dejar a la familia). Pero [...], a mí me confortaba así como que yo venía algo diferente, a algo nuevo, no sabía ni a qué, pero venía” (Rosa 33 años, edad a la migración 16 años).

A diferencia de Rosa, para Amelia la migración no significó, en un primer momento, ganar libertad, sino por el contrario representó una vivencia que limitó la libertad que tenía en su lugar de origen. Amelia migró a los 17 años a Tijuana con su mamá y hermanas. Su madre llevaba dos años trabajando en los Estados Unidos, período en el cual Amelia se hizo cargo de sus hermanas y la casa donde vivían en Morelia. Su madre le enviaba dinero mensualmente para mantener el hogar; así que Amelia gozaba de la libertad suficiente de disponer en qué gastarlo.

Durante el período que Amelia estuvo a cargo del hogar decidió retomar sus estudios y terminó la secundaria abierta, la cual había dejado un año antes, mientras su mamá estaba *al otro lado*. Sin embargo, la madre decide ir a buscar a sus hijas e instalarse en Tijuana para estar más cerca de ellas. Esta transición significó para Amelia romper con la libertad que tenía en Morelia en donde ella tenía el control de su tiempo libre, podía ir y venir cuando quisiera y participar en *tardeadas*. Para Amelia, permanecer en Morelia representaba una manera de sentirse grande, haciéndose cargo de sus hermanas. “Entonces pues ya fue cuando cuándo nos venimos para acá [Tijuana]. Yo no quería; o sea, le dije [mamá]: “No, yo no”. “Mientras tú seas menor de edad tú te vas a ir para donde yo me vaya [Madre de Amelia:]”. Y pues yo no quería dejar mis amigos, ni dejar los bailes y, o sea ser libre pues” (Amelia 32 años, edad a la migración 17 años).

4.3.3 La “Prepa” como escenario de autonomía.

Para aquellas mujeres que cursaron algún grado de la preparatoria, la escuela representó un escenario de mayores libertades en comparación con la secundaria. El sentimiento de libertad mencionado por las entrevistadas durante esta etapa de la vida se manifiesta en dos direcciones: un deseo de mayor libertad frente al control de sus padres; así como también frente a la autoridad escolar. En lo referente al control de los padres, uno de los aspectos mencionados por las entrevistadas es la libertad que se adquiere en la preparatoria frente a la movilidad; es decir, la diversificación de los desplazamientos de las mujeres, los cuales no se circunscriben exclusivamente a la escuela y se hacen menos vigilados por los padres, como lo mencionan Berenice y Gladis:

Y ya la prepa como de calificaciones y materias y todo eso me seguía yendo muy bien, de hecho yo salí de la prepa con 9.6. Siempre me fue bien, pero pues ya también sentía como más libertad de ir y venir, aun cuando en ese entonces no traía carro yo como que aprendí a andar para todas partes en taxi. Me gustaba mucho ir al cine, en la prepa me la vivía en el cine. Y mi mamá, a veces pienso que, como ella sabía que no estaba conmigo tanto tiempo me soltaba mucho dinero, entonces, realmente, sí salía mucho, no a fiestas pero al cine y a la playa; en la tarde, siempre estaba haciendo algo (Berenice, 27 años).

Y siempre me burlaba de las niñas, en la prepa ya había como, yo ya miraba, como sentía bien adulto ahí ¿Sí?, yo me voy sola a la escuela, me hago mi comida, regreso y después me metí al equipo de básquet, entonces iba a la escuela de las siete de la mañana, me levantaba a las 6, todo el día estaba en la escuela, siete de la mañana entraba, me levantaba a las seis, me iba yo sola con mis audífonos a la prepa, me ponía el uniforme, me gustaba el uniforme, y era libre. En la

secundaria tenía que peinarme como ellos querían, ponerme la falda a la altura que ellos querían, vestirme de esos colores ridículos, o sea era, es una prisión te lo digo, entonces la prepa era: “Ya, ya” (Gladis 27 años).

Aunado a lo anterior, en la preparatoria se intensifican las actividades y las fiestas por lo que las mujeres expresan un deseo de libertad al querer salir con sus amigos; pero sobre todo por comenzar a fumar y a consumir bebidas alcohólicas, como prácticas relacionadas con el mundo adulto.

Como que dije: “me voy a liberar”. Porque te dejaban fumar aparte de la escuela, entonces así como ¿qué onda? Cuando ya entré al bachillerato ya yo fumaba, que era cuando todos empezaban a fumar, y al contrario, yo lo dejé en segundo de bachillerato más o menos, o sea duré dos años; y pues también tomaba porque tenía amigos que tenían hermanos en universidad, más grandes entonces todavía tú estás así que no sabes (Catalina, 30 años).

De otro lado, en la preparatoria también se despliega un deseo de escapar de la autoridad escolar mediante el *irse de pinta* o *pintearse*. La mayor parte de las mujeres que cursaron la preparatoria, y en menor medida la secundaria, expresaron haberse *ido de pinta* como una práctica que les permitía romper con la cotidianidad de la escuela; pero sobre todo como una actividad a partir de la cual las mujeres se sentían con mayores libertades para decidir sobre su tiempo y rutinas, como narra Viviana:

Cuando yo era más chica, de hecho en la preparatoria ¿sabes a dónde me la pinteaba? Era muy *pintera*, pero en la preparatoria, antes no porque estaba muy vigilado el sistema. En la preparatoria ya te dan más libertad, no es muy estricto. Y si te sabes cómo salir con la tuya, menos. Entonces me empecé a hacer de muchos amigos, hombres. Y obviamente que las niñas me veían mal por eso, pero no los buscaba yo, simplemente ellos querían ir a platicar conmigo. Estaba yo leyendo y escribiendo, y ellos venían a interrumpir mi lectura. Y platicábamos y empecé a tener más amigos (Viviana, 22 años).

4.3.4 Distanciamiento de los padres como una forma de sentirse libres.

Finalmente, las mujeres mencionan el deseo de tomar distancia de sus padres para poder sentirse libres empleando diversas estrategias. Una de ellas es elegir asistir a una preparatoria lejos de la colonia donde vive la familia. Estudiar lejos de casa no solamente representa la posibilidad de una mayor movilidad entre las jóvenes, y con ello una diversificación de sus rutinas; sino también, implica no tener que encontrarse con sus padres ni con nadie que las conozca camino

a la escuela. Este alejamiento les permite *pintarse* con mayor facilidad y sobre todo, alejarse del entorno en el que algunas mujeres se socializaron durante la primaria y la secundaria. “Yo quería más gente, más cosas, yo quería salirme de mi casa y que mi mamá no supiera si salía a la una o si salía a las 12 [Risas]. Sí, sí, yo era lo que quería irme, ahora que lo pienso es como: “Quiero ser libre” [Risas]” (Carmen, 27 años).

Otra estrategia de distanciamiento ejercida por las mujeres es el participar en actividades extraescolares o bien, tratar de permanecer el mayor tiempo posible en la escuela. Natalia menciona que ingresó a un grupo de jóvenes en la parroquia que organizaba actividades algunos días de la semana y dos veces al año llevaban a cabo un campamento fuera de la ciudad. Aunque Natalia no se consideraba buena deportista, la motivaba el hecho de poder alejarse algunos días de sus padres. “Y, también me gustaba porque en la parroquia nos hacían dos campamentos al año. No soy como muy deportista pero igual salirte de la rutina y andar con los amigos. Y liberarte de tus papás tres días [Silencio]. ¿No voy a saber de mis papás en tres días? ¡Vámonos!” (Natalia, 26 años).

En la misma dirección, trabajar representa una estrategia de distanciamiento del control parental. Como mencionamos anteriormente, para algunas mujeres, la experiencia laboral les proporcionaba independencia económica y la posibilidad de llevar a cabo actividades que consideraban propias de *estar en la edad* de realizar. No obstante, trabajar también representa un distanciamiento del control parental en términos vivenciales en la medida en que se lleva a cabo fuera del hogar y disminuye el tiempo en que las jóvenes pasan en casa, representando un espacio de socialización alternativo a la escuela. “Entonces, como yo trabajaba, nadie sabía nada de mi vida. Nadie sabía en mi casa nada (María, 31 años)”; y Carmen: “Yo quería, precisamente por ese: “No te suelto en tu casa”, yo decía: “Ay pues, yo voy a trabajar, yo lo que no quiero es [...], yo lo que quiero es salir, yo lo que quiero es salirme de aquí y poder convivir con más gente y tener otras cosas” (Carmen, 27 años).

Los tres ejes analíticos a partir de los cuales se estructuró este capítulo: las *transformaciones corporales*, el *paso por la escuela* y el *sentimiento de libertad* permitieron identificar tres elementos sobre los cuales vale la pena discutir. La primera tiene que ver con el tabú frente a la

sexualidad y la ausencia de canales de comunicación al interior de la familia para hablar y exponer los cuestionamientos de las jóvenes respecto a su salud sexual. Resulta destacable el hecho de que sin importar el sector socioeconómico de origen o el nivel de escolaridad de los padres, las jóvenes no hayan recibido información adecuada y directa acerca de la menarquia, los métodos de anticoncepción y prevención de infecciones de transmisión sexual; así como tampoco se hayan sentido con la libertad y confianza de expresar sus dudas sobre el ejercicio de la sexualidad a sus padres. En este sentido, el tabú frente al abordaje de la sexualidad juvenil constituye un elemento transversal a los diferentes escenarios en donde se socializa a las mujeres durante su adolescencia.

La segunda cuestión tiene que ver con la construcción subjetiva juvenil. Pese a las diferentes condiciones objetivas bajo las cuales se socializaron las mujeres de este estudio durante su adolescencia, y el acceso diferenciado a diferentes recursos económicos, sociales y vivenciales, se puede plantear que la manera en que las mujeres de esta investigación se construyeron como sujetos jóvenes se llevó a cabo a partir de fuertes tensiones entre las atribuciones identitarias adjudicadas a las mujeres (sobre todo por parte de sus padres) y las vivencias que éstas fueron experimentando (Dubar, 2005). Reguillo (2012) plantea que la representación que se tiene de los jóvenes como sujetos en tránsito a la adultez, se contrapone con la manera en que éstos mismos experimentan su condición juvenil. Aunque desde su experiencia de investigación, la autora realiza el argumento anterior basada en sus trabajos acerca de las culturas juveniles, resulta relevante encontrar que las jóvenes de este estudio se construyeron a sí mismas a partir de lo que se consideraban *estar en la edad de hacer*.

Siguiendo el planteamiento de Emirbayer y Mische (1998), puede considerarse que durante la adolescencia la capacidad de las mujeres de este estudio de actuar y de tomar decisiones (agencia) se encuentra mayormente orientada al presente, desplegando así su capacidad para evaluar las aspiraciones familiares concernientes a la adolescencia y construir significaciones propias frente al ser joven. Es precisamente en esta mirada volcada hacia el presente y el ahora donde se desatan los conflictos y las tensiones en el ámbito familiar y escolar en el que se desenvuelven las participantes de la investigación. Desde la mirada adulta, las jóvenes aún no están en la edad, sino más bien se encuentran en tránsito. En contraste, las narraciones de las

mujeres entrevistadas permitieron identificar una lógica discursiva en la que se consideran *en la edad* para vivenciar aspectos como la sexualidad, la vida amorosa y la socialización con el grupo de pares, aspectos que sus padres se esfuerzan considerablemente en controlar. La incapacidad para establecer un diálogo entre estas dos miradas promueve el desarrollo de distintas estrategias para lograr cierta autonomía de los padres; las cuales se despliegan de manera diferenciada según las condiciones estructurales en las que se socializaron las mujeres durante su adolescencia.

La puesta en marcha de las estrategias para lograr cierta autonomía, identificadas en los relatos, posibilita la división de las mujeres entrevistadas en dos grupos: aquellas que permanecieron mayor tiempo en la escuela durante su adolescencia; es decir quienes *pasaron por la preparatoria*; y aquellas que no lograron hacerlo. El primer grupo, centra su proceso de subjetivación juvenil alrededor de la socialización con el grupo de pares; la vida en la escuela y las experiencias amorosas, por lo que los casos que lo conforman experimentan mayores tensiones en la relación con sus padres, y con ello, el deseo de libertad se expresa a partir de la aspiración de distanciamiento del hogar. Así, en la medida en que éstas mujeres dependen económicamente de sus padres, las estrategias desplegadas por ellas se circunscriben al ámbito escolar identificando actividades que les permitan pasar menos tiempo en casa.

Para el segundo grupo de mujeres el deseo de libertad no puede desvincularse de las condiciones socioeconómicas experimentadas durante de la adolescencia. A diferencia de las primeras, estas mujeres logran un distanciamiento del hogar porque tienen aspiraciones por superar las condiciones objetivas de sus lugares de origen. De este modo, optan por estrategias como la migración que además de proporcionarles nuevas experiencias de vida, les permite ayudar a sus familias. Para este grupo de mujeres, provenientes de hogares en condición de pobreza, bajos niveles de escolaridad y muchas veces con historia migratoria familiar, los procesos de subjetivación juvenil giran primordialmente a partir de la incorporación al mercado de trabajo y la emigración, eventos que además de permitir cumplir con las aspiraciones de ayudar a su familia les proporciona independencia económica, nuevas interacciones sociales en los lugares de destino, una mayor libertad para decidir sobre sus vidas amorosa y prácticas sexuales, así como su capacidad para tomar decisiones sobre la organización de su tiempo libre.

CAPÍTULO V: “SI ME SALE UN BUEN MARIDO”. NOVIAZGO, INCIACIÓN SEXUAL Y VIDA EN PAREJA ENTRE LAS MADRES ADOLESCENTES

El tema de las relaciones amorosas y la vida afectiva de los y las adolescentes emergió con fuerza como objeto de estudio a partir de la década del noventa contribuyendo a la ampliación de los estudios en juventud; sin embargo, varios autores coinciden en afirmar que aún persisten vacíos analíticos importantes, demandando mayor información empírica y renovados caminos analíticos (Collignon y Rodríguez, 2010; Rodríguez, 2010). Los primeros trabajos emergieron desde diversas disciplinas. La sociología, por ejemplo, se centró en el abordaje teórico de las relaciones afectivas y las experiencias románticas de los jóvenes. La psicología, por su parte, se propuso identificar los vínculos entre las relaciones románticas y los comportamientos denominados “de riesgo” entre adolescentes, en los que se ubican las relaciones sexuales sin protección y los embarazos adolescentes, tratando de identificar los factores sociodemográficos y las condiciones que los propiciaban. Asimismo, desde los estudios sociodemográficos, se manifestaron esfuerzos considerables por identificar las transformaciones en el curso de vida de los y las adolescentes y la diversificación del calendario de los eventos característicos de la transición a la vida adulta (primera relación sexual, salida de la escuela, emancipación del hogar parental, entrada al mercado laboral, primera unión y primer hijo) como consecuencia de las transformaciones económicas, sociales y culturales de la segunda mitad del siglo XX (Echarri y Amador, 2007; Meier y Allen, 2009).

Los abordajes anteriores y los hallazgos proporcionados por cada una de estas perspectivas han permitido el planteamiento de nuevos cuestionamientos y retos analíticos respecto a las relaciones románticas; sin embargo, aún es necesario comprender con mayor profundidad la manera en que los y las jóvenes conceptualizan sus vínculos afectivos, la importancia que proporcionan a las relaciones románticas, y sobre todo es preciso construir puentes entre dichas temáticas y los estudios sobre juventudes (Meier y Allen, 2009; Gevers, Jewkes y Mathews 2012). Para el caso mexicano, Collignon y Rodríguez (2010) argumentan que tras la explosión de los estudios sobre juventud, iniciada en los años noventa, emergieron distintos abordajes analíticos mayoritariamente en torno a las prácticas sexuales de los y las jóvenes, y en menor

medida sobre la afectividad y las relaciones amorosas en la construcción del sujeto juvenil, dimensión que continúa reclamando un atención particular.

Para Furman (2002), la importancia de la vida amorosa y la visibilidad de las relaciones románticas entre los y las jóvenes radica en su relación con otros aspectos de la vida, como: la contribución de la dimensión afectiva en la construcción identitaria y los procesos de subjetivación juvenil, el desarrollo de la sexualidad y las transformaciones en las relaciones familiares. De esta manera, este capítulo se propone identificar la relación que guarda la vida amorosa, en particular el comienzo de la vida en pareja durante la adolescencia, con la vivencia del embarazo y la experiencia de la maternidad adolescente, así como el sentido que las mujeres le atribuyen a sus primeras experiencias amorosas. Para ello, se identificaron cinco eventos que, de acuerdo al análisis de la información empírica, guardan una estrecha relación con el desarrollo de las relaciones amorosas en la adolescencia: El primer noviazgo oficial, la iniciación sexual, la primera unión, el primer embarazo y la primera maternidad. El orden de ocurrencia de estos eventos, o bien la manera en que se yuxtaponen, así como las cadenas de significado tejidas por las relaciones entre los mismos posibilitó la construcción de tres trayectorias biográficas. A su vez, dichas trayectorias visibilizaron la existencia de patrones o características comunes a ciertos grupos de mujeres, y acercarnos a las condiciones objetivas y simbólicas que median las valoraciones atribuidas a la maternidad entre las mujeres jóvenes. Finalmente, es importante mencionar que la construcción y análisis de las trayectorias presentadas constituyeron recursos centrales para la elaboración de una tipología de maternidad re-significada, presentada en el capítulo seis de esta investigación.

Las trayectorias constituyen herramientas conceptuales y metodológicas importantes dentro del campo de estudio de lo biográfico; ya que permiten captar el carácter dinámico y cambiante de las vivencias de los individuos teniendo en cuenta distintas escalas temporales en sus biografías (Roberti, 2012). El análisis a partir de la construcción de trayectorias se enmarca en el paradigma del *curso de vida*, que empezó a desarrollarse a partir de la década del setenta y en el que se destacan las contribuciones realizadas por Glen Elder (1975; 1994). En términos generales puede plantearse que la perspectiva del curso de vida surge como una propuesta interdisciplinaria que toma como ejes de análisis las temporalidades y las secuencias

individuales, enfatizado en los cambios que se producen en el tiempo de vida de los individuos de acuerdo al entrecruzamiento de distintos eventos contextualmente situados (Elder, 1994; Ariza, 2000; Blanco y Pacheco, 2003). Siguiendo el planteamiento de Roberti (2012), para analizar y comprender las biografías individuales es preciso articular los diferentes escenarios sociales en los que se desarrollan las vivencias de los actores, las etapas cronológicas atravesadas, tanto a nivel individual como colectivo, y el contexto histórico en el que se enmarcan sus experiencias.

Sumado a lo anterior, el enfoque metodológico del curso de vida involucra tres conceptos fundamentales: el de trayectoria, el de transición y el de *turning point* o puntos de inflexión. De acuerdo con Elder (1975), la trayectoria hace referencia a una línea o carrera de vida que puede cambiar de dirección a través del tiempo, por lo cual no manifiestan una secuencia exclusiva. Para Blanco y Pacheco (2003), por su parte, las trayectorias involucran distintos dominios de la vida de un individuo, los cuales son interdependientes entre sí. Las transiciones hacen referencia a los cambios que se producen en dichos dominios de vida y tienen lugar a lo largo de dichas trayectorias. La ocurrencia de dichas transiciones se produce de manera homogénea y diversa entre los individuos; y, aunque algunas transiciones se encuentran institucionalizadas en distintos contextos culturales en la práctica, el orden en que suceden así como el calendario de las mismas, a menudo escapan a las expectativas sociales y culturales vigentes (Ariza, 2000; Blanco y Pacheco, 2003; Roberti, 2012). El concepto de punto de inflexión hace referencia a momentos de cambio significativo o rupturas que modifican la dirección del curso de vida de los individuos y alteran las transiciones, como es el caso de la maternidad adolescente (Elder, 1994; Blanco y Pacheco, 1994). Este concepto, puede ser comparado con el de *epifanías* de Denzin (1989), mencionados en el capítulo metodológico, el cual tiene el potencial de generar virajes en las biografías al mismo tiempo que alteran las estructuras de significación de las vivencias.

A partir de lo señalado anteriormente, en este capítulo nos centramos particularmente en las trayectorias amorosas de las mujeres durante la adolescencia, comprendidas como sendas biográficas delimitadas por los cinco eventos mencionados: primer noviazgo formal, iniciación sexual, primera unión, primer embarazo y primera maternidad. Es importante señalar que la

cuestión de la vida amorosa no se contempló en un inicio de la investigación como un tema para abordar en un capítulo; sino más bien como una dimensión en la construcción subjetiva de las jóvenes durante el período de su adolescencia, considerando la revisión de la literatura llevada a cabo en la que se establecen claras relaciones entre la primera unión y el embarazo entre las jóvenes mexicanas (Sánchez, 2003; Ojeda, 2013; Rocha, 2013). Sin embargo, durante la codificación y el análisis de la información empírica emergió la importancia de la relación de pareja, y con ello de la vida afectiva en la construcción subjetiva juvenil de las mujeres. La experiencia del noviazgo y el enamoramiento, la decisión de establecer una vida en pareja, las circunstancias bajo las cuales ésta se produjo y la calidad de misma representan elementos vinculados a la manera de experimentar y significar la maternidad en la adolescencia.

Metodológicamente, cabe señalar que la construcción de las trayectorias fue el resultado de un proceso de ida y vuelta entre la literatura y los datos empíricos. Como se observa en el cuadro uno, los casos de estudio están distribuidos de manera particular en las tres trayectorias y esbozan tres comportamientos claramente diferenciados. Por un lado, la trayectoria *convencional-deseada*, experimentada por cinco casos, se caracteriza por un breve noviazgo durante la adolescencia, seguido de la unión y dentro de ésta la ocurrencia del nacimiento del primer hijo. Empero, dentro de la misma hay matices importantes frente a la iniciación sexual; ya que para algunas mujeres los primeros encuentros sexuales se produjeron antes de la unión y para otras tuvieron lugar una vez establecida la vida en pareja. De otro lado, se encuentra el grupo de mujeres que siguió la trayectoria denominada *disruptiva*, que en contraste con la primera, el embarazo y la maternidad ocurrieron fuera del marco de la unión representando una ruptura significativa con la manera de asumir la maternidad entre la mayoría de las mujeres entrevistadas. Por último, la *trayectoria esperada*, la cual reúne el mayor número de casos, y que situamos como intermedia entre las dos anteriores, exhibe un comportamiento en el que la ocurrencia del primer embarazo motiva la consolidación de la vida en pareja como una forma de alcanzar el orden socialmente esperado (especialmente por los padres) de transición a la vida adulta. Finalmente, es importante aclarar que a lo largo del presente capítulo se entiende por unión la situación conyugal de las mujeres, la cual abarca tanto a las uniones libres como a las sancionadas legalmente, haciendo la distinción entre ambas cuando sea conveniente.

Cuadro 5.1. Trayectorias amorosas de las mujeres madres adolescentes, residentes en Tijuana de acuerdo a la secuencia de eventos experimentada.

Trayectoria	N. de casos	Secuencia de eventos
Trayectoria convencional-deseada	2 casos	Primer noviazgo oficial-primera unión-iniciación sexual-embarazo-maternidad
	3 casos	Primer noviazgo oficial -iniciación sexual-primera unión-embarazo-maternidad
Trayectoria esperada	14 casos	Primer noviazgo oficial-iniciación sexual-embarazo-primera unión-maternidad
	2 casos	Primer noviazgo oficial-iniciación sexual-embarazo-Maternidad-primera unión
Trayectoria disruptiva	3 casos	Primer noviazgo oficial-Iniciación sexual-embarazo-maternidad

Fuente: Elaboración propia con información obtenida de las entrevistas realizadas.

5.1 Trayectoria convencional-deseada: Primera unión-Embarazo-Maternidad.

La trayectoria *convencional-deseada* se caracteriza porque tanto el embarazo como la maternidad de las adolescentes ocurrieron dentro del marco de una unión, haya sido ésta consensual o legalmente sancionada. Se denomina *convencional-deseada* porque si bien tan sólo un grupo de las mujeres entrevistadas siguió el orden de eventos que la caracteriza: primer noviazgo formal, primera unión, iniciación sexual (el cual ocurrió antes o después de la unión), primer embarazo y primera maternidad, esta trayectoria tuvo una valoración positiva fuertemente arraigada en sus narraciones, al referirse al período de su adolescencia.

De igual forma, el adjetivo de *convencional-deseada* tiene que ver con que sin importar las trayectorias que las entrevistadas hayan seguido a lo largo de sus biografías, y aunque no hayan experimentado necesariamente este orden de eventos, gran parte de ella expresó su deseo de consolidar una vida en pareja antes de experimentar un embarazo. De hecho, algunas mujeres plantearon su arrepentimiento por no haber logrado conseguir el orden de los eventos que esta trayectoria supone. Así, la importancia cualitativa de la conyugalidad no se reduce necesariamente al grupo de mujeres que siguió esta trayectoria, sino que está presente en la mayoría de los relatos de las entrevistadas cuando se refieren al período de su adolescencia, considerando a la unión como una forma de “salir bien” o “hacer las cosas como se deben”. En este sentido, las valoraciones subjetivas de la vida en pareja se entrecruzan con la dimensión objetiva de la cultura afectiva, en la que tener un hijo dentro del marco de una unión es

fuertemente valorado, sobre todo al interior del ámbito familiar, promoviendo prácticas de vigilancia y control, por parte de los padres, para que este orden de eventos pueda mantenerse.

No obstante, resulta relevante el hecho de que a pesar del deseo manifestado por las mujeres entrevistadas de haber seguido esta trayectoria, las experiencias y circunstancias vivenciadas por las informantes durante la adolescencia dificultaron, para la mayor parte de éstas (ver cuadro uno), conseguir dicho orden de eventos. De hecho, de los 24 casos de estudio contemplados, cinco experimentaron el orden de eventos en cuestión. Igualmente, un hallazgo importante en los relatos de estos cinco casos es que las valoraciones positivas frente a la trayectoria *convencional-deseada*, se van transformando en el tiempo. En la medida en que las relaciones de pareja no se desarrollaron como se esperaba y el ideal de amor romántico sobre el cual se sostuvieron fue socavado por las vivencias cotidianas con la pareja, las mujeres en cuestión han ido desplazando la centralidad de la conyugalidad en sus biografías.

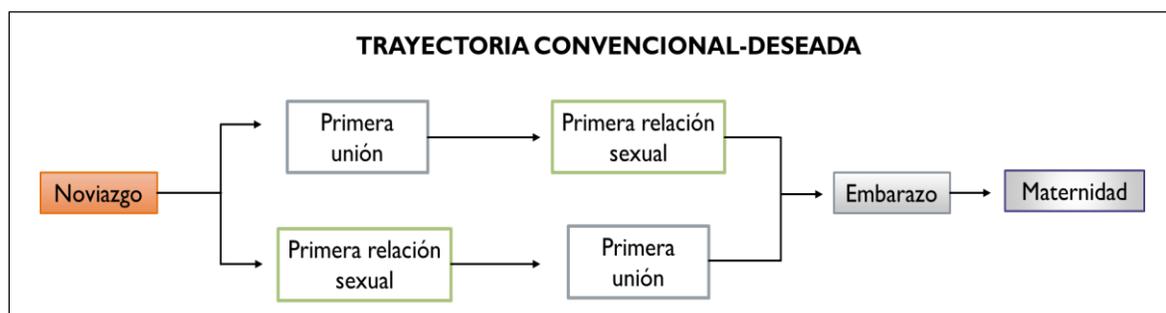
Esta trayectoria resulta relevante ya que la vivencia del embarazo y la maternidad se experimentan de manera distinta de acuerdo a la situación conyugal de las jóvenes. Además, las circunstancias bajo las cuales se produce la unión, antes o después de la embarazo, da cuenta de las motivaciones particulares frente a la maternidad, que para este grupo de mujeres representó un evento esperado, aunque no necesariamente planeado. Una de las particularidades que más se destacan de esta trayectoria en las narrativas de las mujeres que la siguieron es el esfuerzo por diferenciar claramente la temporalidad de los eventos, admitiendo que aunque fueron madres “jóvenes”, se encontraban unidas al momento del embarazo. Empero, un análisis detallado de las narraciones permite entrever que a pesar de los esfuerzos por realizar una distinción discursiva del momento en el que ocurrió el embarazo y la unión, en la práctica estos eventos tienden a traslaparse haciendo que, en términos vivenciales, los sentidos atribuidos a cada uno de ellos se encuentren estrechamente asociados.

La simultaneidad del inicio de la vida sexual, la primera unión y el primer embarazo es expresada, al interior de este grupo de mujeres, en dos direcciones, como lo muestra la ilustración uno. De las cinco mujeres que siguieron esta trayectoria, tres tuvieron su primer encuentro sexual antes de la unión y fue determinante para la decisión de matrimonio o

cohabitación. Para algunas, la motivación en tener la primera relación sexual fue el proyecto de unión trazado, el cual se concretó tan sólo días después de este primer encuentro. Sin embargo, el temor de que los padres descubrieran la iniciación sexual de sus hijas repercutió en apresurar la decisión de iniciar la vida en pareja, por parte de las adolescentes. Para las dos mujeres restantes, el inicio de la vida sexual era un evento esperado y aceptado por sus familias, en tanto se produjo una vez establecida la unión. A pesar de las diferencias en el calendario de ocurrencia de la primera relación sexual, uno de los rasgos distintivos de esta trayectoria es que dicho evento se produjo con el primer novio y con quienes, posteriormente, las mujeres decidieron establecieron una unión, y el primer embarazo tuvo lugar entre dos a seis meses después de iniciada la vida en pareja.

Otro de los elementos relevantes en este grupo de mujeres es el motivo de la unión. Como se mencionó anteriormente, la primera relación sexual fue para algunas, lo que impulsó la decisión de juntarse; no obstante, desde de antes que este evento se llevara a cabo las mujeres que siguieron esta trayectoria manifestaron el deseo de dejar el hogar parental y establecer una unión como una manera de tener mayor libertad para estar con sus novios, porque se sentían solas o porque la pareja tomó la iniciativa de juntarse y las convenció. Esta última motivación es un elemento transversal en los cinco casos. Fueron los varones quienes les propusieron matrimonio o manifestaron el deseo de cohabitar a las jóvenes, y son ellos quienes hablaron con los padres para “pedir a la novia” o bien, para “dar la cara” en los casos en los que la joven dejó el hogar sin permiso de los padres, antes de la unión. Así, aunque las mujeres manifestaran la unión como un proyecto conjunto, quienes toman la iniciativa de cuándo unirse y dónde vivir son los varones, algunas veces en conjunto con los padres de la joven.

Esquema 5.1 Trayectoria convencional-deseada experimentada por cinco de las entrevistadas.



Fuente: Elaboración propia con información obtenida de las entrevistas realizadas.

A nivel individual, las jóvenes que siguieron esta trayectoria presentan características que las distinguen claramente de las demás mujeres entrevistadas, sobre todo durante la adolescencia, promoviendo cierta homogeneidad al interior del grupo. Las informantes provienen de familias con niveles socioeconómicos bajos y en condición de precariedad socioeconómica; al igual que sus padres, alcanzaron bajos niveles de escolaridad (algunas terminaron la primaria y otras no concluyeron la secundaria), en sus historias familiares es común encontrar un referente de unión y embarazo temprano a través de sus madres o hermanas; y, como se observa en el cuadro número dos, esta trayectoria reúne a las mujeres con las edades más tempranas al primer noviazgo e inicio de la vida sexual y reproductiva, como es el caso de Marisol, Adela y Nora.

Cuadro 5.2. Perfil de mujeres madres adolescentes, residentes en Tijuana, que experimentaron la trayectoria convencional-deseada, según características de la primera unión.

CASOS QUE EXPERIMENTARON LA TRAYECTORIA CONVENCIONAL-DESEADA: PRIMER NOVIAZGO, INICIACIÓN SEXUAL, PRIMERA UNIÓN, PRIMER EMBARAZO Y PRIMERA MATERNIDAD									
Informante	Edad Actual	Edad al noviazgo	Edad del novio	Duración del noviazgo	Edad a la unión	Tipo de unión	Lugar de residencia después de la unión	Tiempo entre la unión y primer embarazo	Duración de la unión
Marisol	33	13	18	24 meses	15	Libre	Casa de la suegra	2 meses	7 años
Eliana	34	17	21	6 meses	17	Casada (civil)	Casa de la pareja	5 meses	7 años
Sara	35	13	16	12 meses	14	Libre	Casa de la suegra	6 meses	19 años
Adela*	36	17	21	6 meses	17	Libre	Casa propia	3 meses	Continúan
Nora	30	15	20	5 meses	15	Casada (civil)	Casa de la pareja	2 meses	3 años

*Para este caso se tuvo en cuenta el noviazgo formal a partir del cual se produjo la primera unión; ya que esta mujer había tenido otro noviazgo anteriormente.

Fuente: Elaboración propia con información obtenida de las entrevistas realizadas.

Acorde con las características señaladas anteriormente. Un estudio llevado a cabo por Stern y Menkes (2008), utilizando distintas encuestas nacionales, permitió entrever que si bien los embarazos tienden a ocurrir en mayor proporción entre mujeres unidas (casadas o en cohabitación), la situación guarda matices de acuerdo al sector socioeconómicos al que pertenezcan las jóvenes en México. Los autores construyeron una variable denominada *estrato de pertenencia* usando información de las familias de origen y del hogar donde vivían las jóvenes al momento de la encuesta, y encontraron que en los estratos más bajos había una tendencia a unirse y después embarazarse, trazando una trayectoria de unión y maternidad tempranas (Stern y Menkes, 2008).

El análisis de las narrativas de las mujeres entrevistadas que siguieron esta trayectoria giró en torno a tres dimensiones, las cuales permitieron comprender la manera en que se articulaba la experiencia de la unión, el embarazo y la maternidad. Así, a partir de dichas dimensiones: vida

amorosa-noviazgo, desarrollo de la vida en pareja e inicio de la vida sexual y calidad de la unión, se encuentran estructurados los hallazgos obtenidos para este grupo de mujeres.

5.1.1 La vida amorosa-noviazgo.

Por vida amorosa entendemos las experiencias de noviazgo de las mujeres y la manera en que interactuaban con los varones durante su adolescencia. A excepción del caso de Adela, quien tuvo un novio antes de la primera pareja con quien estableció su primera unión, las mujeres que siguieron esta trayectoria tuvieron una única experiencia amorosa antes de iniciar su vida en pareja, la cual fue experimentada con su cónyuge y padre del primer hijo. Como ya se mencionó anteriormente, las mujeres que siguieron esta trayectoria alcanzaron bajos niveles de escolaridad (tres de ellas cursaron hasta la primaria y dos no terminaron la secundaria) promoviendo que los lugares de socialización con los varones, y donde transcurrieron sus experiencias amorosas, fueran: la colonia de residencia y el lugar de trabajo principalmente. De igual forma, al momento del noviazgo las mujeres de este grupo se encontraban insertas en el mercado de trabajo (formal e informal), o ayudaban en los negocios familiares.

Las entrevistas permitieron contemplar que las jóvenes que siguieron esta trayectoria compartían el mismo nivel socioeconómico y escolaridad alcanzada con su novio, como lo narran Marisol y Sara:

Conocí al muchacho, al papá de mis hijos. Yo lo conocí por cierto en la línea [frontera Tijuana-Estados Unidos] donde mi mamá tenía su puesto. Él también hacía allí viajes de sacar las maletas del otro lado [Estados Unidos], ya ve que antes se podían sacar las maletas y sacar los carritos, ¿no sé si recuerda? Ah, pues ahí lo conocí” (Marisol, edad a la primera unión 15 años).

Yo lo conocí en la colonia donde vivíamos [primer esposo]. Nosotros vivíamos en la colonia Lomas Taurinas, está para allá para la colonia Aeropuerto. Ahí vivíamos mi mamá, mi papá y mis tres hermanos, los más chicos. [...] De primero no me gustaba, pero ya después cuando ya fui hablándole más, más teniendo confianza como que ya más me llamaba la atención (Sara, edad a la primera unión 14 años).

La vida amorosa de este grupo de mujeres se expresa de una manera distinta, en comparación con las demás entrevistadas. En las narraciones, el noviazgo se construye como una experiencia caracterizada por la poca interacción con el varón. Aunque hay noviazgos que tuvieron una

duración aproximada de un año (como lo muestra el cuadro dos), los momentos compartidos como los novios fueron limitados. Las interacciones se reducían a visitas esporádicas cuando los padres no se dan cuenta o bien, se buscaban momentos dentro de su cotidianidad para verse: los varones acompañaban a las mujeres a la parada del camión, se producían encuentros cortos cuando las jóvenes iban por las tortillas o a la farmacia e iban a buscarlas a sus lugares de trabajo sin que los padres se dieran cuenta. Así, las posibilidades de conocer a la pareja antes de decidir *juntarse* eran muy reducidas. Nora por ejemplo, cuenta que se empezó a tratar con su novio porque iba a comer en el puesto de comidas que tenía su familia en la línea fronteriza, y en el que ella ayudaba en las tardes después de llegar de la secundaria. Al principio del noviazgo su pareja era muy cariñosa; sin embargo, una vez establecida la unión, cinco meses después de haberse conocido, la relación cambió y su pareja empezó a ejercer violencia física y verbal sobre ella. “Aquí venía a comer con nosotros [Puesto de comida] y ahí nos empezamos a tratar, a hablarlos, a ir al cine. En ese tiempo me gustaba que era muy cariñoso, muy buena persona, pero las personas cambian” (Nora, edad a la primera unión 15 años). Igualmente, Marisol cuenta que aunque su noviazgo tuvo una duración de dos años, las actividades que realizaba con su pareja no eran muchas pero se sentía amada al estar con él. No obstante, con el paso del tiempo, se produjeron cambios en su relación. Su pareja empezó a consumir drogas y la manera en que éste se relacionaba con ella se tornó violenta, tanto verbal como físicamente.

Al cine fuimos dos veces. Y luego fuimos a ver a “Tauros de Brasil” en el Cecut [Centro Cultural Tijuana], que todavía me acuerdo y ya. Donde sí me llevaba era a comer tacos de carne asada, tostaditas de carne asada. Pero así que saliéramos a fiestas, no. [Silencio] era bueno el muchacho, se miraba responsable, pero después ya cambiaron las cosas. Primero todo es dulce, ya después [Silencio] (Marisol, edad a la unión 15 años).

En las narrativas de las mujeres de este grupo se evidencia que la afectividad, en la adolescencia, se sostiene sobre un *imaginario amoroso romántico*, utilizando un concepto de Collignon y Rodríguez (2010). Para las autoras, este imaginario incluye una serie de idealizaciones sobre la centralidad de la unión en los proyectos de vida de las mujeres, en el que el establecimiento de los roles de género asigna a las mujeres la maternidad como un corolario ineludible de la unión. Asimismo, el cortejo, fundamental en el noviazgo, es llevado a cabo exclusivamente por el varón y las relaciones amorosas tienen como fin último la institucionalización del vínculo y la perdurabilidad del mismo por toda la vida. Estas características del *imaginario amoroso*

romántico están presentes en los relatos de las mujeres al mencionar sus expectativas amorosas durante la adolescencia; no obstante, éstas tienden a transformarse con el paso del tiempo y con la experiencia vivida, tal como lo expresa Marisol, quien se separó del padre de su primer hijo y actualmente estableció otra unión de pareja: “Yo pensé que mi matrimonio iba a ser para siempre. O sea, cuando me junté, porque nunca me casé, yo sí dije: “Ah, bueno. Si ya me junté va a ser para siempre”. Pero no fue así [llantos]” (Marisol, edad a la unión 15 años).

Las expectativas por la institucionalización del vínculo amoroso, mencionado por Collignon y Rodríguez, (2010), hace necesario mencionar una particularidad de las entrevistadas que siguieron la trayectoria *convencional-deseada*; ya que para ellas la legitimidad de la unión no pasa necesariamente por la institucionalidad de un matrimonio civil o religioso, sino por el hecho de que el varón asuma públicamente (ante la familia) la cohabitación, denominado por las mujeres como “dar la cara” o “hablar con lo familia”. Un estudio llevado a cabo por Ojeda (2011), con adolescentes fronterizas: residentes en Tijuana y latinas de origen mexicano en San Diego, encontró que para el caso de Tijuana, aunque las uniones libres constituyen un tipo de arreglo conyugal que ostenta cada vez más aceptación entre las jóvenes, dicha práctica se sostiene sobre el mismo ideal tradicional asociado con las uniones sancionadas institucionalmente, en el que el objetivo inicial de la vida en pareja es el de conformar una familia y la procreación. Así, el “estar juntos sin estar casados”, plantea la autora, aunque representa una alternativa que les permite a las jóvenes satisfacer su deseo de ser amadas y tener una experiencia amorosa sin restricciones, constituye un vehículo para alcanzar un ideal mayor: el de convertirse en madres, adhiriéndose a un imaginario en el que el fin de la conyugalidad es la procreación (Ojeda, 2011: 256).

A partir del argumento de Ojeda, (2011) se puede plantear que si bien las uniones libres establecidas por las mujeres que siguieron la trayectoria *convencional-deseada* representan un resquebrajamiento con la institucionalidad del matrimonio, la cohabitación no implica necesariamente un rompimiento con el imaginario sobre el cual se sostiene el matrimonio religioso. Para estas mujeres, la unión libre legitima el inicio de la vida sexual y la maternidad, como narra Adela: “Ya cuando nos fuimos a vivir juntos ya sabía que si ya salía embarazada iba

a ser porque ya estábamos juntos, no pasaba nada y mi mamá pues nada que ver [no se enojaría]” (Adela, edad a la primera unión 17 años).

5.1.2 La decisión de estar con él e iniciación de la vida sexual:

Si bien la decisión de consolidar una unión, para este grupo de mujeres, adquiere distintos matices, en los relatos de vida se evidencia un elemento común mencionado por las informantes: el deseo de los varones por establecer una unión. El estudio citado anteriormente, llevado a cabo por Ojeda (2011), también señala que las percepciones frente a las uniones libres varían de acuerdo a referentes de género. En su investigación, la decisión de establecer una unión libre parece tener más ventajas para los varones, en comparación con las mujeres jóvenes quienes sostienen que este arreglo conyugal puede limitar el compromiso que los hombres manifiesten frente a la vida en pareja y sobre todo su responsabilidad frente a la paternidad. En las narraciones analizadas, las entrevistadas mencionaron que fueron sus parejas quienes tomaron la iniciativa de preguntarles si les gustaría unirse, insistieron en la unión durante el noviazgo ante la negativa de algunas ellas y posteriormente, cuando la mujer accedió, tomaron la decisión de hablar con los padres de la joven para solicitar su aprobación.

Me había dicho que se quería juntar y esto. Y yo en sí le había dicho: “espérate un poco más de tiempo”. Pues, me lavó el coco y ya. Haga de cuenta que fue así. Él [Novio] me dijo: “¿Sabes qué? Yo me quiero juntar contigo”; y yo pues también [Silencio], él me gustaba. Y le dije: “Está bien”, ya teníamos tiempo de novios. Entonces yo le contesté: “Hay que hablar con mi mamá”, yo lo quería” (Marisol, edad a la primera unión 15 años).

Y este, vivíamos nada más el momento de nosotros y siempre él [Novio] me decía que él se quería casar, pero yo le decía que todavía no. Le decía: “pues a lo mejor nos casamos pero más adelante, todavía me falta mucho por recorrer”, le decía yo. Él siempre me decía: “No, pero podemos recorrerlo juntos. Si no quieres tener hijos pronto no tenemos”. “No”, le decía yo” (Adela, edad a la unión 17 años).

Ante el argumento anterior, surgió la inquietud acerca de ¿cuáles elementos propician que las jóvenes acepten iniciar una vida en pareja? Aunque algunas mencionaron que el sentimiento afectivo era un aliciente suficiente para aceptar *juntarse*; el análisis de las narrativas permitió identificar que las mujeres perciben la unión como una estrategia para hacer frente a tres

elementos concretos: el control parental, el sentimiento de soledad y el deseo de protección, los cuales no son excluyentes y en algunos casos se experimentan al mismo tiempo.

5.1.2.1 *Control parental.*

Como se mencionó brevemente al final del capítulo anterior¹⁹, el control de los padres hacia la vida amorosa de sus hijas genera conflictos y tensiones al interior del hogar, haciendo que las jóvenes consideren la unión como una forma de poder tener más libertad de estar con sus parejas y salir con sus amigos. Adela, por ejemplo, cuenta que su mamá no aceptaba a su novio y que constantemente tenía discusiones con ella. Su madre se enteró de su noviazgo a los seis meses de haberse iniciado, cuando volvió de una estancia en Guaymas, Sonora (lugar de origen). La hermana mayor de Adela, quien estaba a su cuidado le dio permiso de tener novio, pero cuando su mamá llegó a Tijuana empezaron los problemas; ya que ella no estaba de acuerdo con la relación. Así, Adela empezó a buscar estrategias para dejar el hogar parental. Había contemplado rentar con unas compañeras del trabajo; pero su novio le propuso que viviera con él. Adela lo narra de la siguiente manera:

Cuando tenía como seis meses de novia con él [Novio], seis meses o menos yo creo, viene mi mamá y empiezo a tener problemas. Mi mamá no lo quería. Ella siempre lo miraba como una persona desconocida, decía que como él era del sur [Silencio] decía: “¿Él no tiene familia aquí? ¿Cómo sabes si él es casado? ¿Él es más grande que tú?, se mira más [Silencio] ¿Y cómo sabes que sí es su edad?”. O sea, siempre había un defecto. Yo sí confiaba en él, lo miraba serio, honesto, sincero. Entonces, ya le empecé a platicar y le dije [al Novio]: “¿Sabes que estoy pensando? Tengo otra compañera que se quiere ir de su casa pero van a rentar ellas un departamento. Me dan ganas de irme con ellas. Y ya me dijo él: “No, pero aquí es muy difícil porque la gente no es muy confiable. Tú no sabes cómo andan tus amigas”, y así empezó a decir: “Mejor vamos a casarnos” (Adela, edad a la primera unión 18 años).

Eliana, por su parte, sugiere que durante la adolescencia consideró que tener un marido le permitiría poder salir más de casa e interactuar con otras personas; ya que su papá mantenía un control bastante estricto con sus hijas y sus actividades fuera del hogar. Eliana era la hermana menor y se podía dar cuenta de la manera en que su padre golpeaba a sus hermanas si le desobedecían, por lo que ella tenía miedo de la reacción del padre si se enteraba que tenía novio. “[...] antes mi papá nos prohibía [Eliana y sus hermanas] ir a la calle y tenías que hacer caso,

¹⁹ Capítulo IV titulado: “Convertirse en adultas desde la perspectiva de las madres adolescentes”.

pero aquí no [En la relación con su pareja]. ¡El marido no puedo tenerte encerrada completamente y tú no salir!” (Eliana, edad a la unión 17 años).

Aunque el control parental es un elemento común en los relatos de las cinco mujeres que siguieron esta trayectoria, la decisión de unión como estrategia para enfrentarlo se lleva a cabo de dos maneras: en algunos casos los varones van a “pedir a la novia”; es decir, solicitan a la familia de la joven el permiso para casarse o unirse. En otros casos la pareja decide “irse” a escondidas de su familia y luego “dar cara”, buscando el consentimiento de los padres. Las dos formas de dejar el hogar parental guardan un estrecho vínculo con la vivencia de la primera relación sexual. En las narraciones, la costumbre de “pedir a la novia” se exhibe entre aquellas mujeres que llegaron vírgenes a la unión, como el caso de Marisol y Eliana. Ambas tuvieron su primera relación sexual una vez habían iniciado la vida en pareja, por lo que la virginidad tenía un gran valor para ellas. Marisol narra: “Ya hasta que nos juntamos ya pasó lo que tenía que pasar. Él nunca me dijo antes y yo tampoco le di motivos para que él me dijera. Yo siempre me di a valer, pues para que él me mirara que no era [Silencio]” (Marisol, edad a la unión 15 años).

En el segundo caso, la primera relación sexual ocurrió antes de la unión. Nora, Adela y Sara decidieron irse con sus parejas sin el consentimiento de sus padres y días después, la pareja volvió a la casa de la joven a “dar la cara” y comunicarles que se unirían. Pese a que en sus narrativas es claro que había un proyecto conyugal en mente cuando deciden irse de la casa, la decisión de concretarlo se anticipa, como consecuencia de la reacción de sus padres ante su ausencia y por el temor de las jóvenes de que éstos se dieran cuenta que ya no eran vírgenes. En estos casos, los padres no se oponen a la unión, ya que consideraban que era el paso a seguir después de que sus hijas probablemente hubieran tenido relaciones sexuales; y en el caso de Nora, por ejemplo, los padres forzaron el matrimonio por considerar que la unión legal era lo más adecuado si ya habían mantenido relaciones sexuales. Como Nora era menor de edad al momento de la unión, los padres dieron el permiso para que su hija se casara: “Mis papás se dieron más o menos cuenta [De que se habían ido juntos] porque a él [Novio] tampoco lo miraban ni nada. A los dos días decidimos dar la cara y yo con un montón de miedo con mi papá. Yo llegué y no sabía ni qué decir. Pues mi papá muy enojado me dijo: “No, pues se tienen que casar” (Nora, edad a la primera unión 15 años).

Sara por su parte menciona que accedió a irse con su novio para navidad, pero una vez fuera de casa pensaba en la preocupación que podría tener su mamá al no encontrarla. No obstante, como ya habían tenido relaciones sexuales, la pareja decide juntarse, siendo iniciativa del varón el ir a hablar con la mamá de Sara y pedir su consentimiento para que vivieran juntos.

Yo pensaba mucho en mi mamá, yo decía: "Mi mamá es la que va a sufrir", porque yo estaba bien apegada con ella. Yo decía: "Mi mamá va a sufrir mucho, ¿no?". Y él me dijo: "Ándale, vámonos a juntar". Y un día, el 23 de diciembre, me acuerdo, me dijo: "Bueno, vámonos", y ya fue cuando yo me junté con él. Pero ya al siguiente día él fue a hablar con mi mamá, y fue su mamá también, y le dijo su mamá a mi mamá que quería que me casara bien (Sara, edad a la primera unión 14 años).

Adela menciona que tras una discusión con su madre decidió irse de casa por unos días. Pensaba irse a la casa de una amiga pero al contarle a su novio sobre la discusión familiar éste le propone que se quede en su casa (él vivía solo en una habitación porque su familia no era de Tijuana). Al pasar los días Adela tiene miedo de volverá su casa y enfrentar a su madre; porque ya había tenido relaciones sexuales con su pareja; por lo que la decisión de irse a vivir juntos aminoraría la vergüenza y el miedo de Adela a enfrentar a su madre.

Pero yo no quería venir [Casa de la madre], porque yo le tenía miedo a mi mamá. Y a los 15 días ya volvimos y le dije [Novio]: "¿Sabes qué? Yo creo que ya es tiempo que demos al cara los dos porque pues ya lo hecho, hecho está y ya lo que sea" [...]. Y él le dijo [Mamá]: "No, si ustedes me dice que me case, yo ahorita mismo me caso". Yo le dije: "No, yo todavía no me quiero casar". Y mi mamá decía: "¿Qué hiciste?" [Risas]; le dijo [Novio]: "Mira, lo único que te encargo es que nunca la vayas a tratar mal, que se lleven lo mejor que puedan. No va a ser fácil, porque un matrimonio no es fácil. De hecho Adela de sus hermanas ya ha visto como han vivido y pues ojalá que le sirva a ella para ser mejor que ellas (Adela, edad a la unión 17 años).

5.1.2.2 Sentimiento de soledad y deseo de protección.

Sumado al control parental, otros de los elementos que incentivaron la decisión de consolidar una unión es el sentimiento de soledad de las mujeres cuando se encontraban en la adolescencia. Las narraciones de las mujeres que siguieron esta trayectoria mencionan la ausencia de sus padres y la falta de comunicación con ellos, como consecuencia de las largas jornadas de trabajo que ambos padres debían cubrir. Así, compartir con una pareja representaba una manera de sentirse acompañadas, y sobre todo de sentirse protegidas, como narra Adela: "Pues yo decía: "Si a mí me da la gana de irme pues [...]"; tú ya sabes cómo es a veces uno, caprichosa, enojada

y todo [En la adolescencia]. Y pues ya nos quedamos juntos y ya me dijo [Novio]: “Piensa bien las cosas”. Y yo como que a la vez me sentía [...], como protegida también. Y pues ya decidí quedarme [juntarse con la pareja]” (Adela, edad a la unión 17 años).

Marisol por su parte, se sentía sola porque su mamá tenía una nueva pareja con la que pensaba comenzar una unión. Así que cuando su novio le propone juntarse con él ella accede. Llevaban dos años de novios y Marisol consideraba que la unión era el siguiente paso para consolidar su relación. Marisol era la menor de tres hermanas y para su madre, la opción de que su hija se juntara era aceptada y representaba una manera de alguien más se ocupara de ella; así que no se opuso a la decisión de que su hija iniciara una vida en pareja a los 15 años.

Pues la verdad en ese tiempo [Silencio], yo le voy a ser sincera, yo sí me quise ir con él porque has de cuenta que mi mamá en ese tiempo estaba dejada [Tenía una novio]. Pero mi mamá ya tenía un novio, y la verdad yo no quería. Pero, después yo me puse a pensar: “Ya vamos pa grandes, mi mamá tampoco se va a quedar sola”. Yo la verdad no me llevaba bien con ese señor. Pero cuando mi mamá se juntó habló con nosotros, más que nada conmigo porque yo era la que todavía estaba con ella. Me dijo: “Me voy a juntar. Si tú ves un día que él te falta el respeto o algo, tú dime. Yo soy tu mamá y yo apoyo, tu primero estás que él”. Ya ella se juntó. La verdad es que yo dije “Bueno ya se juntó” y fue cuando yo le dije a él que sí, y ya fue a hablar con mi mamá. [...] Mi mamá me dijo: “Yo no te puedo estar cuidando porque trabajo”. Y pues ya tuve 15 años y él [Novio] le dijo a mi mamá que se quería juntar (Marisol, edad a la unión 15 años).

5.1.2.3 *Iniciación sexual:*

Como se ha venido mencionando en los apartados anteriores, la iniciación sexual de las entrevistadas se produjo con la pareja con quienes establecieron la primera unión. Sin embargo, unas mujeres llegaron vírgenes al matrimonio y otras tuvieron su primera relación sexual antes de la unión, siendo este evento aquel que apresuró la concreción del proyecto de vida en pareja, por decisión propia de las mujeres o bien por presión de los padres. Para las primeras mujeres, el encuentro sexual estaba legitimado por el vínculo con la pareja, mientras que para las segundas, el miedo a que los padres descubrieran que no era vírgenes, o a *salir embarazadas* fuera de un vínculo conyugal aceleró el proyecto de vida en pareja por temor a la reacción de los padres, como narran Nora y Adela:

No, yo quería, no me sentí presionada ni nada [A tener relaciones sexuales]. Lo que sí tenía mucho miedo, no sabía ni qué. Estaba muy nerviosa. Ya no regresé con mis papás cuando pasó la primera vez, ya no regresé. Porque yo sabía que con mi papá me iba a ir peor. Pero sí tenía miedo, tenía miedo por la vergüenza de decir: “Y si de aquí ya [Silencio], ¿se acaba todo?”. Y pues se dio el momento. ¡Ya ves que lo planeado nunca sale! Ese día se dio el momento de irme con él y llegamos, y pasó lo que tenía que pasar (Nora, edad a la primera relación sexual 15 años).

No sé, las cosas se dieron. A mí con él al principio no me dejaban salir, ya después nos empezó la confianza [...]. Entonces las cosas se dieron; o sea, no fue ni planeado, un día nos fuimos de vagos y se nos ocurrió ¿no? Claro que se le ocurrió a él porque era el que traía [Ganas]. Yo sentía que sí lo quería y todo, pero lo que no quería yo era una responsabilidad. Yo no me quería casar o la responsabilidad de decir: “salí embarazada me tengo que casar”, esa era mi preocupación [Silencio]. Pues a lo mejor aún no estaba muy preparada pero sí haz de cuenta que sí ya como que dices ya estoy aquí, Ya de todas maneras llegue a mi casa lo haga o no lo haga no me van a creer [Risas] (Adela, edad a la primera relación sexual 17 años).

5.1.3 Calidad de la relación de pareja.

Una vez consolidada la unión, las mujeres dejaron sus hogares para vivir con sus parejas. En la totalidad de los casos las entrevistadas fueron a vivir a casa de la suegra; o bien, en el hogar donde residía el esposo antes de la unión (con familiares). Este cambio de residencia trajo consigo tensiones en las relaciones de pareja, porque las mujeres debían compartir un espacio que no les era propio y la vida en pareja carecía de intimidad y autonomía, como narra Marisol:

Cuando me junté con él me llevó con su mamá. O sea, en sí, ya me había llevado con su mamá para que la conociera, a su familia, cuando empezaba a salir conmigo. Cuando la conocí a la señora, pues muy bien. Después, me llevó a su casa a vivir, a la de mi suegra supuestamente. Pero, pues vivían su hijo, su hija, su otra hija, todos vivían allí. Haz de cuenta que vivíamos como cuatro o cinco familias en la misma casa. Yo limpiaba, pues lo mismo que hago aquí, limpiaba, barría. Como sea, le daba una talladita al baño, tiraba los papeles. Después salieron los problemas que por que si hacía, que si me sentaba un ratito, que por qué me sentaba, o sea puros problemas con mi suegra (Marisol, edad a la primera unión 15 años).

Eliana cuenta que dejar el hogar parental fue muy difícil. Ella se sentía triste de tener que dejar a su familia e ir a vivir a la casa donde residía su esposo con sus cuñadas. Eliana hubiera querido poder llevar a vivir a su esposo a casa de su padre, pero por lo limitado del espacio esta opción fue descartada.

De hecho me casé pero yo todavía duré dos semanas en mi casa porque no me quería ir. Mi papá me decía: “Mija, ya te casaste. Tienes que seguir a tu esposo a donde te lleve”. “No, que se venga él para acá”, yo decía. Y mi papá encantado de la vida: “pero tú tienes que hacer tu vida sola. Tú

no puedes estar aquí con todos juntos”. Me dolió tanto que me dijera que me fuera [...], y era ahí en frente (Eliana, edad a la primera unión 18 años).

Los primeros embarazos se produjeron poco tiempo después de la unión. El acceso insuficiente y la falta de información de las mujeres frente a los métodos de planificación familiar estimularon la ocurrencia de embarazos poco planeados por la pareja pero deseados por las mujeres, sostenidos sobre un imaginario en el que la vida conyugal es equivalente a procreación. Empero, el apoyo emocional y acompañamiento de sus parejas no fue el esperado, salvo en el caso de Adela y Sara, quienes contaron económica y vivencialmente con la participación de sus esposos durante el embarazo de primeros hijos. Adela sugiere: “Y ya me abrazaba [esposos], y me dice: “¿Es cierto?”. Y ya me abrazó pero bien emocionado. “Sí”, le digo. “Y no hay como negarlo”. Ya le saco los estudios. “No pues”, él ya dice, “yo estoy bien emocionado, ya se me van a hacer eternos estos meses” (Adela, edad a la primer embarazo 17 años).

A diferencia del relato anterior, Nora tuvo una experiencia muy distinta durante su embarazo; ya que sufría violencia física, por parte de su pareja, cuando estaba embarazada, lo cual le ocasionó un aborto. Nora menciona que su primer embarazo era un evento deseado y esperado por ella, pero después de su pérdida ya no le dio la misma ilusión “salir embarazada”. Los problemas con su esposo se incrementaron por el control que éste ejercía sobre ella, no le permitía trabajar y continuamente la golpeaba. En este sentido, el segundo embarazo de Nora estuvo marcado por la decepción frente a su proyecto conyugal y a la incapacidad de tomar decisiones sobre sus actividades cotidianas.

Tenía mucho miedo, miedo de él, fue muy duro [La vida en pareja]. Cuando me junté con él a los dos meses quedé embarazada y yo lo perdí por los golpes que él me daba. Entonces, al año, salí embarazada de mi hija. Y pues parecía que *agarraba* la chamaca porque él me pegaba y no me pasaba nada. Y entonces, la tuve, nació ella, anduvimos con muchos pleitos. Él era muy flojo, no quería trabajar y a mí no me dejaba trabajar (Nora, edad al primer hijo 16 años).

Otro hecho importante que incide en la calidad de la unión es el apoyo de la pareja frente a las actividades que realizaban las mujeres antes de la unión. Como se mencionó anteriormente, las cinco mujeres que siguieron esta trayectoria se encontraban trabajando al momento en que se produjo la unión; y gran parte de ellas tuvo que dejar de hacerlo una vez unidas ante la negativa de sus compañeros. Lo anterior, tuvo grandes implicaciones en el desarrollo de la relación de

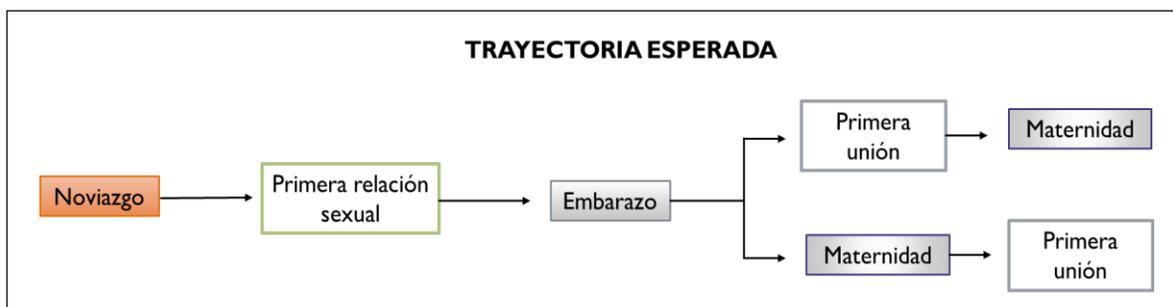
pareja; ya que las mujeres vieron reducidas sus fuentes de ingreso y dependían completamente de sus parejas. Esta situación, promovió la vulnerabilidad afectiva de las mujeres que siguieron esta trayectoria, promoviendo una incapacidad para terminar la relación conyugal.

5.2 Transición esperada: Embarazo-Primera unión.

A diferencia del grupo de mujeres mencionado anteriormente, la segunda trayectoria vivenciada por las mujeres de esta investigación se caracteriza porque el embarazo antecedió a la unión y motivó dicho vínculo. En este sentido, la vida en pareja representa una manera de lograr lo que socialmente se espera: “salir bien”. Por ello, una vez que se produce el embarazo, la unión es percibida como la posibilidad de alcanzar la trayectoria de vida socialmente esperada, una corrección al trastocamiento en el orden de los eventos que los padres desean para sus hijas: Unión-iniciación sexual-embarazo. En este sentido, aunque las mujeres manifestaron en sus relatos un deseo por convertirse en madres en algún momento de sus vidas, el embarazo adolescente fue un evento no planeado por ellas.

Como punto de partida, es importante señalar que esta trayectoria biográfica es la que más casos reúne de los contemplados en esta investigación. De las 24 mujeres entrevistadas, 16 de ellas establecieron una relación conyugal una vez se enteraron que estaban embarazadas, habiendo dos casos en los que la unión se produjo poco tiempo después del nacimiento del primer hijo, como se observa en el esquema número dos y en el cuadro número tres.

Esquema 5.2 Trayectoria esperada, experimentada por 16 casos de las entrevistadas.



Fuente: Elaboración propia con información obtenida de las entrevistas realizadas.

Las mujeres que siguieron esta trayectoria tienen ciertas características que las distinguen considerablemente del grupo que siguió la trayectoria anterior (convencional-deseada). En primer lugar, la vida amorosa de estas mujeres se caracteriza por una mayor amplitud en las experiencias amorosas durante la adolescencia, algunas de ellas tuvieron dos o más novios antes de conocer a la pareja que se convertiría en el padre de su primer hijo. Cabe señalar que entre los distintos noviazgos sostenidos por estas mujeres, hay uno que se manifiesta como un “noviazgo formal”, caracterizado por ser aquel que las mujeres llevan a casa a conocer a sus padres buscando la aprobación para “salir” con ellos. Sin embargo, la mayoría de las veces este novio es presentado como un amigo, ya que los canales de comunicación al interior de la familia no facilitan que las hijas expresen a los padres sus experiencias amorosas, como lo expresan Catalina y Natalia:

En la prepa, de hecho, tuve mi primer novio ya formal, que fue el hermano de un compañero. Eso fue en tercero de bachillerato. Yo tenía 17 años. Y pues él iba a la universidad, ya había vivido solo, era mayor que yo como seis años y pues sí fue algo así como que [Silencio], ¡Qué andas haciendo con una de prepa! ¿No? Él era así como muy propio, y mis papás lo fueron asimilando poco a poco. Yo no me sentía con esa confianza de decirles: “tengo novio”, tampoco (Catalina, edad al noviazgo, 17 años).

Pues, así como tal cual “te presento a mi novio”, no. Pero mi mamá le dijo a mi papá que venía con un muchachito, y cuando mi papá me llevaba a la escuela todos los días era la cantaleta: “No quiero que andes de novia, porque los novios no hacen nada más sino quitarte el tiempo y te distraen del estudio y bla, bla, bla [Silencio]”. Y todos los días escuchaba la misma canción [...] (Natalia, edad al noviazgo, 17 años).

La amplitud de las experiencias amorosas en este grupo de mujeres se relaciona con el escenario donde transcurren los noviazgos. A diferencia de las jóvenes que siguieron la trayectoria convencional-deseada, este grupo de entrevistadas se encontraba en la escuela, principalmente en la preparatoria, cuando conocieron al padre de sus hijos, excepto el caso de Susana, Rosa, Amalia y Mariana, quienes dejaron sus estudios para empezar a trabajar. Aunque no se puede considerar que la escuela fue el escenario amoroso predominante; si representó un ámbito que propiciaba la interacción con los varones y muchas veces, a través del grupo de pares, las jóvenes establecían sus noviazgos.

Otro elemento importante a tener en cuenta entre estas mujeres es la duración del noviazgo; es decir, el tiempo transcurrido entre el inicio de la relación con el novio hasta el momento en que

se produce el embarazo. Como se observa en el cuadro tres, seis casos tuvieron noviazgos que duraron un año y más; pero en los 10 casos restantes el período en que las jóvenes se embarazaron oscila entre tres a seis meses después de haber iniciado el noviazgo. Lo anterior, guarda una estrecha relación con el uso de métodos anticonceptivos en las primeras relaciones sexuales. Sin importar el nivel educativo que tuvieran las jóvenes al momento del primer encuentro sexual, el lugar de socialización en la infancia o adolescencia, así como el lugar de procedencia de sus familias (Tijuana o el resto del país), las mujeres que siguieron esta trayectoria se caracterizan por no usar ningún método de anticoncepción en sus encuentros sexuales; o bien por un uso esporádico del condón, entre aquellas con una vida sexual más frecuente. En las narrativas, las entrevistadas plantearon cuatro argumentos recurrentes para explicar las razones de no usar ningún método de anticoncepción en sus relaciones sexuales: porque no consideraban que pudieran quedar embarazadas, porque los encuentros no eran planeados y no les daba el tiempo de comprar preservativos, porque sus parejas las cuidaban controlando las eyaculaciones; y algunas mujeres manifestaron estar muy enamoradas y no importarles un posible embarazo porque sabían que la pareja “iba a responder”.

Cuadro 5.3. Casos de mujeres residentes en Tijuana, madres adolescentes, que siguieron la trayectoria esperada.

CASOS QUE EXPERIMENTARON LA TRAYECTORIA ESPERADA: PRIMER NOVIAZGO, INICIACIÓN SEXUAL, PRIMER EMBARAZO, PRIMERA UNIÓN, PRIMERA MATERNIDAD								
Informante	Edad Actual	Edad al noviazgo	Edad del novio	Duración del noviazgo	Edad a la unión	Tipo de unión	Lugar de residencia después de la unión	Duración de la unión
Natalia	26	17	21	3 meses	17	Casada (civil)	Casa de la suegra	4 años
Aurora	28	17	22	6 meses	17	Casada (Civil)	Casa de la suegra	2 años y 6 meses
Lucía	30	17	19	2 años	19	Casada (Civil)	Casa de la suegra	Continúan
Catalina	30	17	23	1 año y 6 meses	18	Casada (religioso)	Casa propia	2 años
Lilia	30	17	25	4 meses	18	Casada (Civil)	Casa propia	Continúan
Yolanda	31	16	20	2 años y 6 meses	18	Libre	Casa de la suegra	3 años
Gladis	27	16	17	1 año y 6 meses	20	Libre	Casa de familiares	3 años
Susana	31	17	23	4 meses	17	Libre	Casa de la pareja	1 año
Valentina	31	15	17	5 meses	15	Libre	En casa de la madre	Continúan
Alicia	31	18	21	8 meses	19	Casada (religioso)	En casa de la madre	Continúan
Mariana	32	17	35	4 meses	18	Casada (Civil)	En casa de la suegra	5 años
Amelia	32	17	26	2 meses	17	Libre	En casa de la madre	Continúan
Rosa	33	17	21	1 año	18	Casada (Civil)	En casa de la suegra	8 años
Carmen	27	17	18	2 años	19	Libre	En casa de la pareja	2 años
Berenice	27	18	21	10 meses	19	Casada (Civil)	Casa propia	6 meses
María	31	15	21	1 año	17	Libre	Casa de la suegra	3 años

Fuente: Elaboración propia con información obtenida de las entrevistas realizadas.

Sumado a lo anterior, una reacción compartida por las entrevistadas fue la de ocultar sus embarazos por el temor de enfrentar a sus padres. Algunas, lo hicieron por poco tiempo o durante

los primeros meses; y otras, hasta cuando el embarazo estaba avanzado. El sentimiento de haber defraudado las expectativas que los padres tenían sobre las mujeres y sus proyectos a futuro generó múltiples tensiones que se hicieron evidentes en los relatos. De hecho, las entrevistadas manifestaron de distintas maneras que contar a sus padres sobre sus embarazos había sido una de las situaciones más difíciles de sus vidas. La sanción social de haber tenido relaciones sexuales fuera de la unión, de haber “metido las patas” o “haber salido con el domingo siete”, como denominan algunas mujeres al embarazo en estas circunstancias, constituyó una experiencia que marcó profundamente sus biografías, haciendo que la aceptación de sus padres frente al embarazo y el respaldo de la pareja fueran fundamentales en la manera de enfrentar y significar el primer embarazo. Sin embargo, a pesar del temor para enfrentar a sus padres resalta el hecho de que ninguna de las entrevistadas consideró interrumpir sus embarazos; pese a que pocas tuvieron la oportunidad de hacerlo, como sugiere Catalina:

Sí, me fui a otro país y pues ya estando allá pues obviamente yo me empecé a dar cuenta que pasó un mes, pasa otro mes y como que "qué onda". Este, yo siempre llevaba así como un récord, eso que te dan los ginecólogos donde vas anotando. Entonces yo dije: “no, pues pasó algo”. Entonces, fui al doctor allá y algo que me impactó mucho fue que me dijeron: “Ah, pues si quieres abortar”, Y yo: “¿Cómo? ¿Cómo tan normal en mis escuela que era un bachillerato?”, decía yo: “¿cómo?”. Porque era súper normal. Y dije: “Claro que no quiero abortar” (Catalina, edad al primer embarazo 17 años).

Otro elemento que se destaca en esta trayectoria, en comparación con la convencional-deseada, es una mayor centralidad de las uniones legales e incluso de los matrimonios religiosos, como se observa en el cuadro tres. Estas mujeres pertenecen a familias con ingresos socioeconómicos más elevados y mayores niveles de instrucción (preparatoria y licenciatura), en las que la unión legal parece constituir una opción deseada por los padres e incluso éstos ejercen presión para que sus hijas establezcan este tipo de uniones. Igualmente, para algunas mujeres, el casarse por la iglesia representaba un valor importante, así que lo hicieron mientras el embarazo no se notaba. Otras, manifestaron haber tenido la ilusión de haberse podido casar de blanco; empero, declararon que no consideraron esta opción viable en tanto representaba una contradicción lucir un vestido blanco si ya no eran “señoritas”.

A partir de las generalidades anteriormente señaladas, a continuación se detallan con mayor profundidad algunos aspectos relevantes de esta trayectoria, teniendo en cuenta la manera en

que se produjo el noviazgo y la decisión de establecer la primera unión; así como la calidad de la relación de pareja; dimensiones que inciden en la manera en que las mujeres significan la experiencia de la primera maternidad.

5.2.1 Vida amorosa-noviazgo.

El punto de partida de esta trayectoria es el noviazgo con la pareja que se convertiría en el padre del primer hijo. Uno de los rasgos característicos de esta relación es una mayor interacción con la pareja, en comparación con las mujeres que siguieron la trayectoria anterior, al poder contar con un poco más de libertad de realizar actividades durante el noviazgo. Resulta relevante el hecho de que el control parental frente al primer noviazgo varía de acuerdo a las actividades que las mujeres se encontraban realizando. Las entrevistadas que estaban insertas en el mercado de trabajo gozaban de mayor autonomía en sus rutinas y horarios, por lo que podían disponer con más facilidad de tiempo para interactuar con sus parejas, como narra Mariana: “Ya después de que mi mami ya supo [del noviazgo], ya así como que había más confianza. Yo me sentía con la confianza, llegaba un poquito más tarde, ya nos íbamos más de vagos. Ya mi mami no más me decía: “No llegues tan tarde”, ya era como que ya lo estaba aceptando. Y dije yo: “Bueno” (Mariana, edad al noviazgo 17 años).

En contraste, entre las mujeres que se encontraban estudiando y continuaban dependiendo económicamente de los padres el control parental era más estricto, por lo que estas entrevistadas debían idear distintas estrategias que les permitiera poder contar con mayor tiempo para interactuar con sus novios, como sugiere Alicia:

Al principio pues sabía mi mamá que salía con él [Novio] porque éramos amigos, pero ya después yo le dije que era mi novio. Y ya después a mi papá, le dije que estaba saliendo con él, que era mi novio y pues mucho más limitada para salir” (Alicia, edad al noviazgo 18 años).

5.2.2 “En la calentura no se piensa”: Inicio de la vida sexual.

Los noviazgos de las mujeres que conforman este grupo se distinguen por una corta duración entre el comienzo de la relación y el inicio del embarazo, lo cual guarda un estrecho vínculo con las prácticas sexuales de las mujeres en su adolescencia. Las entrevistadas que siguieron esta

trayectoria se caracterizan por no usar métodos anticonceptivos en sus primeros encuentros sexuales, o bien usarlos de forma esporádica; lo cual parece no guardar una relación con el nivel de sector socioeconómico de pertenencia. En las narraciones, las mujeres mencionan tres elementos importantes que vale la pena subrayar. El primero se refiere al conocimiento acerca de los métodos de anticoncepción. Algunas mujeres mencionaron carecer de información acerca de los métodos que podían utilizar, como es el caso de Catalina, quien pertenece a una familia con elevados niveles de instrucción e ingresos socioeconómicos elevados.

No, o sea, es que yo no tenía ni idea. Yo sabía ni qué esperar la primera vez. Pero sí en esta relación, obviamente yo tuve mi primer encuentro sexual pero fue por lo mismo, yo decía: “No, pues matrimonio”, yo eso era lo que quería. De hecho, pues [...], también di muchas clases de catequesis y estaba metida en ese rollo. Entonces cuando llega el momento mi hermana dice así como: “Ay, qué importa, no pasa nada”. Que mi hermana obviamente ella sí sabía cuidarse y yo no, yo no sabía nada, como que bien inocente” (Catalina, edad a la primer relación sexual 18 años).

El segundo elemento tiene que ver con la iniciativa de las mujeres de portar o exigir que sus parejas empleen algún método de anticoncepción en las relaciones sexuales. Lilia cuenta que durante los encuentros sexuales, intentó percatarse si su pareja usaba algún método, pero en la “calentura” del momento olvidaba exigirle a su pareja su uso. “Pues era la primera vez, yo no sabía qué; o sea “¿Qué es esto?”. Pues ya estando ahí, en la calentura, sí me percaté que [...], sí lo hizo evidente. Y con él fue como unas tres veces” (Lilia, edad a la primera relación sexual 17 años). En el relato de Mariana por su parte, se observa que el tabú frente al cuerpo y las relaciones sexuales no les permite a las mujeres exigir a sus parejas el uso de métodos para prevenir embarazos.

Sí, fuimos a un motel. Cuando lo miré [...], yo nunca había visto algo así [Risadas]. Yo me quedé: “Ay, no qué feo”. Ya luego me enrollé en toda la cobija. Yo ni siquiera sabía que los hombres usaban de esos calzones, como tangas [Risadas], y sus botas gigantes. Entonces ya lo miré, no se me olvida, una pinche tanga azul marino. Y yo: “¿Y eso qué?”. Yo así como que medio lo miré, me tapé y ya. Y así estuvimos. O sea no fue nada feo, brusco, nada. Sí todo fue bonito. Pero [...], yo no sabía ni qué. O sea en ese momento nos fuimos y yo me acuerdo que él si traía los condones, te lo juro que yo estaba así como ida. Y no voy a decir esa vez y desde esa vez me embarazó, no. Fueron varias veces y en una de esas fue cuando ya salí embarazada, y le dije: "estoy embarazada". En esos dos meses fue cuando nos dimos vuelo y entonces en esos dos meses fue cuando yo salí embarazada (Mariana, edad a la primera relación sexual 17 años).

El tercer elemento mencionado en los relatos es el deseo de establecer una unión. Para algunas mujeres, como el caso de Natalia, la razón para no cuidarse con algún método de anticoncepción era el proyecto de establecer una relación conyugal con su pareja. Para ella, en caso de ocurrir un embarazo le proporcionaba tranquilidad saber que se iba a casar con su pareja, lo cual legitimaría el embarazo.

Fue así como que: “Está bien, no hay problema” [No usar un método de anticoncepción]. Y siempre, siempre que íbamos a tener relaciones me decía: “¿Quieres que me cuide?”, y yo [Silencio]. Ya estábamos acostumbrados a no cuidarnos. Y ya después, fue cuando dijo mi papá: “Se van a casar”. Nosotros queríamos casarnos. Desde la primera vez que él fue a la casa ya nos queríamos casar (Natalia, edad a la primera relación sexual 17 años).

5.2.3 La decisión de estar con él e inicio de la vida en pareja.

Uno de los factores que inciden en la decisión de las mujeres en establecer una unión es la reacción de la pareja ante la noticia del embarazo. En las narraciones, las entrevistadas manifiestan que los varones expresan su motivación por “responder” ante el embarazo y “dar la cara a la familia”, y en la mayoría de los casos, son ellos quienes toman la iniciativa de unirse o casarse con sus parejas. Amelia, en su relato, cuenta que su pareja se emocionó al saber la noticia de que iba a ser padre; no obstante, él no quería casarse; así que decidieron iniciar una unión libre.

Entonces cuando ya me doy cuenta de que estoy embarazada, él sí se emocionó la verdad, ¿Para qué te voy a echar mentiras? Él estaba contento, feliz, echaba rayos y centellas, y yo no. Yo así como que [...], no por no querer a mi hijo sino que no sabía ¿qué hacer?, ¿cómo decirle a mi mamá?, la había defraudado, o sea me sentía mal por eso. Y me decía él [Novio]: “Y ¿Qué vamos a hacer?”. “No sé”, le digo, “Ahorita que venga mi mamá a ver qué, qué me va a decir”, y me dijo él: “Yo no me pienso casar”, me dijo (Amelia, edad a la primera unión, 17 años).

Carmen, por su parte, comparte la noticia de su embarazo con su novio y él decide apoyarla en todas sus decisiones. De hecho, es su pareja quien le propone a Carmen que se casen o vayan a vivir juntos, y deciden ir a hablar juntos con la madre de Carmen.

Llegué con el papá del niño y le dije: “¿Sabes qué Camilo [Novio]?, estoy embarazada”. Le di la prueba de embarazo y él se quedó así pasmado, y me dijo: “Y ¿Qué quieres hacer? ¿Quieres tener al bebé?”. Y le dije: “Pues sí”, me dijo: “¿Estás segura de lo que estás haciendo?”, me dijo: “¿Estás segura de tu decisión?”, y le dije: “Sí, o sea si tú no quieres ser partícipe de esto, o sea yo lo entiendo; o sea, no te estoy diciendo porque te quiero obligar a nada, yo te estoy diciendo porque estoy embarazada y porque también siento que lo tengo que comunicar ¿No?, o sea estamos súper

jóvenes”. Él tenía 20 años, yo tenía 19. Y le dije: “Yo sé que no es el mejor momento ni nada, pero pues [Silencio]”. Y me dijo: “No, no importa”. Entonces, vino él a hablar a mi casa, vino a hablar con mi mamá y le dije que se quería hacer responsable, que quería estar conmigo (Carmen, edad a la primera unión 17 años).

Además del apoyo de la pareja, la reacción de los padres ante la noticia del embarazo y el apoyo que éstos están dispuestos a brindarles a sus hijas, constituyen un elemento que permea la decisión de las mujeres en establecer una relación conyugal. En los relatos se evidencia una fuerte presión ejercida por los padres para que sus hijas se casen; y éstas accedían porque consideraban que habían cometido un error al embarazarse, decepcionando a sus padres. Así, la unión aparece como una forma de enmendar el “error” del embarazo, entendido como un “desvío” en la transición a la edad adulta. Sin embargo, la forma ejercer presión por parte de los padres adquiere distintos matices. En algunos casos ésta se presenta de manera sutil, a través de preguntas a las hijas por el futuro, justo cuando éstas están atravesando por un momento confuso en sus vidas, como es el caso de Alicia.

[...] Entonces mi mamá entró al cuarto y pues sospechó, y me empezó a preguntar: “¿Qué está pasando? [...], ¿A ti nunca te pasa eso?” [...], ¿Tú siempre comes?”. Y en ese tiempo, yo le había dicho a Daniel [Novio] que yo había tomado la decisión de decirles a ellos yo sola. O sea, yo quería enfrentar la situación con ellos. “No hay ningún problema que quieras ir conmigo, pero yo prefiero sola” [Dijo Alicia a su Novio]. Fue mi elección, o sea: “Yo sé que las cosas no se hicieron bien, entonces yo quiero afrontarlas”. Y en el momento que le dije y mi mamá empezó a llorar y me dijo: “¿¡por qué!? Tú estás muy chica y luego él, no te conviene, ¿Qué vas hacer con él?”, porque él era mecánico, entonces no ganaba lo que pues mucho dinero. Y no pues: “¿Qué vas hacer con él?, ¿Que van a decir tus tías?, ¿Qué vamos a hacer? Pues, ¡te vas a casar!”, lo último que me dijo. Y yo pues: “Sí, nos vamos a casar (Alicia, edad al primera unión 18 años).

En otros casos, como el de Aurora, casarse representa una obligación promovida por los padres como una estrategia para enmendar el error cometido.

[...] Fue una situación muy extraña. Se reía, como de los nervios y se burlaba como: “O sea, qué ingenuos. Si se van a deshacer todos sus planes y no les va a salir nada”, como enojada. Y yo le dije: “Me puedo ir y sin decirte nada, pero queríamos hablar contigo, necesitamos tu apoyo también”. Ya no me puedo hacer para atrás”, le digo: “¿Qué hago?”. Y ya me dejó bien claro: “Si tú no te casas con él [Novio], olvídate de que él vaya a verte y olvídate de que se vayan a ver” (Aurora, edad a la primera unión 17 años).

La presión que los padres ejercen ante la unión de sus hijas promueve que la primera parte de los embarazos de las jóvenes se encuentre marcado por la tristeza y la ambigüedad. De hecho,

para algunas mujeres, revivir este momento biográfico resultó bastante difícil, como fue el caso de Berenice. Berenice empieza a vivir sola, desde los 15 años, en una casa que le heredó su abuela al morir, porque su mamá había establecido una relación con una pareja que no se llevaba bien con Berenice. Desde inicios de su adolescencia Berenice fue muy independiente. Su mamá y tías estaban al pendiente de ella. Aunque su madre era la tutora legal de los bienes que le había heredado su abuela, Berenice podía tomar sus propias decisiones respecto a los gastos del hogar. Sin embargo, tras conocer la noticia de su primer embarazo, su mamá ejerce presión para que su hija se case. Entre las jóvenes que siguieron esta trayectoria, y que deben enfrentar la presión familiar ante el matrimonio o la unión, la minoría de edad y el hecho de que dependen económicamente de sus padres constituyen elementos que juegan un papel importante en la aceptación de la unión por parte de las jóvenes (entre aquellas que no querían unirse).

Pues no, simplemente [Silencio]. Yo no quería casarme, pero mi mamá, hasta la fecha todavía hablamos de eso y le digo: “¿Mami, no sé qué pasó por tu mente?”. Porque mi mamá me dijo que ella no iba a dejar que yo me quedara sola en la casa y que me tenía que casar y, me dijo: “Te tienes que casar”. Y yo: “Pero es que no me quiero casar”. Y sí, hay un momento del que yo me acuerdo que estábamos en un cuarto, que ahorita es el de mi hija, pero en aquel entonces estaba pintado azul, y me acuerdo mucho de estar viendo la pared, así azul totalmente, y no sé por qué todavía el color azul [...] a veces algunos tonos son medio depresivos. Y estaba así como no, no me quiero casar, y yo llorando, le decía a mi mamá: “Es que no me quiero casar, no me quiero casar (Berenice, edad a la primera unión 18 años).

En los casos en los cuales las mujeres estaban de acuerdo en casarse, la presión de los padres es ejercida respecto al tipo de unión que sus hijas deben establecer, como es el caso de Catalina y Natalia. Ambas mujeres manifestaron que deseaban casarse; sin embargo, sus padres las presionaron para que el matrimonio fuera religioso. Natalia narra: “Mi mamá también tiene una relación como conservadora y mi papá también, y me dijo [mamá]: “El día que tú te cases por la iglesia yo me voy a morir tranquila”. Entonces, a lo mejor ella me lo dijo por decírmelo pero yo sí me lo tomé bien en serio. Fue como una manera de retribuir el error que había cometido, por así decirlo [...]” (Natalia, edad a la unión 17 años). De igual forma, Catalina menciona que:

Mira, algo que mis papás tienen es son así como súper religiosos, y yo no me quería casar por la iglesia. Y me casé por presión social. Porque pues para mí, en ese momento uno todavía no piensa muchas cosas, y mi mamá así: “No, pues tiene que ser por la iglesia”. Entonces me tuve que casar por iglesia. Pues, no era así algo que deseara mucho, pero sí fue mucha presión social, la verdad que sí (Catalina, edad a la primera unión 18 años).

A diferencia de los casos anteriores, Yolanda y María prefirieron ocultar sus embarazos porque tenían mucho temor de enfrentar a sus padres. Yolanda decidió juntarse con su pareja para que su mamá no se diera cuenta que estaba embarazada, y buscar el mejor momento para contarle la noticia.

Porque mis hermanas se emborracharon y ya le dijeron a mi mamá, y ya mi mamá llegó a la casa, ahí a la casa de mi suegra. Y yo, ese día andaba con un *pants* rositas. Ese día sí andaba con una blusita cortica, con mi panza de fuera ahí en la casa haciendo quehacer. Cuando llegó mi mamá y yo ni que decirle. No me dijo nada, no me reclamó nada. No más yo agaché la cabeza y no me dijo absolutamente nada. De ahí, desde que se enteró, estuvo a mi lado siempre (Yolanda, edad a la primera unión 18 años).

María en cambio, ocultó todo su embarazo y tuvo a su primer hijo a escondidas de la familia. Ella no solamente sentía temor de contar a sus padres que estaba embarazada, tenía miedo de que la obligaran a unirse con el papá de la niña porque éste la maltrataba constantemente durante el noviazgo. Pese a lo anterior, al poco tiempo de que nació su hija, María tuvo que contar a sus padres la noticia de que se había convertido en madre, ante lo cual sus padres reaccionaron llevándola a casa de su pareja para que ésta “respondiera” uniéndose con ella.

Y no, yo no sabía ni qué hacer. De no tenerlo pues no [...]. Y dije: “Bueno, la voy a tener [bebé] pero no se van a dar cuenta”. Lo escondía de todo mundo. Solamente sabían mis amigas las de la nevería [Lugar de trabajo]. Y fíjate lo que pensé: “Voy a tenerla pero ellos no van a saber hasta que yo termine mi carrera”. Me cambié el nombre cuando me iba a atender [el parto]. O sea, yo me embaracé pero di el nombre de otra persona. Y así me alivié y no supieron ellos [papás], porque no se me notaba la panza, nada. Y usaba chamarra. Y el día que me dieron los dolores llamé a mi amiga para que viniera por mí. Me alivié en la mañana, a las 6:15 de la mañana, un parto normal, y en la tarde fui y se la dejé a una amiga. Tenía miedo. Y salieron las cosas [...], a mis planes salieron bien porque no se dieron cuenta. Pero, no estaban bien porque los problemas empezaron (María, edad a la primera unión 17 años).

5.2.4 La calidad de la relación de pareja.

Una vez iniciada la unión, al igual que las mujeres que siguieron la trayectoria anterior (convencional-deseada), las jóvenes de este grupo deben adaptarse a los diferentes cambios que se les presentan, no solamente referentes al embarazo sino al inicio de la vida en pareja. Una de las transformaciones que se menciona de forma reiterada en los relatos es el cambio de residencia tras la unión. Los relatos aluden constantemente a las tensión experimentadas por las jóvenes que tuvieron que ir a vivir con la suegra o al hogar de su pareja, donde a menudo había

otros familiares. Así, el escenario donde se desarrolla la unión desencadena conflictos conyugales; ya que la relación de pareja se construye en un espacio que no es neutral, que pertenece a la familia de la pareja y donde las mujeres dependen económicamente de la familia de su esposo. Así, tomar la toma decisiones y la capacidad de actuar se ven fuertemente reducidas.

Asimismo, puede considerarse que el hecho de que la unión sea producto de la presión de los padres y no de una decisión plena y consciente de la mujer y su pareja estimulan aún más las tensiones presentadas tras el cambio de residencia. Yolanda y Rosa narran las problemáticas que tuvieron que enfrentar al llegar a casa de la suegra.

Todo era diferente. Con mi mamá no tuve obligaciones, te digo que siempre me malcriaron, me hacían todo. Nunca aseaba mi casa, nunca hacía de comer, de hecho no sabía hacer de comer cuando me casé, y pues sufrí bastante por eso. Allá me tocaba hacer todo. La señora, la mamá del papá de la niña, se sentaba en un sillón y de ahí: “Haz esto, y así, así”. Yo me sentía como la criada de la casa en vez que la esposa de su hijo. En la casa vivía su esposo [suegro] y los hermanos de mi esposo en ese entonces. Él es el mayo. Un día antes de tener a mi hija todavía me toco mapear [trapear], era una casa bastante grande, bonita, me tocó mapear todo antes de irme. Sí sufrí bastante cuando me casé. Con mi suegra siempre nos llevamos mal. Nunca discutimos porque siempre fui sumisa (Yolanda, edad a la primera unión 16 años).

Estuvimos en la casa de la señora [suegra] pero había muchos problemas. Empezaron a haber muchos problemas cuando nacieron mis hijos. La señora, se puede decir, muy metida. Era de esas señoras que si lloraba el niño decía: “¿Y qué tiene el gordo?”. No tocaba, y “¿puedo pasar?”, ella se metía. Entonces yo empecé a tener problemas en mi relación (Rosa, edad a la primera unión 18 años).

Sumado a lo anterior, algunos de los hogares a donde fueron a vivir las mujeres eran compuestos por lo que las mujeres debían compartir un espacio reducido con otros hermanos, nueras, y sobrinos, densificando las relaciones y con ello intensificando los conflictos al interior del hogar, como narra Aurora.

Tres hermanas, y nosotros. ¡Era un montón de familia, un montón de gente! Igual, un cuarto para cada quien, pero sí o sea si estábamos medio apretados ¿no? Entonces cuando construyeron el otro cuarto se va su tía, nos deja su cuarto arriba, yo ya me sentí un poco más desahogada porque había veces que sus hermanas se dormían en la sala porque nosotros teníamos el cuarto de abajo, entonces me sentía súper fatal, me llevaba súper lindo con ellas, hasta la fecha, súper lindo. Pero yo veía esas cosas y decía: “¿Sabes qué?, no tienen por qué estar pasando esas cosas ellas ni yo”. Construyeron otro cuarto con baño y posibilidades de que tuviera cocina y así, y la mamá de él [Novio] decidió dárselo a sus hermanas, a chavitas que estaban en la prepa, y yo me puse como:

¿Por qué no le dices a tu mamá que si quiere le pagamos una renta y nosotros vivimos ahí?, y ahora si somos totalmente independientes”, porque yo tenía que cocinar abajo y bañarnos abajo, o sea un show (Aurora, edad a la primera unión 17 años).

Sin embargo, las mujeres que provienen de familias con un nivel sociológico más elevado disponen de recursos económicos que les permiten establecer un hogar independiente del de sus padres y su suegra. Catalina, por ejemplo contó con el apoyo económico de sus padres para ayudar a solventar los gastos suyos y de su pareja, por lo que pudieron contar con un espacio propio espacio donde vivir. Además, una vez su esposo empezó a trabajar contaron con recursos adicionales obteniendo cierta independencia económica. Pese a lo anterior, las tensiones conyugales empezaron a aparecer con el nacimiento de su primera hija. El esposo de Catalina empezó a pasar cada vez menor tiempo en casa y no la apoyaba en las labores de crianza de la niña. Asimismo, el consumo de bebidas alcohólicas por parte de su esposo se hizo cada vez más frecuente, y empezó a ejercer violencia verbal contra ella por lo que la relación empezó a deteriorarse.

Vivimos en un departamento. Él se metió a trabajar a raíz de que nos casamos. Él estaba estudiando, estaba terminando la carrera. Al principio, súper, súper bien. Pero cuando él empezó a salir así con dinero su hermano lo jalaba mucho a hacer fiesta y a él, pues le empezó a gustar ese tipo de tirar pary [Party, Fiesta] y andar en las motos, y llegar tarde [A casa]. O por ejemplo, si dejábamos a la niña con su mamá y empezaba a llorar la niña en la noche y ella nos hablaba, se enojaba como: “le pueden dar un biberón y que ya no llore”. Entonces empezó a salir mucho y así. Empezó a tomar mucho, y ya cuando empezó a tomar pues [Silencio], me trataba mal, me faltaba al respeto (Catalina, edad a la primera unión 18 años).

Así, entre las mujeres que siguieron esta trayectoria la calidad de la relación se ve socavada con el paso del tiempo. De hecho, de los 16 casos que conforman este grupo, cinco mujeres se encuentran unidas en la actualidad con el padre del primer hijo, siendo cuatro años el promedio de duración de la primera unión (Ver cuadro tres). Al igual que el caso de Catalina, Carmen narra los problemas con el consumo de alcohol de su pareja, las constantes salidas de su esposo y las infidelidades cometidas por éste mientras ella trabajaba.

Yo no, yo no podía salir, o sea los únicos días que tenía como oportunidad de que mi mamá me cuidara al niño no podía yo salir a la calle porque estaba trabajando toda la noche, el venía y le dejaba el niño a mi mamá aquí en la casa y se iba, regresaba al día siguiente casi a la misma hora que yo regresaba a la casa, que eran como a las 7 de la mañana, llegaba y estaba borrachísimo y yo le decía: “¿Cómo me haces esto?, o sea yo no te digo que no salgas, pero no te vengas a la casa en el estado en el que estás porque yo no te puedo dejar al niño así, y no me puedo dormir tampoco,

y yo he trabajado toda la noche, y tú estás aquí borracho y no puedo venir a cuidar un niño y un borracho” Y empezamos a tener muchas dificultades por eso. Entonces pues en esas fiestas y todas esas salidas que él tuvo, el empezó a frecuentar a una del grupo de amigas” (Carmen, edad a la primera unión 19 años).

Susana, por su parte, narra la violencia física que experimentó por parte de su pareja debido al consumo de drogas. “Sí, él me golpeaba, me empezó a golpear a los tres días que vivía con él. Sí, pero como, yo creo que yo era la única que no me daba cuenta que él era drogadicto” (Susana, edad a la primera unión 17 años). Los abusos, la violencia y la infidelidad ocurren indistintamente en mujeres pertenecientes a diferentes estratos socioeconómicos y niveles de escolaridad; así como también es posible observar en los relatos la ausencia de los padres frente a la crianza de sus hijos en todos los sectores socioeconómicos.

Aunque no todas las mujeres que siguieron esta trayectoria experimentaron violencia ni maltrato y, pese a que la dinámica de la relación de pareja evidencia matices en cada uno de los casos, un rasgo distintivo de este grupo de mujeres es que tras la unión, una gran parte interrumpió las actividades que realizaba anteriormente; algunas abandonaron sus estudios y otras el trabajo. Esta situación contribuye a que factores como el ejercicio de la violencia por parte de los compañeros, el abuso y la ausencia de la pareja en la crianza de los hijos fueran muchas veces permitidos un tiempo por las mujeres al no contar con la independencia económica ni afectiva para dejar a sus parejas, como plantea María.

Pues peor ahora [al vivir en casa de la suegra y sin poder trabajar] porque tenía que estar ahí en la casa, hacerle de comer, todo [Marido]. Y no tenía nada [dinero]. O sea, me acuerdo que antes cuando yo trabajaba le compraba el bote de leche grande a la niña, y ahora él le compraba el chiquito. De hecho, se lo daba a la señora [suegra] y ella a mí. Sí me aburría [por no trabajar], pero ahí estaba. Esperaba a que él saliera de trabajar, trataba de mentalizarme de que todo iba a cambiar [Risas]. Siempre fue mi esperanza de que él cambiara (María, edad a la primera unión 17 años).

Las mujeres que se encontraban trabajando al momento de la unión, deciden separarse o abandonar a sus parejas cuando ingresan de nuevo al mercado laboral y se dan cuenta que pueden hacerse cargo de sus hijos, como narra Rosa: “Estaba embarazada y ya no trabajé. Dejé de trabajar cuando yo tenía como siete meses. Yo seguí trabajando un tiempo, y ya después no trabajé hasta que me separé” (Rosa, edad a la primera unión 18 años).

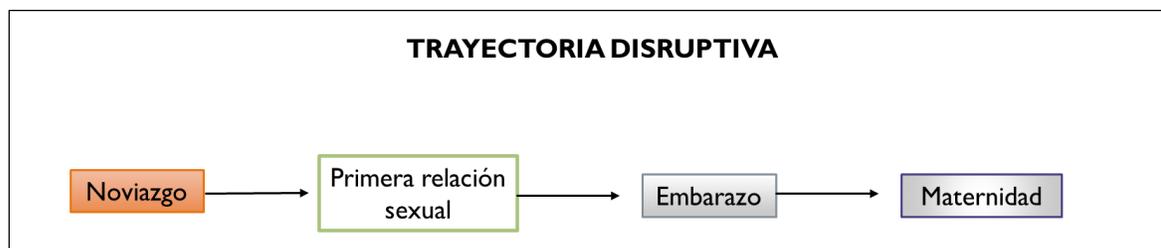
Gladis en cambio, tuvo que interrumpir sus estudios y empezar a trabajar cuando se juntó con el padre de su primera hija. No obstante, los continuos abusos de su pareja y el consumo de drogas la hicieron reflexionar sobre la necesidad de retomar sus estudios para garantizarle un mejor futuro a su hija. De igual forma, consideró que un cambio en su cotidianidad le permitiría alejarse definitivamente de su pareja, así que decidió retomar su carrera universitaria.

“[...] después dije: “¿Por qué no me meto a estudiar?”. O sea, otra vez recapacité, empecé a utilizar mi dinero y dije: “Ey mejor voy a hacer algo útil”, y fue cuando decidí meterme a estudiar, entonces yo no podía quitar a Iván porque era como un lastre, toda la cuestión de la drogadicción que él vivió la desencadenó así, pues en contra de mí o algo así; psicológicamente me tenía mal, y me decía que si no nos mataban acá en Tijuana era porque él estuvo moviendo droga y haciendo favores. Entonces yo le creía todo lo que él me decía, yo se lo creía y era un error de mi parte, no sé. Pero hasta que entré a la universidad yo me pude deshacer de él” (Gladis, edad a la primera unión 20 años).

5.3 Transición disruptiva: Embarazo y maternidad fuera de la vida en pareja.

La *trayectoria disruptiva* se caracteriza porque tanto el embarazo como la maternidad se dieron por fuera del marco de una unión. Si bien, algunas mujeres se unieron algunos años después, dicho vínculo no fue con el padre del primer hijo. A pesar de que en la *trayectoria esperada* (mencionada anteriormente) hay casos en los que la unión se disolvió tempranamente haciendo que las mujeres se definan a sí mismas como madres solteras cuando no obtuvieron apoyo económico de sus exparejas, el rasgo característico de la *trayectoria disruptiva* es que nunca hubo cohabitación con el padre del primer hijo.

Esquema 5.3 Trayectoria disruptiva experimentada por tres casos de las entrevistadas.



Fuente: Elaboración propia con información obtenida de las entrevistas realizadas.

La presente trayectoria se considera disruptiva por dos razones principalmente: primero, porque esta forma de ejercer la maternidad se encuentra fuera de la norma socialmente aceptada de convertirse en madre dentro de una unión. De hecho, en México, tan solo el 10 por ciento de los

nacimientos entre adolescentes ocurren fuera de una unión conyugal (Welti, 2000). En segundo lugar, esta trayectoria se denomina disruptiva porque las mujeres que la siguieron tuvieron que enfrentarse con sus familias al no querer unirse, produciendo rupturas importantes en la trayectoria esperada hacia la adultez. En este sentido, es importante señalar que la decisión de no establecer una unión conyugal implicó costos considerables en sus trayectorias biográficas, en al menos tres aspectos. Por un lado, estas mujeres tuvieron que enfrentar un doble estigma social al ser madres “a edades tempranas” y madres solteras. Además, el enfrentamiento con sus padres, en uno de los casos, desencadenó conflictos familiares y con ello el no recibir apoyo afectivo de los padres durante el embarazo y parte de la crianza del primer hijo. Y por último, el apoyo económico y afectivo de sus parejas estuvo casi ausente; ya que en los tres casos el padre del primer hijo no tiene contacto con la mujer ni la apoya económicamente, salvo el caso de Marcela, quien al momento de la entrevista había denunciado a su exnovio por pensión alimentaria.

A diferencia de las dos trayectorias anteriormente expuestas, a la *trayectoria disruptiva* se adhiere un grupo minoritario de mujeres. De los 24 casos de estudio, tres de ellos tuvieron un primer hijo por fuera del marco de la unión, constituyendo un grupo bastante heterogéneo respecto a las características de las mujeres que hacen parte de él. Dos de los casos evidencian niveles de escolaridad superior (Viviana y Marcela), mientras que el tercero alcanzó la primaria (Vero). De igual forma, la escolaridad alcanzada por sus padres varía: educación básica en el caso de Vero, quien proviene de un área rural de Oaxaca y se auto-adscribe como indígena mixteca; educación media para el caso de Marcela (secundaria) y educación superior para el caso de los padres de Viviana. Asimismo, Viviana y Marcela han permanecido solteras y tienen solo un hijo; mientras que Vero se unió un año después del nacimiento del primer hijo y actualmente tiene cuatro hijos con esta nueva pareja. Igualmente, como lo muestra el cuadro cuatro Viviana y Marcela continuaron viviendo en casa de sus padres después del nacimiento del primer hijo, y actualmente residen en el hogar parental; mientras que Vero dejó a su familia y a su hijo tras su nacimiento y migró a la Ciudad de México a trabajar como empleada doméstica.

Cuadro 5.4. Casos de mujeres residentes en Tijuana, madres adolescentes, que siguieron la trayectoria disruptiva.

CASOS QUE EXPERIMENTARON LA TRAYECTORIA DISRUPTIVA: PRIMER NOVIAZGO, PRIMERA RELACIÓN SEXUAL, PRIMER EMBARAZO, PRIMERA MATERNIDAD					
Informante	Edad Actual	Edad al noviazgo	Edad del novio	Duración del noviazgo	Lugar de residencia tras el primer hijo
Viviana	32	16	19	6 meses	Casa de los padres
Marcela	28	16	16	2 años	Casa de los padres
Vero*	34	16	16	1 año	En el trabajo

*Vero trabajó como empleada doméstica después del primer hijo donde también residía.

Fuente: Elaboración propia con información obtenida de las entrevistas realizadas.

La vida amorosa y sexual de las jóvenes que siguieron esta trayectoria se desarrolló de forma bastante similar a las mujeres que siguieron la *trayectoria esperada*; así que en el análisis presentado a continuación nos centraremos en la dimensión que diferencia a la *trayectoria disruptiva* de las dos anteriores: la decisión de no establecer una unión con el padre del primer hijo. Viviana y Marcela tomaron la decisión de no unirse porque no estaban seguras que la pareja era la adecuada para establecer un vínculo conyugal. Además, entre sus planes inmediatos la unión no se presentaba como una opción, ellas querían estudiar o, en el caso de Viviana encontrar lo que le gustaría estudiar.

Dije: "Creo que con esta persona no voy a llegar a ninguna parte, tanto el bebé como yo nos vamos a morir en vida", eso fue lo que yo pensé. Era su falta de motivación. Como que el romance y todo estaba muy bien pero una ya vez que "bueno, ya vamos a ser serios, vamos a empezar a actuar como personas más serias, más adultas, más maduras", era el punto donde ya él no encajaba. Para él; él quería ser todavía adolescente. Y ya fue donde me quedé: "con esta persona no voy a llegar a ninguna parte" (Viviana, edad al primer embarazo 17 años).

Aunado a lo anterior, Viviana sugiere en sus narrativas que no estaba motivada a seguir las pautas sociales establecidas y por ello, no consideraba a la unión como un paso a seguir en su trayectoria. Ella, contó con el apoyo de sus padres, no solamente durante en el embarazo, sino también en la crianza de su hija; y éstos, por su parte, no ejercieron ninguna presión para que Viviana se uniera.

Ok, si me voy con él me voy a morir en vida", eso es siempre a lo que he estado renuente a hacer, como vivir como *zombie*, hacer lo que te dice la sociedad. "Porque todo el mundo hace eso entonces yo también lo tengo que hacer", es una regla establecida ya, está en el libro. No, a mí no me gusta vivir así "Yo voy a hacer las cosas a su tiempo y como es destinado para mí (Viviana, edad al primer embarazo 17 años).

En contraste, la situación de Marcela fue un poco diferente, ya que la decisión de no unirse implicó costos en las relaciones con su familia de origen, en particular con su padre. De todas las mujeres entrevistadas, Marcela fue el único caso que planteó usar métodos de anticoncepción en sus relaciones sexuales regularmente; sin embargo, uno de los preservativos no le funcionó quedando embarazada por accidente. Sus padres eran muy conservadores y cuando supieron la noticia querían que ella casara. No obstante, Marcela tenía un referente familiar que había sido también madre adolescente (una tía cercana), y al escuchar su experiencia con la unión decidió no acceder a las presiones de su familia. Esta decisión implicó para Marcela que su papá dejara de hablarle durante años, a pesar de que compartían la misma casa.

[...] yo le dije [al padre] que no y que no me podían obligar y que el día que me llevaran al registro civil yo me iba a poner a gritar que: "No me quería casar", o sea yo les dije: "No me pueden obligar". [...], mi papá me dijo que ya no estudiara, que: "¿Para qué?"; y yo le dije: "Por favor págame el primer semestre y te juro que yo me pago todo lo demás", y me dijo que: "No", que "¿Para qué?", que ya me quedara en la casa [...]. Luego sí me dio el dinero, pero mi papá no me habló como por, ¿qué será?, como cuatro años, más que nada porque estaba embarazada (Marcela, edad al primer hijo 19 años).

La situación de Vero fue un poco diferente, en la medida en que el padre de su primer hijo había conformado otra familia al momento en que ella quedó en embarazo. Aunque manifestó estar enamorada de su novio, Vero no estaba motivada a iniciar una vida en pareja. Su interés era trabajar para poder ayudar económicamente a su familia y sabía que una unión no le permitiría hacerlo; ya que veía la experiencia de su madre.

Al último, la cuestión es que yo al aceptar andar con él me dijo: "¿Sabes qué? yo me quiero juntar". Luego, luego se quería juntar, pero yo no. Yo lo que quería es trabajar para poder ayudar a mi mamá, más que nada por mis hermanos. Yo le dije que no. Es más, le decía: "Mi mamá dice que ni siquiera se hacer tortillas yo, que me voy a juntar contigo" [Silencio], a mí me dio miedo, me dio temor. Y pues como yo dije que no, ya se fue y se juntó con otra chava (Vero, edad al primer embarazo 18).

Cuando Vero da a luz, su padre le dice que debe decirle quién es el papá del niño. En la comunidad mixteca a la que pertenece Vero era necesario levantar un acta para forzar al padre del hijo a responder económicamente por él. Ella accede, pero después de un tiempo se enfrenta a su padre, lo convence de dejar las cosas como están y decide volver a la Ciudad de México a trabajar. Su hijo se queda con sus padres quienes la apoyan cuidando de él.

Pero mi papá era de los que: "No, tú vas a hacer lo que yo te diga. Si tú quieres vivir en esta casa vas a tener que decirme quién es el papá y que responda por el niño", pero yo no quería. Y le dije: "pero no tiene caso, yo ya hablé con él y ya me dijo que no quiere pagar nada. Bueno ya le conté, le dije quién era el papá de mi bebé. Y ya me dijo: "¿pero por qué con él?". "No, pues las cosas que a veces uno hace sin pensar, sin reaccionar". Y dijo: "Bueno, entonces vamos a ir a la comunidad a que se levante un acta" Ya fuimos, se levantó un acta para que él respondiera por el niño. Pero pues... muchas veces me di mis vueltas y pues... también ahí no hay dinero. Es cuestión de salir a trabajar para poder este tener dinero. Pero yo le dije a mi papá que no tenía caso estar dando vueltas, perdiendo mi tiempo. "Entonces yo prefiero trabajar. Vamos a salir adelante", yo le dije. De hecho, sí se levantó un acta de que me iba ayudar.... me va ayudar por el niño pero conmigo ya nada pues. Entonces dijo que sí. Y ahí fue cuando yo le dije a mi papá: "Ya hice lo que usted me dijo, ya me voy a ir trabajar" (Vero, edad al primer embarazo 18 años).

La segunda característica que sobresale en este grupo de mujeres es que al decidir no unirse, y continuar viviendo en la casa de sus padres, no tuvieron que interrumpir las actividades que realizaban antes del embarazo. Las mujeres que estaban en la escuela, no tuvieron interrumpir sus estudios; y Vero, quien se encontraba trabajando, continuó haciéndolo, y posteriormente tuvo la oportunidad de migrar a Tijuana a trabajar. Sin embargo, esto también implicó costos considerables en la vivencia de la maternidad; ya que muchas veces no pudieron pasar el tiempo esperado con sus hijos, generándoles un sentimiento de culpabilidad, como expresa Vero:

Pues en el momento en que llegué aquí tuve a mi otra niña. Todo el tiempo que estaba disfrutando con mi hija decía: "Ese tiempo yo no pasé con mi hijo". Es lo que me perdí, digo: "¿Cómo pude equivocarme de dejarlo estar con mi mamá?". Yo me he arrepentido mucho de eso, de tenerlo a él no, sino de la distancia (Vero, edad al primer hijo 18 años).

Para las mujeres que siguieron esta trayectoria, la decisión de no unirse constituyó un recurso en su construcción subjetiva, posibilitando continuar con sus vidas académicas y laborales. Empero, esta decisión también implicó sacrificios considerables al pasar menos tiempo con sus hijas y trabajar de más, al no contar con el apoyo económico ni afectivo de sus parejas.

Los hallazgos presentados anteriormente permitieron identificar que, a pesar de que las mujeres siguieron distintas trayectorias durante su adolescencia, las experiencias amorosas representaron un hilo conductor que adquiere importancia como eje de articulación con otros eventos biográficos experimentados por las jóvenes (familiares, escolares, laborales, migratorios). Igualmente, los eventos asociados a la trayectoria amorosa produjeron rupturas y virajes que

transformaron el curso de vida de las mujeres, como el inicio de una primera unión y el nacimiento del primer hijo.

Las diferentes formas en que se expresan las tres trayectorias mencionadas permean formas particulares de experimentar la maternidad adolescente, y sobre todo inciden en la capacidad de las jóvenes para tomar decisiones. Para las mujeres que siguieron la trayectoria convencional-deseada, el proyecto de vida en pareja constituyó un recurso que posibilitó experimentar sus relaciones amorosas y sexuales sin el peso de las sanciones familiares y, en tanto la maternidad se produjo en el marco de este arreglo conyugal, el embarazo y el nacimiento del primer hijo se significaron como eventos deseados por las mujeres. No obstante, con el paso del tiempo, el sentido atribuido a la vida conyugal, entendido como un recurso de significación positiva de la experiencia de la maternidad, se transforma y es percibida como una vivencia que obstaculiza las posibilidades de las mujeres para tomar decisiones. De igual forma, en los casos de mujeres que experimentaron alguna forma de violencia y maltrato por la pareja, la unión permeó procesos de de-subjetivación, en el sentido planteado por Wieviorka (2012), negando la posibilidad de que las mujeres reflexionen sobre sus experiencias y puedan actuar para cambiar dicha situación. No obstante, recursos como el apoyo de la familia de origen, y factores circunstanciales como el arresto o detención de sus parejas por cometer distintos delitos, les permitió sobreponerse a la situación de vulnerabilidad subjetiva experimentada y lograr reconstruirse como sujetos a partir de la auto-adscripción de “*madres solteras*”.

Para las mujeres que siguieron la *trayectoria esperada*, la unión también representó un recurso; pero en este caso, constituyó un medio para enfrentar el estigma respecto al hecho de haber tenido relaciones sexuales fuera de una unión y ante un embarazo no planeado. En este sentido, las mujeres que siguieron tanto la *trayectoria convencional-deseada*, como la *trayectoria esperada*, se adhirieron a una forma de enfrentar la maternidad acorde con lo que socialmente se esperaba de ellas: en pareja. La *trayectoria disruptiva*, por su parte, es aquella que logra romper con los convencionalismos respecto a la forma de asumir la maternidad adolescente. Estas mujeres pudieron realizar parte de los proyectos que se había trazado y continuaron con las actividades que desempeñaban antes del embarazo. No obstante, han tenido que sobrellevar

la experiencia de la maternidad bajo el atributo de madres solteras enfrentando un doble estigma:
el de ser madre adolescente y soltera.

CAPÍTULO VI: TIPOLOGÍAS DE MATERNIDAD ADOLESCENTE RE-SIGNIFICADA

En los capítulos precedentes se han abordado dos ejes analíticos importantes para la comprensión de la maternidad adolescente. Por un lado, la manera en que las mujeres que tuvieron un primer hijo durante la adolescencia se construyeron y definieron a sí mismas como jóvenes, identificando los recursos que han permeado sus procesos de subjetivación juvenil. Del otro, se identificó la centralidad de las relaciones amorosas e inicio de la vida en pareja como elementos que guardan un vínculo estrecho con la forma en que las mujeres experimentan y dan sentido a la maternidad durante la adolescencia. A partir de lo anterior, y con la información empírica analizada en este capítulo nos acercamos a los significados atribuidos a la maternidad adolescente, identificando las regularidades y las dimensiones que comparten ciertos grupos de mujeres para dar sentido a sus experiencias; para lo cual se utilizó la construcción de tipologías como estrategia analítica, teniendo en cuenta los patrones identificados en los capítulos presentes.

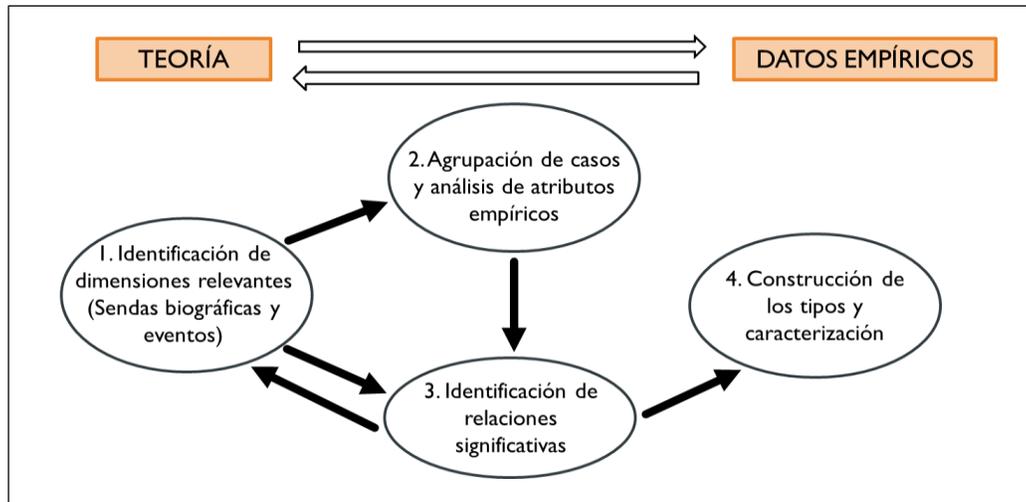
En este sentido, el objetivo del presente capítulo es analizar la manera en que la experiencia de la maternidad adolescente es significada a lo largo de las biografías de las mujeres que residen en Tijuana usando la información recabada en las entrevistas en profundidad. A partir del análisis de los relatos de vida se identificaron tipos de significado, los cuales representan patrones simbólicos recurrentes respecto a la experiencia de ser madre adolescente. Metodológicamente, vale la pena mencionar que aunque la totalidad de los casos se encuentran representados en los tipos, el número que conforma a cada uno de ellos no es relevante; ya que en la investigación cualitativa la representatividad numérica no es un criterio que proporcione validez al análisis. La validación de la presente tipología radica en su coherencia analítica; es decir, la relación lógica entre las dimensiones empíricas identificadas y los conceptos teóricos (Velasco, 2012). Sumado a esto, es preciso considerar que las generalizaciones en los atributos que conforman a cada uno de los tipos construidos tienen un carácter condicional, en tanto son relativas a un tiempo y espacio particular. Esto quiere decir, que los patrones de significación atribuidos a la maternidad adolescente son generalizables en cada tipo sólo en la medida en que se tengan presentes las condiciones espacio-temporales bajo las cuales se llevó a cabo la

investigación: un escenario de fuerte inmigración; así como los criterios empleados para la selección de las informantes, tales como su edad actual, la edad al nacimiento del primer hijo, el lugar de socialización de las mujeres durante su adolescencia y el nivel de escolaridad alcanzado por ellas y sus padres.

6.1 Proceso de construcción de la tipología.

La tipología de re-significación de la maternidad adolescente presentada en este capítulo se construyó a partir de un proceso de ida y vuelta entre la teoría y los datos empíricos obtenidos durante el trabajo de campo. Como punto de partida, se puede mencionar que mediante la revisión de la literatura e investigaciones empíricas respecto al tema del embarazo y la maternidad adolescente, así como también del posicionamiento teórico respecto a la subjetividad, presentado en el primer capítulo de esta investigación, se identificaron dimensiones, conceptos y eventos biográficos como insumos analíticos para la construcción de las tipologías. Sin embargo, una vez realizadas las entrevistas en profundidad y la codificación de la información, se obtuvieron nuevas dimensiones empíricas a considerar dando lugar a las primeras agrupaciones de casos a partir de atributos compartidos por las mujeres al momento de significar sus vivencias en tres temporalidades de sus relatos: el embarazo, la maternidad (nacimiento del primer hijo) y la crianza. Cabe señalar, que aunque las significaciones de la maternidad se estén realizando desde el presente, resultó importante distinguir analíticamente las temporalidades presentes en los relatos y las distinciones del sentido atribuidos a dichos eventos a lo largo del tiempo, a partir de la mirada retrospectiva de las participantes. Una vez realizadas las primeras agrupaciones, se regresó al marco conceptual de la investigación y se identificaron los vacíos conceptuales que la teoría manifestaba respecto a los hallazgos obtenidos, para posteriormente incorporar nuevos conceptos que en un primer momento no se habían considerado y así lograr comprender las relaciones y diferencias entre las agrupaciones de casos construyendo y caracterizando de esta manera cuatro tipos analíticos.

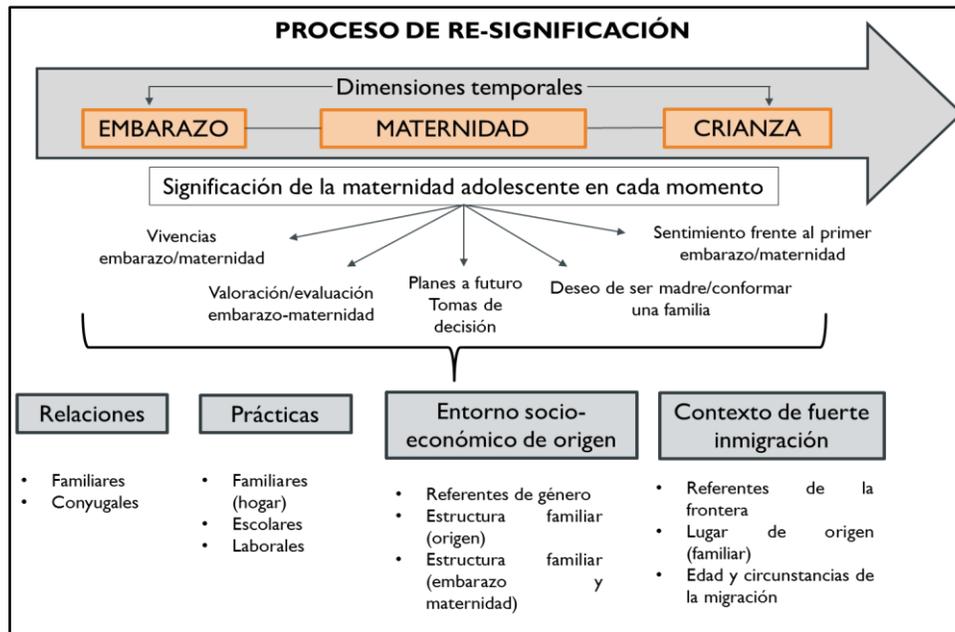
Esquema 6.1 Proceso de construcción de la tipología de maternidad adolescente re-significada.



Fuente: Elaboración propia con información obtenida de las entrevistas realizadas.

La manera de acercarnos a la re-significación de la maternidad adolescente implicó dos etapas. La primera, consistió en la identificación de la dimensión subjetiva de la experiencia de la maternidad adolescente teniendo en cuenta: la manera en que se experimentó dicha vivencia, las valoraciones frente a la misma, las tomas de decisión, los planes a futuro, los deseos y sentimientos, diferenciando aquellos que se mencionaban al momento del embarazo, tras el nacimiento del primer hijo, durante el proceso de crianza, denominado actual. Lo anterior, permitió agrupar, en la siguiente etapa, los elementos subjetivos y, a partir de esta selección, se identificaron las características y los atributos estructurales y contextuales que subyacían a cada agrupación: las relaciones establecidas en cada temporalidad, las prácticas, el entorno socioeconómico de la joven y el contexto en el que transcurrieron los eventos.

Esquema 6.2 Acercamiento al proceso de re-significación de la maternidad adolescente



Fuente: Elaboración propia con información obtenida de las entrevistas realizadas.

El proceso anterior permitió obtener cuatro tipos de maternidad adolescente re-significada, como lo muestra el siguiente cuadro (cuadro uno), a saber: 1. De la maternidad adolescente como evento deseado al arrepentimiento, 2. De la maternidad adolescente como equivocación a la reparación, 3. De la maternidad adolescente como equivocación al amor por los hijos, 4. De la maternidad adolescente como equivocación al deseo de autonomía. El cuadro uno permite identificar que los tipos dos, tres y cuatro comparten una forma de significación durante las temporalidades del embarazo y el momento actual (entendiendo por ésta el período que comprende las edades actuales de los hijos); diferenciándose solamente en la manera en que fue experimentada y significada la maternidad durante el nacimiento del primer hijo y la etapa de la crianza, elementos que serán analizados detalladamente en la caracterización de cada uno de los tipos, presentada a continuación.

Cuadro 6.1 Descripción de la tipología de maternidad adolescente re-significada distinguiendo los cuatro tipos identificados.

Tipos	Temporalidad de la re-significación de la maternidad adolescente		
	Embarazo	Maternidad	Crianza
Tipo 1. De la maternidad adolescente como evento deseado al arrepentimiento	Deseado (Anclada en el presente)	Una gran responsabilidad (El hijo como algo propio)	Arrepentimiento de la unión, no de la maternidad
Tipo 2. De la maternidad adolescente como equivocación a la reparación	Ambivalencia (Combinación de alegría y frustración)	Maternidad como experiencia compartida por la pareja	Sin arrepentimiento pero no era la edad para ser madres por primera vez.
Tipo 3. De la maternidad adolescente como equivocación al amor por los hijos		Los hijos como soporte emocional	
Tipo 4. De la maternidad adolescente como equivocación al deseo de autonomía		Ambivalencia (Adscripción como joven y responsabilidades de la maternidad).	

Fuente: Elaboración propia con información obtenida en las entrevistas realizadas.

6.2 Tipo 1. De la maternidad adolescente como evento deseado a la equivocación.

Este tipo se caracteriza porque el sentido atribuido a la maternidad adolescente se encuentra vinculado al de la unión conyugal, en el sentido en que las mujeres que conforman este grupo se unieron antes del embarazo; o bien, la vida en pareja constituía un proyecto de vida al momento en que se produjo este evento. Así, la significación de la maternidad para estas mujeres transita entre el deseo de convertirse en madres, como un evento esperado de la vida en pareja, al arrepentimiento de la edad a la que ocurrió la unión, sin que esto implique una aflicción por la edad a la maternidad. Para estas mujeres la significación de la maternidad se encuentra sostenida sobre un imaginario en el que *convertirse en madres* representa un proyecto central en la construcción de la identidad femenina.

Asimismo, las integrantes de este grupo esbozan atributos particulares que inciden considerablemente en el sentido proporcionado a la maternidad adolescente. Constituye el grupo que proviene de sectores socioeconómicos más precarios y con bajos niveles de escolaridad. Llama la atención, que al momento de la unión, estas mujeres se encontraban insertas en el mercado de trabajo, sea como empleadas asalariadas o como trabajadoras dentro de negocios familiares sin que esto implicara una remuneración económica. La situación laboral de las mujeres, antes de la ocurrencia de la unión parece guardar una correspondencia con el contexto

en el cual se desarrolla esta investigación. Tijuana, como escenario de alta inmigración presentada particularidades respecto a la inserción de las mujeres jóvenes al mercado de trabajo, como se mencionó en el capítulo contextual de esta investigación. Para las mujeres entrevistadas, la vida laboral constituye una dimensión central en su construcción subjetiva; ya que desde la adolescencia se insertaron al mercado de trabajo, sea en el sector formal e informal, promoviendo una valoración positiva a la independencia económica.

6.2.1 Experiencia del primer embarazo: El deseo de ser madres.

Para un conjunto de mujeres participantes en esta investigación el embarazo representó una opción deseada y esperada en tanto se encontraban en el marco de una unión (casadas o en unión libre) consideraba estable; o bien, tenían un proyecto conyugal y de construcción familiar al momento en que se produjo el embarazo. La situación conyugal de las adolescentes o las intenciones de consolidar una unión legitiman la ocurrencia del embarazo, como se mencionó en el capítulo anterior; y aunque tener un hijo no representaba un evento planeado en la vida de las mujeres, constituía una experiencia anhelada dentro de la trayectoria conyugal de las jóvenes. En este sentido, la vivencia del primer embarazo es recordada en términos de alegría y regocijo en la medida en que fue esperado y aceptado por la pareja, así como por la familia de las jóvenes. Adela narra, por ejemplo, que decidió unirse con su pareja a los 18 años, y a los tres meses de convivencia se enteró que estaba embarazada de su primer hijo. Pese a que Adela manifestaba no haber pensado en la maternidad al inicio de la unión como un proyecto inmediato, su estatus de mujer unida estimulaba preguntas y cuestionamientos de otros miembros de la familia respecto al momento de tener un hijo, desencadenando en ella sentimientos de anhelo frente a al hecho de convertirse en madre

Pues ya en esos momentos te diré que sí me emocionaba, decía: “¡Qué padre!”. Porque en esos tiempos ya mis primas empezaban a tener a sus hijos y me miraban y decían: “¿Tú para cuándo?”. “Al rato, ¿No? Me gustan mucho los niños pero voy a tener uno o dos, no más”, les decía yo. Y sí, ya vamos al doctor, y ya me dice el doctor: “Pues con la novedad de que esta bacteria tiene patitas y tiene manitas” [Adela tenía malestares estomacales], y yo bien impresionada. Y dice mi hermana: “Ah, ¡voy a ser abuela!”, estaba emocionada ella (Adela, unida, edad al primer embarazo 18 años).

La manera en que las mujeres significaron la experiencia del primer embarazo en la adolescencia se encuentra adherida a un imaginario de *maternidad extensiva*, bajo el cual la identidad

femenina se sostiene sobre el supuesto del deseo inherente de las mujeres por convertirse en madres y la necesidad de procuración (nutrir, cuidar, atender), como un atributo que prescribe y naturaliza el lugar de madres a las mujeres (Sánchez, 2003; Solé y Parella, 2004). Sin negar las transformaciones en el sentido que se le ha adjudicado a la maternidad en las últimas décadas, para estas mujeres, esperar un hijo representaba la posibilidad de tener algo propio, como sugiere Susana: “Me sentía [Silencio], no sé a lo mejor me sentía grande; aparte de todo me sentía como que iba a tener algo mío, eso sentía, entonces yo estaba bien feliz” (Susana, tenía un proyecto de unión desde antes del embarazo, edad al primer embarazo 18 años).

Distintos estudios empíricos sugieren que la falta de oportunidades laborales y educativas incide en que las adolescentes vean en la maternidad la posibilidad de construir un proyecto de vida propio (Marcús, 2006). Sin embargo, para las mujeres de este grupo, quienes estudiaban o trabajaban al momento del embarazo, la maternidad representaba el proyecto central en sus vidas, vinculado estrechamente al deseo de tener una pareja, de sentirse amadas y deseadas por otros, llenando un vacío afectivo entre las adolescentes. En este sentido, la unión y el embarazo aparecen para estas mujeres, en su adolescencia, como experiencias difíciles de disociar. A las experiencias amorosas de las jóvenes subyace el imaginario de convertirse en madres alguna vez, por lo que la unión representa el evento que otorga legitimidad a la maternidad y posibilita cumplir el deseo por la maternidad. Como consecuencia, se puede sugerir que para este grupo de mujeres la reacción y aceptación de la pareja frente al primer embarazo tiene repercusiones considerables en la manera de experimentar esta vivencia. En las narrativas de las mujeres, se evidencia que los varones deseaban convertirse en padres y durante los meses que duró el embarazo compartieron el sentimiento de alegría de las mujeres y estuvieron al tanto del proceso de gestación, como comentan Natalia y Susana.

Nos casamos jueves, el viernes me fui a dar de alta, y lunes fui a consulta y me mandaron a hacer análisis y todo. Y sí, en 15 días ya sabía que sí estaba embarazada. “Oh, estoy embarazada”, y en ese momento todo fue amor y dulzura. Yo estaba feliz y él ni se diga. Él ansiaba una niña, me decía: “¿Y mi niña cómo está? Mi nena [...]”. Y le digo: “¿Qué tal que si es niño? (Natalia, tenía un proyecto de unión desde antes del embarazo, edad al primer embarazo 18 años).

Pues cuando salí embarazada él hasta eso que era así que le decía yo: “Vamos, tengo cita en el doctor”; y él era taxista del aeropuerto, entonces ya venía y me decía: “¿A qué horas tienes la cita?”. Él ya llevaba un control y me decía: “Pues para la otra semana o para este mes tienes cita”,

y ya sabía la hora y venía y me llevaba, porque iba hasta allá por el por el Parque Morelos. Ya venía él y me llevaba, y pues hasta eso que estuvo al pendiente de lo que ocupaba, de las citas y todo eso (Susana, tenía un proyecto de unión desde antes del embarazo, edad al primer embarazo 18 años).

En contraste se encuentra el caso de Nora quien sufrió un aborto como consecuencia del maltrato de su pareja, lo cual hizo valorar su embarazo a partir de sentimientos de soledad, miedo y tristeza. Ella sugiere que después de la pérdida ya no estaba tan motivada a tener otro embarazo; así que su segunda experiencia, que terminó en un primer hijo nacido vivo, no fue tan deseada como la primera. Si embargo, pese a la situación con su pareja, la manera en que Nora le da sentido a sus embarazos (aquel que no llegó a su término y del que nació su primera hija) se continúa sosteniendo sobre el imaginario de la *maternidad intensiva*, planteando que lo más importante para ella era el convertirse en madre. Pese a la vulnerabilidad afectiva de Nora durante el período de su embarazo, ella se define a sí misma a través de atributos y cualidades positivas, exaltando la importancia de la maternidad en la vida de una mujer: “Me encantaba estar embarazada. No sé, como que cambia uno. Yo siento que una mujer embarazada se mira más bonita, como que se le resaltan los ojos, su mirada, se me hace muy bonito. A mí me gustaba mucho arreglarme, ponerme batitas de maternidad. Me gustaba mucho disfrutar mis embarazos, todos los disfruté, los tres” (Nora, unida, edad al primer embarazo 16 años).

La significación positiva del primer embarazo implica el reconocimiento de dos elementos importantes e íntimamente relacionados durante la adolescencia. Por un lado, la necesidad de diferenciar el deseo de un embarazo de la aspiración de convertirse en madre; y del otro, la percepción de la maternidad como una experiencia anclada en el presente. Como sugiere Le Van (1998), una investigación realizada con madres adolescentes de diferentes regiones de Francia hace necesario distinguir entre el deseo de estar en embarazo, de la aspiración de una maternidad asumida; ya que muchas veces las jóvenes manifiestan una valoración positiva frente al embarazo como un período en el que se recibe una mayor atención y cuidados, sin pensar necesariamente en las implicaciones de la crianza al largo plazo. Lo anterior, es evidente en los relatos de las mujeres de esta investigación, quienes narran el gusto por su embarazos, como sugiere Eliana: “Hasta casi quería hacer fiesta por salir embarazada. Sí, o sea, para mí era bienvenido. Para mí era lo máximo” (Eliana, unida, edad al primer embarazo 18 años).

Un hecho empírico relevante en esta investigación es que el deseo de embarazo se relaciona con la manera de concebir la maternidad entre las adolescentes, la cual parece aferrarse al presente; es decir, al momento en que los hijos son bebés. Puede considerarse que esta mirada de la maternidad al corto plazo guarda un vínculo particular con la manera en que las adolescentes tienden a definirse a sí mismas durante este período, como se expuso en el capítulo cuatro. En tanto las mujeres se construyeron discursivamente como jóvenes a partir de lo que *están en la edad de realizar*, siempre desde una mirada anclada en el presente; las significaciones en torno a la experiencia del embarazo se sostienen igualmente sobre un imaginario del ser madre al corto plazo, como sugiere Natalia.

Regresando a lo que me decía mi mamá: “Cuidate porque puedes quedar embarazada”, entonces dije: “A mí me encantan los niños [Silencio]; ah, los niños, qué bonitos”. Pero no te das cuenta que implican no nada más el bebé que está bonito, sino que el bebé se enferma, hay que atenderlo 24 horas, va a crecer, va a tener educación. Eso lo ves ahorita. En ese momento lo ves como un bebé y dices: “Ay, ¿Qué tiene? Lo cuido” (Natalia, tenía un proyecto de unión desde antes del embarazo, edad al primer embarazo 18 años).

Asimismo, la construcción subjetiva de las adolescentes a partir de sus experiencias presentes, a partir de lo que *están en la edad de realizar*, promueve que las mujeres se consideren en la *edad* de convertirse en madres y se sintieran con la capacidad para asumir esa maternidad imaginada en la que el tiempo parece no transcurrir, percepción que cambia considerablemente conforme se va desarrollando el proceso de crianza, como narra Sara:

Pues yo no me sentía chica, de que dijera: “Ay no, no voy a saber cómo atender a un niño”. Pero la verdad, ahorita como está uno, dice uno: “Es que te tienes que preparar más como mamá porque pues ya sabes que es una responsabilidad, que el niño va creciendo, que tienes que enseñarle otras cosas dependiendo su desarrollo, y yo no pensaba eso [adolescencia]” (Sara, unida, edad al primer embarazo 15 años).

6.2.2 Maternidad y crianza: Una responsabilidad.

La percepción de la maternidad como una experiencia concebida al corto plazo cambia considerablemente tras el nacimiento del primer hijo; y el ser madre empieza a adquirir un sentido de *responsabilidad* y obligación haciendo que la vivencia se proyecte más hacia el futuro, desnaturalizándose paulatinamente.

Ese fue el cambio que yo sentí, o sea el cambio ya de una responsabilidad, ya una obligación. El cambio fue de que llega un hijo y te cambia todo, para bien, pero te cambia todo. Ya es una responsabilidad muy grande, así como te llega una alegría y dices “tengo algo mío”, te llega una responsabilidad. Ya lo miras como una responsabilidad de que lo tienes que enseñar a hablar, le tienes que dar de comer, cambiar de pañal, o sea son muchos pasos. Por eso lo primero es enseñarme a cuidarlo, a cambiarlo, a bañarlo [Silencio]. Ya después, lo que sigue es enseñarte a qué papillas vas a hacer, qué comidas. Ya después enseñarlo a hablar, y ya todo lo que hace tu hijo es una gracia. Entonces ese cambio sí, porque ya era mucha responsabilidad (Nora, edad al primer hijo 18 años).

La imbricación entre el momento de la unión con el embarazo y nacimiento del primer hijo genera que las irrupciones de la maternidad adolescente en las biografías juveniles no logren diferenciarse claramente de aquellas producidas por el inicio de la vida en pareja. Si bien las mujeres experimentaron cambios considerables en sus rutinas tras el nacimiento del primer hijo, es la primera unión el evento que marca una ruptura significativa en las trayectorias de vida que trastoca las estructuras de significación de otras vivencias; y, en este sentido, constituye una *epifanía de primera magnitud*, usando el concepto de Denzin (1989). Por un lado, la conyugalidad es percibida como un rito de paso hacia la adultez, siendo la maternidad el resultado esperado de la misma. Ser esposa adjudica a las jóvenes un estatus social al interior de sus familias de origen, y legitima el camino hacia la maternidad. De otro lado, la primera unión representó una limitación en las actividades cotidianas de las entrevistadas y una reducción de sus espacios de participación. La mayoría de los casos tuvo que suspender sus actividades laborales y educativas tras la unión ante las demandas de sus esposos, por lo que el nacimiento del primer hijo representa un recurso para que las mujeres ocupen su tiempo libre, percibiendo a los hijos como un proyecto de vida propio.

Así, aunque para estas mujeres el primer embarazo tuvo un significado de regocijo y alegría, la relación conyugal empieza a deteriorarse por las limitaciones de los esposos frente a las actividades de las mujeres más allá del hogar, el maltrato y violencia de la pareja sobre la mujer, el consumo de alcohol o drogas, así como también por las infidelidades del cónyuge. En este sentido, los hijos representan un recurso para enfrentar la soledad de la relación de pareja, como sugiere Nora:

[Silencio] él no me dejaba salir, era muy celoso. Entonces, dice uno: “voy a estar mejor acá y no es cierto”. Cuando tuve a la niña me sentí mejor porque tenía que estar pendiente de la niña, se despertaba y yo sabía que había que estar jugando con la niña. Es lo mejor porque ella se dormía y

yo lo miraba y decía: “¿esto es mío? De mí salió. ¿Cómo puedo estar esto tan bonito aquí adentro?”. Eso era lo que yo pensaba en ese tiempo, pues hasta ahorita (Nora, edad al primer hijo 16 años).

Es importante considerar que para este grupo de mujeres los siguientes embarazos no fueron planificados, y un atributo que lo caracteriza es la falta de información acerca del uso de los métodos de anticoncepción. Una parte de las mujeres no utilizó ningún método para planificar sus embarazos, por desconocimiento o por la negativa de los esposos para hacerlo; y la otra parte, aunque se encontraba utilizando un método al momento en que se produjo el embarazo, planteó que éste no les dio resultado evidenciando el desconocimiento respecto a su funcionamiento. Eliana por ejemplo, sostiene que se “cuidaba” con inyecciones y aun así quedó embarazada del primer hijo; sin embargo, a los tres años se dio cuenta que estaba esperando su segundo hijo y no entiende por qué sucedió. “Y a los tres años tuve a la segunda [hija]. Después de que tuve a la primera niña me cuidaba con inyecciones cada mes por tres años. Y no dejé de cuidarme. Me dijo la doctora que mi cuerpo se hizo inmune a las inyecciones” (Eliana, edad al segundo hijo 22 años).

A diferencia de Eliana, Natalia y su esposo usaban de vez en cuando preservativos o el *método del ritmo* para postergar un embarazo. Aunque deseaban espaciar el segundo hijo, no consideraban necesario el uso prolongado de un método de anticoncepción; ya que estimaban que la forma en que se protegían les posibilitaría posponer un segundo hijo. Empero, pasó un poco más de un año cuando Natalia quedó embarazada por segunda vez, tenía 19 años.

No, no me cuidé con algún método. Utilizábamos preservativo y teníamos [Silencio], a ambos nos habían enseñado que cuando tienes tu período de regla, pues siete días después o siete días antes tienes como ese margen. Por eso, habíamos logrado que pasaran dos años [Silencio], bueno año y tantos. Si teníamos pensado en algún futuro tener otro bebé, pero así de la nada fue como: “Estoy embarazada”. Y él me dijo: “Pues ni modo” (Natalia, edad al primer segundo hijo 19 años).

El limitado acceso a la información sobre los métodos de anticoncepción y la falta de autonomía de algunas mujeres sobre sus propios cuerpos para decidir el momento y el número de hijos que desean tener ha incidido para que este grupo evidencie un mayor número de hijos al momento de las entrevistas, y con ello una amplitud en el periodo de crianza. La extensión en la temporalidad de la crianza de los hijos parece incidir en la manera en que las mujeres reflexionan sobre la maternidad adolescente. Es decir, un mayor número de hijos, sin contar muchas veces

con el apoyo necesario por parte de la pareja, dificulta identificar las diferencias entre las experiencias maternas de cada uno de los hijos y los cambios en el tiempo; por lo que reflexionar acerca de la maternidad adolescente para estas mujeres resulta complicado.

6.2.3 No me arrepiento de mis hijos, sí de haberme ido con él.

El deterioro de la vida en pareja y la situación de violencia y maltrato experimentada por las mujeres de este grupo han desencadenado, en la actualidad, una significación de la primera unión en términos de arrepentimiento y decepción; sin que esto permee el sentido atribuido a la maternidad. Para las mujeres de este grupo, la unión representó un evento coartador de sus trayectorias de vida y de su autonomía, por lo que reconocen que no era la edad para iniciar una vida conyugal, como narra Sara.

Yo si estoy arrepentida, porque digo yo: “No me hubiera casado tan chica no hubiera tenido tantos problemas, hubiera aprendido más de la vida”. La verdad que me hubiera gustado saber más de los problemas [Silencio] ¡Cómo solucionar las cosas! Pues, yo nada más me quedaba así [Silencio], me pasaba algo y “¿qué voy a hacer?”, no tenía idea. Como yo digo: “hubiera crecido, hubiera trabajado”, como tener mi trabajo y mi vida. No vivir con mi mamá sino salir yo adelante, hacer mis cosas por mí. Y es lo que les digo a las chamacas [...] (Sara, edad a la primera unión 14 años).

Asimismo, las mujeres de este grupo manifiestan el arrepentimiento frente a la primera unión a partir de los consejos que les proporcionan a sus propias hijas. Aunque los proyectos de vida de las informantes durante la adolescencia giraban en torno a la importancia de la vida familiar y la relación conyugal como legitimadores del inicio de la vida reproductiva, Nora re-significa su experiencia a través de su hija, planteando que apoyaría su decisión de ser madre soltera, si ella así lo quisiera, para no cometer el error que los padres tuvieron con Nora de obligarla a casarse. En su narrativa, Nora le recalca a su hija la importancia de la capacidad de elección y autonomía que debe tener la mujer al momento de tomar la decisión de iniciar una unión; recurso del que ella no dispuso.

Ella [primera hija] horita sabe hasta cambiar pañales, sabe hacer de comer, porque digo: “Un día no te vayas alborotar y te vayas a ir. Enséñate a hacer las cosas porque luego no quiero que me reclamen que no te enseñé a hacer nada”, le digo. Pero sí he pensado que me vaya diciendo: “¿Sabes qué?, pues metí la pata y estoy embarazada”. Yo digo que yo la apoyaría. Me daría mucho coraje, pero yo la apoyaría en la decisión que tomara. Yo lo primero que le diría es: “Si no quieres estar con el papá, no lo estés”, no la obligaría a nada, a nada la obligaría, pero de que lo tuviera [el hijo], sí (Nora, edad a la primera unión 15 años).

En este mismo sentido, Eliana menciona su arrepentimiento de haber establecido su primera unión, como consecuencia de la presión de su padre. La re-significación de la experiencia de la maternidad adolescente de Eliana pasa de una lógica de deseo y anhelo por la maternidad, a una de arrepentimiento por haber tenido a sus hijos en el marco de dicha unión, la cual es expresada por Eliana a partir de los consejos que le da a su hija en los que resalta la importancia de la autonomía en la toma de decisiones.

Porque yo no me quería casar, sino que por hacerle caso a él yo me casé. Entonces yo le digo a ella [hija]: “Tú no dejes que los demás decidan por ti. Si tú quieres desde un principio amarrarte alguien que no te va a hacer feliz, que no te va a sacar adelante, que no va a ser lo que tu pensabas tu puedes decir me arrepiento, pero a lo mejor ya tuviste un hijo de esa persona. A lo mejor ya fuiste maltratada por esa persona. Entonces tienes que ver al momento de casarte con alguien (Eliana, edad a la primera unión 18 años).

6.3 Tipos 2. “De la maternidad adolescente como equivocación a la reparación”, tipo 3. “De la maternidad adolescente como equivocación al amor por los hijos” y tipo 4. “De la maternidad adolescente como equivocación al deseo de autonomía”.

Como se mencionó al inicio de este capítulo, los tipos siguientes (dos, tres y cuatro) evidencian patrones de sentido comunes frente a la maternidad adolescente en dos temporalidades concretas: cuando se menciona la experiencia del primer embarazo y al considerar las vivencias de la crianza. En contraste, las significaciones atribuidas al nacimiento del primer hijo sí guardan diferencias entre cada uno de los tipos. Por esta razón, se presentan a continuación, de manera conjunta, los atributos comunes en los apartados concernientes a la significación del embarazo y la crianza, y se resaltan únicamente aquellas características que diferencian el modo de significar la maternidad en el apartado concerniente a la temporalidad del nacimiento del primer hijo.

6.3.1 Experiencia del primer embarazo: “Cometí el error”.

Si bien, para las mujeres del tipo uno el embarazo adolescente representaba un evento esperado, para los tres tipos siguientes su ocurrencia fue considerada como un “error” o una “equivocación” en las vidas de las mujeres, por lo que la manera de vivenciar dicha experiencia se encuentra atravesada por una tensión constante entre la alegría de convertirse en madres, motivada por la fuerte valoración social de la maternidad, el entramado de relaciones de género

vigente en los contextos familiares en los que se socializaron las mujeres, el universo simbólico respecto a la vida familiar en México (Sánchez, 2003; Sánchez et al., 2004), y el sentimiento de fracaso y decepción ante un embarazo no esperado. Resulta importante resaltar que la significación del embarazo como un “error” es motivada por dos elementos específicos. En algunos casos, la ocurrencia de un embarazo causó un sentimiento de frustración en la medida en que se consideraba que este evento truncaría los proyectos de vida que se habían trazado las adolescentes, en miras al futuro inmediato. Rosa, por ejemplo, había emigrado a Tijuana a los 16 años al terminar la secundaria, con el propósito de trabajar y poder ayudar a su familia que vivía en Irapuato-Guanajuato. Al llegar a la ciudad tenía muchos planes, quería encontrar trabajo, mandar dinero a sus padres y hermanos y ahorrar para poder cruzar a los Estados Unidos. Cuando Rosa se enteró de su embarazo empezaba a prepararse para ser farmacéutica, y acababa de iniciar unos cursos de inglés que le facilitarían su proyecto migratorio al otro lado de la frontera. Por ello, la noticia de su embarazo le causó decepción porque sentía que no iba a poder continuar con sus proyectos. “Pues no me sentía muy bien porque engordé bastante. Pero subí mucho de peso, mucho, mucho, mucho. Después me ponía triste, así como decepcionada, decía: “yo no vine a esto”. Porque yo me vine con la mentalidad de ayudar a mis papás y eso, eso ya no podía hacerlo” (Rosa, edad al primer embarazo 18 años).

Catalina, por su parte, se encontraba en el último año de preparatoria cuando supo que estaba en embarazo y había comenzado un programa de intercambio fuera del país para cursar el último semestre de ese ciclo de estudios. Para ella, el embarazo implicó interrumpir su intercambio, terminar la preparatoria en México y cambiar los planes universitarios que se había trazado, razón por la cual sentía decepción. No obstante, en el relato, Catalina también expresa su alegría en la medida en que el embarazo representaba una posibilidad de empezar a construir una vida familiar. Lo anterior, visibiliza la dicotomía que subyace a la significación de esta experiencia.

Pues para mí fue así como: “Ay, todos mis planes se van a derrumbar. Yo tenía esto planeado, y luego esto [embarazo]”. Por lo menos terminar mi ciclo de intercambio que se vio interrumpido a la mitad. También había planeado estudiar en otra universidad que no fue donde estudié porque decidí estudiar en la que estudié por cercanía [...]. Entonces, ya no fui a estudiar a donde yo quería. Y pues obviamente el decir: “¿Qué van a decir mis papás? ¿Qué les voy a decir? ¿Me van a hablar, no me van a hablar? ¿Me van a abrir la puerta, me van a cerrar la puerta?”, y pues sí cuando [Silencio], y luego me emocioné y dije: “¡Ay que padre!”. Porque a mí siempre me ha gustado mucho la vida familiar, es súper bonito (Catalina, edad al primer embarazo 18 años).

Además de percibir el embarazo como una limitante para alcanzar los proyectos de vida, el segundo aspecto que genera un sentimiento de frustración frente a este evento es la posibilidad de defraudar a los padres por haber tenido un embarazo fuera de una unión conyugal; pero sobre todo, por la ocurrencia de relaciones sexuales prematrimoniales. Como se mencionó en el capítulo anterior, pese a que las trayectorias juveniles se han diversificado en las últimas décadas y el calendario de los eventos que van acercando a los y las jóvenes a la edad adulta se ha transformado, aún persisten fuertes construcciones simbólicas acerca de la virginidad y la importancia de la maternidad dentro del marco de una unión, sobre todo para las familias de las jóvenes sin importar si son originarias de Tijuana o de otro estado del país. Así, la iniciación sexual, el primer embarazo y la unión, aunque en la práctica representan un orden de eventos difícil de alcanzar, en el imaginario familiar constituyen una trayectoria deseada y esperada, desencadenando sentimiento de fracaso y decepción entre las mujeres por el miedo de desilusionar a sus padres, como se evidencia en el relato de Lucía.

[...] yo sentía que los había traicionado; así, me sentía muy mal y muy miserable. Me sentía, mal, mal, mal, me daba pena verlo a la cara. Eran muchas sensaciones de mi papá más porque él ya me había soltado y plena confianza, y yo lo traicioné, abusé de su confianza (Lucía, edad al primer embarazo 19 años).

Amelia, por su parte, además del temor de desilusionar a sus padres por su embarazo, sentía decepción por no poder cumplir su sueño de casarse de blanco. Para ella, el hecho de que su familia supiera que había tenido relaciones sexuales le promovía un sentimiento de vergüenza; ya que en su imaginario, las prácticas sexuales fuera del matrimonio representaban una transgresión al ideal de mujer-virgen.

No pues en el momento me dio gusto y a la vez como que sentí, de que dije: “¡Chín!, ¿Ahora qué voy a hacer? ¿Cómo le voy a decir a mi mamá?”. Porque haz de cuenta de que cuando yo estaba muchacha tenía un tío que cómo chingaba, “¡ay!, que pinche puta” [le decía a Amelia por que salía con sus amigas]. Y yo decía: “Bueno una cosa es que me divierta pero no ando haciendo nada malo, o sea sí me gusta el relajo pero nada malo”. Y que sale embarazada su hija. Yo me divertía, pero ella, ella fumaba, tomaba, se metía con su novio y así. Y que sale embarazada y se casa ¡parecía que iba a hacer su primera comunión! Ya se casó con la panzota y pues mi tío me pidió perdón. Y entonces yo le decía a mi mamá: “Yo, yo me voy a casar de blanco, yo voy a salir de la casa de blanco, yo no te voy a defraudar (Amelia, edad al primer embarazo 19 años).

A diferencia del grupo anterior, dar la noticia del embarazo a la familia, y en algunos casos a la pareja, adquiere un sentido distinto para estas mujeres; ya que representa el reconocimiento de

haber cometido un “error”. Por esto, las mujeres de este grupo tienden a ocultar sus embarazos de los padres por algunos meses, tratando de encontrar el mejor momento para dar la noticia. Por consiguiente, durante la primera parte del embarazo las adolescentes no cuentan con el apoyo emocional ni la información adecuada acerca de los cuidados prenatales necesarios, como fue el caso de Gladis.

Y ya el cuarto mes dije: “No creo”; empecé a tener como sueño, me sentía muy extraña, tuve sueños muy locos en esa época que tenían que ver con bebés, con muerte, estaba, estaba absolutamente trastornada, y nunca dejé la escuela, obvio. Yo seguía saliendo con mi hermana, con el Rafael [Novio de Gladis] y nos íbamos a la plaza, al cine, a todas partes. Y un día andábamos en la plaza y me desmayé de regreso en la *calafia* [transporte público]; o sea era una bomba de tiempo. Yo seguía alimentándome como siempre; o sea, comía bien pero cuando estás embarazada necesitas [Silencio]. Ya cuando estaba desmayándome y cosas tremendas, mi mamá dijo: “Vamos a hacer los estudios”. [...] Quise ocultarlo, como siempre [Risas], y luego me desmayé en la mesa. Y ya recuerdo que cuando me dieron los resultados y me vi que estaba embarazada pues no me quedaba de otra más que aceptarlo ¿No?, pero me puse a llorar, fue terrible. ¡Ya tenía seis meses! (Gladis, edad al primer embarazo 17 años)

El temor de enfrentar a los padres puede llegar a ser tan fuerte que algunas jóvenes terminan ocultando la totalidad del embarazo, como el caso de María. De hecho, ella dio a luz sin contarle a su familia. Dando un acta de nacimiento de una compañera del trabajo ingresó al hospital y registró a su hija, y tras el alumbramiento la dejó al cuidado de una amiga para que sus padres no se enteraran. Las circunstancias que permearon la vivencia del primer embarazo de María provocaron una ausencia de reflexión acerca de esta experiencia. María, cuenta que no asimilaba que estaba embarazada, y este evento fue sobrellevado en medio de mucha soledad y decepción por las mentiras que debía decirle diariamente a su familia.

Mucho cariño [hacia el embarazo], pero no lo asimilaba. Me sentía como anonadada. O sea, todavía no me caía el veinte totalmente. Todo fue mi triste, con ella todo fue triste. De hecho una amiga estaba embarazada [...], y este, bueno sí nos tomamos una foto juntas las dos embarazadas, pero aparte yo lo ocultaba. De hecho, el *babyshower* que me hicieron tampoco lo disfruté. Yo no disfrutaba nada porque no sabía mi mamá. Y mi mamá, te digo, siempre ha sido muy buena conmigo en todos los aspectos que te puedes imaginar. Y tampoco tuve la confianza de decirle a ella. Tenía miedo de desilusionarla y decirle lo que estaba pasando. Y, pues era un show, ya después me salí de la prepa y en mi casa no sabían que me había salido. Seguía trabajando, solo trabajando (María, edad al primer embarazo 17 años).

Yolanda, por su parte, prefirió juntarse con su pareja antes de que su madre se diera cuenta de su embarazo. Yolanda conoció al padre de su hijo empezando la preparatoria. Él le llevaba

cuatro años y trabajaba como policía. Duraron dos años y medio de novios cuando se dieron cuenta del embarazo. Por el miedo de enfrentar a su madre y el temor a desilusionarla, Yolanda decide irse a vivir con su pareja (a casa de su suegra) y oculta unos meses más el embarazo a su madre.

Mi mamá se enteró que tenía siete meses. Fíjate que no se me notó, bueno decían que no se me notaba. Se enteró porque mis hermanas que se emborracharon y le dijeron. Y ya mi mamá llegó a la casa de mi suegra. Y yo, ese día andaba con un pants rosita, con una blusita cortica, con mi panza de fuera haciendo que hacer. Cuando llegó mi mamá y ya ni qué decirle. No me dijo nada, no me reclamó, no me reclamó nada. No más agaché la cabeza y no me dijo absolutamente nada. De ahí, desde que se enteró, estuvo a mi lado siempre. Me enamoré supuestamente, me enamoré y pues de ahí cometí los errores que cometí (Yolanda, edad al primer embarazo 18 años).

Así, como se ha venido mencionando, para este grupo de mujeres, la aceptación del embarazo por parte de los padres es un elemento importante a considerar para comprender el sentido otorgado a la maternidad. Existen estudios empíricos que reconocen la importancia de las relaciones familiares en la manera en que las adolescentes asumen y valoran su embarazo y la maternidad. La aceptación familiar del embarazo promueve que las adolescentes enfrenten este evento con menos tensiones, haciendo que el soporte material y afectivo se torne decisivo para una significación más positiva de sus embarazos, y posteriormente de la maternidad (McDermott, Graham y Hamilton, 2004; Portier, 2007). La reacción de los padres ante el evento del primer embarazo puede constituir un elemento que tienda a aminorar el sentimiento de culpabilidad y fracaso experimentado por las jóvenes, como es el caso de Catalina; o bien, puede profundizarlo aún más tras no brindar el apoyo necesario a sus hijas, como le sucedió a Aurora, a quien su madre obligó a casarse al enterarse del embarazo, razón por la cual tuvo que dejar su casa e ir a vivir a con su suegra.

Haz de cuenta que me apoyaron, mis papás dijeron: "Fue tu decisión. Tú decidiste hacerlo así". Y [Silencio], ora sí que no me dijeron nada así de: "¿Qué te pasa?" Porque mi mamá en el fondo sabe que ella jamás habló de esos temas conmigo ¿verdad? Entonces yo creo que a lo mejor dicen: "Chin". No sé si han de sentir un poquito [Silencio], a lo mejor culpables, que digan: "¿En qué fallé?", pero nunca me dijeron nada, sólo me apoyaron (Catalina, edad al primer hijo 18 años).

Estaba súper triste, yo me acuerdo que lloraba así en la regadera; sí lloraba. Y luego fue un momento en el que ya tenía ocho meses, ya no podía hacer gran cosa, entonces me quedaba en la casa con mi suegra y era como súper raro, o sea: "¿Qué estoy haciendo aquí?" ¿No? (Aurora, edad al primer embarazo 18 años).

Mari, por su parte, contó con el apoyo económico de sus padres durante el embarazo. Ella decidió que no quería establecer una unión de pareja pese a la insistencia de sus padres, razón por la cual tuvo problemas con su familia. Aunque los padres le permitieron permanecer en casa y se hicieron cargo de los gastos médicos del embarazo y el parto, Mari cuenta que se sintió triste durante toda la gestación porque sus padres no aceptaban su decisión de permanecer soltera. “Casi siempre estuve triste, no me faltó nada material, comida, vitaminas, doctor, atenciones, ropa, tuve todo, pero sí, emocionalmente sí me sentía triste” (Mari, edad al primer hijo 18 años).

La información empírica obtenida sugiere que el apoyo de los padres, o la familia más cercana a la joven, durante el embarazo, no solamente tiene repercusiones en la manera en que éstas dan sentido a esta experiencia sino que incide en sus trayectorias biográficas bifurcando los significados de la maternidad, y con ello los tipos presentados. Así, aunque las mujeres compartan una significación del embarazo en términos de “error” o “equivocación”, el apoyo de los padres marca diferencias considerables en la manera de significar la maternidad; en la medida en que promueve que sus hijas opten por distintas trayectorias a lo largo de sus biografías juveniles. Un apoyo emocional por parte de la familia estimula la posibilidad de que las jóvenes tomen decisiones con mayor autonomía y sin presiones, sobre todo en lo concerniente al establecimiento de un vínculo conyugal. Asimismo, las sanciones y obligaciones que los padres imponen a sus hijas, como consecuencia del embarazo, promueven la consolidación de uniones forzadas disminuyendo la capacidad de agencia de las mujeres. Por ello, a continuación presentaremos la manera en que los tipos dos, tres y cuatro se diferencian respecto al sentido atribuido a la maternidad adolescente a partir del apoyo brindado por los padres y la capacidad en la toma de decisión de las propias mujeres sobre sus trayectorias de vida.

6.4 Tipo 2. De la maternidad adolescente como equivocación a la reparación.

Durante la adolescencia, el embarazo, considerado como una “equivocación”, generó contradicciones en las expectativas que las familias tenían para las jóvenes respecto al orden de los eventos en sus trayectorias biográficas. No obstante, este significado fue transformándose con el nacimiento del primer hijo y el proceso de crianza. Durante este período, la maternidad

empieza a considerarse, entre las adolescentes, como un complemento a sus vidas y el ejercicio de la misma, es significado como una manera de asumir las consecuencias de sus actos. Para estas mujeres, la consolidación de una unión, durante o después del primer embarazo, constituyó una forma de “reparar” la equivocación cometida y lograr así alcanzar la trayectoria esperada a la adultez, caracterizada por el orden de eventos: Unión-iniciación sexual-embarazo. De ahí, que el tipo enfatizado a continuación se caracterice por una re-significación que transita entre una lógica de equivocación frente al embarazo a una reivindicativa de la maternidad, como consecuencia del establecimiento de una unión conyugal que “reparó” el error cometido.

Así, aunque la vida conyugal no era considerada un proyecto inmediato en la adolescencia, estas mujeres se caracterizan por tomar la decisión propia de comenzar una vida en pareja, pese a que sus padres manifestaron apoyarlas si no lo hacían. Sumado a lo anterior, las mujeres de este grupo comparten un atributo sobresaliente que las diferencia de los demás tipos: el de la estabilidad conyugal. Es decir, entre los atributos que caracterizan a este *tipo* resalta el hecho de la permanencia de las uniones; ya que estas mujeres permanecen unidas con el padre del primer hijo hasta la actualidad. Por ello, han tenido que negociar con sus cónyuges su roles de esposas y madres jóvenes durante el período de crianza.

Alicia, por ejemplo, cuenta que tan pronto como se enteró de su embarazo decidió casarse con el padre de su primer hijo. Recibió el apoyo económico y emocional de sus padres no sólo en los festejos del matrimonio sino en el soporte de la pareja durante los primeros años de la unión, acogiéndolos en su casa.

Para mi mamá fue muy difícil, pero al final de cuentas pues dice: “eres mi hija, te quiero, eres lo que más quiero y si vas a tener un hijo pues va a ser mi nieto, yo no quiero que te vayas, yo quiero que estés aquí, quiero estar presente cuando nazca tu hijo, lo que sea que quieras hacer tú dime yo te voy apoyar”. Pues gracias a Dios tuve el apoyo. Sí fue difícil, y sí los primeros meses sí sufrí hasta cierto punto porque estaba un poco frustrada porque [...], organizamos lo de la boda, y mi esposo me decía: “¿para qué van a gastar tanto? Es puro dinero tirado a la basura”, y mi mamá por otro lado me decía: “no te preocupes yo voy a hacer” esto, “voy a hacer el otro”, y pues es algo que yo quería hacer, y me acuerdo que mi mamá me dijo: “si tú lo quieres, dime y lo vas a tener”. O sea, mi mamá en ese aspecto sí me apoyó mucho, o sea: “yo sé qué es lo que quieres, yo sé qué es lo que te gusta, yo te conozco y yo quiero que lo tengas” (Alicia, edad al primer embarazo 18 años).

Lilia, por su parte, decidió que no se casaría y esperaría un poco a ver cómo se desarrollaba su relación de pareja. Había terminado la preparatoria cuando supo de su embarazo y al igual que Alicia, sus padres le manifestaron su apoyo persuadiéndola para que se tomara un tiempo y pensara en la mejor decisión posible e igualmente, le proporcionaron los recursos económicos necesarios durante el embarazo. Sin embargo, al ver que su pareja se estaba distanciando, Lilia prefirió apresurar la unión; ya que dentro de sus planes estaba tener a su hijo dentro de una familia conformada por un vínculo conyugal.

Yo pasé todo el embarazo en mi casa. Fue bien, estuve tranquila. Él me visitaba todos los días. El plan era juntar dinero para el parto porque yo me iba a aliviar en particular. Él [novio] me llevaba al doctor; o sea, todo bien, nada más que él y yo no vivíamos juntos. Decidimos que al final, un mes antes del parto, nos íbamos a vivir juntos ya para que el niño naciera. Y sí, se empezó a complicar un poquito porque empecé a sentir que él ya estaba dudando. Entonces, yo me empecé a mover, a buscar donde vivir, porque íbamos a rentar. Entonces decidí que era tiempo de yo también hacer cosas, porque se lo estaba dejando todo a él y dije: "No, yo voy a hacer mi parte". Y nos juntamos. Nació el niño y a continuación nos casamos nada más por el civil (Lilia, edad al primer hijo 18 años).

El análisis de los datos empíricos permite sugerir, que a diferencia del tipo anterior, para estas mujeres el lugar de residencia tras la unión fue decisivo para la estabilidad de la relación conyugal. Estas jóvenes no fueron a vivir a casa de su pareja, sino que permanecieron en el hogar de sus padres algunos años; o bien, se establecieron en un hogar independiente, lo que les permitió tener mayor autonomía, privacidad en sus decisiones y contribuyó a la permanencia de relación. Vivir en la casa de los padres durante los primeros años después de la maternidad posibilitó a las adolescentes experimentar menos tensiones entre su rol como madres y su adscripción como jóvenes. Los padres no solamente fueron proveedores económicos para la nueva familia, sino que también formaron parte importante en el cuidado de los hijos haciendo que las adolescentes pudieran conciliar sus actividades maternas y de pareja con las relaciones con el grupo de pares, un rasgo importante en la construcción subjetiva de las jóvenes.

Aunque la vida social cambia considerablemente para las adolescentes tras la maternidad, al tener nuevas responsabilidades, este grupo pudo, en esta primera etapa, tener una mayor libertad para participar de actividades que antes del embarazo realizaba, adaptando las prácticas familiares, maternas y recreativas en su construcción como madres jóvenes, como lo representa el caso de Valentina. Esta mujer decidió vivir con su pareja fuera a vivir a casa de su

madre, cuando supo del embarazo. La madre y hermanas ayudaban a Valentina con el cuidado de su hija para que pudiera trabajar junto con su esposo, colaborando así al sostenimiento del hogar. La libertad que sentía en casa de sus padres y el apoyo emocional brindado al interior del hogar le permitió a reconstruir su vida social, ahora como madre joven.

Fíjate que fue así como que [Silencio], la vi y así como que fue alegría total, no lo podía creer, decía: “es mía y nació de mí”. Y la miraba, su carita [Primera hija]. Cuando la vi, lo primero que dije fue: “maldito José” [Pareja] [risas], te lo juro. No sé, la vi y vi toda la cara de su papá y te digo fue lo primero que pensé, lo primero que dije en voz alta. Pero la vi y dije: “No pues, ahora, ya no voy a vivir por mí, o sea ya es por ella”, y así haz de cuenta que yo todo con mi hija. Si yo me iba a fiestas o algo, yo con mi hija y bailaba con mi hija. Jamás me estorbó para nada, nunca. Que yo haya sentido que algún día me estorbó o que es una carga, jamás. ¡Yo lo pasé todo tan bien! Sí, fíjate que a pesar de estar chica y todo, nunca fue así como que: “Ay, es que tengo a la niña y no puedo hacer esto”, como yo veo a las chamacas de ahora (Valentina, edad al primer hijo 15 años).

Sin embargo, al independizarse del hogar parental, resulta más complicado conciliar las distintas actividades. En tanto la forma de asumir la maternidad varía de acuerdo al ciclo de vida familiar y a la edad de los hijos, estas mujeres decidieron dejar las actividades que venían realizando o aplazar sus proyectos para dedicarse exclusivamente al cuidado de los hijos mientras, estaban pequeños. Así, la maternidad genera una disyuntiva en los proyectos de vida de las adolescentes quienes por un lado quieren ejercer su maternidad dentro de los cánones sociales y culturales que sostiene la identidad de *buena madre*; y por otro, deben aplazar los proyectos de vida que se habían trazado, muchas veces por problemas económicos o simplemente porque las condiciones estructurales, como los horarios escolares y laborales, dificultan conciliar ambas actividades. Alicia por ejemplo, empezaba la universidad cuando inició su embarazo y continuó sus estudios por un semestre más después del nacimiento del primer hijo. Sin embargo, su madre no pudo seguir pagando sus estudios por lo que Alicia tuvo que tomar una decisión entre tener que cambiarse a una universidad pública y trabajar al mismo tiempo para pagar sus estudios, ya que el salario de su esposo no les alcanzaba, lo cual conducía a pasar menos tiempo con su hijo, o bien dedicarse al cuidado de su primer hijo hasta que ingresara a la escuela.

Terminé segundo y el tercero, ya el cuarto [semestre] lo hice ya cuando tenía mi bebé; pero mi mamá no pudo pagar la escuela. Entonces dije: “Bueno, me puedo meter a estudiar otra vez, pero tengo que trabajar”, porque Omar [esposo] solo no podía pagarme la escuela y mantener a nuestro hijo, y yo decía: “Eso va causar que yo tenga que dejar a mi hijo todo el día”. Y pues siempre ha sido mi pensamiento: “Él no tiene la culpa de haber venido al mundo y yo no lo puedo sacrificar a

él tanto, dejarlo con una persona desconocida en una guardería todo el día para ir estudiar o trabajar”, o sea, es algo que tengo que sacrificar yo (Alicia, edad al primer hijo 19 años).

Lucía por su parte, había terminado la preparatoria cuando ocurrió su embarazo. Recibió apoyo de sus padres y suegros pudiendo rentar un espacio independiente con su esposo. Lucía tenía planes de continuar estudiando, pero no tenía muy claro dónde ni qué carrera cursar cuando ocurrió el embarazo. Así, con el apoyo económico y emocional de su familia y la de su esposo decidió dedicarse completamente a la maternidad, sabiendo las dificultades que enfrentaría para cumplir las metas que se había propuesto. No obstante, en sus narraciones resulta evidente que a pesar del reconocimiento de que la maternidad adolescente representó una dificultad para cumplir sus metas, para estas mujeres la experiencia de convertirse en madres constituye una idea de complemento en su construcción identitaria.

Yo lo disfrutaba mucho al niño, yo lo disfruté mucho, le di todo mi tiempo, mi mejor tiempo, todo era para él. Cuando él nació, yo estaba bien feliz, me sentía completa, me sentía muy bien, no me importaba nada, ya no me importaba no haber seguido [estudiando], no me importaba nada, yo estaba feliz. Yo sabía que mi vida iba a cambiar, que no iba a tener lo que yo quería por mis méritos, porque ya no iba a poder seguir más o se me iba a complicar mucho, pero yo estaba feliz así, yo quería eso, y lo que viniera. Entonces yo siempre estuve completamente con él [primer hijo], día y noche, y lo disfruté tanto que yo no quería más, yo decía: “No ocupo más, con él es suficiente” (Lucía, edad al primer hijo 18 años).

Llama la atención que a pesar de la diversidad de experiencias maternas de las entrevistadas, éstas parecen estar pautadas por un imaginario en el que la maternidad debe ejercerse en pareja y en la cual, las labores de crianza son desempeñadas primordialmente por las mujeres. Empero, vale la pena mencionar que este grupo se caracteriza por una vida en pareja en condiciones de mayor equidad respecto a la crianza de los hijos, en comparación con los demás tipos. Para las mujeres, sus parejas han ejercido una paternidad responsable y siempre se han preocupado por el bienestar económico y emocional de los hijos. Alicia, por ejemplo cuenta que su pareja decidió hacerse la vasectomía, porque a ella le daba miedo operarse. Ambos consideraban que los hijos que tenían eran suficientes para poderles dedicar todos los cuidados necesarios.

Fue iniciativa de él, porque su hermano el más grande se operó también. Y pues él miró que no le pasó nada, todos [amigos] traumatados le daban “carrilla” [molestaban] a su hermano, que ya no podía y todo eso, no sé qué tanto. Y no, su hermano se fue con él y le dijo que no pasaba nada que era una operación muy sencilla, y sí, fue muy sencilla. Antes de que yo me aliviara de la niña él dijo: “¿Sabes qué? Yo me voy a operar”. Yo no quería operarme. Yo pienso que también por

comentarios y mitos. Y fue porque a mí me hicieron cesárea de los dos niños, yo no tuve parto natural de ninguno de los dos, y me decían: “pues si ya tuviste cesárea era para que te hubieran ahí operado”. Y yo decía: “pues sabes qué, no, yo no quiero”, y si él tomó la decisión pues yo para mí mucho mejor [Silencio]” (Alicia, edad al primer hijo 18 años).

Además de lo mencionado anteriormente, estas mujeres se caracterizan por incorporarse al mercado de trabajo años después del nacimiento del primer hijo, generalmente cuando empiezan el kínder o la primaria, sea por razones económicas o por decisión propia. Y, aunque a veces encuentran resistencias por parte de sus parejas, han aprendido a negociar relaciones cada vez más equitativas. Lilia, por ejemplo, decidió incorporarse al mercado laboral cuando su hijo tenía tres años y ella 21. Su esposo era muy celoso y no le fue fácil encontrar un trabajo que él aceptara; sin embargo, con el paso del tiempo ha logrado negociar con él y hacerle ver la importancia del trabajo en su vida. Al igual que el tipo uno, presentado anteriormente, las mujeres de este grupo ven en el trabajo una fuente de autonomía y una posibilidad de realización personal, representando una dimensión central en sus procesos de construcción subjetiva.

A los tres años decidimos que ya estaba bien, teníamos buena economía, no necesitaba trabajar pero yo quería. Entonces fue un problema con él porque no quería ningún trabajo. Era niñera asistente educativa en una guardería y a él le pareció muy bien el trabajo porque eran puras mujeres y los clientes eran puros niños así que me metí a trabajar; pero siempre me he movido. Nada más la diferencia es que no me ha gustado salir de la casa por descuidar a los niños. De hecho, yo ahora trabajo, pero siempre en función de ellos, que nos los perjudique, que no se descuiden, de estar al pendiente "¿qué es lo que están haciendo?". En el trabajo me siento bien, soy útil, gano dinero, no descuido a mis hijos tanto, con mi esposo ya no tengo tanto problema. Conforme ha pasado el tiempo él ha cambiado yo digo que los celos son inseguridad de cada quien, entonces sí ha cambiado. Hemos avanzado mucho (Lilia, edad al primer hijo 18 años).

Finalmente, un elemento importante a considerar es que aunque su primer embarazo no fue planeado, los siguientes hijos sí fueron planificados. Generalmente, la iniciativa de un nuevo hijo es concebida con la pareja y deseada por ambos. Después del primer hijo, el conocimiento y acceso de las mujeres, ahora casadas, a los métodos de anticoncepción se extiende y se manifiesta un deseo por espaciar los embarazos con el propósito de poder dedicarle el tiempo necesario al primer hijo, y estabilizar las finanzas. Estas mujeres evidencian un mayor control sobre la reproducción y manifiestan poder decisión sobre el momento propicio para sus embarazos, en comparación con el tipo anterior. Esto resulta relevante ya que ambos grupos de mujeres comparten la experiencia de la unión durante la maternidad. No obstante, para el primer

grupo, el nivel educativo alcanzado y la situación socioeconómica constituyen elementos que promueven una necesidad insatisfecha de anticoncepción.

Lilia y Valentina usaron métodos anticonceptivos después de su primer hijo, inyecciones y dispositivo intrauterino, respectivamente. Lilia, después de tres años decidió, junto su esposo que era el momento de tener otro hijo; ya que contaban con la solvencia económica para cubrir los gastos necesarios. Valentina por su parte, decidió esperar más tiempo antes de su segundo embarazo, pese a la insistencia de su pareja en tener más hijos. Ella consideraba que estaba joven para ser madre de nuevo, y que su hija aún estaba pequeña. Cuando su primera hija tenía cuatro años Valentina empezó a desear otro embarazo, así que decidió retirarse el dispositivo intrauterino.

Sí, yo me estuve cuidando con las inyecciones. Esa fue iniciativa de los dos. Pensamos en no tener más hijos por el momento, cuidarme y ya vemos. Entonces nos decían: “Téngalos seguido para que se acompañen” [hijos]. Pero decidimos esperarnos un tiempo. A los tres años decidimos que ya estaba bien, teníamos buena economía [...] (Lilia, edad al segundo hijo 24 años).

Me puse el dispositivo en el parto. Como a los dos años mi esposo ya quería que tuviéramos otro y yo dije: “No, ya la regué una vez de chica”, dije yo. “No, es que estoy bien chica y otro bebé [...], y luego si no funciona y ¿qué voy a hacer? No voy a tener ni 20 años y ya con dos chicos [...]”. Además yo miraba a mi niña tan chiquita, yo decía “no”. Ya cuando mi niña tenía como unos cuatro años nace la sobrina de mi esposo. Y fue así como que: “Ándale, que mira” [dice el esposo], y pues ya nosotros teníamos cinco años ya juntos. Entonces ya fui, me quité el dispositivo y me dijo el doctor: “Tienes muchos años con el dispositivo, en unos dos años ya te puedes embarazar”. Dije: “Ah, pues perfecto”. Me lo quité a finales de noviembre [...], noviembre, diciembre y en enero ya estaba embarazada. Eso fue así como ¡qué sorpresa! El único embarazo planeado, bueno con la intención, fue el segundo (Valentina, edad al segundo hijo 21 años).

6.5 Tipo 3: De la maternidad adolescente como equivocación al amor por los hijos.

Al igual que el tipo anterior (tipos dos), este grupo se caracteriza porque las mujeres establecieron una primera unión debido a la ocurrencia de un primer embarazo; sin embargo, al momento de las entrevistas, se encontraban separadas o habían iniciado otra unión de pareja. Para estas mujeres, la vida conyugal no representó necesariamente una decisión propia, en algunos casos fue forzada por los padres de la joven, o bien éstas se sintieron presionadas a establecerla por miedo a decepcionarlos. Esta situación produjo que el lugar de residencia tras la unión fuera el hogar de la pareja; reduciendo el apoyo que la propia familia de la joven pudiera

brindarle. Vivir con la suegra tuvo repercusiones considerables en la relación de pareja y con ello, en la manera en que las mujeres experimentaron la primera maternidad. El lugar de residencia en casa de la familia de la pareja representaba para las jóvenes un escenario poco neutral, en el que carecían de autonomía para resolver los problemas conyugales que se iban presentando y sobre todo en el cuidado de sus hijos, como narra Rosa:

Estuvimos en la casa de la señora [suegra] pero había muchos problemas. Empezaron a haber muchos problemas cuando nacieron mis hijos. La señora, se puede decir, muy metida. Era de esas señoras que si lloraba el niño decía: “¿Y qué tiene el gordo?”. No tocaba [la puerta], y “¿puedo pasar?”, ella se metía. Entonces yo empecé a tener problemas en mi relación (Rosa, edad al primer hijo 18 años).

Sumado a lo anterior, la relación de pareja se fue deteriorando poco a poco con la maternidad. Los varones no asumían la responsabilidad que las mujeres esperaban en el cuidado de los hijos, haciendo que la primera etapa de la maternidad se experimentara en soledad, y se significara como un período de decepción y tristeza. Yolanda cuenta que cuando su primera hija tenía algunos meses de nacida ella y su esposo emigraron a Estados Unidos a ocuparse de unos negocios familiares en San Diego. Empero, al llegar, Yolanda quedó recluida en la casa, no podía salir, no sabía manejar, no hablaba el idioma y su esposo ya no pasaba tiempo con ella por que mantenía otra relación de pareja paralela. Yolanda cuenta:

No hacía nada. Sentada al lado de ella viéndola nada más [hija]. No podía ir ni al baño si no iba pegada a mí porque pues no más nos teníamos. No conocía nada, no sabía manejar, no sabía nada. Él trabaja todo el día, y el día que descansaba, que era los domingos, su mamá [suegra] iba para que la llevara al casino. Los domingos se iba al casino con su mamá y no me llevaba porque no podía entrar la niña ¡Quién la iba a cuidar! Era sola siempre yo. Él llegaba en las tardes de trabajar y se iban a comer, pero ellos dos nada más. Llegaban y me traían algo a la casa. [...] No me daba dinero, te voy a decir que no me daba dinero cuando quería yo visitar a mi mamá. Era difícil porque no podía, pero sabía que la tenía cerca por cualquier cosa (Yolanda, edad al primer hijo 18 años).

Otro de los factores que empieza a fracturar la relación son los celos y el maltrato de los varones hacia las jóvenes. Al unirse, estas mujeres deben interrumpir sus actividades laborales y escolares, dependiendo económicamente de su esposo o la familia de éste. Esta circunstancia ubicaba en una situación de vulnerabilidad a las jóvenes, haciendo que la decisión de separarse fuera difícil ante la ausencia de recursos económicos propios. María, dejó de trabajar cuando inició su relación de pareja, porque su esposo no se lo permitía. Aunque desde el noviazgo tenía una relación conflictiva debido a la violencia ejercida por su pareja, los padres la obligaron a

casarse para que él “respondiera” por su embarazo, y María se trasladó a vivir a casa de su suegra. María trabajó desde que tenía 14 años y estaba acostumbrada a no depender económicamente de sus padres, por lo que estar en casa de su suegra y pedirle dinero a su esposo era muy difícil para ella. Además, tenía temor de su pareja por la violencia y el maltrato que éste ejercía sobre ella, por lo que su experiencia como madre es significativa en términos de soledad y tristeza, manifestando que no estaba preparada para asumirla en ese momento de su vida.

Pues todavía peor ahora porque tenía que estar ahí en la casa, hacerle de comer, todo. Y yo no tenía nada. O sea, me acuerdo que le compraba el bote de leche grande a la niña, y ahora le tenía que comprar el chiquito. De hecho, se lo daba a la señora y ella a mí. Y era lo que yo decía: "Se me hace ilógico a mí" [Silencio]. Yo ya no trabajé, ni estudié. Mi papá quería que siguiera estudiando y no estudié. Mi papá decía que fuera, que él cuidaba a la niña, y ya no estudié. No estaba preparada. O sea, psicológicamente no me sentía a gusto todavía porque él seguía maltratándome. En cierta forma yo ya no decía nada porque supuestamente me habían respondido (María, edad al primer hijo 17 años).

Al año del haber tenido su primera hija María queda en embarazo de su segundo hijo; ya que no utilizaba métodos de anticoncepción; tenía 19 años y el sentimiento de fracaso se hacía más fuerte. Debido a una discusión entre su esposo y su suegra decidieron ir a vivir con los padres de María unos meses antes de “dar a luz” al segundo hijo, lo cual representó para ella la posibilidad de volver a trabajar y sentirse acompañada por su familia.

Yo, a veces, había momentos que decía “¿para qué estoy viviendo? Pero tengo un bebé y tengo que salir adelante”. Me sentí más conectada con él [segundo hijo], a lo mejor porque ya estaba más grande, no sé. Pues ya sabían, mi papá estaba contento porque iba a ser niño pero no sabían la situación que yo estaba viviendo. No me animaba a decirles. Me sentía que yo me lo había buscado. Hasta que me alivié del niño y mi papá dijo: “Vénganse a vivir a la casa”. Ya no quería que yo estuviera batallando. Incluso, a veces veníamos los fines de semana acá pero hacía como que todo pareciera bien [Esposo]. Mis papás me ayudaron mucho. De hecho, ya cuando él nació ya me acompañó mi papá y mi mamá. Me sentía tranquila, pero no me sentía a gusto ¿Si me explico? No me sentía a gusto conmigo misma. O sea, mis planes eran un desastre total. Ni había estudiado, era bien joven y ya iba a tener dos hijos. Me sentía fracasada, me sentía de lo peor que te podías imaginar (María, edad al segundo hijo 19 años).

Mariana por su parte, se casó con el padre del primer hijo y fue a vivir en casa de su suegra. Aunque tenían un espacio independiente para ella y su esposo nunca se llevó bien con la madre de su pareja, por lo que después del nacimiento del primer hijo Mariana lo presionó para vivir en otro lugar; así que la primera etapa de la maternidad ocurrió en un espacio diferente. Sin embargo, los problemas de pareja empezaron como consecuencia de los celos de su esposo. El

control de su cónyuge era excesivo y sólo le permitía salir con su familia. De hecho, cuando nace su primer hijo, Marina narra que su esposo quería hacerle una prueba de ADN porque no se parecía físicamente a él. Esta desconfianza era promovida por las diferencias entre las edades de los cónyuges, su esposo le llevaba 17 años a Mariana. Así, la crianza del primer hijo estuvo marcada por los celos, la infidelidad y maltrato de su pareja.

Ay, pues yo estaba enamoradísima de mi hijo porque el papá de mis hijos es moreno y el niño salió blanco, blanquísimo, con los ojos verdes. Y yo lo miraba y para mí era el niño más hermoso del mundo. Y él hasta cierto punto le llegaba a molestar porque como sus amigos en lugar de felicitarlo más bien eran de que: “Ah, a mí se me hace que no es tuyo. A mí se me hace que te pusieron los cuernos. Con eso de que estás en el otro lado y ella acá”. “Y pues si en ese tiempo él ni estaba en el otro lado”, decía yo. Él me llegó a decir que por qué no le hacíamos una prueba de ADN al niño y yo me quedé así como: “¿Qué? ¿Qué no miras a mi familia? ¡Todos son blancos! (Mariana, Edad al primer hijo 18 años).

Para estas mujeres, la maternidad, en tanto constituye una vivencia asociada con la primera unión, representó una experiencia que coartó no solamente sus planes laborales y escolares, sino que también tuvo repercusiones en sus relaciones sociales; las cuales se vieron fuertemente reducidas tras el inicio de la vida conyugal. A diferencia de los casos anteriores, Aurora empezó a trabajar después del nacimiento del primer hijo porque quería salir de la casa de su suegra y como su esposo estudiaba no contaban con los ingresos suficientes para independizarse. No obstante, tras la incorporación de Aurora al mercado de trabajo, la relación de pareja empezó a cambiar considerablemente. Su cónyuge se volcó de lleno a la vida universitaria y dejó toda la carga del mantenimiento del hogar y crianza del hijo a Aurora, quien quería compartir más con su esposo, equilibrar las responsabilidades y poder realizar algunas de las actividades que hacía antes de la unión con sus amigos.

Me decía que no íbamos a poder, que iba a haber mucho estrés, que tenía que terminar la escuela primero, entonces yo me empecé a quedar así como que: “Claro que se puede”, siempre fui de la mentalidad de pues que cuando quieres hacer algo lo haces. Y empecé a ver que no se movía y luego después todavía dije: “Bueno, para que le den súper rápidas las prácticas, yo trabajo de lleno, y tú ya no trabajes”, entonces nos mantuve por un tiempo. Por un periodo yo me aventé, y ahora sí no se hacía cargo de nada, ni del bebé ni de nada, ni gastos; yo hacía todo. Entonces fue cuando empecé como a sentir como mucha carga, como: “Bueno, ¿Tengo un bebé o tengo 2?”. Él estaba muy cómodo, empezó a tener una etapa también en la que, como ya iban a salir de la universidad: salidas con sus amigos, no me llevaba, y yo: “Ey pues yo también quiero salir como antes” (Aurora, edad al primer hijo 18 años).

Así, las posibilidades de terminar la relación de pareja se visibilizan cuando las mujeres empiezan a tener una mayor independencia económica y se dan cuenta de las posibilidades que tienen de salir adelante sin su pareja. Para ellas, la unión desencadenó una serie de vulnerabilidades no solamente en el ámbito económico, sino también en el afectivo, al tener que asumir la crianza de los hijos en su totalidad, reducir considerablemente su vida social y familiar, pero sobre todo al estar expuestas a situaciones de maltrato y violencia intrafamiliar. Si bien, la separación de sus parejas les permitió asumir de nuevo cierta autonomía en la toma de decisiones, acrecentó las vulnerabilidades; ya que tras la finalización de la unión no contaron con el apoyo económico ni afectivo adecuado para el cuidado de los hijos. En este sentido, estas mujeres han cuestionado su rol como madres al tener que conciliar su trabajo y la crianza sin contar con el tiempo suficiente para dedicar a sus hijos. Esta situación, ha generado un sentimiento de culpabilidad, como narra Rosa, quien tuvo que dejar a sus hijos al cuidado de su suegra y ex-esposo en los días de semana para trabajar en Los Ángeles, pudiendo estar con ellos únicamente los fines de semana.

He aprendido a valorar todo. Cuando una mujer o cualquier persona quieren salir adelante, lo logra. Obviamente siempre van a salir obstáculos, no todo es fácil ¿verdad? Pero, en mi caso yo lo estaba haciendo pero sin mis hijos. Y me di cuenta que me hacían falta ellos. A lo mejor estaba saliendo adelante o le estaba echando ganas pero con ellos lejos. Entonces ahorita lo quiero hacer pero con ellos. [...] de hecho Bernardo [hijo] me estaba diciendo en estos días: “Ay mami. Me dejaste cuando tenía doce años”; me dijo, que le cambiaba su carácter, dice que de pronto se sentía como con ganas de limpiar la casa, y de repente bien triste, y luego enojado. Y dice: “ay, y no estabas tú” [risas]. Dice que como de los doce a los catorce, pero ahorita está muy tranquilo (Rosa, edad al primer hijo 18 años).

Finalmente, las mujeres de este grupo, durante el período de crianza de sus hijos, establecieron nuevas relaciones de pareja, las cuales les han permitido redefinirse como madres y esposas. Las uniones recientes les han permitido dedicar más tiempo a sus hijos, al contar con el apoyo económico y afectivo de sus nuevas parejas, como narra Yolanda:

Y los primeros años de vida de ella [primera hija] la verdad no estuve al cien por ciento con ella, porque tenía que trabajar para sacarla adelante. Luego arreglé mis papeles, mi visa y me fui al otro lado a trabajar en un billar [Silencio]. Pues no conviví mucho con ella hasta que me junté con mi esposo [actual]. La niña ya tenía siete años, estaba en la primaria ella. Y ahí sí trabajé pero fue completamente diferente mi vida. Cambió la convivencia, vivir en familia, compartir un domingo, estar aquí todos sentados, pues nunca he tenido [dinero], humildemente. Yo pensaba que darle todo [hija] era lo que importaba, pero no estaba con ella (Yolanda, edad al primer hijo 18 años).

6.6 Tipo 4: De la maternidad adolescente como equivocación al deseo de autonomía.

Como se ha venido mencionando en la descripción de los tipos dos y tres, el embarazo adolescente representó para las jóvenes una tensión entre el sentimiento de frustración frente a un hijo no planificado y el imaginario simbólico de la maternidad como un evento trascendente en la identidad de las mujeres. En este sentido, los últimos tipos de esta tipología comparten una significación del embarazo adolescente en términos ambivalentes. Es decir, para estas mujeres, la atribución de sentido proporcionado al primer embarazo es resultado de una combinación entre el sentimiento de equivocación y la decisión de las jóvenes de hacer frente a este evento. Empero, lo que diferencia a las mujeres de este grupo de los dos precedentes (tipo dos y tres) es que el embarazo no implicó necesariamente la consolidación de una unión de pareja para las mujeres; y si la hubo ésta se caracterizó por una corta duración (entre seis meses y un tres años) e intermitencias durante dicho período.

Viviana por ejemplo, cuando se enteró de su embarazo tenía claro que no quería casarse con su novio. Aunque estaba enamorada, era consciente de que no tendría una buena relación con él ni podrían construir planes a futuro debido a su adicción a las drogas. Sus padres apoyaron la decisión de su hija, pero le aconsejaron que le diera un tiempo a su novio para que cambiara. Sin embargo, Viviana decidió terminar con él al poco tiempo de nacer su hija y criarla sin su ayuda. Los padres de Viviana siempre la han apoyado económica y emocionalmente, permitiéndole cumplir las metas que se ha trazado. Actualmente cursa una maestría y reside con sus padres.

Ah, pues mis papás quisieron que le avisara [novio]. Ya no me forzaron a casarme pero sí me dijeron: "Avísale". Dijo mi papá: "Yo era muy mal y tu mamá me aguantó mucho, y me perdonó y aquí estamos. Una familia. Entonces a veces es parte de un matrimonio tener problemas ¿por qué no le das una oportunidad?". Y sí se la di, pero estaba como con *check list*, "si no cumple con esto, chao. Otra más y te vas". Y sí, así pasó. Le di una oportunidad. Esa fue la única navidad, la única vez que él tuvo acceso a la niña. Y le dije: "Si tú no te recuperas de tu vida, de tu vicio [Silencio]", el fumaba marihuana y no podía dejarla, y no tenía intención. "Yo voy a seguir aquí con mi vida, con mi hija y tu adiós. Y jamás la vas a volver a ver en tu vida". Y así fue. Entonces yo con mis papás he sacado mi hija a adelante, sin ellos no podría yo hacerlo (Viviana, edad al primer hijo 18 años).

Berenice por su parte, se casó con el padre de su hija cuando estaba embarazada por presión de su madre y de los padres de su pareja, aunque ni ella ni su novio deseaban hacerlo. Berenice vivía sola en una casa que su abuela la había heredado desde inicio de la preparatoria; ya que su madre se había unido por segunda vez y su pareja no aceptaba a Berenice en casa. Aunque su madre la apoyaba económicamente, Berenice contaba con dinero que su abuela le había dejado; así que no necesitaba que su cónyuge le ayudara económicamente. Después de la unión, la pareja tuvo como lugar de residencia la casa de Berenice, pero tras los primeros meses juntos la relación tuvo problemas, ya que ninguno de los dos estaba a gusto con la situación de tener que estar juntos si no lo querían. A los seis meses de vida conyugal su esposo vuelve definitivamente a casa de sus padres y Berenice enfrenta la maternidad con apoyo de su madre y sus tías, pero residiendo siempre de manera independiente en su casa.

Al principio sí [vivió con ella la pareja], pero antes de que naciera la niña se fue. O sea, fue sólo un poquito [Risas]. Es que no estaba con él, yo no dormía con él. Él, porque su papá quería ver [Silencio], de hecho él ya se quería ir a su casa [esposo], porque yo no estaba a gusto con él. Y luego, cuando él se regresó [A casa de sus padres] la primera vez, su papá lo regresó [con Berenice], ¡Ay no!, estuvo de rancho se me figura, pero su papá lo regresó, así, literalmente lo regresó y le dijo que tenía que hacerlo funcionar, que tenía que poner de su parte, que tenía que ser responsable. Pero pues la verdad a mí no me interesaba estar con él, o sea, no tenía que ser responsable conmigo, si acaso con el niño, pero [Silencio] (Berenice, edad al primer hijo 18 años).

Los relatos anteriores permiten identificar que los recursos de los que disponen las adolescentes durante el embarazo e inicio de la maternidad, representan un atributo importante que distingue este grupo de mujeres de los demás, los cuales inciden en la manera en que las jóvenes experimentaron estas vivencias y las maneras en que las significaron. Una parte de estas mujeres contó con los recursos económicos suficientes, a través del apoyo de sus padres o familiares, para no interrumpir sus estudios después del nacimiento del primer hijo. Y otra parte, obtuvo los recursos familiares necesarios para poder continuar con sus actividades, sobre todo en lo que respecta al cuidado de los hijos. El apoyo de la familia, junto con el hecho de no haber establecido una unión, o haberla interrumpido tempranamente, promovió una mayor autonomía en la toma de decisiones respecto a sus proyectos de vida, permitiéndoles combinar sus actividades como madres y como jóvenes. Gladis, por ejemplo, quedó embarazada en tercero de preparatoria y en las vacaciones dio a luz. Cuando la cuarenta terminó volvió a la escuela y

obtuvo uno de los promedios más elevados de su preparatoria. Esta situación aumentó la autoestima de Gladis, concediéndole una mayor confianza en sí misma.

[...] me embaracé como en tercero [de preparatoria]. Tuve a la niña en vacaciones y después pasaron los 40 días y ya podía regresar. Y regresé a la escuela como si nada, y los profesores estaban sorprendidísimos, mis compañeros también; y yo como que no entiendo, ahí empezó esa cosa de que [...] a veces se sorprende la gente cuando yo cuento mis cosas, mis historias o mis experiencias, porque creo que esa fue la primera vez que la gente se empezó a sorprender como de algo, de mis experiencias. Como para mí era todo tan natural, es como que no vieron que yo podía hacer esto y más cosas, es como que no entiendo. Total que salí de la prepa con 9.7 [de promedio], y todo estuvo así (Gladis, edad al primer hijo 18 años).

Vero, por su parte se encontraba trabajando cuando se embarazó. Ella no contaba con las mismas condiciones socioeconómicas que Gladis. Al terminar la primaria decidió no continuar con sus estudios en Tlaxiaco-Oaxaca para ir a trabajar a la Ciudad de México como empleada doméstica para ayudar a su familia, la cual experimentaba una situación de precariedad económica. La migración le permitió a Vero apoyar a su familia con recursos económicos, y al tiempo le proveyó independencia económica y un mayor estatus al interior de su familia, ahora como proveedora. A los cuatro años de vivir en la Ciudad de México quedó en embarazo y antes de “dar a luz” regresó a Oaxaca. Con el apoyo de su madre, quien se hizo cargo de su hijo, pudo volver a trabajar, y posteriormente emigrar a Tijuana.

Y sí, me fui dos meses [a la Ciudad de México]. Conseguí trabajo, pero no conseguía donde me aceptaran con el niño, no podía conseguir. Preguntaba, preguntaba y nada. Y regresé a los dos meses [a Oaxaca] y le dije a mi mamá que no podía conseguir trabajo pero que a pesar de eso yo me lo iba a llevar [al primer hijo]. Más que nada porque como tenía más hermanos [Vero tenía hermanos más pequeños], mi mamá se tenía que hacer cargo. Y en ese tiempo mi mamá estaba embarazada y este yo dije: "No, me tengo que llevar al niño". Y me dijo: "No, vete tú trabaja, pórtate bien, manda dinero Y pues la señora donde yo estaba cuando estaba embarazada del niño me acomodó con su hermana. Como ya pasaron meses le daba NAN y entonces ya esté ahí la señora donde yo trabajaba tenía un negocio y compraba por caja de leche y fue cuando yo empecé a comprar así y empecé a mandar a Oaxaca. Yo mandaba dinero y leche así (Vero, edad al primer hijo 18 años).

La experiencia de Vero demuestra que aunque estas jóvenes contaron con el apoyo de su familia, asumir la maternidad fuera de una unión conyugal no fue fácil; tuvieron que experimentar la crianza de sus hijos sin el apoyo emocional ni económico del padre; y en este sentido, el primer hijo es significado como el soporte afectivo que las jóvenes necesitan para cumplir sus proyectos. Carmen, por su parte, menciona en su relato que tras la separación de su pareja sentía

la necesidad estar con una pareja que la quisiera. Empero, reconoce que su hijo es la persona que la llena y le proporciona todo el cariño necesario.

Fíjate que creo que afortunadamente para mí, él ha sido un niño súper tranquilo, es un niño muy analítico, es un niño súper sensible. A mí me maravilla muchísimo Elián porque es un niño súper sensible. Yo siempre pedí en mis momentos, así donde me sentía, tan sola y vacía, y que las cosas no estaban funcionando, yo decía: “Por favor Dios mío mándame un hombre que me quiera, un hombre que me trate bien, que me apoye y todo”; y me mandó a ese niño, no me lo mandó en la figura de una pareja, me lo mando en la figura de mi hijo. Es un apoyo total para mí, es un niño que se preocupa muchísimo por como yo me siento, por si estoy cansada; entonces ha sido una bendición total el hijo que me ha tocado [...] (Carmen, Edad al primer hijo 19 años).

El rompimiento de las relaciones de pareja para estas mujeres implicó, al mismo tiempo, el resquebrajamiento de la relación entre el padre con los hijos. Tras la separación, la mayoría de los varones evadió la responsabilidad económica y perdió poco a poco contacto con sus hijos; por ello, para éstas mujeres resultó complicado conciliar las actividades maternas con las múltiples responsabilidades, sobre todo entre quienes trabajaban y estudiaban al mismo tiempo. Esta situación ha propiciado, en la actualidad, que las mujeres consideren a los hijos como una responsabilidad exclusivamente de ellas, esforzándose por conseguir la autonomía definitiva de los padres, como menciona Marcela:

[...] finalmente ese trabajo me cayó del cielo [el que mantiene en la actualidad] y todavía hasta la pensé para tomarlo porque yo no quería trabajar ocho horas. Mi papá, me mandó decir, porque no me hablaba: “Dice tu papá que no trabajes, que él te mantiene, a ti y a la niña pero que te dediques a la escuela”; y yo le dije a mi mamá: “Muchas gracias, pero no, porque ustedes me enseñaron a hacerme responsable de mis acciones y esa niña es mía, ustedes son los abuelos, yo les agradezco que me den un techo y comida”; o sea, para mí eso ya era más que suficiente. “Pero todos los gastos de ella y míos los voy a solventar yo”, y hasta la fecha. Claro que ellos le compran cosas, digo, es su única nieta” (Marcela, edad al primer hijo 18 años).

6.6.1 No estaba en la edad pero no me arrepiento.

Aunque los últimos tres tipos presentados (dos, tres y cuarto) difieren en la significación atribuida a la maternidad adolescente tras el nacimiento del primer hijo, en la medida en que las mujeres atravesaron situaciones familiares y conyugales distintas; la manera en que las entrevistadas se construyen como madres adolescentes durante el proceso de crianza hasta la actualidad manifiesta semejanzas que nos permite ubicar en una mismo patrón de significado a las tres tipos, en esta dimensión temporal. Sin importar si las mujeres se encuentran unidas con

el padre de sus hijos en la actualidad (tipo dos), si se separaron años después y establecieron una nueva relación de pareja (tipo tres) o bien, si decidieron no unirse (tipo cuatro) la maternidad adolescente es re-significada, en el presente, como un evento que ocurrió fuera de tiempo, sin que por ello sea motivo de arrepentimiento para las mujeres.

Para algunas de las entrevistadas, como el caso de Valentina, la edad a la que ocurrió el nacimiento del primer hijo no fue la adecuada. Al contemplar su relato de vida, Valentina considera que el mejor momento para haber sido madre por primera vez es la edad que tiene actualmente (31 años). Sin embargo, manifiesta que no se arrepiente de haber tenido a su hijo, y que cuando tenía 15 años se sentía en la edad para ser madre por lo que decidió asumir las consecuencias y criar a su hijo.

Algo que no haría [Silencio] nada más, yo creo que hubiera esperado más para tener un bebé, pero así como arrepentirme no. O sea, si ya lo hiciste, lo hiciste; pues ya, a asumir las consecuencias de [Silencio]. Como que lo veo [Silencio] sí, a lo mejor, ahorita me dieran elegir pasar lo mismo, a lo mejor hubiera preferido pasarlo, a lo mejor a esta edad. No era el momento indicado pero sí estuvo bien” (Valentina, edad al primer hijo 15 años).

Otras mujeres consideran que el haber aplazado la primera maternidad les hubiera permitido brindar a sus hijos una mayor estabilidad económica y proporcionarles más tiempo y dedicación. Sobre todo, recalcan las mujeres, el haber sido madre a una mayor edad hubiera posibilitado establecer un vínculo diferente con los hijos, como sugiere Carmen, ya que el sentimiento de frustración al no poder cumplir los proyectos trazados promovió un distanciamiento afectivo al inicio de la maternidad, representando un aprendizaje la construcción del vínculo con sus hijos durante la adolescencia.

Sabes, me encanta, y también o sea, no me arrepiento para nada, de haber tenido a mi hijo; pero si yo, como te lo dije ayer, si alguien me hubiera dicho: “¿Sabes qué?, vas a tener este hijo. Este es el hijo que te tocó en la vida, ¿Lo quieres tener ahorita o lo quieres tener en diez años?”. Yo hubiera dicho: “Me espero a los diez años”, porque, simplemente siento que ese niño se merecía una mamá que estuviera con él las 24 horas del día y que lo quisiera como lo quiero ahorita, y que lo hubiera querido desde que nació ¿Sabes?, pero yo no me sentía [Silencio], yo no estaba lista todavía para eso (Carmen, edad al primer hijo 19 años).

Igualmente, algunas mujeres plantean que aunque no se arrepienten de su maternidad, pero mencionan que es innegable que si no hubieran sido madres en su adolescencia, sus vidas hubieran sido menos problemáticas; y reconocen la importancia de haber tenido otras

aspiraciones alternativas además de la maternidad y de la vida en pareja cuando estaba en la adolescencia.

No, por supuesto que no [no era la edad], pues ya he tenido que sortearla. Pero sin hijos hubiera sido mucho más fácil, entonces si yo hubiera previsto lo que se avecinaba, que era todos esos vuelcos que sucedieron, y aunque no hubiesen sucedido, me hubiese cuidado o hubiese previsto. Yo digo que no me arrepiento de ese hecho, lo digo en el sentido de que yo realmente lo quise y lo quiero a ese hombre [padre de su hija], eso determina mucho el destino de las personas. [Silencio] sí, fui mamá muy joven, si obvio que sí. Yo creo que soy profesora de prepa por eso, porque yo les digo: “Ey, eso es lo que yo hice. Ustedes vean lo que pueden hacer”; una especie de decir y comunicar que las cosas malas que les suceden a las otras personas no necesariamente son malas, pero hay más posibilidades ¿no? (Gladis, edad al primer hijo 18 años).

Por otra parte, vale la pena señalar que los hijos e hijas de las mujeres entrevistadas se encuentran iniciando su adolescencia por lo que a través de la situación de sus hijos, es posible interpretar la re-significación que las mujeres hacen de su maternidad. Un elemento presente en los relatos es la negación a que sus hijas sean también madres adolescentes. Para Marcela, la maternidad adolescente significa saltarse etapas, adelantarse en el tiempo; y ella prefiere que su hija experimente las actividades que considera propias de su edad. Sin embargo, de forma simultánea le otorga a la maternidad adolescente un atributo de “destino”, en el sentido en que este evento debía ocurrir en algún momento de sus vidas, y si no se hubiera producido en la adolescencia, quizás no hubieran podido ser nunca, como sugiere Marcela:

No me gustaría [que su hija fuera mamá adolescente]. Me gustaría que viviera las cosas de su edad, que vaya pasando por las etapas que son, que no se brinque etapas. Yo siento que yo me adelanté como diez años, entonces digo, por algo pasan las cosas también, a lo mejor nunca hubiera tenido hijos, por lo de la tiroides; o sea, yo dije: “Bueno, me enfermé”, y dicen que a lo mejor ya uno se hace estéril, entonces dije: “Bueno, a lo mejor por eso ya soy mamá (Mari, edad al primer hijo 18 años).

Aunado a lo anterior, otro elemento importante a considerar es que aunque las mujeres manifestaron que no era la edad para haber tenido un primer hijo y pese a las problemáticas identificadas por ellas, la maternidad en la adolescencia es re-significada como una experiencia positiva, subrayando, en los relatos, las ventajas de ser madre joven. En las narraciones, las mujeres mencionaron que constantemente sintieron sanciones sociales y juicios frente al hecho de haber sido madres adolescentes, expresadas de diversos modos. De un lado, tuvieron que sobrellevar las miradas de los otros; sobre todo de personas que no conocían. Éstas, eran

interpretadas por las jóvenes como sanciones frente al hecho de haber sido madres “fuera de tiempo”. Gladis expresa que frente a estas miradas ella sentía la necesidad de demostrar su capacidad de combinar el ser madre con estar en la escuela; y sugiere que mientras estuvo embarazada sacó las mejores calificaciones en la preparatoria.

¡Uy!, recuerdo específicamente un día que sintetiza toda esa época, estaba esperando el camión de la mañana y pues yo era como Daria [personaje de caricaturas] ¿no?, pero ahora embarazada [Risas]. Entonces, estaba en la parada del camión y tenía una faldota, y recuerdo que todo mundo me miraba como diciendo: “¿Qué [...]? ¡Está embarazada! ¡Va a la prepa!”; o sea, era algo raro. Y yo estaba esperando el camión, y recuerdo que me miraban como un espanto, como si fuera algo que nunca se haya visto, y yo estaba como, ese día dije: “A la gente como le gusta juzgar” ¿No?, y la gente hace lo que yo hago, la gente va clases ¿no? Y mientras estuve embarazada saqué las mejores calificaciones del mundo (Gladis, edad al primer embarazo 17 años).

De otro lado, los juicios frente a la maternidad adolescente provienen de la misma familia, como cuenta Lilia, quien expresa que sentía que sus vivencias tenían menos valor en comparación con las de su hermana; ya que sus padres a menudo realizaban asociaciones entre la vida de Lilia y las de su hermana menor, quien sí experimentó el orden de eventos deseado: unión-embarazo.

Sí, me sentía mal, como si tuviera menos valor. Simplemente mi hermana me lleva dos años, pero ella terminó su carrera y se casó como todo bien planeado ¡Como se supone que todo debería de ser! Y está bien, pero hacer diferencias entre hermanos pues no es bonito, no sientes bien. ¿Entonces qué quiere decir que yo valgo menos? o ¿mis hijos van a estar mal educados? o ¿por qué esa etiqueta de que [Silencio]? Y me lo decían "Es que tú no te ves madura". Y yo pensaba en mí: "Y ellos como pueden saber si ellos ni viven conmigo, si no cuidan a mi hijo, si no saben". Pero va dentro de la madurez que uno va tomando. Dices: "De lo que está tomar lo bueno y lo otro pues aprender". Pero siempre ha sido no muy bien visto (Lilia, edad al primer embarazo 18 años).

Así, en las narraciones es posible observar la manera en que las mujeres han reaccionado ante las sanciones sociales experimentadas, transformando las significaciones negativas otorgadas a la maternidad adolescente. Mediante la inversión en la identidad de “buena madre” y la distinción de los aspectos positivos de esta experiencia, las mujeres han hecho frente a los juicios en torno a la edad a la que se convirtieron en madres. De esta manera, las mujeres resaltan los beneficios, las ventajas y los aspectos positivos de su experiencia como madres adolescentes, mencionando distintos argumentos. El primero, alude a la importancia de la cercanía generacional, la cual posibilita comprender las problemáticas de los hijos, tenerles más paciencia y establecer una mayor comunicación con ellos, como sugiere Aurora.

Nuestra relación es súper padre, crecimos juntos pues, o sea aprendimos un montón de cosas juntos y tenemos muy buena comunicación. Todo mundo que lo conoce a él es como que lo admira, entonces cuando lo ven a él me dicen: “Pues, es que es por ti” (Aurora, edad al primer hijo 18 años).

El segundo argumento mencionado por las entrevistadas es que ser madre joven permite disponer de mayor energía para jugar y dedicar más tiempos a sus hijos, como plantea Valentina.

Sí. Creo que tienes más energía y más tiempo, y le puedes dedicar así como [Silencio], ¿cómo te diré?, más calidad a tus hijos que cuando ya estás mayor. Y te lo digo porque ahora yo, a los 30 años, tener a mi bebé [...], fue así como: “ya, la niña”. O sea, no tienes tanta paciencia, bueno a lo mejor después de tener tantos hijos ¿verdad? pero fue así como, o sea, no es lo mismo como cuando tienes toda la energía del mundo. Yo tengo 30 años y tengo una hija de 15, y digamos ya cuando Diana [hija del medio] ahorita tiene 6 años, digo “cuando yo tenga 40 años ya la más chiquita va tener 10 años y yo, bueno literalmente, relativamente joven, y mis hijos ya grandes”, yo creo que eso es una ventaja muy grande (Valentina, edad al primer hijo 15 años).

Hablar de re-significación permite comprender la experiencia de la maternidad en la adolescencia como una vivencia que se transforma de acuerdo al curso de vida de las mujeres, por lo que el sentido atribuido a la misma transita entre diversas lógicas de significación que se despliegan en relación con determinadas vivencias experimentadas por éstas. Así, los cuatro tipos construidos permitieron entrever que la relación conyugal y la calidad de la misma, las circunstancias bajo las cuales ocurrió el primer embarazo (haya sido una causa para la iniciación de una unión, consecuencia del proyectos conyugales o si bien, se vivenció fuera del marco de una relación de pareja), la aceptación de los padres hacia el embarazo, el apoyo brindado a la mujer y el lugar de residencia tras el nacimiento del primer hijo (hogar de los padres, hogar de la suegra, hogar propio) constituyeron factores que incidieron en la manera en que se produjo la re-significación de la maternidad.

Sin embargo, un elemento transversal en la construcción de la tipología sobresale de manera importante. La valoración de la maternidad como una de las experiencias más significativas de las mujeres adquiere una centralidad implícita en las narraciones. De hecho, interrumpir el primer embarazo ni siquiera fue una opción contemplada por las mujeres de esta investigación, al considerar a la maternidad como una responsabilidad que se debe asumir, aunque ésta no haya sido planeada.

De igual forma, los cuatro tipos construidos permitieron identificar distintas lógicas de significación vale la pena discutir. El primero de los grupos, denominado “de la maternidad adolescente como evento deseado al arrepentimiento”, se encuentra delimitado claramente por condiciones estructurales y objetivas bajo las cuales transcurrieron las vivencias de las mujeres: bajos niveles de instrucción de la mujer y su familia, referentes de embarazos adolescentes al interior del hogar de origen y condiciones de precariedad socioeconómica. Este primer tipo evidencia una lógica de significación de la maternidad profundamente imbricada con la de la unión. En tanto las mujeres establecieron una relación conyugal antes del primer embarazo, la maternidad es percibida como un evento normativo dentro del marco de la vida en pareja, por lo que un embarazo en la adolescencia fue un evento esperado por las mujeres y sus familias.

Para las entrevistadas, la significación de la maternidad se sostiene sobre una idea de amor romántico y una idealización de la vida familiar, la cual se va diluyendo con el paso del tiempo. Aunque vivencialmente es imposible separar el evento de la unión con el de la maternidad, estos eventos son valorados y significados por las mujeres como dos experiencias que parecen no guardar conexión. Es decir, aunque la maternidad es percibida como una vivencia casi naturalizada, durante la adolescencia; es re-significada como un destino, una vivencia inevitable porque “Dios lo quiso así”. En contraste, la unión representó una decisión, una vivencia que pudo haberse evitado o bien, que ocurrió cuando las mujeres se encontraban “demasiado chicas”. Así, la reflexividad frente a la primera maternidad parece limitada, mientras que la primera unión representa un evento del cual las mujeres expresaron arrepentimiento.

Los tres tipos restantes comparten una significación ambivalente del embarazo. Para estas mujeres, esta experiencia representó una sanción social muy fuerte por parte de sus padres, debido a las valoraciones frente a las relaciones sexuales fuera de la unión. El embarazo es significado como un “error” o “equivocación”, pero no por las implicaciones que éste tiene en la vida de la propia mujer, sino por la transgresión que este evento supone en la trayectoria esperada por sus padres hacia la adultez, y en la cual se espera que el embarazo ocurra después de la unión. Sin embargo, ante las fuertes valoraciones de la maternidad en los referentes de género de las mujeres, la experiencia del embarazo es vivenciada en términos ambivalentes

tratando de reconciliar la alegría frente al hecho de convertirse madres y la frustración de decepcionar a los padres.

Quienes deciden “reparar la trasgresión” y unirse para enmendar su “error”, significan la primera maternidad como un evento compartido por la pareja y que transformó sus vidas, evidenciado una re-significación que pasó de una lógica ambivalente a una reivindicativa de la maternidad. Aunque el nacimiento del primer hijo representó una *epifanía* en sus biografías, en tanto las mujeres se encontraban estudiando y tuvieron que interrumpir la escuela por un tiempo, contaron con el apoyo de sus padres posibilitándoles minimizar las tensiones que implicaba el no poder continuar realizando las actividades que normalmente desempeñaban. Si bien, al largo plazo estas mujeres no se arrepienten de haber sido madres, sí consideran que no era el momento para tener un hijo; ya que la maternidad limitó los proyectos a futuro que se habían trazado. En contraste, para quienes se unieron como consecuencia de la presión de los padres, la significación de la maternidad se encuentra vinculada con el “fracaso” de su relación de pareja, por lo que los hijos adquieren un sentido de soporte emocional de las madres. Para estas mujeres, la significación de la maternidad adolescente transita entre la ambivalencia ante el primer embarazo, y la significación de los hijos como un apoyo emocional.

Para las mujeres que decidieron no establecer una unión de pareja pese a sus embarazos, las tensiones respecto a la edad a la que ocurrió este evento se hacen más fuertes. Al no iniciar una vida en pareja, las entrevistadas continuaron viviendo con sus padres tras el nacimiento del primer hijo y recibieron el apoyo económico, y algunas veces emocional, durante el proceso de crianza. En este sentido, las irrupciones en las actividades que realizaban antes del embarazo no fueron tan abruptas, en comparación con los grupos anteriores; algunas continuaron en la escuela y posteriormente pudieron seguir trabajando tratando de proseguir con la vida social que llevaban. Sin embargo, estas mujeres, al continuar con sus actividades, se ven confrontadas diariamente con la experiencia de su grupo de pares y pueden calcular sus vivencias en términos de las pérdidas y las ganancias experimentadas desde que se convirtieron en madres.

Igualmente, considero importante mencionar que el factor común a los tres tipos anteriores, a saber, la re-significación de la maternidad adolescente como un evento del que las mujeres no

se arrepienten, no puede desvincularse de la manera en que funcionan las lógicas de re-significación. En tanto las entrevistas se llevaron a cabo años después de haber ocurrido la maternidad, una vez establecido un vínculo emocional y afectivo con los hijos y además, tras haber logrado un alejamiento temporal de las dificultades experimentadas en la adolescencia, la re-significación tiende a resaltar los aspectos positivos de la maternidad: un evento que cambió las vidas “para bien” y del que las mujeres no se arrepienten. Aunque esta forma en la que se expresa la re-significación tiene una dimensión metodológica propia de los estudios retrospectivos, no puede dejarse de lado que la lógica del no-arrepentimiento se adhiere al imaginario de la *maternidad intensiva*, percibida como el máximo valor femenino. Ante esto, para las entrevistadas, manifestar explícitamente las ambivalencias frente a la maternidad resulta complicado ante el temor a ser juzgadas como “malas madres”, dentro de dicho imaginario.

6.7 Reflexión en torno al contexto de alta inmigración.

Si bien en la introducción del presente capítulo, así como en la estrategia metodológica, se mencionó la importancia de situar a los tipos construidos contextual y temporalmente, resulta importante hacer una reflexión en torno al escenario en donde se inscribe la tipología de la maternidad re-significada. Las comparaciones entre los tipos construidos permitió entrever que, a pesar de las diferencias manifestadas y expuestas a lo largo del capítulo, resultaba complicado trazar distinciones en la manera de re-significar la experiencia de la maternidad adolescente de acuerdo al lugar de nacimiento y socialización de las mujeres o bien, al lugar de proveniencia de sus familias. Es decir, durante el proceso de construcción de la tipología, los patrones diferenciales en la manera de dar sentido a la experiencia de la maternidad, según la calidad migratoria de la mujer o su familia no eran tan explícitos como se había pensado.

Estudios empíricos han demostrado diferencias importantes en la manera en que se produce el comportamiento reproductivo de las adolescentes, de acuerdo a su condición migrante y/o la de sus familias de origen (González, 2006; Palma, 2013; Palma y Reding, 2011); y en el capítulo contextual se mencionaron algunas distinciones a partir de información obtenida a través del último Censo de Población y Vivencia. Sin embargo, desde la perspectiva analítica de los significados, encontrar estas diferencias y expresarlas en la tipología resultó complejo; ya que

el contexto de alta inmigración se expresa más allá del lugar de nacimiento o socialización de las mujeres. Éste, constituye un modo de vida, un marco vivencial en donde transcurren las trayectorias biográficas de las mujeres.

En este sentido, la reflexión debe girar en torno a los elementos que hacen particular este contexto en el que se inscribieron las trayectorias amorosas de las mujeres de este estudio. Los hallazgos obtenidos sugieren que en este escenario entran en tensión dos aspectos que repercuten en la manera en que se expresan las trayectorias amorosas de las jóvenes. Los marcos culturales de los padres, o familiares que residen con las mujeres durante su adolescencia, la mayoría provenientes de otras entidades del país, y en muchos casos, fuertemente arraigados a valores tradicionales sobre la unión y las relaciones sexuales, entran en tensión con las prácticas sexuales y amorosas de las jóvenes, en un escenario que propicia mayores libertades de socialización e intercambio. Tijuana ofrece oportunidades particulares: la oferta de empleo promueve que los padres de las mujeres se inserten con mayor fuerza en el mercado de trabajo, al igual que las jóvenes, aumentando así las posibilidades de socialización y encontrar formas de obtener “libertad” frente al control parental. De igual forma, las mujeres están expuestas a múltiples interacciones cotidianas con personas de orígenes diversos, y algunas mantienen estrechos vínculos con los Estados Unidos exponiéndose a distintos discursos y experiencias sobre la manera de expresar sus vivencias. De este modo, las mujeres de este estudio tuvieron que mediar y reconciliar las discrepancias entre sus comportamientos sexuales y prácticas amorosas, y los discursos familiares frente a las mismas.

CONCLUSIONES.

La presente investigación tuvo como objetivo general *Analizar la manera en las mujeres residentes en un contexto de alta inmigración significan la experiencia de la maternidad adolescente dentro de su trayectoria de vida y se construyen como sujetos, aportando elementos teóricos que contribuyan a ampliar la comprensión de la maternidad adolescente como una experiencia.* De igual forma, se plantearon los siguientes objetivos específicos:

- Comprender los significados que las mujeres residentes en un escenario de alta inmigración le otorgan a la maternidad adolescente, teniendo en cuenta sus transformaciones en el tiempo.
- Analizar los vínculos que existen entre las significaciones de la experiencia de la maternidad adolescente y la ocurrencia de otras experiencias de vida a lo largo de las biografías de las mujeres, situando dichas significaciones temporal y contextualmente.
- Comprender la influencia de Tijuana, como escenario de alta inmigración, en la manera en que la maternidad adolescente es significada por las mujeres a lo largo de sus biografías.

Para cumplir con los propósitos anteriores, se propuso un abordaje teórico a partir de la subjetividad privilegiando la comprensión de la capacidad desplegada por las mujeres para reflexionar, significar y transformar sus experiencias de vida; es decir, su destreza para transformarse en sujetos a partir de una conciencia de sí mismas (Martuccelli, 202; Touraine, 2005, 2007; Wieviorka, 2012). De igual forma, esta investigación se inscribió en el método biográfico como orientación epistemológica y metodológica, a partir de la cual se pudo comprender el sentido que las mujeres le proporcionaron a la maternidad en la adolescencia a lo largo de sus biografías, resaltando los virajes e inflexiones en sus trayectorias, las cuales fueron transformando los esquemas de significación de la maternidad en conexión con otras vivencias, en particular con la decisión de establecer una primera unión con el padre de su primer hijo.

Hallazgos relevantes.

Los resultados obtenidos en esta investigación a partir de las entrevistas en profundidad realizadas a las 24 informantes contempladas se dividieron en tres capítulos que permitieron dar respuesta a las preguntas de investigación planteadas y a los objetivos propuestos. El primer capítulo de resultados, titulado: “Convertirse en adultas desde la perspectiva de las madres adolescentes”, se centró en los procesos de subjetivación juvenil de las entrevistadas; es decir, en la manera en que las mujeres participantes de este estudio se construyeron y comprendieron como adolescentes en un contexto de alta inmigración. Los resultados presentados permiten plantear que dichos procesos, pese a la diversidad de condiciones estructurales en las que se desarrolló la infancia y la adolescencia de las mujeres, se llevaron a cabo a partir de tres ejes centrales: *el cuerpo, el paso por escuela* y *el deseo de autonomía*.

Los cambios corporales desencadenados por la pubertad marcaron el inicio de transformaciones valorativas de las mujeres respecto de sus cuerpos y en la relación consigo mismas y con los demás, sobre todo con el “otro masculino”. Así pues, la menarquia representa una *epifanía*, utilizando el concepto de Denzin (1987), una inflexión en las biografías de las jóvenes que las aleja de la infancia, y a partir de la cual inicia su construcción como jóvenes. Teniendo en cuenta lo anterior, un hallazgo relevante de la presente investigación es que los procesos de subjetivación juvenil de las mujeres entrevistadas parecen desencadenarse, inicialmente, a partir de la corporalidad. Como sugiere Touraine (2007), el cuerpo representa “un motor para la construcción personal”; sin embargo, es necesario tener presente que dicha construcción se encuentra mediada por los significados culturales atribuidos al cuerpo y las relaciones de género presentes en cada escenario en el que se situaron las entrevistadas durante la adolescencia (Amuschástegui, 2001).

La conexión que guarda la menarquia con la sexualidad de las jóvenes promueve que los acercamientos con sus cuerpos se encuentren mediados por el tabú y la vergüenza, producto de la socialización en el hogar. Esta investigación permitió observar que la relación que las mujeres van construyendo con su corporalidad durante su adolescencia está fuertemente vinculada con la comunicación establecida con las madres (o la figura materna presente en el hogar) cuando

se produce el primer período menstrual, o desde antes de que éste suceda, caracterizada predominantemente por silencios y ambigüedades frente a dicho evento. Los discursos familiares, anclados en valores tradicionales respecto al ejercicio de la sexualidad permean de esta manera la relación de las jóvenes con sus propios cuerpos, sin importar el sector socioeconómico en el que se socializaron ni el nivel educativo alcanzado por los padres. No obstante, dichos marcos normativos respecto a la sexualidad se van confrontado muchas veces con las prácticas sexuales de las jóvenes, yuxtaponiendo los imaginarios familiares con las decisiones que toman las mujeres sobre el inicio de su vida sexual.

Igualmente, vale la pena señalar que la manera en que las mujeres se definieron como jóvenes durante la adolescencia no guarda necesariamente una concordancia con la forma en que son definidas por sus padres; lo cual genera tensiones en sus procesos de subjetivación. Como se mencionó en la revisión de la literatura realizada en el primer capítulo de esta investigación, las formas identitarias de los individuos suponen un proceso en el que se involucran dos transacciones: una interna, de reconocimiento de sí y otra externa, referente a cómo los demás perciben al individuo (Dubar, 2005). Para el caso de las mujeres de esta investigación su construcción subjetiva juvenil se produce en medio de una tensión entre la manera en que ellas se definen así mismas *estando en la edad* para realizar ciertas vivencias, a partir de una percepción anclada en el presente, y la manera en que las perciben los padres, atribuyéndoles una identidad transitoria, con miras al futuro, en la que se deben controlar aspectos como la sexualidad, la vida amorosa y la socialización con el grupo de pares para garantizar una transición a la adultez “exitosa”.

El segundo eje a partir del cual las mujeres se construyeron como jóvenes es el paso *por la escuela*. El ámbito escolar constituyó un escenario espacio-temporal importante en los relatos de las entrevistadas, y aunque cada una de las mujeres pasó distintas temporalidades en la escuela durante su adolescencia (algunas hasta la primaria, otras hasta la secundaria o la preparatoria), este contexto marcó profundamente las biografías juveniles, sea por su permanencia en ella o por la decisión de dejarla. Sin el ánimo de considerar a la escuela como espacio de socialización primordial de la condición juvenil ni otorgarle una importancia central como elemento de incorporación al mundo adulto, fuertemente criticado desde los estudios en

juventud (Reguillo, 2012), en esta investigación el *paso por la escuela* es considerado como una senda biográfica en la que confluyen distintos caminos de identificación, de acuerdo al tiempo en la que las mujeres permanencia en ella.

Para las mujeres que optaron por interrumpir sus estudios antes de ingresar a la preparatoria; es decir que alcanzaron la primaria o secundaria incompleta durante su adolescencia, caracterizadas por pertenecer a familias en situación de desventaja socioeconómica y precariedad laboral, el espacio escolar es significado como un escenario de la infancia, siendo las experiencias como la primera unión, la inserción al mercado de trabajo y la migración eventos que estimulan el paso a la “adultez”, significado por las entrevistadas como vivencias que las hicieron “sentir grandes”. En contraste, para quienes lograron continuar en la preparatoria y pertenecían a familias con mayores recursos económicos en su adolescencia, la escuela representa un papel central por las conexiones que incentiva con otras formas de identificación. Para ellas, “estar en la prepa” les confiere mayor estatus social en tanto las acerca a actividades que les permiten obtener una mayor autonomía de los padres, acercándolas a lo que para estas mujeres representa la “adultez”. Las fiestas, la posibilidad de desplazarse con independencia de los padres, maquillarse, usar determinadas prendas de vestir, los noviazgos y la posibilidad de trabajar en los tiempos libres representan recursos que promueven el alejamiento del hogar parental y la obtención de “libertad” en sus vivencias cotidianas. En este sentido, el deseo de libertad constituye un elemento que caracteriza las expectativas que las mujeres tenían de la adultez; y son precisamente las actividades asociadas con el ámbito escolar las que acercaron a las informantes al universo simbólico del “ser grande”.

Vinculado a lo anterior, el tercer eje tenido en cuenta es el deseo de autonomía. Las jóvenes de esta investigación, sin importar el origen social al que pertenecen, emplearon distintas estrategias con el propósito de obtener autonomía, sobre todo de los padres. El “deseo de libertad”, como aluden las mujeres, se refiere al alejamiento del control parental, como una característica importante de los procesos de subjetivación juvenil. No obstante, las estrategias desplegadas por las mujeres para alcanzar la autonomía deseada se enmarcan en un proyecto de inserción al “mundo adulto” deseado por las mismas jóvenes a partir de la consolidación de eventos como: la decisión de la vida en pareja, la migración y la inserción al mercado de trabajo,

predominantemente, los cuales en algunos casos restringen la libertad que éstas quieren obtener, como es el caso de la primera unión.

Igualmente, llama la atención el lugar que guardan las expectativas laborales en la construcción subjetiva de las mujeres como jóvenes. El contexto en el que se llevó a cabo esta investigación ofrece las posibilidades de que las jóvenes se incorporen al mercado laboral, permitiéndoles trabajar y estudiar simultáneamente, o bien dedicarse exclusivamente a actividades remuneradas. En este sentido, se encontró que la posibilidad de trabajar se convierte en una dimensión central en la construcción juvenil de las mujeres entrevistadas, pertenecientes a los diversos sectores socioeconómicos contemplados. De acuerdo a lo expuesto anteriormente esta investigación permitió constatar que si bien existen diversidad de vivencias y recursos de los que dispusieron las mujeres durante su adolescencia, sus procesos de subjetivación juvenil se desplegaron a partir de los tres ejes de análisis señalados, *la corporalidad, el paso por la escuela y el deseo de autonomía*, presentando cierta homogeneidad en la condición juvenil de las mujeres entrevistadas.

El segundo capítulo de resultados, titulado “Si me sale un buen marido: Noviazgo, iniciación sexual y vida en pareja entre las madres adolescentes”, se centró en el análisis de los vínculos entre las significaciones de la experiencia de la maternidad adolescente con la ocurrencia de otras experiencias a lo largo de las biografías, específicamente la vivencia del inicio de la vida en pareja. A partir de la centralidad de la vida amorosa en los relatos de las entrevistadas se identificaron cuatro eventos a partir de los cuales se estructuraron las trayectorias amorosas de las mujeres: El primer noviazgo, la iniciación sexual, la primera unión (sea legal o consensual), el primer embarazo y el nacimiento del primer hijo, las cuales permearon las formas de asumir y dar sentido a la maternidad adolescente.

De acuerdo al orden de cada uno de los eventos señalados se identificaron tres trayectorias. La primera, denominada *convencional-deseada* se caracteriza por un patrón tradicional de conformación familiar en el que el primer embarazo antecedió a la unión y constituyó un evento esperado por las adolescentes. Las mujeres que siguieron esta trayectoria manifestaron un deseo por establecer una vida en pareja durante la adolescencia como recurso para experimentar

relaciones amorosas con mayor libertad, sin el control estricto de los padres. Esta trayectoria es experimentada por un grupo bastante homogéneo de mujeres respecto a las condiciones objetivas atravesadas durante la adolescencia, a saber, provienen de hogares en situación de desventaja socioeconómica, de padres con baja escolaridad y con un historial familiar de embarazo e iniciación marital tempranos.

La trayectoria *esperada* por su parte, tiene como rasgo fundamental que la ocurrencia de la unión se produjo como consecuencia del primer embarazo, y en este sentido representa un recuso para alcanzar la transición esperada, por los padres de las mujeres, hacia la adultez, caracterizada por: el noviazgo, la primera unión, la iniciación sexual, el primer embarazo y la primera maternidad. Así, el afianzamiento de la primera unión, sea por decisión propia de la adolescente o por la presión ejercida por sus padres, simboliza una manera de enfrentar el estigma social de ser madre soltera o estar en embarazo sin haberse unido. Las mujeres que siguieron esta trayectoria, a diferencia de las anteriores, representan un grupo con mayor heterogeneidad. En éste confluyen informantes provenientes de familias migrantes, socializadas durante su adolescencia, tanto en Baja California como en otras entidades federativas. Igualmente, la situación socioeconómica de las entrevistadas durante su adolescencia es diversa, reuniendo casos tanto de hogares que presentaron condiciones socioeconómicas precarias (dado el nivel de escolaridad alcanzado por los padres de las mujeres), como hogares pertenecientes a sectores medios de la población. En este sentido, se puede argumentar que el ideal de convertirse en madres dentro del marco de una unión representa un imaginario que trasciende a las condiciones objetivas presentes en la vida de las mujeres en su adolescencia; es decir, las valoraciones de este imaginario resultan transversales a los recursos socioeconómicos detentados por las familias de las mujeres de este estudio.

La tercera trayectoria, denominada *disruptiva*, es seguida por un grupo minoritario de mujeres caracterizado por que tanto el embarazo como la primera maternidad se produjeron fuera del marco de una unión. Aunque algunas mujeres optaron por establecer vínculos conyugales posteriormente con otras parejas distintas al padre del primer hijo, en la actualidad la mayor parte de los casos que componen a este grupo fueron madres solteras y se definen a sí mismas como tales. Si bien estas mujeres han logrado trazar los proyectos que se habían trazado en sus

biografías en tanto han contado con el apoyo afectivo y económico parental como recurso, han debido sobrellevar el estigma social de ser madre joven y soltera.

A pesar de las diferencias entre las trayectorias mencionadas, las tres comparten tres elementos que resulta importante subrayar. Primero, el imaginario de amor romántico sobre el cual se sostienen las relaciones amorosas durante la adolescencia de la mayor parte de las mujeres entrevistadas, el cual estimula que la unión sea considerada como un proyecto central en su construcción subjetiva. Segundo, el estricto control parental frente a las relaciones amorosas y las prácticas sexuales; lo cual no permitió a las mujeres experimentar una vida amorosa con la libertad deseada por ellas en su adolescencia. En tercer lugar, la centralidad de los proyectos conyugales en el imaginario de los padres de las mujeres y la estigmatización de un embarazo fuera del marco de una unión. A partir de lo planteado anteriormente, la propuesta de *sexualidad plástica* de Giddens (2004), enmarcada en la modernidad, y en la que se evidencia una separación clara entre sexualidad y reproducción, mencionada en el primer capítulo de esta investigación, parece ser insuficiente para explicar, en este contexto, la manera en que se desarrolló la vida afectiva de las mujeres durante la adolescencia. Las tres trayectorias identificadas permiten entrever que la reflexividad de las adolescentes frente a sus proyectos amorosos se encuentra fuertemente condicionada por marcos normativos impuestos por los padres respecto al noviazgo y la vida en pareja, limitando su capacidad de tomar decisiones.

En el tercer capítulo de resultados de esta investigación (capítulo VI) se presentó la tipología de maternidad adolescente re-significada, construida a partir de los hallazgos presentados en los dos capítulos de resultados precedentes (capítulo IV y V), la cual permitió comprender los cambios en la manera en que las entrevistadas dieron sentido a su experiencia de convertirse en madres en la adolescencia a lo largo de sus biografías. Así, tras el análisis realizado fue posible construir cuatro tipos que conforman dicha tipología: tipo 1) “De la maternidad adolescente como evento deseado al arrepentimiento”, tipo 2) “De la maternidad adolescente como equivocación a la reparación”, tipo 3) “De la maternidad adolescente como equivocación al amor por los hijos” y tipo 4) “De la maternidad adolescente como equivocación al deseo de autonomía”. Pese a las diferencias manifestadas en cada uno de los cuatro tipos, ampliamente descrita en el capítulo IV, resulta relevante mencionar los aspectos compartidos por los mismos,

como generadores de nuevas preguntas e hipótesis de investigación a futuro. Los hallazgos obtenidos permitieron identificar que la manera en que las mujeres re-significan la experiencia de la maternidad adolescente está fuertemente vinculada con la experiencia de la unión y la calidad de la misma a través del tiempo. El establecimiento de la primera unión, por decisión propia de la mujer, promueve una significación de la maternidad en términos de deseo; ya que se considera que es un evento esperado dentro de la trayectoria conyugal establecida. Empero, cuando el embarazo antecede a la unión, la maternidad es vista en significada en términos ambivalentes. Por un lado, es percibida como un “error” o “equivocación”, un evento no planeado dentro de los proyectos y planes que las mujeres se había trazado en la adolescencia. Del otro, es apreciada como un evento alegre en sus vidas, en la medida en que este evento se sostiene sobre un imaginario de *maternidad intensiva*, manifestado en la centralidad de las prácticas maternas, y la adjudicación de los cuidados y la crianza como valores centrales en la construcción identitaria de las mujeres.

Igualmente, un elemento que vale la pena mencionar es que el apoyo de los padres frente al primer embarazo y la aceptación del mismo promueven una bifurcación en la significación de la maternidad. El soporte económico y afectivo de la familia de origen promueve la significación de la maternidad en términos positivos, y durante las trayectorias biográficas éstas mujeres pueden resolver más fácilmente las ambivalencias experimentadas.

Aportaciones Teóricas y nuevas rutas analíticas

La presente investigación se sostiene sobre la importancia de la subjetividad en la comprensión de los fenómenos sociales (Touraine 1994, 2005, 2007), partiendo de la premisa de que las mujeres que tuvieron un primer hijo en la adolescencia tienen la capacidad de construirse a sí mismas como sujetos, significando sus vivencias y reflexionando sobre sus experiencias de vida. En particular, se acogió la definición de sujeto propuesta por Alain Touraine (2007) a partir de la cual el sujeto representa *la voluntad de ser actor, que cuenta con la capacidad de reflexionar sobre sí, de construir una historia de vida personal y de dar sentido a sus vivencias cotidianas*. El posicionamiento teórico expuesto a detalle en el primer capítulo de esta investigación, así como la revisión de los estudios empíricos realizada acerca de los estudios en torno al tema de

la maternidad adolescente, condujo al planteamiento del siguiente problema de investigación *¿Cómo las mujeres que fueron madres durante la adolescencia significan la experiencia de la maternidad a lo largo de sus trayectorias juveniles y se construyen como sujetos en un contexto de alta inmigración?*

Para responder a la pregunta planteada, este estudio partió de dos supuestos concretos. El primero se centró en la consideración de que la forma en que las mujeres, residentes en un contexto de alta inmigración, significan la maternidad adolescente y se construyen como sujetos se produce a partir de tensiones y ambivalencias en al menos tres aspectos. Primero, las expectativas sociales frente a la adolescencia como un período en transición, muchas veces no se corresponde con aquellas que las mismas mujeres le otorgan a la misma generando tensiones en su construcción como madres jóvenes. De otro lado, aunque la centralidad de la maternidad en los proyectos de vida femeninos se ha ido debilitando, producto de los cambios sociales de las últimas décadas, aún persisten fuertes imaginarios en los que la maternidad aparece como un proyecto fuertemente deseado por las mujeres, en particular por las jóvenes. Igualmente, la maternidad adolescente trae consigo cambios en las posiciones sociales y roles familiares de las jóvenes reconfigurando sus vínculos y prácticas. Los tres elementos anteriores, entran en tensión promoviendo que las madres adolescentes se construyan a sí mismas como sujetos ambivalentes reinterpretando y re-significando sus vivencias a través del tiempo.

Sumado a lo anterior, el segundo supuesto planteado al inicio de esta investigación tiene que ver con las diferencias en los procesos de subjetivación de las madres adolescentes. Se consideró entonces que la construcción subjetiva se encuentra mediada por los recursos detentados por éstas, sean económicos, sociales, culturales, simbólicos o vivenciales, los cuales cambian de forma y volumen a través de su trayectoria de vida. Dichos recursos construyen y delimitan *espacios de maniobra* a partir de los cuales las mujeres tienden a valorar sus vivencias, elaborar estrategias y negocian sus experiencias de vida, entre ellas la maternidad y la adolescencia.

Teniendo en cuenta los hallazgos obtenidos en esta investigación, vale la pena reflexionar y discutir teóricamente dichos resultados a partir del posicionamiento teórico considerado y la revisión de aspectos conceptuales expuestos en el marco teórico. Como punto de partida, se

puede señalar que el concepto de sujeto retomado de Touraine (2007) sugiere algunos cuestionamientos a la luz de la evidencia empírica obtenida. Considerar a las mujeres como sujetos, desde su perspectiva, supuso cuestiones relevantes para esta investigación. De un lado, posibilitó percibir a las mujeres con la capacidad de transformar sus experiencias y tomar decisiones. Desde el método biográfico, el hecho de narrarse a sí mismas y construir, a partir del lenguaje, una historia de vida, es muestra de una capacidad de agencia innegable. Asimismo, el énfasis en la subjetividad permitió sobrepasar las miradas dominantes de la maternidad adolescente como problema social. Sin negar las problemáticas que suscita un hijo en la adolescencia sobre las trayectorias de vida de las mujeres, el énfasis analítico propuesto por esta investigación se dirigió a la comprensión del sentido atribuido a dicha experiencia por las propias mujeres y los cambios en el tiempo. Así, el análisis no se centró en las problemáticas generadas por la maternidad, sino en la comprensión, en su conjunto, de los procesos que permean las distintas significaciones que este evento adquiere a través del tiempo. Sin embargo, puede objetarse que la propuesta de Touraine (2007) se sostiene sobre una mirada demasiado positiva frente al sujeto, dejando de lado que no todos los individuos cuentan con las mismas posibilidades de construirse a sí mismos. En este sentido, frente a la perspectiva propuesta por el autor surgieron interrogantes importantes durante el desarrollo de la investigación y los resultados obtenidos: ¿Puede considerarse que hay mujeres más sujetos que otras? Es decir, ¿Todas las mujeres contaron con las mismas posibilidades de construirse a sí mismas y tuvieron las mismas capacidades de significar sus experiencias? ¿Qué despliega la capacidad reflexiva de las mujeres que tuvieron un primer hijo en la adolescencia y cuales factores la restringen?

Los hallazgos obtenidos permiten responder a los interrogantes anteriores admitiendo que si bien todas las mujeres entrevistadas demostraron una capacidad de construcción subjetiva, la manera en que ésta se manifiesta presenta matices de acuerdo a las condiciones estructurales y objetivas en las que se inscriben las biografías de las mujeres, y los diferentes recursos que éstas detentan. Utilizando el concepto de subjetivación y de-subjetivación de Wieviorka (2012), podemos sugerir que la manera en que las madres adolescentes se construyen a sí mismas como sujetos es dinámica y constituye un proceso, el cual puede ser reafirmado en el tiempo o bien limitado por condiciones que muchas veces escapan al control de las mujeres. Así, podemos sugerir, siguiendo el planteamiento de Wieviorka (2012), que la precariedad socioeconómica y

subjetiva de las informantes dada por las situaciones de maltrato y violencia que muchas experimentan; o bien, por los rígidos esquemas normativos de sus padres y cónyuges que limitan la toma de decisiones, restringen las posibilidades de construirse como sujetos haciendo que deban buscar nuevos elementos de construcción tras la maternidad. Los resultados presentados permiten señalar que las experiencias amorosas, la decisión de iniciar una vida en pareja y el valor de los hijos van constituyendo recursos a partir de los cuales se articulan los procesos de subjetivación de las madres jóvenes; no obstante, la estigmatización, y sobre todo las sanciones sociales por ser madre adolescentes constituyen elementos que estimulan particulares procesos de de-subjetivación.

Las mujeres mencionaron en sus narraciones experimentar constantes sanciones sociales y juicios de valor frente al hecho de haber sido madres adolescentes, expresadas mayoritariamente por sus familiares más cercanos. Las miradas recriminatorias de los “otros” frente a la maternidad obedecen a dos razones. Por un lado, el hecho de convertirse en madre a “destiempo”, y del otro, la sanción de haber iniciado la vida sexual fuera del marco de una unión.

La estigmatización frente a la edad a la que ocurre la maternidad desestabiliza el imaginario de *maternidad intensiva* sobre el cual se sostiene la significación que las mujeres le otorgan a este evento durante la adolescencia, poniendo en cuestión la posibilidad de convertirse en “ser buenas madres”, como consecuencia de la edad de ocurrencia del embarazo. Lo anterior, es expresado con mayor fuerza entre las mujeres que aún se encontraban en la escuela tras el nacimiento del primer hijo. Sumado a esto, las sanciones familiares frente a la iniciación sexual de las jóvenes también estigmatizan a la maternidad adolescente, sobre todo si ésta se produce sin establecer una unión. Como sugiere Amuchástegui (2001) en su estudio sobre la virginidad y la iniciación sexual en México, pese a que la virginidad no constituye un valor considerado de forma explícita entre las jóvenes mexicanas, y para muchas de ellas carece de importancia, representa una trasgresión dentro de la normativa de género. Las trayectorias amorosas de las mujeres así como los tipos construidos en esta investigación permitieron entrever que aunque en la práctica las mujeres no consideraron problemático establecer relaciones sexuales fuera de la unión y sin protección, en tanto estaban enamoradas de sus parejas y algunas de ellas tenían proyectos de establecer una unión conyugal, sí tenían miedo de que sus padres se enteraran de

éstas prácticas, hasta el punto de establecer una vida en pareja por el temor a que descubrieran que ya no eran vírgenes, o bien, ocultar sus embarazos hasta el nacimiento. Así, una pregunta que surge del análisis es ¿Cómo las mujeres que fueron madres adolescentes concilian los marcos de sentido de sus padres frente al ejercicio de la sexualidad y el valor de la virginidad, y las prácticas sexuales que éstas experimentan?

Ante las sanciones anteriores, las mujeres deben optar por construir procesos de subjetivación alternativos, para lo cual utilizan como estrategia de re-significación una exaltación de sus capacidades como madres. En las narraciones es posible observar la manera en que las mujeres han reaccionado ante las sanciones sociales anteriormente expuestas, transformando las significaciones negativas otorgadas a la maternidad adolescente. Así, mediante la inversión en la identidad de “buena madre” y la distinción de los aspectos positivos de esta experiencia las mujeres han logrado construir nuevos procesos de subjetivación, haciendo frente a los juicios en torno a la edad a la que fueron madres y al hecho de experimentar relaciones sexuales fuera de la unión. En este sentido, aunque gran parte de las mujeres de este estudio expresó no haber estado en la edad para ser madre, durante sus relatos resaltaron los beneficios, las ventajas y los aspectos positivos de su experiencia como madres adolescentes, mencionado distintos argumentos. El primero alude a aspectos biológicos, desde el cual se sostiene que las madres jóvenes tienen hijos más sanos y menos abortos por tener menos complicaciones en el parto respecto a una mujer mayor. Además, se alude a la importancia de la cercanía generacional para comprender las problemáticas de sus hijos; así como las ventajas de disponer de mayor energía para jugar con ellos y poder dedicarles más tiempo.

De igual forma, es necesario considerar que la estigmatización de las madres adolescentes se inscribe en un escenario más amplio en el que socialmente se le ha adjudicado gran valor a la incorporación de los y las jóvenes a la escuela y el trabajo, lo cual denomina Reguillo (2012) como: “la incorporación a como dé lugar”. Dentro de este escenario, el embarazo adolescente es percibido como un evento que coarta las posibilidades de inserción a dichos espacios; y en este sentido, tener un hijo “antes de tiempo” genera un estigma social para las jóvenes. Sin perder de vista que para algunas mujeres la maternidad implicó el abandono de sus estudios y de las actividades laborales, resulta relevante preguntarse si los procesos desiguales de

integración que experimentan los y las jóvenes a los espacios escolares y laborales afectan únicamente a las madres adolescentes. Y así mismo, si el proyecto de unión y la maternidad no constituyen igualmente otras formas de integración ante el desgaste y carencia de sentido que tienen los espacios escolares y laborales para algunas jóvenes.

Así, considero que el aporte de esta investigación al campo de estudio de la juventud consiste precisamente en superar la perspectiva de integración con la cual se ha otorgado protagonismo a los y las jóvenes en la medida en que se encuentran inscritos en los espacios de participación que tradicionalmente les han sido adjudicados (escuela-trabajo-ciudadanía); y desde la cual se ha considerado a la maternidad adolescente en términos problemáticos, dificultando entrever las motivaciones y los significados que las jóvenes le otorgan a dicha experiencia. En tanto el acceso de los y las jóvenes a la escuela, al trabajo, a la salud y a los derechos es fuertemente vulnerado en el escenario actual, resulta complicado comprender lo juvenil desde la perspectiva de la integración. Por ello, a partir de este trabajo se propone re-pensar a las madres adolescentes desde su condición juvenil, y la diversidad que la misma involucra, en detrimento de estrictas valoraciones etarias.

Aportaciones metodológicas.

Las aportaciones metodológicas de esta investigación se enfocan en la utilidad de la re-significación. Los resultados obtenidos subrayan la importancia de las re-significaciones en el estudio de la maternidad adolescente en la medida en que posibilitan dinamizar las vivencias y comprender que el sentido que las mujeres le proporcionan a este evento se transforma en el tiempo. La memoria, en tanto conciencia del tiempo, permite comprender las transformaciones y recomposiciones de las experiencias, resaltando que aunque un evento tiene una temporalidad concreta, sus implicaciones y formas de expresión se mueven en el tiempo y adquieren distintas lógicas a lo largo de las biografías. Lo anterior, no solo promueve una mirada más amplia de los fenómenos, sino que permite distinguir el entrecruzamiento de experiencias de vida y los recursos a partir de los cuales se pudieron resolver las problemáticas experimentadas por las mujeres.

Al optar por una mirada biográfica para abordar el problema de investigación planteado, se otorgó centralidad a la memoria y a la forma en que el individuo recuerda sus experiencias, por lo que vale la pena puntualizar algunos aspectos. La memoria es selectiva, implica una reconstrucción y revaloración experiencias. Como sugiere Wieviorka (2012), la memoria puede considerarse llena de errores de aproximación, de olvidos y silencios; lo cual puede considerarse como un impase metodológico de los estudios biográficos al no permitir captar los eventos tal cual se presentan sino a través de reelaboraciones. Ante esto podríamos preguntarnos si realmente las vivencias se pueden captar tal como sucedieron; o si bien, si todas experiencias, tanto las lejanas como las más inmediatas, implican una reconstrucción.

Sumado a lo anterior, la perspectiva interpretativa de Denzin (1987) representó un elemento central para el desarrollo de esta investigación y aporta elementos importantes para próximas investigaciones que involucren la significación como lente analítico. Considerar la manera en que los individuos se construyen a partir del lenguaje implica el reconocimiento de *virajes* o *inflexiones* en sus biografías; es decir, eventos que transforman los marcos de sentido de las trayectorias biográficas, los cuales Denzin (1987) denomina *epifanías*. Este concepto propuesto por Denzin (1989) representa un aporte considerable para la interpretación biográfica, en la medida en que desmiente la idea de regularidad, linealidad y coherencia de las narraciones. Desde su perspectiva, las narraciones de vida son fragmentadas e irregulares, y las vivencias se transforman en el tiempo; por lo que una epifanía de primera magnitud, como es la maternidad adolescente o la primera unión, puede convertirse en una epifanía menor, en tanto cambia el sentido atribuido a la vivencia conforme transcurre la trayectoria biográfica.

Reflexiones en torno al contexto de alta migración.

Además de los elementos anteriormente señalados resulta importante considerar que los hallazgos obtenidos deben situarse en el contexto en el cual se llevó a cabo esta investigación, definido como un escenario de alta inmigración. Como se mencionó en el capítulo contextual (capítulo III), esta investigación comprender dicho contexto como un espacio heterogéneo y poroso culturalmente, el cual promueve un intercambio permanente de ideas, prácticas y estilos de vida generando configuraciones identitarias particulares que no sólo repercuten a nivel del individual sino también a nivel colectivo, como es el caso particular del grupo familiar. La

diversidad étnica, generacional, de clase y de género presente en Tijuana lo convierte en un espacio de reconocimiento de la diferencia, un ámbito liminal en el que la identidad se construye a partir de la gestión de los contrastes; pero, al mismo tiempo, representa un contexto inequitativo y desigual en el que la integración de los individuos está atravesada por disputas y negociaciones de diferentes marcos culturales y normativos. Los hallazgos obtenidos permitieron reconocer que en este escenario, las mujeres, particularmente en la adolescencia, se ven expuestas a distintos marcos normativos que median sus prácticas sexuales y reproductivas; así como su vida amorosa y percepciones frente a la maternidad.

Distintos trabajos empíricos han demostrado las distinciones entre las prácticas sexuales y reproductivas de las jóvenes en Tijuana de acuerdo a su lugar de nacimiento y socialización (Palma y Reding, 2011; Palma, 2013). Sin embargo, esta investigación no permitió trazar claras diferencias entre los comportamientos de las mujeres que nacieron en la entidad, de quienes provienen de otros lugares del país; o bien quienes tienen padres migrantes. Igualmente, el proceso de re-significación de la maternidad adolescente no manifestó diferencias entre las mujeres socializadas en su adolescencia en Tijuana de aquellas que lo hicieron en otras regiones del país. Lo anterior, puede explicarse debido al proceso de selección de los casos en sí mismos. Los estudios empíricos que realizan bifurcaciones a la población de acuerdo a su lugar de nacimiento pueden hacer las distinciones señaladas anteriormente debido a que cuentan con información representativa sobre los orígenes migratorios de las familias y las mujeres, la cual posibilita realizar dichas comparaciones. En la medida en que los criterios de selección de esta investigación no se centraban en una diversificación exhaustiva respecto a los orígenes migratorios de las mujeres y sus familias de origen; se obtuvo una población de mujeres que experimentó la migración en diversos grados, a saber: la mayoría de los padres proviene de distintas entidades del país (excepto tres casos), los padres migraron en diferentes momentos de sus ciclos de vida por lo que el lugar de nacimiento de algunas mujeres fue Tijuana, mientras que en los casos de mujeres migrantes los desplazamientos a la ciudad se produjeron a diferentes edades, algunos por decisión propia de la mujer y otros por decisión del grupo familiar. Así, en esta investigación la migración debe comprenderse como un estilo de vida a partir del cual se articulan las biografías individuales. Tijuana representa un contexto que ofrece distintos recursos de subjetivación para las madres adolescentes, como una mayor autonomía de los

padres, para quienes migraron en la adolescencia sin compañía de sus familias y nuevos marcos culturales al interactuar con jóvenes de diferentes lugares del país.

Aportes en torno a políticas públicas.

Los resultados obtenidos en esta investigación sugieren igualmente la necesidad de fortalecer el debate respecto a la interrupción de los embarazos, y el acceso a los métodos de prevención frente a aquellos que fueron no deseados; sobre todo para el caso de las adolescentes (entre los 12 y 19 años) que por su minoría de edad no se consideran con los plenos derechos para decidir sobre sus cuerpos. Si bien las jóvenes de esta investigación manifestaron su desacuerdo frente a la interrupción de sus embarazos, algunas jóvenes sostuvieron que sí les hubiera gustado interrumpirlos pero no lo hicieron por miedo, al ser una práctica ilegal en Tijuana y además, porque no contaban con el conocimiento ni los recursos económicos suficientes para llevarlo a cabo. En este sentido, se considera necesario promover iniciativas públicas que abran el debate respecto a la autonomía de las jóvenes para decidir sobre sus propios cuerpos, garantizando el acceso libre, gratuito y sin prejuicios a los métodos de anticoncepción y prevención de infecciones de transmisión sexual; así como también la posibilidad de que las jóvenes puedan optar por la interrupción de sus embarazos.

De igual forma, los hallazgos de esta investigación estimulan el debate acerca del acceso a la información que tienen las jóvenes respecto a la salud sexual reproductiva. Como se mencionó en anteriormente, resulta notable el hecho de que sin importar el sector socioeconómico de origen, ni el nivel de escolaridad de los padres, las jóvenes no hayan recibido información adecuada y directa acerca de los métodos de anticoncepción y prevención de enfermedades de transmisión sexual; así como tampoco, se hayan sentido con la libertad y confianza de expresar cuestionamientos sobre el ejercicio de la sexualidad entre sus padres y maestros. El tabú frente a la sexualidad de las jóvenes parece constituir un elemento transversal a los diferentes escenarios de donde provienen las entrevistadas. Por ello, es preciso promover una mayor divulgación respecto a la sexualidad juvenil, que desde un enfoque de derechos y no de riesgo, y comprendiendo al sujeto juvenil con la capacidad de tomar decisiones y decidir sobre sus

cuerpos; incorpore también a los padres, quienes con sus imaginarios, prohibiciones y silencios han promovido que sus hijas no puedan acceder con mayor facilidad a dichos métodos.

Igualmente, esta investigación permite entrever vacíos analíticos importantes respecto al tema de la maternidad adolescente y las políticas promulgadas para enfrentarlo. Contrario a lo planteado en los discursos públicos, la mayoría de las jóvenes de esta investigación no son madres solteras sino que experimentaron la maternidad en el marco de una unión de pareja, y en gran parte de los casos fueron los varones (también adolescentes en su mayoría) quienes manifestaron el deseo de establecerla. Por ello, resulta importante vincular a los jóvenes en el abordaje académico y en las iniciativas públicas sobre el embarazo adolescente, conocer sus motivaciones frente a la paternidad y los significados que le confieren; dejando de comprender a este evento como una experiencia que involucra únicamente a las jóvenes. Así, vale la pena preguntarse ¿Cómo significan los varones el evento de la maternidad? ¿Cómo perciben los varones las tensiones de ser padre adolescente en comparación con las mujeres? ¿Cómo se perciben los varones a sí mismos como padres jóvenes, y cuáles son sus expectativas frente a la paternidad? ¿Cuál el significado que tiene para los adolescentes el proyecto de vida en pareja?

BIBLIOGRAFÍA

- Adaszko, Ariel, 2005, "Perspectivas Socio-Antropológicas Sobre la Adolescencia, la Juventud y el Embarazo", en Mónica Gogna, edits., *La Adolescencia. Estereotipos, Evidencias y Propuestas Para Políticas Públicas*, Buenos Aires, Centro de Estudios Estado y Sociedad, UNICEF, pp. 33-65.
- Aggleton, Peter, 2001, "Prácticas sexuales, enfermedades de transmisión sexual y Sida entre los jóvenes", en Claudio Stern y Juan Figueroa, coords., *Sexualidad y salud reproductiva. Avances y retos para la investigación*, México, El Colegio de México, pp. 365-381.
- Alexander, Jeffrey, 2008, "La primera síntesis de Parsons", *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Gedisa Editorial, pp. 27-37.
- Amuchástegui, Ana, 1998, "Virginidad e imitación sexual en México: La sobrevivencia de saberes subyugados frente a la modernidad", *Debate Feminista*, México, vol. XVIII, núm. 9, octubre, pp. 131-151.
- Amuchástegui, Ana, 2001, *Virginidad e iniciación sexual en México. Experiencias y significados*, México, Edamex, Population Council.
- Araujo, Kathya y Danilo Martuccelli, 2010, "La individuación y el trabajo de los individuos", *Educação e Pesquisa*, Sao Paulo, Universidad de Sao Paulo, vol. XXXVI, pp. 77-91.
- Arendell, Terry, 2000, "Conceiving and investigating motherhood: The decade's scholarship", *Journal of Marriage and Family*, Department of Sociology Colby College, Vol. LXII, núm. 4, noviembre, pp. 1192-1207.
- Ariza, Marina, 2000, "Migración, trayectorias y curso de vida", *Ya no soy la que dejé atrás... Mujeres migrantes en República Dominicana*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Editorial Plaza Valdés, pp. 175-198.
- Ariza, Marina, 2004, "Miradas masculinas y femeninas de la migración en Ciudad Juárez" en Marina Ariza y Orlandina de Oliveira, coords., *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*, México, Instituto de Investigaciones Sociales UNAM, pp. 387-428.
- Ariza, Marina y Laura Velasco, 2012, "Introducción", en Marina Ariza y Laura Velasco, coords., *Métodos cualitativos y su aplicación empírica. Por los caminos de la investigación sobre migración internacional*, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 11-43.
- Arendell, Terry, 2000, "Conceiving and investigating motherhood: The decade's scholarship", *Journal of marriage and Family*, National Council on Family Relations, vol. LXII, núm. 4, noviembre, pp. 1192-1207.
- Arriaga, Coyolxauhqui., *et al.*, 2010, "Embarazo en adolescentes migrantes: Características sociodemográficas, ginecoobstrécticas y neonatales", *Gaceta Médica de México*, Tijuana,

Universidad Autónoma de Baja California, Instituto Mexicano del Seguro Social, vol. CXLVI, núm. 3, mayo-junio, pp. 169-174.

Badinter, Elizabeth, 1980, "Une nouvelle valeur: l'amour maternelle", *L'Amour en plus: Histoire de l'amour maternelle (XVIIe-XXe siècle)*, París Flammarion, pp. 175-285.

Bajoit, Guy, 2008, "La renovación de la sociología contemporánea", *Cultura y representaciones sociales. Un espacio para el diálogo transdisciplinario*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, vol. III, núm. 5, pp. (s.p.), en <<http://www.culturays.org.mx/revista/num5/Bajoit.html>>, consultado el 4 de mayo de 2012.

Bastida. Leonardo, 2011, "Lanzan compañía con el embarazo adolescente no deseado", *Notiese*, Sección Salud, Sexualidad y Sida, México, octubre 28, en <http://www.notiese.org/notiese.php?ctn_id=5330>, consultado el 6 de junio de 2014.

Bauman, Zygmunt. 2001, "Identity in the globalizing world", *Social Anthropology*, European Association of Social Anthropologists, vol. IX, núm. 2, junio, pp. 121-129.

Blanco, Mercedes y Edith Pacheco. 2003, "Trabajo y familia desde el enfoque de curso de vida: dos subcohortes de mujeres mexicanas", *Papeles de Población*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, vol. IX, núm. 38, octubre-diciembre, pp. 159-193.

Beauvoir, Simone, 1994, *Le deuxième sexe II. L'expérience vécue*, París, Gallimard.

Becker, Joanne, 2009, "Young mother in late modernity: Sacrifice, respectability and the transformative neo-liberal subject", *Journal of Youth Studies*, (s.p.i), vol. XII, núm. 3, abril, pp. 275-288.

Bertaux, Daniel, 1989, "Los relatos de vida en el análisis social", *Historia y fuente oral*, (s.p.i.), Barcelona, núm. 1, pp. 87-96.

Bertaux, Daniel, 1980, "L'approche biographique. Sa validité méthodologique, ses potentialités", *Cahiers Internationaux de Sociologie*, París, Presses Universitaires de France, vol. LXIX, (s.p.).

Berrewaerts, Joëlle y Florence Noirhomme, 2006, "Les grossesses à l'adolescence: Quels sont les facteurs explicatifs identifiés dans la littérature?" *Série de Dossier Techniques*, Centre de recherche en Système de Santé, junio, en <<https://www.uclouvain.be/cps/ucl/doc/reso/documents/Dos40.pdf>>, consultado el 14 de marzo de 2012.

Billari, Francesco, y Dimitier Philipov, 2004, "Education and The Transition to Motherhood: A Comparative Analysis of Western Europe", *European Demographic Research Papers*, Viena, Institute of Demography, núm. 3, pp. (s.p.).

- Borderías, Cristina, 1996, “Identidad femenina y recomposición del trabajo. Reorganizar y repartir desde una perspectiva de las mujeres” en Arantxa Rodríguez, Begoña Goñi y Gurutze, Magureri, eds., *El futuro del trabajo*, Bilbao, Bakeaz, pp. 47-65.
- Bourdieu, Pierre, 1997, “Las finalidades de la sociología reflexiva” en Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant, eds., *Respuestas por una Antropología Reflexiva*, México, Grijalbo, pp. 39-158.
- Bourdieu, Pierre, 2002, “La “jeunesse” n'est qu'un mot”, *Questions de sociologie*, París, Les éditions de Minuit, pp. 143-154.
- Bourdieu, Pierre, 2011, “Algunas propiedades de los campos”, *Cuestiones de sociología*, 3ª ed., Madrid, Ediciones Itsmo, pp. 112-119.
- Bourdieu, Pierre, Jean-Claud Chamboredon y Jean-Claude Passeron, 2008, “Segunda parte: La construcción del objeto”, *El oficio del sociólogo. Presupuestos epistemológicos*, México, Siglo veintiuno editores, pp. 57-88.
- Breheny, Mary y Christine Stephens, 2007, “Individual responsibility and social constraint: The construction of adolescent motherhood in social scientific research”, *Culture, Health and Sexuality*, Psychology Press, vol. IX, núm. 4, pp. 333-346.
- Breton, Diderot, [tesis de doctorado], 2011, “La fécondité avant 25 ans et territoires: Quelles résistances au modèle du recul de l'âge à la maternité”, París, Université Paris-Ouest Nanterre La Défense, Centre de Recherche Populations et Sociétés (CERPOS).
- Brito, Roberto, 2002, “Identidades juveniles y praxis divergente: acerca de la conceptualización de juventud” en Alfredo Nateras, edit., *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México, Miguel Ángel Porrúa, pp. 43-59.
- Brugilles, Carole, 2005, “Tendencias de la práctica anticonceptiva en México: Tres generaciones de mujeres” en Marie-Laure Coubès y María E. Zavala de Cosío, coords., *Cambio demográfico y social en el México del siglo xx. Una perspectiva de historias de vida*, México, El Colegio de la Frontera Norte, Miguel Ángel Porrúa, EGAP, pp. 121-157.
- Brugilles, Carole, 2011, “Entre la familia y trabajo, roles de género desde la perspectiva de las y los adolescentes estudiantes de preparatoria en Tijuana” en Norma Ojeda y María E. Zavala de Cosío, coords., *Jóvenes Fronterizos/Border youth. Expectativas de vida familiar, educación y trabajo hacia la adultez*, México, Colegio de la Frontera Norte, pp. 103-137.
- Bruno, Pierre, 2000, “L'adolescence et sa culture. Une bilan des approach” *Existe-t-il une culture adolescente?*, París, Press Éditions, pp. 17-37.
- Bucholtz, Mary, 2002, “Youth and Cultural Practice”, *Annual Review of Anthropology*, (s.p.i.), vol. XXXI, junio, pp. 525-552.

- Butler, Judith, 2007, "Sujetos de sexo/género/deseo", *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*, Barcelona, Paidós Ibérica, pp. 34-65.
- Buvinic, Mayra, 1998, "Costos De La Maternidad Adolescente En Barbados, Chile, Guatemala y México", *Studies in Family Planning*, Washington, Population Council, vol. XXIX, núm. 2, junio, pp. 201-209.
- Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión, 2014, "Ley para la protección de los derechos de niñas, niños y adolescentes", *última reforma*, México, Secretaría de Servicios Parlamentarios, 02 de abril en <<http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/185.pdf>>, consultado el 7 de junio de 2014.
- Canales, Alejandro, 2003, "Culturas demográficas y poblamiento modernos. Perspectivas desde la frontera México-Estados Unidos" en José M. Valenzuela, coord., *Por las fronteras del norte. Una aproximación a la frontera Norte-Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 88-129.
- Canales, Alejandro, Israel Montiel y Patricia Araiza, 2008, *Región norte de México. Tendencias demográficas y distribución territorial de la población*, Sonora, Fondo de Población de las Naciones Unidas.
- Castells, Manuel, 2003, "The end of patriarchy: social movements, family, and sexuality in the informational age" en Manuel Castells, edit., *The power of identity: The information age: economy, society and culture*, Volúmen II, Reino Unido, Blackwell Publishing, pp. 192-302.
- Chackiel, Juan, 2004, "La dinámica demográfica en América Latina", *Serie Población y Desarrollo*, Santiago de Chile, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), núm. 52, mayo, en <<http://www.cepal.org/publicaciones/xml/0/14860/lcl2127-p.pdf>>, consultado el 12 de agosto de 2011.
- Charmaz, Kathy, 2000, "Grounded theory. Objectivist and constructivist methods", *Handbook of qualitative research*, Londres, Sage Publications, Inc., pp. 509-535.
- Climent, Graciela, 2003, "La Maternidad Adolescente, Una Expresión De La Cuestión Social. El Interjuego Entre la Exclusión Social, La Construcción De La Subjetividad y Las Políticas Públicas", Argentina, Consejo de Profesionales en Sociología, *Revista Argentina De Sociología*, vol. I, núm. 001, noviembre-diciembre, pp. 77-93.
- Colin, Alejandra y Paloma Villagómez, 2010, "Evolución de la maternidad adolescente en México, 1974-2009", *La situación demográfica de México 2010*, México, Consejo Nacional de Población, pp. 37-53, en <<http://www.portal.conapo.gob.mx/publicaciones/sdm/sdm2010/03.pdf>>, consultado el 2 de agosto de 2010.

- Collignon, María y Zeyda Rodríguez, 2010, “Amor y sexualidad en jóvenes mexicanos del siglo XX” en María Collignon y Zeyda Rodríguez, coords., *La vida amorosa, sexual y familiar en México. Herencias, discursos y prácticas*, México, ITESO, Universidad Iberoamericana, México, pp. 11-72.
- Comisión Económica Para América Latina y El Caribe (CEPAL) y Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), 2007, “Maternidad Adolescente En América Latina y El Caribe. Tendencias, Problemas y Desafíos”, *Boletín de la infancia y adolescencia sobre el avance de los objetivos de desarrollo del milenio*, Santiago de Chile, CEPAL, UNICEF, núm. 4, en <http://www.unicef.org/lac/desafios__n4_esp_Final%281%29.pdf>, consultado el 12 de julio de 2010.
- Congreso de Colombia, 2013, “Ley estatutaria no. 1622”, Presidencia de la República, Bogotá, 20 de abril, en <<http://wsp.presidencia.gov.co/Normativa/Leyes/Documents/2013/LEY%201622%20DEL%2029%20DE%20ABRIL%20DE%202013.pdf>>, consultado el 7 de julio de 2014.
- Consejo Nacional de Población (Conapo), 2001, “Índices de desarrollo humano”, México, diciembre en <http://www.conapo.gob.mx/work/models/CONAPO/Resource/211/1/images/dh_Indic es.pdf>consultado el 4 de agosto de 2013.
- Cruz, Rodolfo, 1990, “Mercados de trabajo y migración en la frontera norte: Tijuana, Ciudad Juárez y Nuevo Laredo”, *Frontera Norte*, Tijuana, Colegio de la Frontera Norte, vol. II, núm. 4, julio-diciembre, pp. 61-93.
- Dadoorian, Diana, 2000, “La grossesse désiré chez les adolescentes dans le milieu défavorisés. Quelques réflexions à partir d'une étude réalisé au Brésil”, *Neuropsychiatrie de l'enfance et de l'adolescence*, (s.p.i.), vol. XLVIII, núm. 1, pp. 44-50.
- Denzin, Norman, 2009, “Interpretive interactionism. A postmodern approach to everyday life”, *encountering the everyday. An introduction to the sociologies of the unnoticed*, Nueva York, Palgrave Macmillan, pp. 397-421.
- Denzin, Norman, 1989, *Interpretative biography. Qualitative research methods*, series 17. Londres, Sage Publications.
- Diario Oaxaca, 2013, “Sin control, embarazos de adolescentes en Oaxaca, alerta la diputada Gallegos”, *Diario Oaxaca*, Sección Política, Oaxaca, 11 de septiembre en <<http://diariooaxaca.com/politica/4-camaradediputados/52018-sin-control-embarazos-de-adolescentes-en-oaxaca-alerta-la-diputada-gallegos>>, consultado el 17 de noviembre de 2013.
- Dubar, Claude, 2005, “Pour une théorie sociologique de l'identité”, *La socialisation. Construction des identités sociales et professionnelles*, 3ª ed., París, Armand Colin, pp. 103-123.

- Dubar, Claude, 2000a, "La crise des identités: professionnelles" in *La Crise Des Identités. L'interprétation d'une mutation*, Primera edn, Press Universitaires de France, París, pp. 1-13.
- Dubar, Claude. 2000b, "Introduction" in *La crise Des identités. L'interprétation d'une mutation*, Primera edn, Press Universitaires de France, París, pp. 1-13.
- Dubet, François, 1989, "De la sociología del individuo a la sociología del sujeto", *Estudios Sociológicos*, México, El Colegio de México, vol. VII, núm. 21, pp. 519-545.
- Dubet, François y Danilo Martuccelli, 2000, *¿En qué sociedad vivimos?*, Buenos Aires, Ediciones Losada.
- Durand, Véronique, 2005, "Grossesse à l'adolescence. Une population dans le marge sociale à Recife (Brésil) ", *Revue Lusotopie*, (s.p.i.), vol. XII, núm. 2, pp. 161-173.
- Ehrenfeld, Noemí, 2004, "Un mosaico de experiencias: Embarazo y maternidad en adolescentes urbano-marginales" en Emma Navarrete, edit., *Los jóvenes ante el siglo XXI*, México, El Colegio Mexiquense, pp. 45-69.
- Ehrenfeld, Noemí, 2002, "Adolescentes y jóvenes: sexualidad, maternidad y cultura" en Alfredo Nateras, edit., *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*, México, Miguel Ángel Porrúa, pp. 407-415.
- Elder, Glen, 1975. "Age, differentiation and the life course", *Annual Review of Sociology*, (s.p.i.), vol. I, Agosto, pp. 164-190.
- Elder, Glen, 1994. "Time, human agency, and social change: perspective on the life course", *Social Psychology Quarterly*, vol. LVII, núm. 1, pp. 4-15.
- Emirbayer, Mustafa y Mische, Anne, 1998, "Whats is agency?", *American Journal of Sociology*, Chicago, The University of Chicago Press, vol. CIII, núm. 4, enero, pp. 962-1023.
- El Cadi, Hakima, 2008, "Culture adolescente: De quoi parle-t-on?" en David Le Breton, edit., *Cultures adolescentes. Entre turbulence et construction de soi*, París, Éditions Autrement, pp. 49-59.
- Excelsior, 2013, "Excelsior en la salud: Adolescentes tardan en usar anticonceptivos", *Excelsior*, Sección Nacional, México, D.F. 16 de septiembre en <<http://www.excelsior.com.mx/nacional/2013/09/16/918830>>, consultado el 2 de octubre de 2013.
- Farges, Jean-Marie, 1998, "Maternités adolescentes: Une autre regard... ", *Vie Sociale*, París, Centre d'études, de documentation, d'information et d'action sociales, núm. 6, pp.47-57.

- Feixas, Carlos, 1996, “Antropología de las edades” en Joan Prat y Ángel Martínez, eds., *Ensayos de antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat*, Barcelona, Ariel S.A., pp. 319-335.
- Fine, Michelle, 1999, “Sexualidad, educación y mujeres adolescentes. El discurso ausente del deseo” en Marisa Belaustegiugoitia y Araceli Mingo, coords., *Géneros Prófugos*, México, Paidós, pp. 291-321.
- Foucault, Michel, 1976, *Histoire de la sexualité. La volonté de savoir*, París, Gallimard.
- Furman, Wyndol, 2002, “The emerging of adolescent romantic relationships”, *Current Directions in Psychological Sciences*, vol. XI, núm. 5, pp. 177-180.
- Furstenberg, Frank, 2007, *Destinies of the disadvantage: The politics of Teenage childbearing*, Nueva York, Russel Sage Foundation.
- Galland, Olivier, 2004a, “L’invention de l’adolescence et le début des sciences de la jeunesse” *La sociologie de la jeunesse*, 3ª ed., París, Armand Colin, pp. 37-58.
- Galland, Olivier, 2004b, “Âges de la vie et génération”, *La sociologie de la jeunesse*, 3ª ed., París, Armand Colin, pp. 102-135.
- Galland, Olivier, 2009, “Les âges de la jeunesse”, *Les jeunes*, 7ª ed., París, La Découverte, pp. 49-77.
- Galligani, Stéphanie, 2000, “De l’entretien au récit de vie. Quand le sujets s’emparent de la conduit d’un entretien...”, *Ecarts d’identité*, Grenoble, Centre Didactique des Langues, núm. 92, marzo, pp. 21-24.
- García, Elizabeth, [tesis de doctorado], 2012, “Embarazo y maternidad adolescente en contextos de pobreza: una aproximación a los significados de las trayectorias sexuales reproductivas”, México, El Colegio de México.
- Geronimus, Arline y Sanders Korenman, 1992, “The socioeconomic consequences of teen childbearing reconsidered”, *The quarterly journal of economics*, Oxford University, Prerss, vol. CVII, núm. 4, noviembre, pp. 1187-1214.
- Gevers, Anik, Rachel Jewkes y Cathy Mathews 2012, “I think it’s about experience, like, life’: a qualitative exploration of contemporary adolescent intimate relationships in South Africa”, *Culture, health and sexuality: An international journal for research intervention and care*, vol. XIV, núm. 10, septiembre, pp. 1125-1137.
- Giddens, Anthony, 2004, “Expérimentations, relations et sexualité quotidiennes”, *La transformation de l’intimité. Sexualité, amour et érotisme dans les sociétés modernes*, París, Hachette Littératures, pp. 13-29.

- González, José, 1996, "Las historias de vida: aspectos históricos, teóricos y epistemológicos", *Revista de Ciencias de la Educación*, Universidad de Sevilla, núm. 12, pp. 223-242.
- González, Humberto, 2006, "Cambios previsible en los niveles de fecundidad de las adolescentes mexicanas. El caso de la frontera norte", *Frontera Norte*, Tijuana, Colegio de la Frontera Norte, vol. XVIII, núm. 36, pp. 29-52.
- González, Humberto, 2011, "Caracterización sociodemográfica de la población en tránsito a la vida adulta en Tijuana" en Norma, Ojeda y María. E. Zavala de Cosío, Coords., *Jóvenes Fronterizos/Border youth. Expectativas de vida familiar, educación y trabajo hacia la adultez*, México, Colegio de la Frontera Norte, pp. 23-56.
- Goodman, Leo. 1961, "Snowball Sampling", *The annals of mathematical statistics*, Universidad de Chicago, vol. XXXII, núm. 1, pp. 148-170.
- Hamel, Jacques. 1999, "La jeunesse n'est qu'un mot ", en Madeleine Gauthier y Jean-François, Guillaume, eds., *Définir la Jeunesse? D'un bout à l'autre du monde*, París, L'Harmattan, IQRE, pp. 29-44.
- Heras, Purificación y Téllez, Anastasia, 2008, "Representaciones de género y maternidad: Una aproximación desde la antropología sociocultural" en Anastasia Téllez y Javier Martínez, eds., *Sexualidad, Género, Cambio de Roles y Nuevos Modelos de Familia*, España, S.I.E.G., pp. 65-106.
- Héritier, Françoise. 2002, "La contraception. Vers un nouveau rapport des catégories du masculin et du féminin", *Masculin/Féminin II. Dissoudre la hiérarchie*, París, Odile Jacob, pp. 239-259.
- Hernández Emilio y Rabelo, Jocelyne, 2006, "Segregación urbana en Tijuana" en Alejandro Mungaray y Juan Ocegueda, coords., *Estudios económicos sobre Baja California*, México, Porrúa, UABC, pp. 61-83.
- Heyman Josiah, 2012, "Construcción y uso de tipologías: movilidad geográfica desigual en la frontera México-Estados Unidos" en Marina Ariza y Laura Velasco, coords., *Métodos cualitativos y su aplicación empírica. Por los caminos de la investigación sobre migración internacional*, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 419-454.
- Hondagneu-Sotelo, Pierrette y Ernestine, Avila, 1997, "I'm here, but I'm there: The Meanings of Latina. Transnational Motherhood", *Gender and Society*, Sage Publications, Inc., vol. XI, núm. 5, octubre, pp. 548-571.
- Hunt, Geoffrey et al., 2011, "Young mother (in the) hood: Gang girls' negotiation of new identities", *Journal of Youth Studies*, PubMed, vol. XIV, núm. 1, pp. 1-19.

- Imaz, Elixabete, 2010a, “¿Tiene sentido una etnografía sobre la experiencia de convertirse en madre?”, *Convertirse en Madre. Etnografía del tiempo de gestación*, Madrid, Ediciones Cátedra, Universidad de Valencia, Instituto de la Mujer, pp. 11-21.
- Imaz, Elixabete. 2010b, “Una historia de la maternidad y de su ejercicio”, *Convertirse en madre. Etnografía del tiempo de gestación*, Madrid, Ediciones Cátedra, Universidad de Valencia, Instituto de la Mujer, pp. 23-71.
- Imaz, Elixabete. 2010c, “Lecturas feministas de la maternidad”, *Convertirse en Madre. Etnografía del tiempo de gestación*, Madrid, Ediciones Cátedra, Universidad de Valencia, Instituto de la Mujer, pp. 73-116.
- Imaz, Elisabete [tesis de doctorado], 2007, *Mujeres gestantes, madres en gestación. Representaciones, modelos y experiencias en el tránsito a la maternidad de las mujeres vascas contemporáneas*, España, Universidad del país Vasco, Departamento de Filosofía de los Valores y Antropología Social.
- Instituto Mexicano de la Juventud (Imjuve), 2014, “Programa nacional de juventud 2014-2018”, México, Gobierno Federal, <<http://www.imjuventud.gob.mx/imgs/uploads/PROJUVENTUD2014new.pdf>>, consultado el 7 de julio de 2014.
- Instituto Nacional de la Juventud, 2007, “Ley No. 19042”, Santiago de Chile, Ministerio de Planificación y Cooperación en <<http://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=30409>>, consultado en 7 de julio de 2014.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía INEGI, 2012, “Perspectiva estadística Baja California”, diciembre de 2012, Instituto Nacional de Estadística y Geografía, México, diciembre <http://www.inegi.org.mx/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/integracion/estd_perspect/bc/Pers-bc.pdf>, consultado el 22 de septiembre de 2013.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía INEGI, 2012, “Estadísticas a propósito del día internacional de la juventud”. Datos de Baja California, <<http://www.inegi.org.mx/inegi/contenidos/espanol/prensa/contenidos/estadisticas/2012/juventud12.asp?s=inegi&c=2844&ep=99>>, consultado el 22 de septiembre de 2013.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía INEGI, 2014, “Glosario”, *Censo de Población y Vivienda 2010*, México, en <<http://www3.inegi.org.mx/sistemas/Glosario/paginas/Contenido.aspx?ClvGlo=cpv2010&nombre=231&c=27432&s=est>>, consultado el 7 de junio de 2014.
- Instituto Nacional de Juventud (Imjuve), 2011, “Resultados generales”, *Encuesta Nacional de Juventud*, México, IMJUVE, SEP, Gobierno Federal, en <<http://www.imjuventud.gob.mx/imgs/uploads/ENJ2010.pdf>>, consultado el 22 de septiembre de 2013.

- Islas, Julieta, 2011, "Introyección de los simbolismos de Tijuana en la construcción de la identidad personal de las jóvenes fronterizas" en Norma, Ojeda y María. E. Zavala de Cosío, Coords., *Jóvenes Fronterizos/Border youth. Expectativas de vida familiar, educación y trabajo hacia la adultez*, México, Colegio de la Frontera Norte, pp. 171-197.
- Juárez, Fátima y Cecilia Gayet, 2005, "Salud sexual y reproductiva de los adolescentes en México; un marco de análisis para la evaluación y diseño de políticas", *Papeles de Población*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, núm. 45, julio-septiembre, pp. 177-219.
- Juárez, et al., 2010, "Las necesidades de salud sexual y reproductiva de adolescentes en México: Retos y oportunidades", México, Guttmacher Institute, en <<http://www.guttmacher.org/pubs/Adolescentes-Mexico.pdf>>, consultado en 14 de noviembre de 2013.
- Kluge, Sussan, 2000, "Empirically grounded construction of types and typologies in qualitative social research", Berlin, Forum: Qualitative Social Research, en <<http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/1124/2499>>, consultado en 10 de octubre de 2013.
- Lamas, Martha, 2012, "Embarazo adolescente", *Proceso*, Sección Análisis, México, D.F. 5 de octubre en <<http://www.proceso.com.mx/?p=321744>>, consultado el 5 de octubre de 2012.
- Le Van, Charlotte, 1998, "Les grossesses à l'adolescence: une pluralité d'explications", *Vie Sociale*, París, Université de Paris VII, núm. 6, pp. 461-503.
- Llanes, Nathaly. 2010 [tesis de doctorado], "La maternidad adolescente y su efecto sobre la salida de la escuela entre mujeres mexicanas: replanteamientos y consideraciones", México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales FLACSO-Sede México.
- López, Pedro, 1996, "La construcción de tipologías: metodologías de análisis", *Papers Revista de Sociología*, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, vol. XLVIII, pp. 9-29.
- Luján, Francisco, 2013, "En 2013, el 43% de los embarazos han sido en niñas y adolescentes", *Norte Digital Mx*, Sección Comunidad, Ciudad Juárez, 24 de agosto en <http://www.nortedigital.mx/50791/en_2013__el_43p_de_los_embarazos__ha_sido_e_n_ninas_y_adolescentes/>, Consultado el 24 de agosto de 2013.
- Marcús, Juliana, 2006, "Ser madre en los sectores populares: una aproximación al sentido que las mujeres le otorgan a la maternidad", *Revista Argentina de Sociología*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, vol. IV, núm. 007, pp. 100-119.
- Martínez, Fabiola, 2013, "Seguirán en aumento embarazos adolescentes en México: Conapo", *La Jornada*, Sección Sociedad y Justicia, México, D.F. 11 de julio, en <<http://www.jornada.unam.mx/2013/07/11/sociedad/042n1soc>>, consultado el 24 de julio de 2013.

- Martuccelli, Danilo, 2002, *Grammaires de l'individu*, Paris, Gallimard.
- Martuccelli, Danilo, 2007, "Las tres vías del individuo sociológico" en Danilo Matuccelli, edit., *Cambio de rumbo. La sociedad a escala del individuo*, Santiago de Chile, LOM ediciones, primera edición, pp. 19-35.
- McAdams, Dan P., 2011, "Narrative Identity", en Schwartz, Seth, Koen, Luyckx, Vivian, Vignoles, (Eds.), *Handbook of Identity Theory and Research*, Springer Science+Business Media, pp. 99-115.
- McDermott, Elizabeth y Graham, Hilary, 2005, "Resilient young mothering: social inequalities, late modernity and the "problem" o "teenage" motherhood", *Journal of Youth Studies*, Taylor & Francis, vol. VIII, núm. 1, pp. 59-79.
- McDermott, Elizabeth; Graham, Hilary y Hamilton Val, 2004, "Experiences of being a teenage mother in the UK: A report of a systematic review of qualitative studies", Glasgow, University of Glasgow, en <http://www.sphsu.mrc.ac.uk/Evidence/Research/Review%2010/SR%20Executive%20Summary.pdf>>, consultado en 12 de mayo de 2012.
- McKinney, John, 1969, "Typification, Typologies, and Sociological Theory", *Social Forces*, Oxford University Press, vol. XLVIII, núm. 1, pp. 1-12.
- Menkes, Catherine y Suárez, Leticia, 2013, "El embarazo de los adolescentes en México ¿Es deseado?", *Coyuntura Demográfica*, México, núm. 4, pp. 21-28.
- Meier, Ann y Allen, Gina, 2009, "Romantic relationships from adolescence to Young adulthood: Evidence from the national longitudinal study of adolescent health", *The Sociological Quarterly*, Midwest Sociological Society, núm.50, pp. 208-335.
- Ministerio de Poder Popular para la Juventud, 2014, "Quiénes somos", Gobierno Bolivariano de Venezuela, <<http://www.inj.gov.ve/index.php/conocenos/quienes-somos>>, consultado el 7 de abril.
- Mojzuk, Marta, 2012, "Entre el maternalismo y la construcción socio-política de la maternidad", pp. 16-32, en <http://www.emede.net/textos/martamojuk/maternalismo-maternidad_dea.pdf>, consultado 14 de enero 2012.
- Molina, María Elisa, 2006, "Transformaciones histórico culturales del concepto de maternidad y sus repercusiones en la identidad de la mujer", *Psyche*, Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile, vol. XV, núm. 2, pp. 93-103.
- Monsiváis, Alejandro, 2003, *Está curado, panorama de la juventud en Baja California, Jóvenes mexicanos del siglo XXI. Encuesta Nacional de Juventud 2000*, Instituto Mexicano de la juventud, México, Secretaría de Educación Pública.

- Montilva, Maira, 2008, "Postergación de la maternidad de mujeres profesionales jóvenes en dos metrópolis latinoamericanas", *Utopía y praxis latinoamericana: revista internacional de filosofía iberoamericana y teoría social*, Venezuela, Universidad del Zulia, vol. XIII, núm. 41, pp. 69-79.
- Morales, Marcos, 2014, "Encabezan preparatorianos incidencia en embarazos de alto riesgo", *Milenio*, Sección Temas, Tijuana, 24 de agosto en <http://www.milenio.com/bajacalifornia/Encabezan-preparatorianos-incidencia-embarazos-riesgo_0_201580377.html>, consultado el 24 de agosto.
- Mottrie, Cindy, De Coster, Lotta, y Duret, Isabelle, 2006, "Devenir mère: transformations des liens et des lieux familiaux lors des grossesses survenant à l'adolescence", *Cahier critiques de thérapie familiale et de pratiques de réseaux*, Paris, De Boeck Supérieur, vol.II, núm. 36, pp. 121-137.
- Nóblega, Magaly, 2009, "La maternidad en la vida de las adolescencia: implicancias para la acción", *Revista de psicología*, Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú, vol. XXVIII, núm. 1, pp. 29-54.
- Ojeda, Norma, 1997, "Algunas contradicciones en el perfil sociodemográfico de las mujeres en la frontera norte de México", Cuadernos de trabajo, El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, México, pp. 1-40.
- Ojeda, Norma, 1999, "Uso de los servicios de salud reproductiva entre las mujeres de la población abierta de Tijuana" en Norma Ojeda (Coord.), *Género, familia y conceptualización de la salud sexual reproductiva en México*, Tijuana, México, El Colegio de la Frontera Norte, México, pp. 93-169.
- Ojeda, Norma, 2009, "Matrimonio y unión libre en la percepción de adolescentes mexicanos radicados en Tijuana", *Papeles de Población*, Universidad Autónoma del Estado de México, vol. XV, núm. 60, pp. 41-64.
- Ojeda, Norma, 2011, "Vivir juntos sin estar casados: Significados diversos entre adolescentes fronterizas mexicanas y méxicoamericanas" en Norma Ojeda y María Eugenia Zavala de Cosío, *Jóvenes Fronterizos/Border youth. Expectativas de vida familiar, educación y trabajo hacia la adultez*, Tijuana, México, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 239-263.
- Ojeda, Norma, 2013, "Cambios y continuidades de la unión libre en México: el caso de las jóvenes en Tijuana", *Perfiles latinoamericanos*, México, FLACSO sede México, núm. 42, pp. 193-224.
- Organización de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), 2004, *La Convención Sobre Los Derechos Del Niño Quince Años Después*. América Latina, UNICEF, Panamá.
- Organización Mundial de la Salud (OMS), 2013, "Día mundial de Población", *Boletín ONU*, México, 9 de julio, Centro de Información de las Naciones Unidas en

<<http://www.cinu.mx/comunicados/2013/07/dia-mundial-de-poblacion-2013-/>>, consultado el 15 de julio de 2014.

Organización Mundial De La Salud (OMS), 2014, *Salud de los adolescentes*, en <http://www.who.int/topics/adolescent_health/es/> consultado 14 julio, 2014.

Palma, Yolanda, [Tesis doctoral], 2013, "La santé reproductive des adolescentes en Basse Californie: résultats d'une enquête auprès des ménages", Paris, Université Paris Ouest Nanterre La Défense, Centre de recherche populations été société.

Palma, Yolanda y Reding, Arturo, 2011, "Características del inicio de la vida sexual y reproducción de las jóvenes de Tijuana" en Norma Ojeda y María Eugenia Zavala de Cosío, *Jóvenes Fronterizos/Border youth. Expectativas de vida familiar, educación y trabajo hacia la adultez*, Tijuana, México, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 79-100.

Palomar, Cristina, 2005, "Maternidad: historia y cultura", *Revista de Estudios de Género La Ventana*, Universidad de Guadalajara, núm. 22, pp. 35-67.

Palomar, Cristina y Suárez de Garay, María Eugenia, 2007, "Los entretelones de la maternidad. A la luz de las mujeres filicidas", *Estudios Sociológicos*, México, D.F, El Colegio de México, vol. XXV, núm. 2, pp. 309-340.

Pantelides, Edith A., 2006, "Aspectos Sociales Del Embarazo y La Fecundidad Adolescente En América Latina", *Notas De Población*, CEPAL, en <<http://www.cepal.org/publicaciones/xml/9/22069/lcg2229-p1.pdf>> consultado 9 enero 2014.

Parsons, Talcott, 1942, "Age and sex in the social structure of the United States", *American Sociology Review*, American Sociological Association vol. VII, núm. 5, pp. 604-616.

Parsons, Talcott, 1962, "Youth in the context of American society", *Daedalus*, MIT Press, vol. XCI, núm. 1, pp. 97-123.

Pleyers, Geoffrey, 2006, "En la búsqueda de autores y desafíos sociales. La sociología de Alain Touraine", *Estudios Sociológicos*, México, El Colegio de México, vol. XXIV, núm. 3, pp. 733-756.

Portier-Le Cocq, Fabienne, [Tesis doctoral], 2007, "Mères adolescentes en Angleterre et en Écosse: Mythes et réalités, la parole des mères", Rennes, Université Rennes 2.

Portier-Le Cocq, Fabienne, 2009, "Adolescentes et mères outre-Manche", *Enfances & Psy*, Paris, ERES, vol. 3, no. 44, pp. 163-173.

Reguillo, Rossana, 2012, *Culturas juveniles. Formas políticas del desencanto*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires.

- Reséndiz, Ramón, 2001, “Biografía: procesos y nudos teórico-metodológicos”, en María Luisa Tarrés (Coord.), *Observar, escuchar y comprender sobre la tradición cualitativa en la investigación social*, México, Miguel Ángel Porrúa, FLACSO-México, pp. 135-169.
- Roberti, Eugenia, 2012. “El enfoque biográfico en el análisis social: Claves para un estudio de los aspectos teórico-metodológicos de las trayectorias laborales”, *Revista Colombiana de Sociología*, Universidad Nacional de Colombia, vol. XXXV, núm. 1, pp. 127-149.
- Rodríguez, Gabriela, 2009, “Introducción” en Susana Lerner e Ivonne Szasz (Coord.), *Salud reproductiva y condiciones de vida en México*, México, El Colegio de México, Afluentes, en < <http://www.afluentes.org/wp-content/uploads/2010/01/Salrep-Colmex.pdf>> consultado 10 abril 2014.
- Rodríguez, Roxana, 2010, “Cultura e identidad migratoria en la frontera México-Estados Unidos. Inmediaciones entre la comunidad mexicoamericana y la comunidad fronteriza”, *Antíteses*, Brasil, Universidade Estadual de Londrina, vol. III, núm. 5, pp.125-143.
- Rodríguez, Zeyda, 2010, “Tránsitos amorosos juveniles. De jóvenes a jóvenes adultos: un cambio que se diluye” en María Martha Collignon (Coord.), *La vida amorosa, sexual y familiar en México. Herencias, discursos y prácticas*, México, ITESO, Universidad Iberoamericana, México, pp. 73-99.
- Rojas, Martha, 2001, “Lo biográfico en sociología. Entre la diversidad de contenidos y la necesidad de especificar conceptos” en María Luisa Tarrés (Coord.), *Observar, escuchar y comprender sobre la tradición cualitativa en la investigación social*, México, Miguel Ángel Porrúa, FLACSO-México, pp. 171-194.
- Román, Rosario, [Tesis doctoral] 1999, “Del primer vals al primer bebé: vivencias del embarazo es mujeres adolescentes de colonias populares de Hermosillo, Sonora”, Michoacán, El Colegio de Michoacán.
- Román, Rosario, Valdez, Elba y Cubillas, María José, 2004, “Creencias y prácticas sobre la sexualidad en adolescentes de Hermosillo Sonora” en Emma Navarrete (Coord.), *Los jóvenes ante el siglo XXI*, México, El Colegio Mexiquense, pp. 71-87.
- Romo, Raúl, y Sánchez, Miguel, 2009, El descenso de la fecundidad en México, 1974-2009: a 35 años de la puesta en marcha de la nueva política de población. México, Consejo Nacional de Población en <<http://www.CONAPO.gob.mx/publicaciones/sdm/sdm2009/02.pdf>>, consultado 13 de agosto 2012.
- Salazar, Andrés, Acosta, María, Lozano, Nicolás y Camacho, María, 2008, “Consecuencias del embarazo adolescente en el estado civil de la madre joven: un estudio piloto en Bogotá-Colombia”, *Persona y Bioética*, Colombia, Universidad de la Sabana, vol. XII, núm. 31, pp. 169-182.

- Sánchez, Corina, 2012, “Va aumentando índice de adolescentes embarazadas”, *El Sol de Tijuana*, Tijuana, 1 de agosto en <<http://www.oem.com.mx/elsoldetijuana/notas/n2639992.htm>>, consultado el 23 de septiembre de 2012.
- Sánchez, Ángeles, 2003, *Mujeres, maternidad y cambio. Prácticas reproductivas y experiencias maternas en la Ciudad de México*, UNAM/UAM, México.
- Sánchez, Ángeles; Espinosa, Sara; Ezcurdia, Claudia y Torres, Edna, 2004, “Nuevas maternidades o al deconstrucción de la maternidad en México”, *Debate Feminista*, vol. XXX, núm.15, pp. 55-86.
- Sanhueza, Tatiana, 2005, “De prácticas y significancias en la maternidad, transformaciones en identidad de género en América Latina”, *Revista de estudios de Género, La Ventana*, Universidad de Guadalajara, núm. 22, pp. 146-188.
- Scheper, Nancy, 1985, "Culture, scarcity, and maternal thinking: Maternal detachment and infant survival in a brazilian shantytown", *Ethos*, Society for Psychological Anthropology, vol. XIII, núm. 4, pp. 291-317.
- Schiera, Adriana, 2005, “Uso y abuso del concepto de resiliencia”, *Revista de Investigación en Psicología*, Perú, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, vol. VIII, núm. 2, pp. 129-135.
- Secretaría de Educación Pública, 2012, *Embarazo adolescente y madres jóvenes en México. Una visión desde el Promajoven*, México, en <http://www.promajoven.sep.gob.mx/archivos/titulos/Embarazo_Adolescente.pdf>, consultado el 12 de junio de 2014.
- Simonelli, Carlos, 2002, “Cambios recientes en la migración y en la inserción laboral en Tijuana entre 1990 y 2000”, *Papeles de población*, Universidad Autónoma del Estado de México, vol. VIII, núm. 34, pp. 160-189.
- Solé, Carlota y Parella, Sònia, 2005, “Discours sur la « Maternité transnationale » des femmes d’origine latino-américaine résidentes à Barcelone”, en Natalia Ribas-Mateos y Véronique (ed.), *Mobilités au féminin. La place des femmes dans le nouvel état du monde*, (s.p.p).
- Solé, Carlota y Parella, Sònia, 2004, “Nuevas expresiones de la maternidad. Las madres con carreras profesionales ¿exitosas?”, *Revista Española de Sociología*, Federación española de sociología, núm. 4, pp. 67-92.
- Solís, Marlene, 2011, “El género, la fábrica y la vida urbana en la frontera”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, México, El Colegio de México, vol. XXVI, núm. 3, pp. 535-561.
- Solís, Patricio; Gayet, Cecilia y Juárez, Fátima, 2008, “Las transiciones a la vida sexual, a la unión y a la maternidad en México: cambios en el tiempo y estratificación social” en

- Susana Lerner e Ivonne Szasz (Coord.), *Salud reproductiva y condiciones de vida en México, tomo I*, México, El Colegio de México, pp. 397-428.
- Stern, Claudio, 1997, "El embarazo en la adolescencia como problema público. Una visión integradora", *Salud Pública de México*, Instituto Nacional de Salud Pública, vol. XXXIX, núm. 2, pp. 137-143.
- Stern, Claudio, 2004, "Vulnerabilidad social y embarazo adolescente en México", *Papeles de Población*, Universidad Autónoma del Estado de México, núm. 39, pp. 129-158.
- Stern, Claudio, 2012, *El "problema" del embarazo en la adolescencia. Contribuciones a un debate*, México, El Colegio de México.
- Stern, Claudio y García, Elizabeth, 2001, "Hacia un nuevo enfoque en el campo del embarazo adolescente" en Claudio Stern y Juan Guillermo Figueroa (Coords.), *Sexualidad y salud reproductiva. Avances y retos para la investigación*, México, El Colegio de México, pp. 331-364.
- Stern, Claudio y Menkes, Catherine, 2008, "Embarazo adolescente y estratificación social" en Susana Lerner e Ivonne Szasz (Coord.), *Salud reproductiva y condiciones de vida en México, tomo I*, México, El Colegio de México, pp. 347-396.
- Taylor, Steve J., y Bogdan, Robert, 1987, "La entrevista en profundidad", en Steve Taylor y Robert Bogdan (eds.) *Introducción a los métodos cualitativos de investigación: La búsqueda de significados*, Paidós, pp. 100-132.
- Teles, Nair, 1999, "Une réflexion sur les théories de la jeunesse" en Madeleine Gauthier, Jean-François Guillaume (eds.), *Définir la jeunesse?: d'un bout à l'autre du monde*, Quebec, L'Harmattan, pp. 45-54.
- Touraine, Alain, 1994, "El sujeto", *Crítica de la modernidad*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 201-231.
- Touraine, Alain, 2005, *Un nuevo paradigma para comprender el mundo de hoy*, Barcelona, Paidós.
- Touraine, Alain, 2007, *El mundo de las mujeres*, Barcelona, Paidós.
- Touraine, Alain, 2009, *La mirada social para el siglo XXI*, Barcelona, Paidós.
- Traverso, Pierina, 2007, "Dos madres adolescentes, dos vínculos: ¿qué marca la diferencia?" *Revista de psicología*, Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú, vol. XXV, núm. 1, pp. 59-80.
- Uribe, Ana B., 2009, "Estrategia metodológica", *Mi México imaginado. Telenovelas, televisión y migrantes*, México, El Colegio de la Frontera Norte, Miguel Ángel Porrúa, pp. 139-186.

- Valdés, Blanca, 2013, “Plantean píldora, condón y aborto sin permiso de los padres”, *Milenio*, sección Tendencias, México, 20 de septiembre <http://www.milenio.com/tendencias/Plantean-pildora-condon-permiso-padres_0_157184459.html>, consultado 20 de septiembre.
- Valenzuela, Juan M., 2000, “Al otro lado de la línea. Representaciones socioculturales en las narrativas de la frontera México-Estados Unidos”, *Revista Mexicana de Sociología*, UNAM, vol. LXII, núm. 2, pp. 125-149.
- Valenzuela, Juan M., 2003, “Introducción”, en Juan Manuel Valenzuela (Coord.), *Por las fronteras del norte. Una aproximación a la frontera Norte-Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 15-30.
- Valenzuela, Juan M., 2005, “El futuro ya fue. Juventud, educación y cultura”, *Anales de la comunicación común*, Dirección general de cultura y educación de la provincia de Buenos Aires, vol. I, núm. 2, pp. 28-71.
- Valenzuela, Cristina, 2006, “Contribuciones al análisis del concepto de escala como instrumento clave para en el contexto multiparadigmático de la geografía contemporánea”, *Boletín del Instituto de Geografía*, UNAM, núm. 59, pp. 23-134.
- Vargas, Fabiola, [Ponencia], 2004a, “Transformaciones de los roles de género en las familias migrantes a la frontera Tijuana-San Diego y su impacto en la construcción de las identidades femeninas”. COLEF.
- Vargas, Fabiola, [Tesis doctoral], 2004b, “Sexualidad y pobreza. Hacia un análisis del embarazo juvenil en los sectores populares de la frontera Tijuana-San Diego”, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte.
- Vela, Fortino, 2011, “Un acto metodológico básico de la investigación social: La entrevista cualitativa”, en María Luisa Tarrés (Coord.), *Observar, escuchar y comprender sobre la tradición cualitativa en la investigación social*, México, Miguel Ángel Porrúa, FLACSO-México, pp. 63-95.
- Velasco, Laura, 2011, “Un acercamiento al método tipológico en sociología” en María Luisa Tarrés (Coord.), *Observar, escuchar y comprender sobre la tradición cualitativa en la investigación social*, México, Miguel Ángel Porrúa, FLACSO-México, pp. 289-324.
- Velasco, Laura y Gianturco, Giovanna, 2012, “Migración internacional y biografías multiespaciales: una reflexión metodológica”, en Marina Ariza y Laura Velasco (Coords.) *Métodos cualitativos y su aplicación empírica. Por los caminos de la investigación sobre migración internacional*, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 115-150.
- Villa, María E., 2011, “Del concepto de juventud al de juventudes y al de lo juvenil”, *Revista educación y pedagogía*, Universidad de Antioquia, vol. XXIII, núm. 60, pp. 147-157.

- Villagómez, Paloma; Mendoza, Doroteo y Valencia, Jorge Armando, 2011, “Perfiles de salud reproductiva. México”, México, D.F., Consejo Nacional de Población, pp. 1-89
- Walker, Cheryl, 1995, “Conceptualizing motherhood in twenty century South Africa”, *Journal of Southern African Studies*, Taylor & Francis, vol. XXI, núm. 3, pp. 417-437.
- Weber, Max, 1981, “Conceptos sociológicos fundamentales”. En *Economía y Sociedad México*, Fondo de Cultura Económica, pp. 5-45.
- Weber, Max. 1969, “Objectivity” in social science and social policy”, en *The methodology of the social sciences*, Illinois, Glencoe: Fress Press, pp. 49-112. En <<https://archive.org/details/maxweberonmethod00webe>>, consultado 18 de mayo 2014.
- Welti, Carlos, 2000, “Análisis demográfico de la fecundidad adolescente en México”, *Papeles De Población*, Universidad Autónoma del Estado de México, vol. XXVI, pp. 43-87.
- Welti, Carlos, 2006, “Las encuestas nacionales de fecundidad en México y la aparición de la fecundidad adolescente como tema de investigación”, *Papeles de Población*, Universidad Autónoma del Estado de México, octubre-diciembre, núm. 50, pp. 253-275.
- Welti, Carlos, 2007, “Inicio de la vida sexual y reproductiva” en Ana María Chávez, Patricia Uribe y Yolanda Palma (Coords.) *La salud reproductiva en México. Análisis de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003*, México, Secretaría de Salud, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM) UNAM, México, pp. 65-83.
- Wieviorka, Michel, 2012, “Du concept de sujet à celui de subjectivation/dé-subjectivation”, *Working Papers Series*, Paris, Fondation Maisons des Sciences de l’homme, núm. 16, julio, pp. 2-14.
- Zarco, Abril, 2011, “Maternalismo, identidad colectiva y participación política: Madres de la Plaza de Mayo”, *Revista Punto Género*, Universidad de Chile, núm. 1, pp. 229-247.
- Zenteno, René, 1995, “Del rancho de la Tía Juana a Tijuana: Una breve historia de desarrollo y población en la frontera norte de México”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, El Colegio de México, vol. X, núm. 1, pp. 105-132.

Entrevistas realizadas.

Grupo 1:

- Marisol, [entrevista], 2012, por Nathaly Llanes [trabajo de campo], Tijuana, B.C.
- Rosa, [entrevista], 2012, por Nathaly Llanes [trabajo de campo], Tijuana, B.C.
- Nora, [entrevista], 2012, por Nathaly Llanes [trabajo de campo], Tijuana, B.C.
- Eliana, [entrevista], 2013, por Nathaly Llanes [trabajo de campo], Tijuana, B.C.
- María, [entrevista], 2013, por Nathaly Llanes [trabajo de campo], Tijuana, B.C.
- Yolanda, [entrevista], 2013, por Nathaly Llanes [trabajo de campo], Tijuana, B.C.
- Adela, [entrevista], 2013, por Nathaly Llanes [trabajo de campo], Tijuana, B.C.

Vero, [entrevista], 2013, por Nathaly Llanes [trabajo de campo], Tijuana, B.C.
Sara, [entrevista], 2013, por Nathaly Llanes [trabajo de campo], Tijuana, B.C.
Mariana, [entrevista], 2013, por Nathaly Llanes [trabajo de campo], Tijuana, B.C.
Amelia, [entrevista], 2013, por Nathaly Llanes [trabajo de campo], Tijuana, B.C.

Grupo 2:

Catalina, [entrevista], 2013, por Nathaly Llanes [trabajo de campo], Tijuana, B.C.
Lilia, [entrevista], 2013, por Nathaly Llanes [trabajo de campo], Tijuana, B.C.
Natalia, [entrevista], 2013, por Nathaly Llanes [trabajo de campo], Tijuana, B.C.
Valentina, [entrevista], 2013, por Nathaly Llanes [trabajo de campo], Tijuana, B.C.
Alicia, [entrevista], 2013, por Nathaly Llanes [trabajo de campo], Tijuana, B.C.
Viviana, [entrevista], 2013, por Nathaly Llanes [trabajo de campo], Tijuana, B.C.
Lucía, [entrevista], 2013, por Nathaly Llanes [trabajo de campo], Tijuana, B.C.
Carmen, [entrevista], 2013, por Nathaly Llanes [trabajo de campo], Tijuana, B.C.
Susana, [entrevista], 2013, por Nathaly Llanes [trabajo de campo], Tijuana, B.C.
Gladis, [entrevista], 2013, por Nathaly Llanes [trabajo de campo], Tijuana, B.C.
Berenice, [entrevista], 2013, por Nathaly Llanes [trabajo de campo], Tijuana, B.C.
Aurora, [entrevista], 2013, por Nathaly Llanes [trabajo de campo], Tijuana, B.C.
Marcela, [entrevista], 2013, por Nathaly Llanes [trabajo de campo], Tijuana, B.C.

ANEXOS

9.1 Anexo I. Cuestionario de selección de casos.

NOMBRE DE
SECUNDARIA _____

Colonia y Delegación _____

Fecha de aplicación _____

Cuestionario

Estimada madre de familia. Soy estudiante del Colegio de la Frontera Norte y actualmente estoy haciendo una investigación sobre la experiencia de la maternidad y la familia. Por eso, quería saber si podía contar con tu participación respondiendo las siguientes preguntas, y si posteriormente pudiera contactarte para realizar una entrevista, de ser así te agradecería que pudieras dar un número telefónico donde contactarte.

1. ¿Cuál es el nombre de tu hijo? _____
2. ¿Qué grado que cursa tu hijo en esta escuela? _____
3. ¿Cuál es tu nombre? _____
4. ¿En qué año naciste? _____
5. ¿Tienes algún número de teléfono (o domicilio) donde pueda contactarte? _____
6. ¿Qué edad tienes? _____
7. ¿Cuál es tu estado civil en la actualidad?
Soltera ___ Casada ___ Unión libre ___ Separada ___ Divorciada ___ Viuda ___
8. ¿En dónde naciste? Municipio: _____ Estado: _____
9. ¿Qué edad tenías cuando llegaste a Tijuana (en caso de haber migrado)? _____
10. ¿Hasta qué año aprobaste en la escuela? _____
11. ¿A qué te dedicas actualmente? _____
12. ¿Cuántos años tenías cuando tuviste a tu primer hijo? _____
13. ¿Qué edad tiene tu primero hijo? _____
14. ¿Recuerdas cuál fue el último año que tu mamá aprobó en a la escuela? _____
15. ¿A qué se dedica (o dedicaba) tu mamá? _____
16. ¿Recuerdas cuál fue el último año que tu papá aprobó en a la escuela? _____
17. ¿A qué se dedica (o dedicaba) tu papá? _____
18. ¿Te gustaría participar en mi proyecto y podría contactarte en el futuro para hacerte una entrevista? Sí _____ No _____

9.2 Anexo II: Estrategia metodológica. Escuelas secundarias públicas seleccionadas durante el trabajo de campo.

Cuadro 9.1. Escuelas secundarias públicas de Tijuana seleccionadas en la segunda parte del trabajo de campo, por delegación y colonia.

Escuelas secundarias seleccionadas en la segunda parte del trabajo de campo			
Escuela	Sostenimiento	Ubicación	
		Delegación	Colonia
Secundaria 30, Pablo L. Martínez	Estatal	Playas de Tijuana	Miramar
Secundaria Técnica 33	Estatal	La Presa	Fracc. Las Américas
Colegio Sindicato Alba Roja	Estatal	Centro	Centro
Secundaria 4, Ricardo Flores Magón	Federal	La Mesa	Jardines de la mesa
Secundaria Técnica 1	Federal	Centro	Agua Caliente
Secundaria 1. Lázaro Cárdenas	Federal	Centro	Agua Caliente
Elaboración propia			

Cuadro 9.2. Número de entrevistas realizadas con mujeres entre 25 a 35 años que tuvieron un primer hijo en la adolescencia y que residen en el municipio de Tijuana, según la secundaria pública de la que hacen parte sus hijos.

ENTREVISTAS REALIZADAS A MUJERES CON HIJOS EN SECUNDARIAS PÚBLICAS QUE RESPONDIERON CUESTIONARIOS				
Escuelas Secundarias	No. madres adolescentes	No. de contactos establecidos	Entrevistas realizadas	Entrevistas usadas
Secundaria General no. 4	12	8	5	4
Secundaria General No. 30	36	20	6	5
Secundaria Técnica No. 33	6	6	3	2
Total	54	34	14	11
Elaboración Propia				

9.3 Anexo III. Ejes temáticos ampliados para la entrevistas en profundidad.

ENTREVISTAS EN PROFUNDIDAD

Lugar y fecha de la entrevista:

Información socio-demográfica:

Edad actual de la mujer:
Lugar de nacimiento:
Ocupación actual:
Estado civil actual:
Último grado aprobado en la escuela:
Número de hijos:
Edad al primer hijo:
Edad a los siguientes hijos:
Edad a la migración:

Ejes temáticos:

A. Lugar de nacimiento y situación en la infancia:

Descripción del lugar donde nació (cómo era la casa, el lugar) Cómo era tu casa? Municipio? Describe el lugar de dónde vienes
Sentimientos del lugar de origen
Estructura familiar. Conformación del entorno familiar (personas cercanas durante la infancia)
Información de los padres (Escolaridad, Posición en el trabajo)
Relación con los padres y los hermanos (relaciones familiares más significativas)
Comunicación con los padres (qué temas se abordaban en casa)
Juegos infantiles
Qué recuerdos son significativos en la infancia
Asistencia a la escuela primaria
Valoraciones de la escuela (clases que más le gustaban, relaciones con otros niños, con maestros, quien les ayudaba a hacer las tareas).
Problemáticas dentro del hogar (violencia, situación socioeconómica)
Transiciones: Ahondar si hubo cambios de residencia durante la infancia, separación de los padres, cambios de escuela, abandono de la escuela (en caso de que haya habido).

B. Adolescencia:

Cambios corporales experimentados (sentimientos ante esos cambios)
Nuevas prácticas en la adolescencia (interacciones, vestuario, maquillaje, temas de conversación entre amigas)
Relaciones con los padres y hermanos. Cómo cambiaron las relaciones desde la infancia.
Qué nuevas relaciones se establecieron (amigos/novios)
Valoraciones en torno a la secundaria (si hubo asistencia).
Cambios de la primaria a la secundaria (relaciones con grupo de pares y maestros)
Planes trazados a futuro.
Celebración de los quince años (por qué era importante la celebración o por qué no)
Percepciones de la adolescencia.

Transiciones:

- Primer noviazgo (sentimientos frente al noviazgo, comunicación con los padres, edad de la pareja, donde la conoció, como era su noviazgo, donde compartían, cambios en las relaciones familiares frente a ese noviazgo, aceptación familiar del novio).
- Sexualidad (primera menstruación). Vivencia de esa experiencia.
- Primera relaciones sexual (si la hubo). Condiciones que rodearon la primera relación sexual, por qué ocurrió en ese momento, lugar donde ocurrió, conocimiento sobre métodos anticonceptivos, temores frente a la primera relación sexual, sentimientos después de haberla tenido.
 - Dejar la escuela (en caso de que hayan cursado hasta la secundaria). Por qué dejar la escuela o no seguir en ella.
- Cambios de residencia (sea por decisiones familiares o por una primera unión)

C. Primer trabajo (en caso de haberlo hecho):

Tipo de trabajo

Remuneración

Motivaciones para empezar a trabajar

Independencia económica

D. Primera unión:

Decisión de vivir en pareja

Por qué establecer una primera unión

Lugar de residencia

Desarrollo de la vida en pareja

Cambios en las relaciones familiares tras la unión. Cambios en la vida cotidiana

Expectativas de vida en familia y la maternidad.

Transición: Separación (en caso de haberla habido). Motivo de la separación. Sentimientos en torno a la separación. Violencia dentro de la relación.

Nueva unión (en caso de haberla habido).

E. Embarazo y nacimiento del primer hijo

Cómo se produjo el embarazo

Decisión de tener un bebé (participación de la pareja)

Conocimiento sobre cómo quedar embarazada

Planificación del embarazo

Acompañamiento durante el embarazo

Valoraciones de la familia de origen sobre el embarazo

Cambios corporales

Revisiones prenatales: sexo del bebé

Sentimientos durante el embarazo

Planes a futuro

Relación con la pareja durante el embarazo

Recuerdos significativos durante el embarazo

F. Maternidad

Parto y postparto

Los primeros meses del bebé

Elección del nombre del bebé

Relación con la pareja

Sentimientos en torno a la maternidad durante los primeros meses

Cambios en la rutina

Cambios en las relaciones familiares

Visitas al médico. Enfermedades del bebé
Momentos especiales durante los primeros meses
Los primeros años del bebé
Aspiraciones a futuro
Sentimientos frente a la maternidad en ese momento

G. Embarazos siguientes (en caso de que haya habido):
Toma de decisión de otros hijos
Diferencias con el primer embarazo

H. Migración: Venir a Tijuana
Decisión de salir: Por qué venir a Tijuana,
Redes en Tijuana
Vida en Tijuana: Cotidianidad
Cambios al venir a Tijuana

9.4 Anexo VI. Consentimiento informado.²⁰

Tijuana, B.C. a _____ de diciembre de 2012

A quien corresponda:

Por este medio expreso mi consentimiento para que Nathaly Llanes Díaz utilice toda o cualquier parte de la entrevista que me realizaron el día _____ del mes _____ del año 2013, para que sea publicado en su tesis de investigación la cual realiza para optar al grado de doctor en ciencias sociales en el Colegio de la Frontera Norte, o bien en libros y/o artículos. Estoy enterada que la información proporcionada en la entrevista es confidencial, y no divulgada más que con los fines que la investigación pretende.

Es mi decisión que las citas a las que se haga referencias a mi persona aparezcan con:

Mi nombre real, el cual es _____, o bien con un pseudónimo de mi elección, el cual es _____

Nombre de la entrevistada

Firma de la entrevistada

²⁰ Aunque fue elaborada una carta de consentimiento informado y se explicó a las mujeres en qué consistía, la mayoría prefirió no firmar la carta. De hecho, tan sólo tres de las mujeres quiso utilizar un seudónimo; por lo que el consentimiento sobre el uso del nombre propio así como aceptar la entrevista se produjo oralmente y fue grabado. Finalmente, se optó por usar seudónimos para la totalidad de las informantes, para garantizar su anonimato.

9.5 Anexo V: Categorías de análisis.

La revisión de la literatura y el análisis de las entrevistas realizadas permitieron establecer las categorías para el análisis de la información. Cabe destacar que, una vez transcritas las entrevistas, la sistematización y análisis de la información se llevó a cabo mediante el uso del paquete de computación Atlas ti. Aunque dicho programa representa una técnica de la teoría fundamentada, en tanto reclama un posicionamiento epistemológico completamente inductivo, en esta investigación se empleó como una estrategia metodológica para el análisis de la información. El Atlas Ti, facilitó la codificación en dos niveles: *línea por línea*, identificando conceptos, propiedades y dimensiones a través de observables empíricos y *codificación axial*, entreviendo las relaciones entre códigos y familias de códigos así como el tipo de vínculo, para la construcción de categorías (Charmaz, 2000).

Codificación:

Las categorías de análisis se construyeron a partir de los datos empíricos y se organizaron en forma de códigos y familias. Un código constituye una unidad básica de análisis que contiene el conjunto de expresiones o fragmentos significativos del discurso de las informantes. A su vez, dichos códigos son agrupados en familias más amplias, las cuales se relacionen entre sí formando categorías. En este sentido, la codificación representa un proceso de asociación de contenido y significados a través de la selección, agrupación y categorización de la información. Las categorías de análisis presentadas en las tablas ocho, nueve y diez dan cuenta de dos dimensiones analíticas distintas para el análisis de la información: una dimensión subjetiva y otra más estructural, sin perder de vista que guardan conexiones entre sí.

Categorías a nivel individual: Estas categorías refieren a los procesos de construcción identitaria y subjetiva de las mujeres que fueron madres en la adolescencia, subrayando la importancia de la mirada del otro en la definición del sí mismo. Por ello, las categorías de este nivel de análisis se encuentran divididas en cuatro dimensiones: *estructural, valorativa-evaluativa, prácticas y vínculos establecidos*.

Categoría “Estar en la edad”: De acuerdo con Charmaz (2000), en el ejercicio de la codificación se pueden identificar códigos *en vivo*, caracterizados por que proceden textualmente del informante; es decir, hacen parte de su lenguaje y son apropiados por el investigador quien los llena de sentido a partir del análisis de la entrevista. La categoría “*estar en la edad*” surge de esta manera. De hecho, la decisión de adoptarlo como código en vivo se debe a su repetición en varias entrevistas analizadas, aludiendo a la manera en que distintos eventos o actividades durante la adolescencia ocurrían en dicho período porque se *estaba en la edad para hacerlo*. Aunque este código *en vivo* se obtuvo de situaciones distintas narradas por mujeres, se fue ampliando e incorporando al mismo código dándole un sentido más profundo hasta convertirlo en categoría aplicable a todos los casos. De esta manera, la categoría *estar en la edad*, remite a la manera en que las propias jóvenes, madres adolescentes, se definieron y posicionaron como adolescentes y jóvenes. El valor analítico de esta categoría radica en la posibilidad de establecer un posicionamiento respecto a la definición de adolescencia y juventud, partir de la temática de la maternidad adolescente, captando la ambivalencia que existe entre la manera en que se define a la adolescencia socialmente y la forma en que las adolescentes mismas experimentan dicha etapa de la vida, logrando establecer una dimensión subjetiva de la edad y de la transición a la edad adulta.

Así, la categoría contempla cuatro dimensiones:

- Dimensión estructural: Esta dimensión alude a los referentes socialmente construidos en torno a la edad, aquello que se espera socialmente suceda en la adolescencia. La manera de acercarnos a esta dimensión se hizo a través de cuatro elementos: el uso de la tercera persona entre las narrativas de las informantes, las expectativas que éstas tienen de sus hijos, ahora adolescentes; los referentes manifestados por la familia de origen acerca de lo que significa ser la adolescencia, así como los referentes de género.
- Dimensión valorativa-evaluativa: Esta dimensión se refiere a las valoraciones retrospectivas de los diferentes eventos y vivencias durante la adolescencia que generalmente, se expresan en términos de motivaciones y sentimientos. De igual forma, en esta dimensión se contempla la manera en que las mujeres se definen a sí mismas

cuando eran adolescentes y las decisiones que llevaron a cabo durante esta etapa de la trayectoria de vida.

- **Dimensión prácticas:** Se contemplan las actividades que las adolescentes realizaban en diferentes ámbitos: dentro de la familia, la escuela, recreación, con amigos, las prácticas sexuales, entre otras. Esta dimensión permite identificar los cambios que se producen durante esta etapa. De igual forma, tiene en cuenta un factor fundamental en la totalidad de las entrevistas analizadas y es la cuestión de la comunicación con la familia de origen, la cual evidencia cambios significativos en esta etapa de la vida en contraste con la infancia.
- **Dimensión Vínculos:** Las nuevas relaciones que establecen las mujeres durante la adolescencia, así como los cambios en las relaciones familiares guardan un vínculo con la manera en que las mujeres se construyen como sujeto adolescente.

Categoría Maternidad adolescente Resignificada: Esta categoría debe entenderse en términos dinámicos y transitorios, ya que alude a la manera en que la significación de ser madre adolescente se va transformando a lo largo de la trayectoria biográfica de las mujeres. Por esta razón, está dividida en cuatro categorías:

1. Significación de la maternidad adolescente durante el embarazo:
2. Significación de la maternidad adolescente tras el nacimiento del primer hijo
3. Significación de la maternidad adolescente-crianza
4. Significación de la maternidad adolescente actual

Estas cuatro categorías se encuentran organizadas a su vez en cuatro dimensiones:

- *Estructural:* que alude a los referentes normativos respecto al hecho de convertirse en madres, en cada uno de los cuatro momentos analizados, así como los referentes de género, y las sanciones sociales respecto al ser madre adolescente.
- La dimensión *valorativa-evaluativa* permite acercarse a los factores que influyen los cambios en la manera de vivenciar la maternidad adolescente, considerados en términos de pérdidas y ganancias; es decir, un balance realizado en cada uno de los cuatro momentos señalados, respecto a las consecuencias de un hijo en la adolescencia y los aspectos que se considera ganaron tras la maternidad. Los cambios experimentados tras

la experiencia del embarazo y la maternidad involucran las transformaciones familiares, los nuevos roles adquiridos, las actividades que se dejaron de hacer y la aparición de otras nuevas, los cambios corporales y emocionales, los sentimientos emergentes y las transformaciones en los proyectos a futuro constituyen influencias que permiten significar de manera particular la experiencia de la maternidad en la adolescencia.

- La dimensión de *prácticas*: Permite reconocer las nuevas actividades que las mujeres realizaron tras embarazarse, cuando se convirtieron en madres, aquellas que empezaron a hacer durante los primeros años de sus hijos, y las que realizan actualmente.
- La dimensión de *vínculos*: Permite entrever las diferentes relaciones que las mujeres tienen desde que se embarazaron hasta la actualidad, pero sobre todo la manera en que dichos vínculos se van transformando conforme pasa el tiempo. En este sentido, es importante señalar que los cambios más importantes en las relaciones se producen con el padre y la pareja.

Categoría “Sí sale un buen marido”: Al igual que “Estar en la edad”, esta categoría surge de un código en vivo. La decisión de convertirla en una categoría analítica obedeció a dos razones. Primero, a las reiteradas alusiones en las entrevistas acerca de la importancia de contar con una pareja, tanto para las mujeres unidas como para las madres solteras; y segundo, debido a la importancia de la pareja en la trayectoria biográfica de las mujeres y en la manera de significar la maternidad adolescente. Aunque la pareja sea o no el padre biológico del primer hijo, en la codificación de las entrevistas se demuestra que la vivencia del embarazo y la maternidad se encuentran íntimamente relacionados con la relación de pareja. Se podría considerar que además de la maternidad adolescente, la relación de pareja y su ruptura (en algunos casos) constituye una *epifanía de primera magnitud*, de acuerdo con Denzin (1989). La categoría se encuentra dividida en tres dimensiones:

- Estructural: Esta dimensión abarca los referentes normativos asociados a la unión. En varios casos las entrevistadas manifestaron que la primera unión fue presionada por los padres ante un embarazo. Por ello, se tienen en cuenta los referentes sociales respecto a ser madre soltera, los cuales están relacionados con los referentes en torno a género.
- Valorativa/evaluativa: Esta dimensión abarca la manera de vivenciar la unión adolescente, considerados en términos de pérdidas y ganancias. Las emociones que

genera tener nuevas actividades tras la unión, los cambios de residencia experimentados, así como las actividades que se dejaron de hacer al momento de tener una pareja. En esta dimensión se contempla además, las valoraciones frente

- Prácticas: comprende las actividades realizadas en el marco de unión, diferenciando entre la primera unión y las demás, en el caso de que una mujer haya tenido distintas parejas.

Categoría Estrategias de significación:

Categorías de análisis a nivel estructural: Estas categorías abarcan los escenarios en los que se socializaron las mujeres: la familia y el espacio geográfico donde pasaron parte de la infancia y adolescencia. Se considera que las condiciones materiales, sociales y circunstanciales proporcionan diferentes recursos a las mujeres que repercuten a su vez en la significación que éstas le otorgan a la maternidad adolescente. Así, se proponen dos categorías:

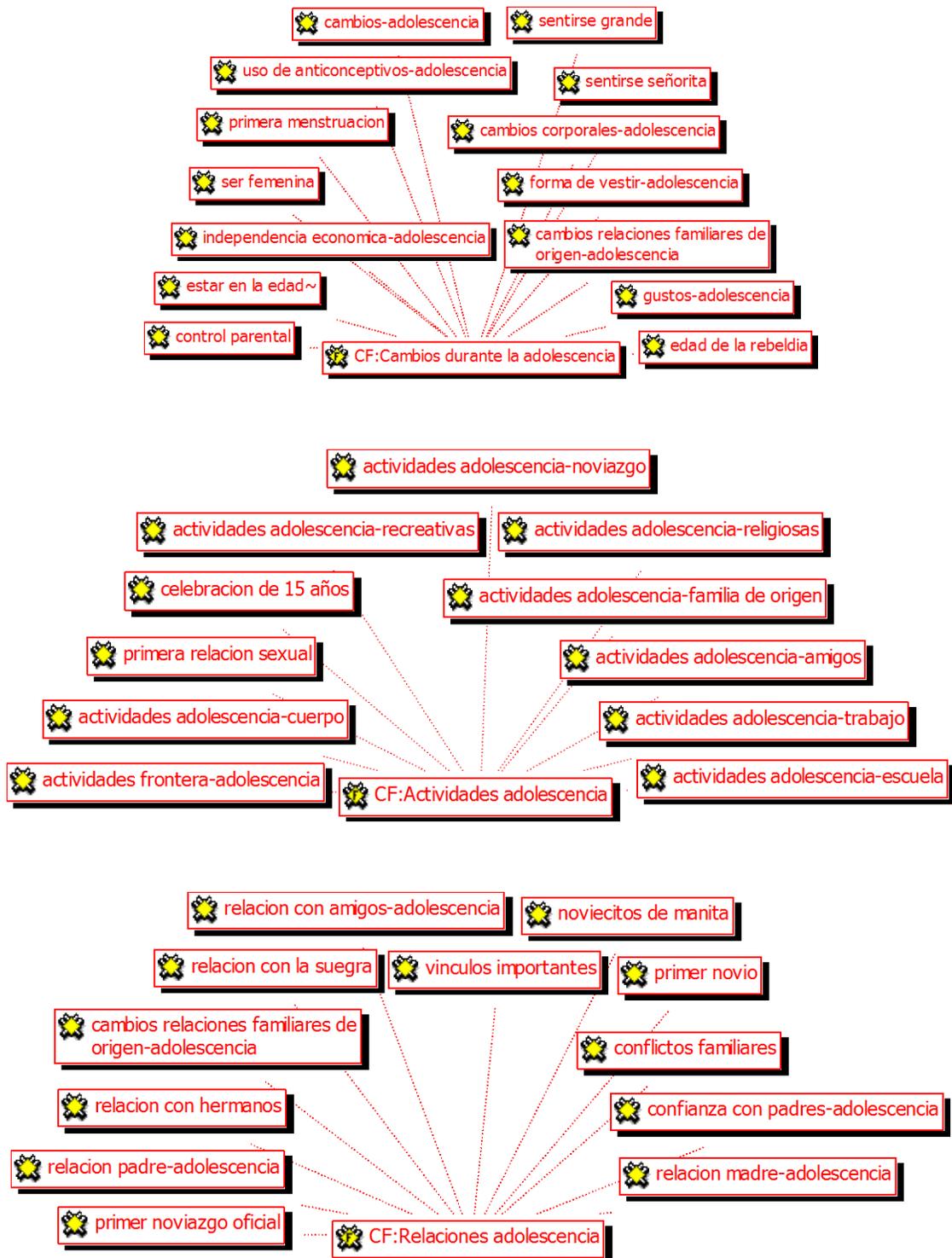
Categoría: Entorno social y familiar de origen: Esta categoría hace referencia a las condiciones materiales, simbólicas, sociales y culturales que incidieron en la socialización primaria de las mujeres entrevistadas y que repercuten en la manera en que experimentan la maternidad adolescente y la significan. En su dimensión *estructural* se tiene en cuenta la situación de los padres y la estructura familiar en la que creció la mujer. En la dimensión de *prácticas* permite tener un acercamiento a las actividades familiares en las que participaron las mujeres; así como los *vínculos* que marcaron la sociabilidad de las mujeres durante la infancia.

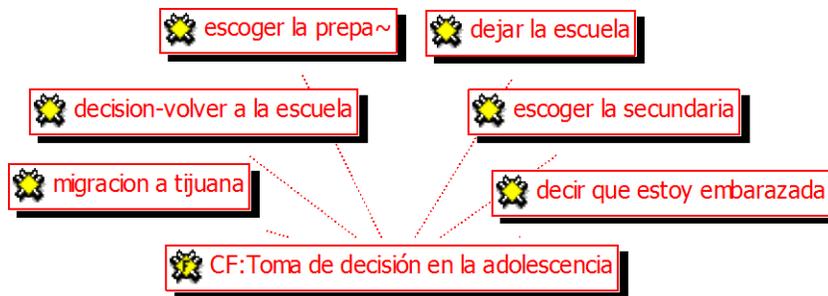
Condición fronteriza: La totalidad de las mujeres de esta investigación pasaron su adolescencia en Tijuana, tanto las que nacieron en la ciudad como aquellas que provienen de familias migrantes. El entorno geográfico donde habitan, frontera con los Estados Unidos, tiene repercusiones en la manera en que se han construido como sujetos y madres jóvenes. Esta categoría abarca en su dimensión *estructural* el tipo de contactos que las mujeres guardan con los Estados Unidos, el cual puede ser experimentado de forma directa por ella, o bien por algún miembro de su familia o por su pareja. Si bien, el tener visa o poder cruzar constituye un recurso del que disponen las mujeres, esta categoría también contempla los contactos indirectos con los Estados Unidos, en el sentido en que las mujeres obtienen beneficios por la cercanía con este

país, sea laborales, culturales, recreativos, lo cual se contempla en su dimensión *valorativa* y *evaluativa* y en la de las *prácticas*. Igualmente, la condición fronteriza alude a la importancia que tiene Tijuana como lugar de destino para la mayoría de las familias de las mujeres.

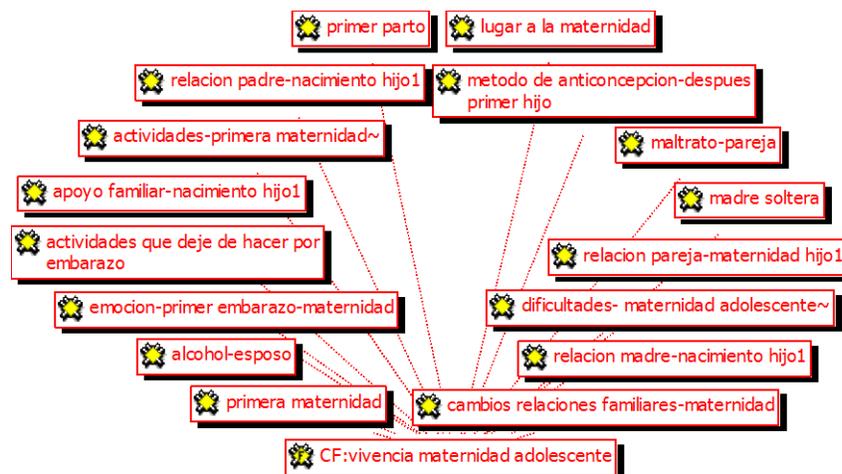
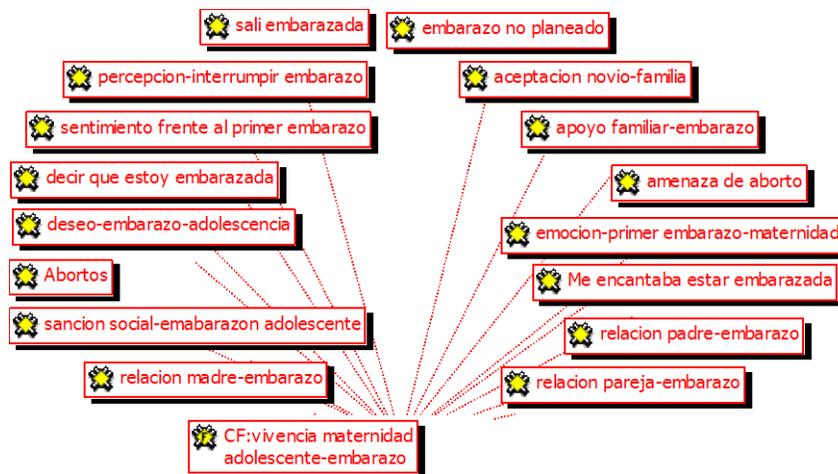
9.6 Anexo VI. Procesos de codificación: Familias de códigos.

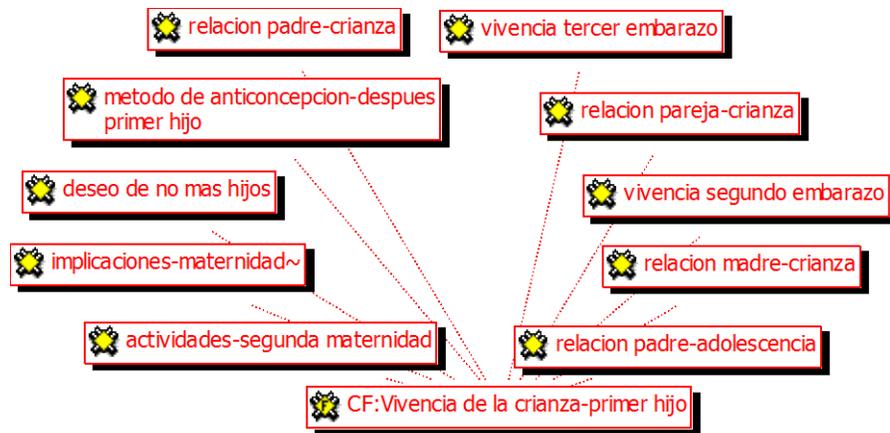
Codificación Adolescencia.

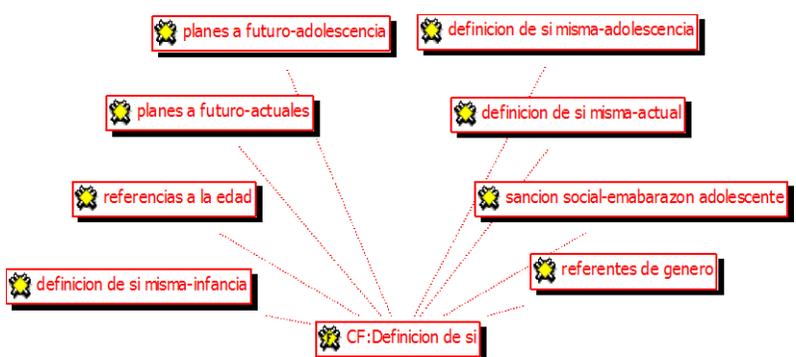
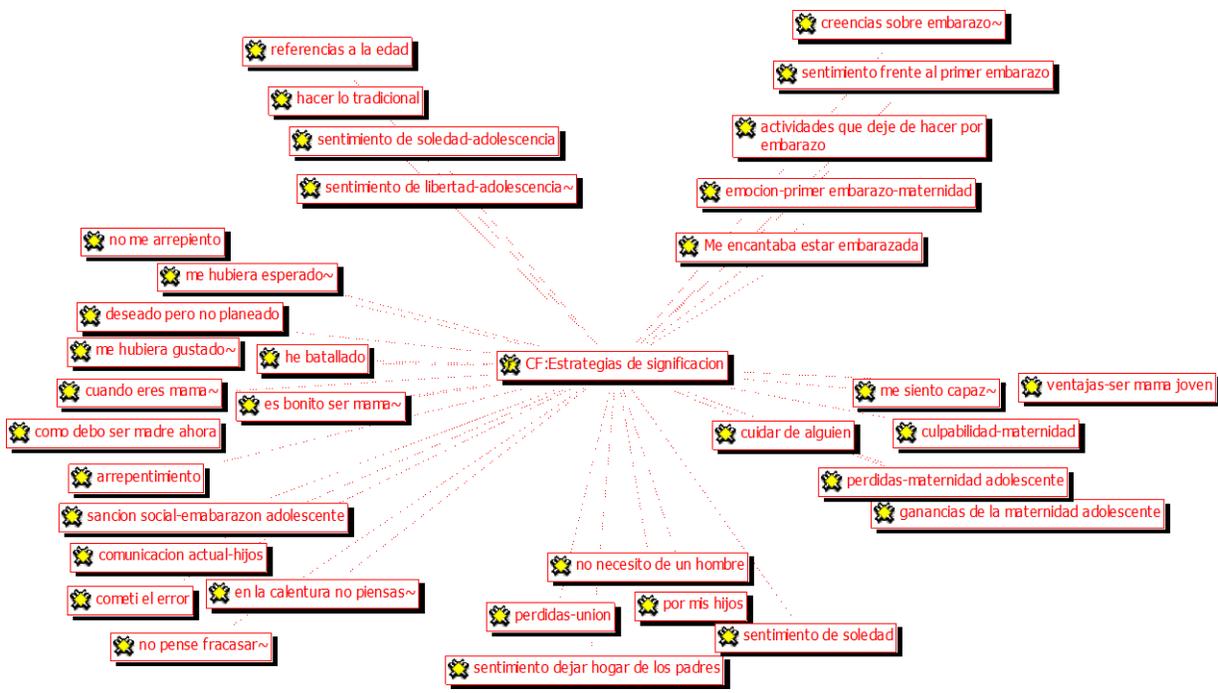




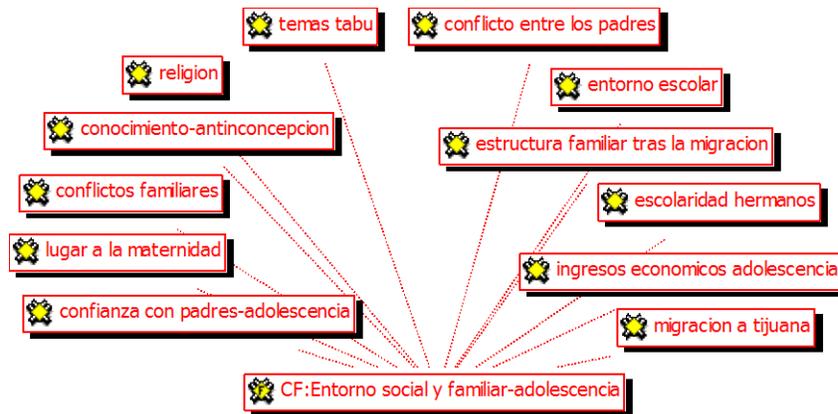
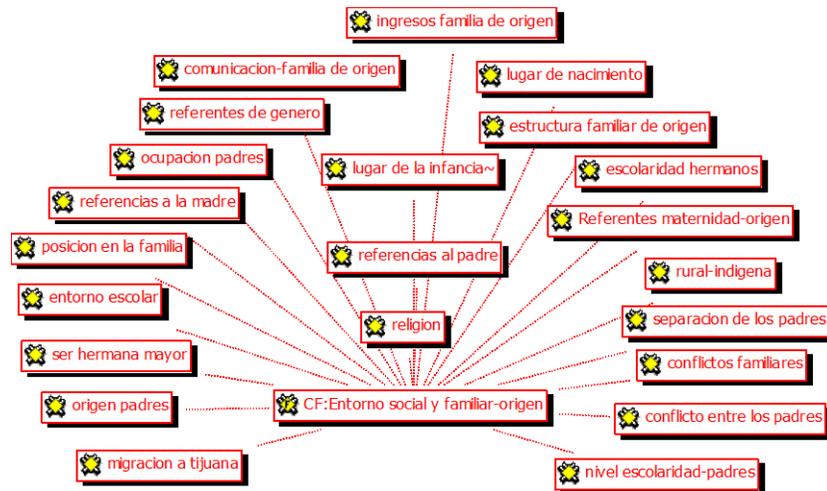
Codificación: Significación de la maternidad.







Codificación de las condiciones estructurales y objetivas de las mujeres:



La autora es licenciada en Antropología por la Universidad de los Andes en Bogotá-Colombia. Ha trabajado el tema de salud sexual de las jóvenes mexicanas centrándose en sus comportamientos reproductivos. Egresada de la Maestría en Población y Desarrollo por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO-Sede México.

Correo electrónico: nathaly.llanes@gmail.com

© Todos los derechos reservados. Se autorizan la reproducción y difusión total y parcial por cualquier medio, indicando la fuente.